SEPTIEMBRE - DICIEMBRE 2016



istorias 95

Revista de la Dirección de Estudios Históricos

CIFESA
PRESENTA

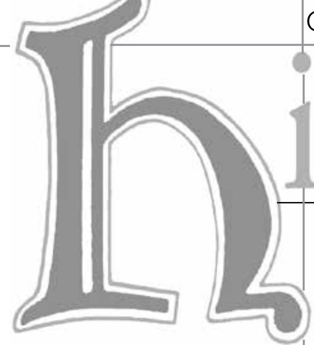
Un LIBANÉS en MÉJICO

JALIL, el HOMBRE PODEROSO que TODO lo VENCE a FUERZA de GRACIA.

Galván

Joaquín PARDAVÉ
Sara GARCIA • Emilio TUERO
Manolita SAVAL

PRODUCCIÓN FILMEX



Ciudad de México SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 2016

Historias 95

REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

ENTRADA LIBRE

Odorico Tavares 3

ENSAYOS

Antonia Pi-Suñer Llorens
Construyendo la nación… con una enciclopedia 31

Patricia Jacobs Barquet
Los inmigrantes libaneses y su innovadora aportación al comercio en México 42

Enriqueta Tuñón Pablos
Una mirada al exilio español en México: el caso andaluz 58

Carlos Martínez Assad
Los judíos de México y las percepciones sobre la creación del Estado de Israel 77

CARTONES Y COSAS VISTAS

Gabriela Pulido Llano
El cortejo fúnebre de Julio Antonio Mella, 12 de enero de 1929 97

RESEÑAS

Beatriz Lucía Cano Sánchez, *¡A su salud!* 108

Eduardo Flores Clair, *Censura, propaganda y espacio urbano en el México decimonónico* 111

Rebeca Monroy Nasr, *Donde las balas suenan y los rezos callan* 113

Salvador Rueda Smithers, *Un códice incomprendido* 118

Rodrigo Martínez Baracs, *Los tres Fragmentos del Códice de Yanhuitlán* 124



Portada: cartel de la película *Un libanés en Méjico*, protagonizada por Joaquín Pardavé, 1942. Colección Lluis Benejàm. España. www.archivocine.com.


DE EN EL BLANCO.....
RAUL, S. A.
Fabricante desde hace 16 años, de los vestidos
"Patricia"
y
"Mademoisille"
Talleres:
Av. 20 de Noviembre, 53
Teléfonos: 10-11-21
10-11-31
26-73-23
35-11-04
39-09-30
Almacén de Menudeo:
Rep. de Honduras No. 49
Apdo. Postal 8524
Mexico, D. F.
Raul S.A.

Entrada libre

Canudos: cincuenta años después

Odorico Tavares

En el invierno brasileño de 1947, al cumplirse medio siglo de la campaña militar contra Canudos, el escritor Odorico Tavares (1912-1980) se lanzó al gran sertón en busca de los sobrevivientes de la masacre que marcó la historia de Brasil al final del siglo XIX. La crónica de Tavares, dividida en varias entregas, apareció originalmente en la revista *O Cruzeiro*, con fotografías de Pierre Verger, y más adelante las reunió en un volumen, ilustrado por Carybé. Traducción y notas de Antonio Saborit.

El reportero Euclides da Cunha[1]

El 7 de agosto de 1897 fue un magnífico sábado soleado en la ciudad del Salvador, agitada y llena de actividad en las calles viejas y estrechas, en su calidad de capital de un estado, donde se trababa la horrorosa lucha de Canudos.

Ese día ingresó barra adentro el *Espírito Santo*, barco que tripulaba el Estado Mayor del ministro de Guerra, general Machado Bittencourt, y del cual formaba parte el periodista Euclides da Cunha. Tres años después, ese reportero de treinta y un años, nervioso e inquieto, daría a su país un libro que sería un monumento imperecedero, *Los sertones*, producto de ese viaje y de esa ardua misión.

[1] "Roteiro de Canudos, II. O repórter Euclides da Cunha", en *O Cruzeiro*, 19 de julio de 1947, Salvador de Bahía, pp. 54-56, 64 y 66.

Desde el tan conocido episodio de la Escuela Militar —en el que trató de romper la espada frente al ministro de Guerra de Pedro II, en un gesto de desafío quijotescamente republicano—, Euclides da Cunha se ligó a la prensa paulista.

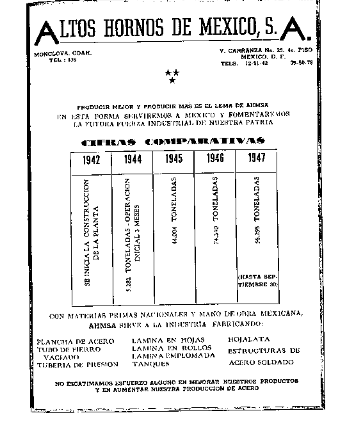
El joven periodista no tenía dudas sobre los peligros de su empresa, pues era parte de la cuarta expedición que se enviaba a los sertones bahianos, para destruir un reducto de fanáticos, y, peor aún, de "monárquicos feroces", que estarían recibiendo refuerzos y parque de los sebastianistas, si bien no se sabía más.

A pesar de los horrores del viaje de cuatro días, de "incidentes vistos todos a través de un malestar inconcebible" en sus palabras, no pudo dejar de consignar el deslumbramiento que le provocó el paisaje de Bahía, expresado en la primera crónica para su diario "escrita velozmente", diría él mismo, "vertiginosamente, empujado en todo momento, en todas direcciones, sobre la precipitación, sobre la ruidosa agitación de la llegada". Le estremecieron todas las raíces familiares para evocar la "naturaleza olímpica y fulgurante" de la tierra bahiana, donde naciera su padre, donde nacieran sus parientes, sus tíos, sus primos. Allá estaba la isla de Itaparica, "envuelta en la onda iluminada y tonificante de mañana"; aquí, junto el faro de la Barra, tendido al pie de un "mar sereno como un lago"; enfrente, la ciudad, "derramándose compacta sobre una inmensa colina, con sus numerosas iglesias de torres espigadas y altas, amplios y pesados cimborrios que evocan las basílicas de Bizancio"; y a medida que el *Espírito Santo* se acercaba al muelle, al fuerte de Mar. Es al precipitarse que ve a los soldados, sus compañeros de viaje, que irán a rescatar a la República, "nuestro gran de ideal profundamente consolador y fuerte".

Y al descender, al pisar tierra bahiana, el periodista Euclides da Cunha ya había cumplido con la obligación de reportero, cerrando su primera crónica, no sin antes poner el punto final —o mejor dicho, la exclamación final, en un entusiasta: "¡La República es inmortal!".

Porque el periodista no venía sólo a cumplir una misión profesional, venía sobre todo al servicio de la República, la cual, según se decía, estaba bajo amenaza de desaparecer, bajo los tiros de los trabucos de los *jagunços*[2] de Antônio Conselheiro.

Desde el tan conocido episodio de la Escuela Militar —en el que trató de romper la espada frente al ministro de Guerra de Pedro II, en un gesto de desafío quijotescamente republicano—, Euclides da Cunha se ligó a la prensa paulista. Y cuando se publicaron sus artículos sobre "Nuestra Vendée" —en los que analizó por primera ocasión el episodio de Canudos, en marzo de 1897—, decidió que el diario paulista encontraría



[2] *Jagunços*. Ése fue el nombre que se les adjudicó a los miembros del grupo encabezado por Antônio Conselheiro. Quiere decir, literalmente, matones, gatilleros.

en su colaborador un representante ideal junto a la cuarta expedición, al cabo de los tremendos desastres de Moreira César.

Euclides da Cunha no dudó cuando lo invitaron. Aceptó la encomienda y de inmediato procuró informarse de los detalles más pequeños que se decían sobre los sertones bahianos, del reducto de Antônio Conselheiro; y nadie mejor para ello que su viejo y querido amigo, el sabio bahiano Teodoro Sampaio, que se encontraba en la capital paulista. Es Teodoro quien dice: "Se llevó algunas de las notas que le entregué sobre las tierras del sertón que yo había recorrido antes que él, en 1878. Me pidió una copia de un mapa aún inédito, sobre la parte referente a Canudos y el valle superior de Vasa Barris, una sección del sertón que aún era desconocida, y se la di como se la di al gobierno de São Paulo, de la cual hice más de una copia, remitiéndola para Río, al ministro de Guerra".

Así, con los valiosos informes de Teodoro Sampaio, a quien siempre recurría, en una amistad fraternal y duradera, Euclides da Cunha se incorporó a la expedición, llegando ese alegre sábado, que describió en la página inicial de su "Diario de una expedición".

Al desembarcar, se hospedó en la residencia de su tío paterno, José Rodrigues Pimenta da Cunha, en la calle de Mangueira, predio bahiano que aún hoy conserva las mismas líneas nobles, la rectitud moral y la hidalguía del pasado. Fue a ponerse en contacto con sus seres queridos, con el tío José, con quien se escribía amistosamente y con quien, en carta, se quejaba del "monarquismo de Bahía que preocupaba a todo Brasil"; los jóvenes primos Arnaldo y Álvaro, la tía Honoria, quien aún hoy lo recuerda con cariño y tristeza.

El reportero estaba poco en casa. El espectáculo de las calles bulliciosas, colmadas de soldados que llegaban de todos los rincones del país, de heridos que bajaban en la estación de Calçada, de las multitudes ovacionando a los héroes, como la "Ciudad Baja, barrio exclusivamente comercial, haciendo estallar desde dentro la frialdad calculadora y sistemática del egoísmo humano" a la entrada del general Savaget. Allá está él, en el fuerte de São Pedro, donde se acuarteló el batallón paulista, o en el fuerte de Barbalho, "acrópolis bahiana". El hombre que haría de la epopeya de los sertones una escultura inmensa, veía pasar "sobre la ciudad legendaria, un aura guerrera impetuosa, arrebatadora", de la que participaba como periodista. Ahí cumpliría el destino ya trazado desde la Escuela Militar, cuando le decía a un compañero: "En cuanto a mí, seré un periodista". Y enfatizaba: "Pero siempre portaré bastón para defender mis conceptos".

Por la noche regresaba a la casa del tío para escribir su correspondencia, sus telegramas, sus crónicas. En una gran

El historiador que despertó en Euclides muchas veces asumió el tiempo y el lugar del periodista. Corría entonces a los archivos, para tomar notas, leer, manosear originales, que ciertamente concurrieron en la realización de Los sertones.

habitación, donde tenía la cama, y que compartía con los primos adolescentes, Euclides escribía y dormía. Silvio Rabelo, en un artículo, rememora la visita que hizo a la casa de la calle de Mangueira, en donde el ingeniero Arnaldo Pimienta da Cunha le dibujó estos recuerdos:

> Los chicos de la casa, él, Arnaldo y su hermano Álvaro, dormían en el mismo cuarto. Desde abajo de las sábanas veían a Euclides, sentado junto a una mesa redonda, escribir sus colaboraciones para el *Estado de São Paulo*. En esa labor se le iba buena parte de la noche a Euclides. Tal vez ahí mismo hacía sus lecturas, preparándose desde entonces para el libro que publicaría cinco años después. No sin cierto miedo los chicos veían, ya muy entrada la noche, escribir y leer a ese pariente nervioso, cayéndose de sueño. Ellos tenían entendido, por los mayores, que Euclides tenía mucho de loco. Que no pocas veces, incluso dormido, se levantaba, corría por la casa, hablando y gesticulando en un lenguaje que nadie entendía.

Eso era lo que los chicos más temían: "los movimientos de un sonámbulo que tenía en las manos armas de efecto extraño y, ¿quién sabe?, pudiendo dispararlas accidentalmente, correteando a algún enemigo imaginario".

A estos dos primos, que se unirían a él en una amistad que llegaría más allá de la muerte, Euclides muchas veces les encargó llevar su correspondencia al correo o al telégrafo. Además de él, sólo a ellos encargaba tal misión. En nadie confiaba, celoso de su responsabilidad, temía el extravío o el retraso de las publicaciones en su diario.

Cuando no iba a la calle de Mangueira a trabajar, recibía a sus compañeros de viaje, oficiales más grandes que él, comandantes, el coronel Teles, Raimundo Bizarria, Sotero de Menezes. O bien, periodistas de provincia, como el poeta Pethion de Villar, Mucio Teixeira, Aloísio de Carvalho (padre), Oscar Viana, que, en la lucidez de su vejez, aún colabora en la prensa bahiana contemporánea. No obstante su aire reservado, Euclides hacía amigos, como el estudiante de Medicina Francisco Mangabeira, quien al referirse a "sus bellísimas y magistrales corresponsalías", profetizaba, en 1898, que "de publicarse en libro, le garantizarían un triunfo literario".

El historiador que despertó en Euclides muchas veces asumió el tiempo y el lugar del periodista. Corría entonces a los archivos, para tomar notas, leer, manosear originales, que ciertamente concurrieron en la realización de *Los sertones*. Pero frente a la riqueza del material no quedaba satisfecho y lamentaba sus arduas y absorbentes funciones de reportero,



las cuales le impedían estudiar mejor a la Bahía histórica. Todo le fascinaba y mientras no salió rumbo a Canudos, se levantó diariamente a "sacudir los archivos de los que habla mucha gente sin nunca haberlos visto o sentido". Y para gloria de esta anónima y agraviada prensa del interior, en un "periódico modestísimo y mal impreso", *A Pátria*, de São Félix de Paraguaçú, fue a encontrar "por medio de la pluma inexperta del sertanero inteligente, la primera página de esta campaña crudelísima".

Y al salir de los archivos, al visitar a los heridos en hospitales improvisados muchas veces, supo detenerse en el silencio de las iglesias. Como la del monasterio de São Bento, para mirar las lápidas "que aparecen como palimpsestos de mármoles mal conocidos en recuerdo de días muy remotos" y quedándose allí "largo tiempo, absorto". Y así, el reportero "desconocido no es más que un griego de la antigüedad en las calles de Bizancio", el cual sentía salir de una "gran transición en apenas cinco minutos, en ese pasar insensible y raudo, al descender por una escalera, de un presente agitado y ruidoso a la penumbra silenciosa del pasado indefinido".

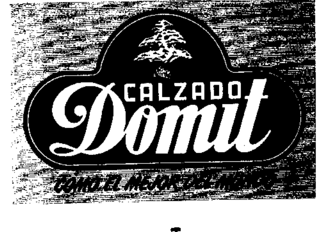
Por fin el reportero se inquieta. Sus crónicas, llenas de la humanidad que instila la tierra bahiana a los que saben oír el incesante palpitar de su alma, dejan de revivir las delicias de la tierra, el movimiento de las calles, las manifestaciones de los héroes, de los heridos, para pensar directamente en la lucha de Canudos. Se remiten las noticias provenientes del teatro de la guerra, pero no es suficiente. El periodista que descendió la escalinata del barco, casi gritando "¡Viva la República!", ya comienza a percibir que, aparte de una reacción monarquista hay algo más en las colinas de Canudos. Hay un drama pavoroso que no puede ocultarse por mucho tiempo a sus ojos y a su alma inquisidora. Por otra parte, recién llegado, ya mandaba decir que "no se hace una guerra subordinada a preceptos inviolables: se hace una diligencia policial con ocho mil hombres". Y cuando los prisioneros arriban a la capital, cuando el reportero va a entrevistarlos, comienza a dudar. Entonces, con su color humano, con su simpatía hacia los hombres, sabe contar el episodio de "Matadeira",[3] el cual repetiría magistralmente en *Los sertones*. Él es, quizá, de los pocos que comprendió el valor de los sertones desde el inicio. Y ante los testimonios de los jóvenes *jagunços*, incluso en la capital, Euclides dice: "No mienten, no engañan, no evaden, en esa edad, las almas ingenuas de los rudos hijos del sertón".



[3] *Matadeira*. Nombre del cañón que empleó el ejército federal en su lucha contra la gente de Antônio Conselheiro.

Para el reportero, en el espacio de la capital ya todo fue descubierto; y con gran placer, en su crónica del 23 de agosto, a los dieciocho días de haber llegado a Bahía, asienta que "ésta será la última carta que escribiré desde este punto en el que quedé involuntariamente retenido, luchando con una falta de asunto extraordinario, que debió haberse notado".

Hasta la mañana del 31 de agosto parte de la estación de Calçada hacia el interior, para la gran jornada de los sertones bahianos. El ansia del reportero es inmensa y al parecer no siente los percances del viaje; tal es su curiosidad, su interés desmesurado en el asunto. Llega a Alagoinhas, a ciento y tantos kilómetros de distancia, de donde remite su primera crónica, y todo es satisfacción y deslumbramiento. Euclides no siente lo incómodo del viaje. Por el contrario, se alegra porque el recorrido fuese rápido "en un tren ruidoso y festivo arrastrado velozmente por una locomotora poderosa", sin que una partícula de polvo cayera sobre su dolmán de oficial del ejército. Todo lo encantaba y la naturaleza comienza a ser observada no sólo por el reportero, sino por el geólogo, por el botánico y, sobre todo, por el gran poeta, en cuadros que boceta y que después concluirá, con el toque final de las páginas de *Los sertones*. Al pasar por Pojuca, un republicano ferviente, miembro de una nueva cruzada, ve en lo alto de una colina la residencia histórica del Conselheiro Saraiva; y consigna, para sus lectores republicanos —muchos de ellos casi tan fanáticos como los de Antônio Conselheiro—: "El ideal democrático, mejor que cualquier otro, honra el culto a los grandes hombres, fortalece la solidaridad humana y eleva a la justicia suprema a la posteridad: bajé la cabeza ante la memoria venerada del Conselheiro Saraiva. Todavía no se descendía a la concepción estrecha de hacer de un gran día, el 15 de noviembre, un parteaguas entre dos épocas. No hay autos-de-fe en la historia". El tren, "veloz y poderoso", que no permite que caiga una partícula de polvo sobre el dolmán del reportero, sigue su camino sobre Engenho Central, Catu, para llegar a Serrinha, donde su entusiasmo se atenúa un poco. Ahí consigna que, "al igual que nosotros, el pueblo trabajador anhela el fin de la campaña". Al día siguiente se detiene en Queimadas, donde permanece tres días. En la boca del sertón, reuniendo material que utilizaría en su gran libro futuro.[4]





[4] El ingeniero Arnaldo Pimenta da Cunha, quien fuera primo y gran amigo de Euclides da Cunha, y al que debo información sobre la estancia de Euclides en Bahía, me cuenta que un ordenanza suyo, de regreso de Canudos, trajo, horrorizado, un saco lleno de piedras que el autor de *Los sertones* fue recogiendo por el camino para sus estudios sobre la naturaleza del terreno. [Nota de Odorico Tavares, aparecida en *O Cruzeiro*, pero no así en el libro.]

Del 7 al 10 de septiembre se queda en Monte Santo, base de operaciones; el 11 llega al "inmenso Campamento de Canudos". Su primer asombro consiste en que los antecesores de su expedición "nada han dicho aún sobre un terreno cuya disposición topográfica y su constitución geológica son sencillamente sorprendentes". El científico se anticipó al hombre que estudiaba la tierra como quien estudia el cuerpo humano, como el que ve la sangre, los nervios, los músculos.

Euclides va a presenciar, con los ojos espantosamente abiertos, el drama trágico de aquello que Gilberto Freyre llamó el "choque violento de culturas: el del litoral, modernizado, europeizado, urbanizado, con la cultura arcaica, pastoril y fija de los sertones". Permanece en la zona cerca de un mes, ante los tremendos peligros de destrucción sistemática del Campamento, destrucción no sólo de las casas o de los reductos militares, sino también de los cuerpos humanos, destrucción que va más allá de la muerte; va al exterminio sistemático de los cadáveres, por degollamiento, por fuego, en que los refinamientos de la brutalidad llegan a los mayores extremos. Y cuando Canudos ya era sólo un amontonamiento de cuerpos sin cabezas, de podredumbre de cadáveres en descomposición, Euclides se retira con el Estado Mayor. El hombre que había nacido para vivir y amar, tan lleno de calor humano y con la sensibilidad a flor de piel, llega a ser el testigo, el cronista de una tragedia espantosa.

De inmediato, el regreso silencioso a la capital bahiana, sin haberse restablecido de las "fiebres" contraídas en Monte Santo. El reportero, sin embargo, ya no era el mismo. Algo maduró definitivamente en él. Quien dejara el Sur con gritos de "Viva la República", quien se precipitara a contar a los lectores de su diario una epopeya de "titanes bronceados" contra fanáticos monárquicos, venía derrotado interiormente por los del sertón. Los muertos que se quedaran en los montes, sin sepultura, comidos por los gusanos, a lo largo de las colinas de Canudos, ya habían conquistado una voz para el futuro, para cantar, a través de las palabras de una epopeya, la riqueza de su ferocidad indomable. Euclides era otro. Aún en pleno sertón ya anunciaba el cambio, pidiendo justicia para aquella gente: "Seamos justos: hay algo grande y solemne en ese valor estoico e incoercible, en el heroísmo soberano y fuerte de los rudos patricios descarriados y cada vez reconozco más que la victoria más bella, la conquista real, consistirá en incorporarlos, mañana, en breve, de manera definitiva, a nuestra existencia política".

Y dejando definitivamente la Bahía de su familia, la Bahía de sus primeras letras, la vieja Bahía de la que más tarde dirá a Pethion de Villar que "es también un poco mi tierra",

El hombre que había nacido para vivir y amar, tan lleno de calor humano y con la sensibilidad a flor de piel, llega a ser el testigo, el cronista de una tragedia espantosa.



regresa a São Paulo. Teodoro Sampaio, el viejo amigo, lo recibe para recoger las impresiones de su desilusión:

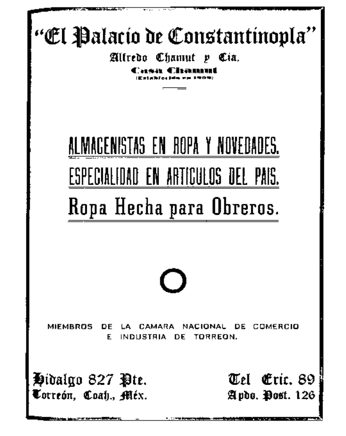
> Pero cuando aquel lúgubre episodio terminó entre el fuego y la sangre; vencida, pero no rendida la persistencia del *jagunço* fanatizado, y Euclides, convencido y también desilusionado, regresó al seno de la familia, el alma del patriota era ahora la que se rebelaba, el corazón afligido, el ánimo por explotar contra la bajeza de quien no sabe vencer sin manchar; contra la miopía de quienes no supieron ver, por encima del *jagunço* fanático, el alma del brasileño del sertón capaz de los rasgos de heroísmo más sublimes.

Tres años después, el reportero Euclides da Cunha levantaba su monumento a los héroes de Canudos: a los soldados y *jagunço*, a los brasileños que en la ignorancia de los gobiernos se enfrentaron unos a otros en una carnicería sin precedentes. No sé de Brasil, pero el mundo entero se enriquecería con la grandeza de *Los sertones*.

El reducto de Antônio Conselheiro[5]

Cuando el coronel Moreira César dejó la capital el 7 de febrero de 1897, al frente de las tropas de la tercera expedición a Canudos, mostró que no deseaba perder ni un solo minuto; con él, nada más que la guerra relámpago. El día 2 de marzo llegaba al reducto de Antônio Conselheiro para el gran desastre militar. El precursor del *blitzkrieg* en el sertón bahiano fue el primero en morir ante los *jagunço*s, dispuestos a todo. Pero realizó este "prodigio de rapidez": llegar a Canudos a los 27 días de haber salido de Bahía...

Salimos de la capital en la madrugada y a las 14 horas íbamos llegando a Canudos. Son diferentes los tiempos, diferentes los caminos, los hombres son diferentes. Tímidamente, la cultura del litoral se infiltra por estas regiones, procurando terminar con los restos de otra cultura, la pastoril, como lo sugiriera el maestro de *Casa-Grande e Senzala*; sin embargo, la naturaleza es la misma. Recorremos leguas y leguas, bajo un inmenso matorral de árboles secos, enjutos, cenizos, muy cenizos, como si hubieran recibido los colores lívidos de un extraño pintor. Ni siquiera un [atisbo de] verde, ni siquiera en el propio



[5] "Roteiro de Canudos. 1. O reduto de Antõnio Conselheiro", en *O Cruzeiro*, 19 de julio de 1947, Salvador de Bahía, pp. 8-18.

juazeiro,[6] para atenuar la luz fuerte, la luz que grita, se exaspera a través de sus garabatos. Y por aquí y por allá los solitarios mandacarús, indiferentes, majestuosos, tremendos, fantásticos.

Estamos atravesando la misma zona que fuera el escenario de la Guerra de Canudos, de la resistencia espantosa de los *jagunços* de Antônio Conselheiro contra las tropas que vinieron a estrellarse contra el muro diabólicamente defendido del reducto de *Bom Jesus*. Y bajo este sol, que hace vibrar al aire frente a nuestros ojos, en el calor abrazador de octubre, ante la desolación y la ausencia de hombres, por estos caminos, donde hasta las cabras escasean, en decenas y decenas de kilómetros de tierra solitaria, el reportero se esfuerza por no dejarse conmover. Hace cincuenta años, sobre estas piedras que refulgen bajo el calor del sol, en medio de estas espinas y caatingas, hombres sencillos y heroicos, bajo el signo del fanatismo, dieron la pelea en nombre de Antônio Conselheiro, pero también en defensa de un estilo de vida que proscribieran los gobiernos. Y la tierra aparece como esta fuerza lacerante, aparece como un cuadro que nos resultaba conocido, un cuadro que ya habíamos sentido, vivido, comprendido: allí está no en función de la grandeza de Dios, sino que ahí se conserva para mostrar la grandeza del arte de un hombre rudo, vivo, lacerado y enorme como ella. La tierra maldita de Antônio Conselheiro como que salta de las páginas de Euclides da Cunha para vivir ante nuestros ojos.

No viene mal resumir aquí algo de la historia: En 1893 llega a Canudos Antônio Conselheiro. La aldea en decadencia se transforma, crece, se amplía y se convierte en uno de los mayores aglomerados humanos de que se tenga noticia en los sertones bahianos y del Nordeste brasileño. ¿Quién era ese hombre que tenía el poder de dominar a los hombres, mujeres, niños, de atraerlos hacia él, tan sólo con su palabra, su prédica, por las tardes, con la puesta del sol?

Antônio Mendes Maciel, el Conselheiro, no era de Bahía, era cearense. Proviene de una familia tradicional en el interior de Ceará, familia célebre por las luchas que libró con los Araújos. Un exterminio de muerte entre ellos, de odio sangrando los corazones, liquidando de uno y otro lado. Se cuenta que Antônio Conselheiro, de niño y adolescente, era indiferente a todo, que no había nacido para matar y morir. Empleado de almacén, con cierta educación, sabía de crónica familiar, sin tener interés, por lo menos aparente. Se casa y es infeliz. Él mismo difundió la leyenda de que, no gustándole la nuera

Se cuenta que Antônio Conselheiro, de niño y adolescente, era indiferente a todo, que no había nacido para matar y morir.



[6] Juazeiro [o jua, *Ziziphus joazeiro*]. Árbol de [la región de] caatingas, resistente a las sequías.

a la madre, ésta lo hizo ver que aquélla le era infiel. Le sugiere que pretexte un viaje y volviese por la noche: encontraría un hombre en su lecho conyugal. Tal hizo el Conselheiro y en la noche vio un bulto en la ventana de su cuarto. En la oscuridad mató a su esposa también. Verificó, horrorizado, la inocencia de la mujer: el bulto era su madre vestida de hombre. El empleado cearense se vuelve un judío errante, de pueblo en pueblo, dueño de cien profesiones. En una ocasión cae preso por herir a un pariente. En libertad, desaparece para más adelante aparecer en Bahía, "un anacoreta sombrío de cabellos crecidos hasta los hombros, barba desgreñada y larga, rostro de calavera; mirar fulgurante; monstruoso dentro de un hábito azul de lino americano; pegado al bastón clásico en que se apoya el paso tardo de los peregrinos".[7] Recorre los sertones de Pernambuco, de Sergipe, es encarcelado en Bahía, se va a la capital; lo deportan hacia Ceará, regresa a la localidad de la prisión, exactamente el día señalado. Construye iglesias, abre cementerios, realiza mejoras aquí y allá. Una legión de fanáticos, en un principio pequeña, crece, se vuelve numerosa, inquietante para las autoridades. En un pueblo sertanero hace que la gente se levante en contra de las leyes de la naciente República. Eso fue en 1892. Su gente se enfrenta con las fuerzas policiales. Receloso, sin embargo, se retira para establecerse en Canudos.

El decadente poblado aumenta asombrosamente. Todo el mundo desciende, viene de todas las regiones para servir a Antônio Conselheiro. Sus "milagros" son cosa de todos los días; sus plegarias, de todas las tardes. No se pide un documento de identificación a los que vienen a sumarse, hora tras hora, al Campamento. Las casas surgen por doquiera, de una sencillez aplastante. El fanatismo crece, se tiene al Conselheiro por *Bom Jesus*. Desde un inicio hay los que se alarman, pero los gobiernos se muestran indiferentes. La Iglesia intenta intervenir y los padres que llegan al Campamento, torpes e insensatos, agravan la situación en lugar de atenuarla. Pasan los años y el Campamento de Canudos, con sus fanáticos dispuestos a matar y morir por su milagroso *Bom Jesus*, desafía a los gobiernos y a las autoridades. Es inevitable la lucha que se insinúa.

Un embarque de madera para la iglesia nueva de Canudos, hecho en Juazeiro, no se entrega. El Conselheiro monta en cólera y amenaza con ir a buscar la madera con sus propios matones. El juez del distrito solicita providencias al gobernador. Llegan a Juazeiro cien soldados y bajan hacia Canudos. Los *jagunços* se anticipan, han de desbaratar a las fuerzas en

[7] *Los sertones*, segunda parte, "El hombre", capítulo IV. (N. del T.)

Uauá. El gobierno se alarma con el desastre, y días después sale de Bahía una nueva expedición de 200 soldados y 11 oficiales, al mando del mayor Febrõnio de Brito. Se da el episodio del camino de Cambaio y en seguida, en las puertas de Canudos, en nueva refriega, las tropas reculan, se baten en retirada, cuando la victoria parecía inminente. A pesar de las pérdidas, los *jagunços* son miles. Un milagro de Conselheiro se ha de consumar, ellos eran invencibles, contaban con la protección del *Bom Jesus*. Las tropas les habían traído un nuevo factor de victoria: las armas modernas que quedaron por los caminos.

Mientras tanto, alarmado con el conflicto e incapaz de comprender el aspecto social del mismo, el país se dejó llevar por el eslogan de "¡La República corre peligro!". La acción de los *jagunços* de Canudos, para las autoridades, para la prensa y, por lo tanto, para el pueblo, era un atentado contra la República; sebastianistas feroces, comandados por gente de la monarquía. Fue entonces cuando el gobierno ordenó la formación de una expedición oficial al cuidado del coronel Moreira César, célebre por su valentía personal, ¿y por qué no?, por su crueldad para lidiar con los enemigos. Moreira César zarpa, en Río, el 3 de febrero de 1897, y el día 8 del mismo mes ya estaba en la ciudad de Queimadas, en el interior de Bahía. Se lanza en un *blitzkrieg*. Sin conocer el terreno con el que iba a lidiar, la gente a la que enfrentaría, el terreno donde iba a marchar, lanza a sus soldados en una carga, al tiempo que los anima con la certeza de la victoria. Encuentra por los caminos un *mata passarinho*[8] y, para él, ésa es una táctica con la que combate el *jagunço*. Nada de descanso. La vista del Campamento, por fin, al cabo de un mes de haber salido de Río, convoca a las tropas a ir a almorzar en Canudos. Fue un desastre. Luego de entrar, Moreira resulta herido de muerte. Pasa el mando al coronel Tamarindo, quien da la orden de combate más singular: "Es tiempo de morir, cada uno cuide de sí", no sin antes parodiar pornográficamente la frase: "Yo sabía que esto me haría pedazos la retaguardia". Los *jagunços* desbaratan la expedición. Una vez que han muerto Moreira César y Tamarindo, el heroísmo de muchos, sin embargo, salva la honra de 1300 hombres, metidos en un infierno pavoroso que nunca imaginaron, seducidos por el hecho de venir por el optimismo del jefe. Un mundo de armas y parque cayó en manos de los *jagunços*, que se fortalecerán para llevar la lucha a proporciones inusitadas.

[8] *Mata passarinho*: mata pájaros. Se refiere al refugio hecho con la fronda de un árbol el cual, suspendido a dos metros del suelo, tenía capacidad para soportar y ocultar a uno o dos tiradores.

Los episodios heroicos dan testimonio de la valentía de ambas partes. Los nombres pasan a la historia y, junto a los de generales y coroneles, los de jagunços *valientes e indomables.*

En todo el país crece la agitación: la República peligra y urge salvarla. Acuden batallones provenientes de todos los estados: del Amazonas a Río Grande del Sur vienen fuerzas federales para la capital bahiana, para concentrarse en Queimadas, la entrada al sertón, al margen de la vía de São Francisco. La cuarta expedición la integran seis brigadas, al mando del general Artur Oscar [de Andrade Guimarães]. Dos columnas, una al mando de este último y la otra a las órdenes del general Savaget, avanzan sobre Canudos; la lucha que diera inicio en junio de 1897 se prolonga hasta octubre, en un proceso de aniquilamiento nunca antes visto. Los *jagunços* se defienden con una valentía, con una persistencia, con un furor que asombran. Por fin, Canudos es destruido, pero no se rinde, y todos sus defensores mueren bajo la metralla, el fuego, el degollamiento. Los vencedores llevan la victoria a los límites de la brutalidad. Y el cronista, que llegó a entender el drama de esa brava gente, enfatiza dolorosamente que aquello "no fue una guerra, fue un aplastamiento". Los episodios heroicos dan testimonio de la valentía de ambas partes. Los nombres pasan a la historia y, junto a los de generales y coroneles, los de *jagunços* valientes e indomables. Muerto Conselheiro, exterminada su gente, reducido su Campamento a escombros, su espíritu permanecería vagando por aquel escenario tenebroso durante muchos años. Canudos tardaría en ser un lugar habitado por seres humanos. Hasta 1909 surgieron las primeras casas. Hoy es un pequeño pueblo quieto en el que el crimen se limita al robo esporádico de cabras.

Atravesamos lentamente la plaza principal de Canudos, escenario de toda su vida tranquila. Algunas personas conversan por las aceras, otras escuchan por la radio el juego de futbol. Casitas pequeñas y limpias, uno que otro desván y la iglesia. Más allá, el pequeño barrio de casas de madera, perteneciente al personal [de la Inspetoria Federal] de Obras Contra as Secas. ¿Dónde quedaron los vestigios de la lucha que liquidó a miles de hombres y que puso a temblar al país de norte a sur?

La destrucción fue de tal magnitud que no quedó nada; apenas los cimientos de la iglesia vieja y casi nada del suelo de la iglesia nueva que levantara Conselheiro. En pie, como un testimonio acribillado por las balas, serena en el seco paisaje, una cruz erigida también por el *Bom Jesus*. Sufrió poco. Una inscripción de piedra en el suelo, visible, intacta: EDIFICADA EN 1893 POR A.M.M.C.[9] Y al pie de la cruz, los exvotos. Hay quien dice que fueron colocados en pago de las promesas hechas a la Cruz y a Antônio Conselheiro.



[9] A.M.M.C., iniciales de Antônio Mendes Maciel Conselheiro.

El piso a su alrededor está hecho de una infinidad de pedazos de teja, de "metralla", de la materia desintegrada de las casas: piedra, barro cocido, ladrillos. Después de cincuenta años, son ellos los vestigios de miles de casas. Y en medio de esta desolación, de las ruinas de la iglesia vieja y de la nueva, un viejo umbú, resiste los tiempos, las sequías, como resistiera la calamidad en 1897.

El mercado es un pequeño aglomerado en torno del almacén central. Ahí está expuesto lo que constituye el alimento esencial de esta gente: carne de res seca, azúcar morena de Ceará, harina de mandioca. Las frutas son escasas, y las verduras, una ficción. "Aquí no se da nada ya y cuando se quiere algo mejor se compra en Cumbe".[10] Junto, un grupo de mulas, los jumentos que constituyeran uno de los factores de la victoria de la cuarta expedición.

Los mercaderes, con sus sombreros de cuero, venden, compran, intercambian sus productos, repitiendo estas operaciones todos los lunes. "Todo es muy caro", dicen, "no se puede vivir de nada". Son los herederos de la valentía de los viejos *jagunços*, con cuyos sobrevivientes nos vamos topando, uno u otro, con el paso de los días.

En la aldea, la llamada civilización moderna aún no llega francamente —a pesar del cine—, mal ingresa por medio de los diarios de la capital, encuentra sus vehículos en las radios de uno que otro individuo mejor abastecido, en las dos escuelas existentes, o por intermedio de los camiones que pasan día y noche, atravesando los sertones de Bahía, Pernambuco, Ceará, para llevar artículos de primera necesidad y abastecer toda la zona, donde nada se planta porque nada crece de las piedras, sólo esta extraña y variada flora de cactáceas.

A trescientos metros del centro, un monumento a los muertos de Canudos, levantado por la IFOCS.[11] Una pieza enorme, la *Matadeira*, que once pequeños *jagunços* terminaran de destruir un día y otros diez pagaran con la vida su gesto heroico e inútil, se levanta sobre una plataforma de granito. Fue el terror de los fanáticos y el sino de la iglesia vieja cuando estalló, doblando a siniestro debajo de su carga poderosa. Impotente, negra contra el sol, su silueta domina por un momento las colinas, con un pequeño y bien cuidado cantero de cactus en su planta.

En la fría mañana, tan distinta al calor insoportable del mediodía y sólo comparable a la grata temperatura de las bellas noches de Canudos, recorremos los alrededores, las colinas, cada una de las cuales representan escenarios de luchas sin

[10] Ciudad que hoy se llama Euclides da Cunha.
[11] IFOCS: Inspetoria Federal de Obras Contra as Secas.

Le temen a la sequía, como ya le temen a los precios exorbitantes. Sin embargo, hay los que, por lo menos en la apariencia, son indiferentes a todo.

precedentes en los sertones brasileños: allá está Favela, arriba Mario, la sierra de Caipá. Vamos pisando las piedras del camino, filosas como navajas, sintiendo ya la tortura de un sol que escalda. Por el camino de Rosario, cruzamos los lechos secos de dos ríos, en donde unos pocos animales buscan inútilmente algún pozo de agua. Al cabo de caminar diez kilómetros damos con la cruz del coronel Tamarindo. A un lado está el pie de la caatinga, donde los *jagunços* colgaran su cadáver degollado, uniformado, abofeteado, como un espantapájaros siniestro con el que se toparían los soldados de la cuarta expedición. A su alrededor sólo se yerguen sobre el terreno piedras y folículos, como flora fantasmagórica. Al pie de la cruz, un arbusto seco que alguien plantó para adorno del túmulo de un jefe que, si bien dudó por la sorpresa de tener que asumir el comando de tropas ya derrotadas, supo morir honrosa y valerosamente.

El Vaza-Barris, que en los días de crecidas sube amenazador, arrastrando cachivaches a metros de distancia de su sitio, hoy es apenas un camino de arena, y aquí y allá aún ofrece la limosna de un pozo inmundo y salobre para que beba el ganado. "La sequía está horrorosa, este año está condenado", es la frase que escuchamos en todas partes. El hambre va a apretar, en este tiempo terrible de precios altísimos, de falta de productos, en un poblado a 420 km de distancia de la capital bahiana.

Estos rostros están intranquilos, conocen las privaciones que los esperan. Son mozos, jóvenes y muchas veces bellos, lindas muchachas sertaneras que desmienten encantadoramente las teorías sobre las vitaminas, con sus rostros de piel rosada o dientes brillantes, en una tierra en la que la harina de mandioca, la carne de res y el azúcar morena son la base de la alimentación. Le temen a la sequía, como ya le temen a los precios exorbitantes. Sin embargo, hay los que, por lo menos en la apariencia, son indiferentes a todo. Ya conocieron otras sequías, ya conocieron otras terribles privaciones, vieron a sus amigos, a sus familiares, a sus hijos y padres muertos, degollados: son los viejos sobrevivientes de la lucha de Canudos. ¿Qué son para ellos las desgracias del mundo? Se muestran indiferentes, serenos, tranquilos. Son veinte, tal vez treinta. Hablemos de ellos y con ellos.



Los sobrevivientes[12]

Entre los sobrevivientes de Canudos puede haber una mayor o menor reserva sobre Antônio Conselheiro; pero al cabo de

[12] "Roteiro de Canudos. 3. Depoimento dos sobreviventes", *O Cruzeiro*, 19 de julio de 1947, Salvador de Bahía, pp. 58-62, 36, 42, 52.

cincuenta años, no existe una opinión en contra: "El *Bom Jesus* fue un santo que sólo aconsejaba el bien".

—Nunca hizo mal a nadie —nos dice María Avelina da Silva, en su mutismo, en la gravedad de sus setenta años. La suya es una fisonomía impresionante. Observa como si se fijara a través del tiempo, como si no se interesara por las cosas reales. Su rostro es un auténtico laberinto de arrugas, de mucha vida vivida, por todos los horrores que conoce el sertanero. De negro, con un chal en la cabeza, en la puerta de su casa, María Avelina es reservada ante los presentes. Con nuestras preguntas, su pensamiento como que divaga, ajeno al medio ambiente. Cuenta, por fin, en sentencias breves, su historia corta y trágica, como la de todo sobreviviente de Canudos.

Cuando dio inicio la destrucción del Campamento de parte de las fuerzas de la cuarta expedición, María ya no vivía en el reducto de Antônio Conselheiro. Allí nació, vivió y contrajo matrimonio. Al empezar la lucha, se apartó de Canudos y se fue a vivir a la hacienda Pôtro-de-Cima, del doctor Paulo Fontes, antiguo juez seccional en la capital bahiana. Con la destrucción completa, se desplazó aún más lejos, hacia Cocorobó, otra hacienda también del doctor Paulo Fontes. Y años después, al regresar, ya empezaban a aparecer nuevas casas en el Campamento.

—¿De qué sirve continuar hablando de esas cosas? Ya pasaron. Estoy vieja y quiero morir en paz.

—¿Y el Conselheiro?

—Murió también, déjelo por la paz. Por él no había mal en el mundo. Lo persiguieron y ahí está la desgraciadera que ocurrió. No se siga metiendo con esas cosas, joven.

Francisca Guilhermina dos Santos es diferente, como una admirable sonrisa maternal, buena, acogedora. Con ella todos se sienten a gusto, no tiene prisa, el pasado como que no le pesa, como que no siente la amargura de la tragedia. Todo viene en una evocación mansa, en una tristeza pasiva:

—Yo tenía unos quince años cuando el cerco apretó al Campamento y, en lo personal, vi que no tenía más caso. Las tropas federales sólo dejaron abierto el camino de Uauá, mucha gente aprovechó y yo me fui a la hacienda Lagoado-Marí. Pocos días después llegó la noticia de la liquidación de los *jagunços*. No podía creer tanta desgracia junta. Ângelo dos Reis, un hacendado de aquí cerca, vino con veinte hombres, a reunir cadáveres, para enterrarlos. Fue mucho trabajo, pero la caridad del hombre era inmensa y dicen que, sólo viendo, hasta un niño vivo se encontró en medio de la podredumbre.

Francisca Guilhermina habla pausadamente. No concatena los acontecimientos, los cuales no llegan en orden cronológico, al responder las preguntas o al tomar la iniciativa ella misma:

Quien desee conocer a los sobrevivientes de la lucha debe llegar a Canudos el día del mercado. Algunos de ellos se presentan en la aldea, para vender o comprar, porque viven, en muchos casos, a leguas enteras de distancia.

—Yo veía a Conselheiro, al que todas llamábamos el *Bom Jesus*, hablando con suavidad, por la tarde, para el pueblo y sólo daba buenos consejos. Después vino la lucha, fue una desesperación, pero teníamos fe en el hombre y todo era por amor de Dios. Me acuerdo muy bien que nadie dudaba de la victoria, teniendo un jefe como él. Siempre que había barullo, nuestros hombres terminaban más armados. Al principio las armas eran unos juguetes, cosas hechas aquí mismo, traídas por los que llegaban a Canudos, pero después, con los enfrentamientos, la cosa mejoró.

”La pérdida de Moreira César fue una fiesta, los *jagunços* se hicieron de armas y parque como quien levantaba piedras de los caminos. No me olvido del coronel Moreira César. Lo balearon dentro de la aldea y murió más adelante. Cuando se difundió la noticia de su muerte fue una cosa muy rara. Yo había ido a recoger unas guayabas con unas compañeras y nos vinieron a llamar para que viéramos el cadáver. Estaba tirado ahí, un hombrecillo bajo, moreno, medio chueco, de pelo corto; el pueblo estuvo espiando tres días y tres noches. Los *jagunços* vinieron después a quemar el cadáver. Nadie podía creer que, un día, la desgracia viniese como vino.

”Pero cuando vino, vino. Al ver las cosas perdidas, el Conselheiro ordenó destruir propiedades en un radio de cinco leguas a la redonda para que los soldados no se avituallaran. Él ya no podía controlar la situación, por él no habría habido tanto horror. Yo lo oí, en una ocasión, hablar para el pueblo, decir que los hombres se debían rendir, porque si no ellos dejarían de proteger a los jefes. Pero de nada sirvió, Joâo Abade dirigió la lucha, bravo como sólo él.”

Uno de los jefes que Francisca Guilhermina recuerda con amargura e ira, una ira serena, es el negro Vicentão:

—Era un jefe muy malvado. Le bastó sospechar que Antônio da Mota, un comerciante del Campamento, estaba enviando cartas de denuncia para las tropas, para que lo matara junto a todos sus familiares masculinos. El hombre y los hijos fueron cazados y muertos sin piedad. Una mujer le mató a uno de los hijos, a palos, con una furia de la que nunca había oído hablar. Y Vicentão, luego, andaba de casa en casa, viendo si alguien lamentaba la muerte de Antônio da Mota, para matarlo.



Quien desee conocer a los sobrevivientes de la lucha debe llegar a Canudos el día del mercado. Algunos de ellos se presentan en la aldea, para vender o comprar, porque viven, en muchos casos, a leguas enteras de distancia. En el camino, en busca de la cruz del coronel Tamarindo, nos topamos con José Travessia. Su figura algo recuerda la de Don Quijote. No quiere que le tomen una foto, alega que se tiene que afeitar,

así va a salir feo. Suelta una carcajada sarcástica y dice que, además de tuerto, [aparecer] barbón es mucho para él.

—¿Por qué me llamo José Travessia? Se lo voy a contar. Mi madre atravesaba este fin del mundo, cuando sintió los dolores. Ahí mismo en el camino nací yo y nos fuimos a vivir por aquí cerca, en Barriguda. Tenía unos diez años cuando empezó a apretar el "negocio", la vida era un infierno. Las fuerzas llegaban, todo lo quemaban, con Artur Oscar se acabó para siempre Canudos. Me fui para el campo, comiendo *gravatá* y durmiendo al Dios dirá, para ver si escapaba con vida. Mi padre murió, luchando junto a João Abade, que era un hombre directo y con él no había cosa fácil. Incluso, cuando cayó el Campamento tuvo que prenderle fuego. En compensación, mi hermano, que luchó en serio, no salió herido ni siquiera mínimamente. Al acabar la lucha, regresé y no había nada, a no ser pilas y pilas de cadáveres degollados, pudriéndose. Fue un error volver a hacer la aldea en donde está.

Y respecto del morro de Favela:

—Todo lo que está ahí enfrente es un cementerio vivo. Un padre, tres años después de la lucha, decía que aquello había que cercarlo, cerrarlo y ponerle una cruz en la puerta. Canudos es un auténtico cementerio. Excave, va a toparse con huesos de difuntos.

Manuel Ciriaco viene bajando, despacio, del tinglado del mercado, con paso grave, imponente. El viejo negro tiene sus ochenta años, el pecho erecto como un muchacho de veinte. Se sienta junto a nosotros, acepta una taza de café, mueve lentamente el azúcar, pide permiso para darle el primer sorbo. Tiene el cabello blanco, como blanca es su barba, blancos sus enormes bigotes. Manuel Ciriaco deja a un lado la taza y habla. Tiene ochenta años contados, nació en Canudos y la primera vez que vio a Antônio Conselheiro todavía estaba muy chico.

—Llegó aquí, se estableció en una casa muy grande, en un local donde hoy está el tinglado del mercado, con las mismas ropas que siguió usando el resto de su vida. Vino de viaje, con su oratorio, se quedó unos doce días y continuó hacia Cumbe, donde predicó. Era una persona infatigable, hizo mucho por todo este sertón. De ahí se fue para Monte Santo, a hacer reparaciones en la iglesia y construir los muros de la subida de la Divina Santa Cruz. Trabajó unos meses y se fue para Uauá. Fue cuando, en Natuba, en donde había subido una facción y caído otra, poco antes, el prefecto Chico Dantas, con ostentación de fuerza, comenzó a cobrar impuestos. El Conselheiro estaba en la tierra y el pueblo, sin oír al *Bom Jesus*, se fue a enfrentar a las autoridades de Chico Dantas, sin darle importancia al cobro y desafiando al hombre. El prefecto, empavorecido, pidió

El Conselheiro estaba en la tierra y el pueblo, sin oír al Bom Jesus, *se fue a enfrentar a las autoridades de Chico Dantas, sin darle importancia al cobro y desafiando al hombre.*



refuerzos a Bahía. Fue cuando dijo el Conselheiro: “Ustedes van a sufrir por esto, pero yo, que cuido de ustedes, me quedo para protegerlos”. Cuando los soldados llegaron a Masseté ya los *jagunços* habían reunido tanta gente, que daba miedo: los masacraron. De ahí en adelante el poder del Conselheiro aumentó, pues el gobierno se hizo el blando: si se hubiera tomado en serio el “negocio”, la perdición de aquellos tiempos habría sido una tontería.

Existe la preocupación, siempre visible, de declarar inocente a Antônio Conselheiro: Manuel Ciriaco narra con precisión las fechas, que casi siempre coinciden con las de Euclides, por ejemplo. Es un cronista de su gente. Habla con seriedad, citando año, mes y hasta día.

—Canudos se hizo fuerte y de todas partes acudía el pueblo a escuchar la palabra de Conselheiro. Fue cuando en 1895 vinieron unos padres y hablaron con el *Bom Jesus*. Éste los recibió con suavidad. ¿Y no pasó que estos hombres pagaron la hospitalidad yendo a predicar al pueblo en contra de Conselheiro? Ahí el pueblo se corrompió y, si no hubiera sido el Conselheiro, la cosa habría ardido. Se expulsó a los padres y casi no regresan a su tierra, a donde fueron a alborotar lo que estaba quieto. Luego fue la gresca de Juazeiro,[13] que no dio la lucha de Uauá. Del norte vino un espía a avisar que las tropas venían en camino a acabar con Canudos. La *jagunçada* se acuartеló y, de madrugada, llegamos a Uauá, donde la cosa estuvo bien hecha. Joven que no caía muerto, corría entre los cardos que daba pena.

—¿Y las armas?

—Al principio eran tonterías de nosotros mismos. Pero luego de esta expedición y de la de Febrônio la cosa mejoró. De esta última nos hicimos de armas que no se conocían en el sertón. Los soldados las dejaban tiradas, una suerte para los *jagunços*. El personal empezó a entrenar con ellas; trataban de quebrar una botella a un kilómetro de distancia. Después fue Moreira César. Éste parecía que sólo había venido a entregar aquel despropósito de armamento a los *jagunços*.

Flanqueado por dos compañeros, Manuel Ciriaco suelta una carcajada clara y gustosa.

—A su mozo ese Moreira César ya lo había “encomendado” para morir. No fue el *jagunço* quien lo mató a él, no. Una viuda, cuyo marido había sido asesinado por él, mandó a un soldado vengar al finado. Cuando Moreira entró, como un loco, hacia el interior del Campamento, nadie disparó contra el hombre, de allá no salió un solo disparo. El soldado fue quien

[13] Ciudad en el norte de Bahía, sobre la ribera del río San Francisco.

aprovechó y disparó. Ésta es la historia verdadera y puede repetirse por doquier.

Y sigue:

—Fue un presente para los *jagunços*. Se llenó una casa grande sólo de armas y parque, un hecho jamás visto. Debido al final de la guerra es este asunto de decir que la gente recibía armas de fuego, una tontería. Uno u otro amigo de Conselheiro, y que mandaba así fuera desde un grado, un regalo. Pero para llenar hasta el cuello, sólo Moreira. Y no era sólo eso: una riqueza de arrieros, de plata, de dinero suelto por el desierto, en fin, todo.

Vino luego la lucha: Moreira César tirado, muerto, debajo de un umbú. El coronel Tamarindo también pereció esa vez. Se cuenta que el hombre decía palabras feas, yo no lo sé, no lo oí. Hoy está sepultado en la cruz del camino. Si fue feo lo que pasó, fue gracias a él.

Manuel Ciriaco narra los acontecimientos sobre la cuarta expedición, con una minucia de días y horas.

—No me quedé hasta el final. Las dos fuerzas del general Artur Oscar y del general Savaget enfrentaron a los *jagunços*, los cuales luchaban sin temor. Recuerdo muy bien lo que fue el fuego de Cocorobó. El 26 de septiembre ya se sabía que todo estaba perdido, pero ninguno aflojó. Hasta yo sabía que Antônio Consehleiro ya estaba muerto. Dicen que fue de una dolencia en el estómago, aunque antes se hubiese tirado de la nada en el pie. El día 26 logré salir del Campamento con unos familiares míos y en esta toma salió también Vila Nova, un amigo con cualidades, un hombre nada menos. En Jiquí conseguí dejar a Vila Nova con una persona de confianza y continué mi viaje para poder resguardarme mejor. Supe que la lucha había terminado, que no había quedado nadie. Los soldados derrumbaron todo, echando fuego, cortando cabezas.

Días después regresó a Canudos. “Era un horror”, asegura Manuel Ciriaco.

—Era de dar miedo. La descomposición olía a leguas de distancia, la gente veía correr a los gusanos en los cadáveres y los buitres formaban nubes. Todo abandonado, a nadie se sepultó. Fue cuando Ângelo dos Reis, por caridad propia, trajo unos hombres y enterró ahí mismo a los *jagunços* muertos. Todas esas colinas que ve el señor están llenas de huesos de tiradores. Se acabó Canudos y durante unos diez años no se vino aquí más que de paso. En 1909 no había ninguna casa. Y la gente que se salvó vivía por las haciendas, el mercado más cercano estaba en Riacho de Pedra.

Ciriaco habla de las dificultades de los tiempos actuales, la sequía asolándolo todo, la tierra de Canudos que no da para nada:



En los últimos días, yo estaba en el reducto, vi la campana mayor reventar bajo las balas, golpear contra las piedras al caer. Hoy nadie sabe con certeza el destino de la campana, que se escuchaba a una legua en todas estas inmediaciones.

—Del tiempo del Conselheiro no me gusta hablar por no pasar por mentiroso, había de todo por estos alrededores. Daban de todo y hasta caña de azúcar, de pelar con la uña, se daba bien por estos rumbos. Verduras en abundancia y lluvias a voluntad—. Y melancólico: —Ese tiempo parece mentira.

Vuelta a hablar de Antônio Conselheiro y Manuel Ciriaco hace el elogio sin reserva del *Bom Jesus*.

—Hombre bueno y respetuoso. La mujer para él era de respetar, y mucho.

Desmiente la versión de que Conselheiro contemporizaba con los atentados a la moral de las jóvenes, alegando que ellas debían "saber del árbol del bien y del mal".

—Es falso. Toda falta es atrevida, cuanto más la desaparecida...

Manuel Ciriaco habla sobre su vida actual.

—Dios me ayudó. Comencé a criar unas cabritas, pero vino la sequía. En 1932 apareció aquí el ingeniero Luis Vieira, quien me prometió un empleo en los trabajos que se iban a iniciar. Tomé el trabajo y luego me jubilé. Se va viviendo, tengo mi mujer, ya vieja, para dar cuenta...

Francisco Cardoso de Macedo concuerda con Manuel Ciriaco; con un gesto, confirma lo que el negro viejo va contando. Ahora él toma la palabra y cuenta su historia, coincidiendo muchas veces con la de Ciriaco.

—Yo ya tenía 32 años cuando el enfrentamiento grande. Tenía una familia hecha, viviendo a una legua de aquí, en la hacienda de Angico. De vez en cuando venía aquí a saludar al Conselheiro, a escuchar sus consejos, sus pláticas, le tenía mucho respeto. En sus charlas, el *Bom Jesus* preveía los acontecimientos y hablaba contra el nuevo régimen de la República. No digo que yo tomara las armas, pero serví a nuestro jefe. En los últimos días, yo estaba en el reducto, vi la campana mayor reventar bajo las balas, golpear contra las piedras al caer. Hoy nadie sabe con certeza el destino de la campana, que se escuchaba a una legua en todas estas inmediaciones.

"Muchos podrían estar contando la historia de Canudos, aquí mismo, puesto que se salvaron, mujeres y niños principalmente. Pero después del exterminio los llevaron a la capital. Unos regresaron, otros no. De aquellos tiempos, hay pocos aquí; somos unos veinte".

La vieja María Guilhermina de Jesus se limita a mostrar una cicatriz enorme, debajo del mentón.

—Nací y me crie dentro de Canudos, en donde permanecí hasta el fin de la lucha. En el último combate, una pieza cayó adentro de la casa y el estallido me hirió en el cuello, ahí donde ve el señor. El "curandero" del Conselheiro hizo sus curaciones;


Organos Periodísticos y Radio-Difusión de nuestras Colonias en México.

Audición Libanesa

Escuche Ud. todos los días de 9 a 10 p. m., en la X E B M. (Heraldo del chocolate Abuelita), 1470 K.c., el único programa musical árabe.

Director: SALIM ABUD

Regina 137-15 Apartado 1900 Tel. 12-62-13 México, D. F.

Revista EMIR PUBLICACION MENSUAL DE CULTURA

"Emir", fué fundado el 1o. de Junio de 1937.

Director Gerente: Lic. ALFONSO N. AUED. Apartado Postal No. 7688

México, D. F.

AL-FARAED

Las Gemas

Periódico Semanal

Correo Mayor 60 Dep. 1

Tel. 18-30-02 México, D. F.

Jefes de Redacción: Julián Nasr y David Chartuni

AL GURBAL Revista Cultural.

MEXICO, D.F.

Pasaje Yucatán No. 22 Desp. 241

México, D. F.

"AL KUSTAS"

Periódico Semanal

Propietario y Jefe de Redacción: ALFREDO ELIM

Avenida Uruguay No. 110 Desp. 2

Teléfono 13-44-44

México, D. F.

después de cuatro días en cama pude huir a Simão Dias. Me quedé por allá diez años.

A una pregunta nuestra responde:

—La mujer en Canudos no peleaba y no me acuerdo de haber visto gente de faldas agarrando un arma de fuego. Pero nosotras ayudábamos mucho. Cuando se dio el sitio de Canudos, yo tenía 25 años. Me acuerdo bien de Antônio Conselheiro, hombre muy bueno y no había a quien no le gustara. Hombre sabio, entendía cómo enseñar las cosas como nadie, era un gusto ayudar en sus obras. Trabajé cargando piedras para la iglesia nueva, trayendo cal de Vargem, a nueve kilómetros de aquí. Cuando la carga era muy pesada, bastaba con que él la tocara para que la gente creyera que pesaba poco. Había mucha fe en el Conselheiro y era una felicidad escuchar sus enseñanzas, pues sólo predicaba para el bien.

Hui por el camino a Uauá. En los últimos días la gente escuchaba a los soldados gritar que "quien no quisiera morir que saliera por el camino a Uauá, que estaba abierto". Nos salimos, pues además de estar herida, me enteré que *Bom Jesus* había muerto. Ya no había ninguna esperanza de nada.

La seriedad de María Gilhermina contrasta con el espíritu alegre de Idalina María de Conceição, viejita de ochenta años.

—Ya estoy vieja y ya no puedo decir nada, no. ¿Quiero saber de esos tiempos, donde sufrí tanto?

Idalina vive rodeada de su familia, de hijos y nietos.

José Ciriaco también tiene poco que decir. Hermano de Manuel Ciriaco, contrasta con él por su piel blanca.

—Lo que dijeron los otros está muy bien dicho. Asistí en toda esa lucha. Poco tengo que añadir.

Quedó de regresar por la noche para conversar. José Ciriaco vive lejos, no lo volvimos a ver.

Y luego el espectáculo de la vida sin fin del viejo Mariano. Cuando la lucha arreció en Canudos ya era un hombre maduro: tenía cincuenta años. Se cuenta que fue un viejo sin miedo, dispuesto, bueno con el rifle. Hoy el negro tiene cien años, vive de la caridad ajena, viviendo en el fondo de la casa de José Marcionilo, durmiendo en una estera, sin ya poderse poner de pie. Mientras tanto, a pesar de ser centenario, conserva una lucidez perfecta. El viejo Mariano, con su expresión dolorosa, como que no se percata de nuestra presencia. A muchas de nuestras preguntas no responde, o lo hace con monosílabos evasivos, como evitando comprometerse, como quien responde a un interrogatorio policial. Se tiene la impresión de que ya perdió la razón. Pero cuando afuera del cuchitril alguien susurra que él mató a mucha gente, viene la respuesta enérgica:

—¡Yo no maté a nadie, no!

—¿Participó usted en los combates?



—No.

—¿Ayudó a Conselheiro?

—¿Quién no lo ayudaba?

—¿Estuvo todo el tiempo con él?

—¡Antes de que terminara la lucha fui a *Bom Conselho*!

—¿Qué hay de Conselheiro?

—Sólo podía ser un santo. No mandaba matar, no mandaba mentir, no mandaba robar. Sólo llevaba al bien. El que se quiso desgraciar, se desgració...

—¿Y después de la lucha?

—Regresé a Canudos, fui uno de los primeros que regresó por estos lugares, en donde antes no faltaba el verde de las hojas. Hoy la sequía es todo el año.

—¿Casado?

—Tengo mujer.

En ese momento, María Mariano venía llegando del mercado, donde gente piadosa le da de comer. La mujer del viejo se asusta. —¿Qué quieren con él? —pregunta en seguida. Al saber de qué se trata, se tranquiliza. También se rehúsa a hablar, dice que no participó en nada, apenas acompañaba a su viejo.

—Dejé a mi padre y a mi madre por el amor que le tenía. ¿Por qué lo iba a dejar? Me quedo con él hasta el fin —y María Mariano miraba a su marido centenario con una expresión de suavidad y de ternura, como si fueran amantes de veinte años de edad.

Todavía hay más sobrevivientes en Canudos, algunos de ellos vienen poco a la aldea. Nos vimos con la vieja Teodora, María Ernesto, la vieja Mamede, el viejo Cardoso, Estanislau y una mujer, el viejo Broegas, Antônio Pinto y su mujer, Josefina. También con la longeva Vareza de Ema, aún vive el negro Pedrão, que Euclides menciona como uno de los dos choferes, como "el terrible defensor de Cocorobó". Silva Lima, ingeniero en jefe de las Obras Contra as Secas, tuvo la amabilidad de mostrarnos una declaración de Pedrão. Viejo, encorvado, vive arrastrándose, y, según sus palabras apenas participó en el combate de Cambaio. Dice que el defensor de Cocorobó fue el Chiquinho de María Antônia, que el doctor Silva Lima cree que se trata de Chiquinho Mota, referido por Euclides. En cuanto a los demás, sus actividades fueron apenas misiones particulares de Conselheiro, "funciones de retaguardia". En su vejez, Pedrão combatió a Lampeão y fue funcionario de Obras Contra as Secas.



En pocos años, la mano de la muerte se posará sobre estas cabezas encanecidas; dejarán de latir estos corazones donde rugiera el demonio del odio. Y sus historias las contarán sus hijos, sus nietos. Los viejos como Mariano, Pedrão, Guilhermina,

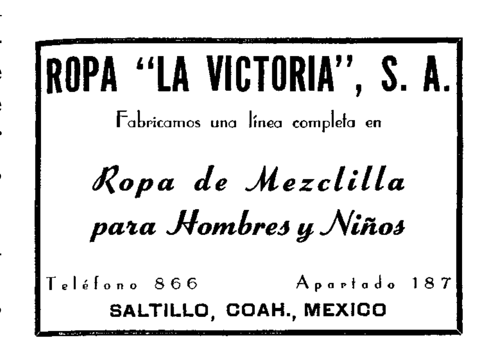
inmortalizados en las páginas de *Los sertones*, serán sombras de un pasado que nunca más se repetirá.

Monte Santo[14]

Al llegar a Monte Santo, en una mañana agradabilísima, nuestra impresión es diferente a la de Euclides da Cunha, cuando se detuvo allí con las tropas federales, cuarenta años atrás. En lugar de un "poblado de aspecto repugnante" del que habla el autor de *Diário de uma expedição*,[15] lo que vemos es una localidad tranquila, con sus pequeñas casas de un colorido encantador, golpeadas por los primeros rayos del sol. Allí está la plaza, el tamarindo, la iglesia principal, el viejo desván que fuera sede del cuartel general, hoy prefectura y cárcel pública al mismo tiempo. Es como un gigante la sierra de Piquaraçá, en donde el fanatismo religioso construyó la famosa *vía sacra* a través de obstáculos considerados aún hoy como insuperables.

Monte Santo queda a cuatrocientos kilómetros de distancia de la capital y es todo un capítulo en la historia de la lucha de Canudos, como lo fueran las "expediciones" en busca de minas de plata y de piedras preciosas. La sierra, inmensa y solitaria, visible a leguas de distancia, en un panorama majestuoso, como lo vimos entre Cumbe y Monte Santo, en la naturaleza más árida y más sencilla de los sertones de la zona, fue protagonista mudo de las "expediciones" famosas de Roberto Dias, y antes, de su padre Belchior Dias Moreira. Y cuando centenas de años después las expediciones militares recorrían el sertón bahiano para destruir el reducto de Antônio Conselheiro, Monte Santo fue de nuevo un paso obligatorio, a base de operaciones, ingresando a la historia por la pluma de Euclides da Cunha, quien atravesó una amplia región con la ilusión de un oasis refrescante y llegó sólo al poblado para expresar su horror por la localidad, donde "cuesta admitir las posibilidades de vida en medio tan estricto, exiguo y miserable".

Se recorren cincuenta años después de la estancia del gran escritor, "allí donde se tiene la sensación aplastante de la inmovilidad del tiempo". Puede ser que todo haya cambiado, que "aquellas callejuelas que más parecían inmensas cañerías de cloacas, sin aplanar, destruidas", hayan desaparecido para dar lugar a la aparición de casitas modestas, limpias, azules, rojas,



[14] "O Calvario dos sertoes baianos", *O Cruzeiro*, 27 de marzo de 1948, Salvador de Bahía, pp. 52-58.

[15] Euclides da Cunha, *Canudos (Diário de uma expedição)*, Río de Janeiro, Livraria Jose' Olimpo Editora, 1939.

En toda su superficie, hasta la punta, existen veinticuatro capillas que representan los pasos de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, en un camino de piedras que, al decir de Euclides, es "un milagro de ingeniería tosca y audaz".

blancas, rosas, en contraste con el verde oscuro de la sierra. Pero no. Me cuentan las personas de esa época que nada ha cambiado, que tal vez las casas ahora estén más limpias, pero que las calles son las mismas, la iglesia es la misma, y la plaza y el tamarindo.

Recorro lentamente, en una mañana fría, las calles pequeñas y estrechas, donde miles de soldados se apretujaban, en una falta enorme de espacio, en promiscuidad con los habitantes del lugar, muchos de ellos tal vez precursores de la quinta columna, saliendo furtivamente hacia el interior de Canudos, llevando informes. Observo la plaza desierta y veo una visión de aquellos tiempos, recibiendo los heridos que venían del teatro de la lucha, enfriando entusiasmos, haciendo creer a la población la invencibilidad de Conselheiro.

Enfrente, dominando nuestra mirada, como ya lo venía haciendo kilómetros atrás, la sierra famosa. El poblado, a sus pies, desaparece mezquino, ante lo abrupto del monte que parecería convertirse en el Calvario de los sertones nordestinos, para donde van todos los años multitudes de decenas de miles de personas, durante Semana Santa, o los miles todos los sábados.

En toda su superficie, hasta la punta, existen veinticuatro capillas que representan los pasos de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, en un camino de piedras que, al decir de Euclides, es "un milagro de ingeniería tosca y audaz".

Y es al gran señor del paisaje sertanero a quien apelamos para no describir aquí:

> Quien sube la extensa vía sacra de tres kilómetros de longitud, inclinada desde la base hasta la cima de Monte Santo, comprende bien la tenacidad incoercible del sertanero fanatizado. Resulta difícil de concebir el esfuerzo realizado para el levantamiento de esa maravilla de los sertones. Protegido a ambos lados por muros de mampostería capeada de un metro de alto por uno de ancho en ciertos puntos la calzada, teniendo nosotros como suelo la roca viva, ese camino notable por el que han rezado las letanías las grandes procesiones de cuaresma y por el que han pasado incalculables legiones de penitentes, es un milagro de ingeniería tosca y audaz.

Y continúa:

> Comienza embistiendo de frente contra la montaña, siguiendo la normal del declive máximo, con una rampa de cerca de veinte grados; en la quinta capilla, dobla a la izquierda y prosigue con una inclinación menor; gira más

> adelante, bruscamente, a la derecha, en una disminución continua del declive hasta el seno más bajo, una especie de garganta de espigón. Continúa por éste, de manera horizontal, por cerca de doscientos metros hasta enderezarse de nuevo, atacando al final contra la última subida escarpada y dilatada hasta Santa Cruz, en lo alto. Una cosa asombrosa. Tiene tres mil metros aproximadamente, y, en ciertos segmentos, fue raspada en la roca durísima y áspera.

La pequeña expedición dirigida por el viejo Josias Peixinho, que desde niño es el custodio de las veinticuatro capillas, subimos lentamente la *vía sacra*. Todos los sábados sube el monte para abrirlas a los peregrinos que vienen de todas partes. Vienen de los sertones de Bahía, de Ceará, de Pernambuco, de Minas, de Algoas, a visitar Santa Cruz, en la punta del cerro. Y a la pregunta menos avisada de un compañero, si aquello era obra de Antônio Conselheiro, Peixinho responde rápido: —Para nada. La Santa Cruz de Monte Santo es obra de fray Apolonio de Todi, hoy en la gracia del Santísimo.

Fray Apolonio de Todi fue un gran evangelizador de nuestros sertones, bien distinto a los capuchinos que prometían a las poblaciones temerosas nada menos que el fuego de los infiernos. Apolonio de Todi, no; era de voz suave y persuasiva, sabía sacar provecho de todas las buenas oportunidades. Iba de una localidad a otra, al mando del obispo de Bahía, quien conocía con toda certeza la importancia de tan buen pastor.

En alguna ocasión, el padre fue invitado para predicar las santas misiones en la hacienda Lagoa da Onça, perteneciente a un latifundista, Francisco da Costa Tôrres, la cual no hacía lo que debía a falta de agua. Se marchó entonces la peregrinación a otro local, en donde había agua abundante y cristalina, cosa rara en esos parajes. Fue a la sierra de Piquaraçá adonde, en atención a los "grandes ruegos", el padre llegó en octubre de 1785, quedándose alarmado con la pobreza del cuchitril que constituía la llamada casa de oración. "Me quedé confundido", describe, "pero Dios me inspiró, pues al otear esa sierra la encontré parecida al Calvario de Jerusalén, luego empecé a levantar una capillita de madera y a hacer un buen enrejado para decir misa y al mismo tiempo mandé cortar troncos de masilla y de cedro, porque en este monte, que medido, sólo le faltan 300 para una legua, los pasos de Nuestra Señora de los Dolores y de Nuestro Señor". Al padre no le costó trabajo conseguir una colaboración inestimable, sobre todo de carpinteros y de albañiles. Una vez hechas las cruces, todas benditas, las fueron colocando en las respectivas distancias que "mandan los sumos pontífices".

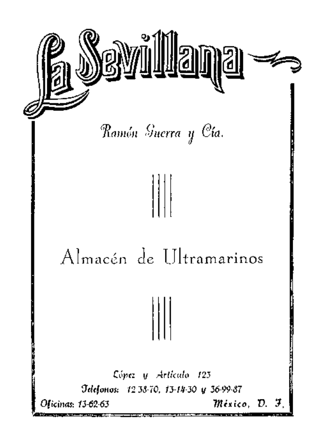


Se habría de dar el milagro revelador: cuando una gran multitud se desplazaba por la depresión existente en la cordillera de la sierra, se levantó un "huracán de viento, tan violento, que no sólo apagó las linternas que cada quien traía, sino que fue preciso tirarse al suelo, sobre todo las mujeres que venían atrás". El pueblo se asustó y fray Apolonio gritó, tratando de aplacar con su voz el clamor de las tempestades, que invocaran a Nuestro Señor del Amparo, que hicieran la señal de la cruz y, al hacerlo, todo acabó de repente. En lo alto, el padre dio un sermón de penitencia y exhortó a la multitud a invocar, también, la Santa Cruz y, al mismo tiempo, dejar de llamar a la sierra de Piquaraçá, para denominarla Monte Santo.

Una vez que fray Apolonio se fue, al día siguiente, al pueblo de Mirandela, "comenzaron a aparecer a lo largo de las cruces arcoíris de cinco colores: azul, amarillo, blanco, violeta y rojo", lo que hizo que el pueblo volviera al Monte para visitar las cruces santas y al besarlas "vieron entonces que sanaban los que estaban enfermos". Es fácil evaluar la extensión de las noticias de los milagros. Acudieron legiones de enfermos que iban a subir la abrupta cuesta para besar los "pasos", invocar la Divina Santa Cruz. Y Monte Santo vio crecer su población enormemente con quienes venían de todos los reductos a curar sus males.

Fray Apolonio regresó y empezó a construir las capillitas y la iglesia en lo alto, "lo cual se hizo fácil y rápidamente, porque el pueblo, lleno de fervor y ayudando Dios en todo al pueblo, se hizo lo que nunca se pensó". Y cuando él se fue para siempre rumbo al sur a "evangelizar y confirmar", Monte Santo ya era feligresía por decreto de 1790 de Su Majestad.

Subimos con un esfuerzo físico enorme, pensando en aquellas palabras de fray Apolonio de que aquello se hizo "fácil y rápidamente [...]". El hecho curioso es que en el mismo lugar en que durante la famosa procesión se levantó el "huracán de viento", el ventarrón casi nos arrastra. Coincidencia, o tal vez es un lugar en el que los vientos permanentes tienen esa enorme fuerza.



En cada capilla de los pasos hay enfrente de la Cruz colocada por fray Apolonio un panel alusivo al Pasaje de Cristo. Pintado sobre hojalata, por un artista anónimo, cada cuadro es una sorpresa desconcertante. Hay tal fuerza en la expresión, un colorido ingenuo que muchas veces recuerda los colores tan brasileños de Cicero Dias, que nos distraen de la belleza del paisaje, nos dejamos atrapar por esa muestra admirable de arte popular. Se ven ahí los soldados, las mujeres, María, María Magdalena, Pilatos, con expresiones maravillosas, que tal vez envidiarían pintores eruditos. Y el Cristo, en muchos de

los paneles, asume una grandeza que nos hace recordar a los Cristos de Rouault.

Y a medida que subimos esta inmensa muralla china, transitando los "pasos", descansando exhaustos en cada uno de ellos, la vista se extiende infinita y soberbia. Allá abajo, recortada como un pequeño tablero de ajedrez una pequeña ciudad, con sus manchas verdes alrededor, único refresco en aquel amplio panorama, de centenas de kilómetros, árido, seco, cenizo, inmenso.

Después de la última pendiente abrupta, se llega a la cima, en donde se encuentra la capilla grande, bajo la invocación de la Divina Santa Cruz. Se restauró hace cerca de diez años y su fachada quedó desfigurada por un pseudoestilo desafortunado y disonante con la arquitectura sencilla de las demás capillas. En el atrio, una infinidad de exvotos de madera, cabezas, brazos, piernas, troncos, en una confusión, que recuerda las fotografías de los cadáveres de los campos de concentración nazis.

Allá adentro, en Santa Cruz, cubierto con un manto blanco, el Señor Muerto, y Nuestra Señora de la Soledad, que el pueblo un día vio derramar lágrimas de sangre, apiadada del cansancio de Antônio Conselheiro, después de subir el Monte Santo, una peregrinación nocturna más dramática que la de fray Apolonio de Todi.

Jadeantes, apenas pudiéndonos sostener en pie, casi indiferentes al panorama nunca visto por nuestros ojos, leemos el libro de las visitas que el guía nos da a firmar. Vemos que el vicario consideró un milagro de Santa Cruz el que la Columna Prestes no atacara la ciudad. Ahí está la totalidad del registro del padre Berenguer: "Al asaltar los revolucionarios de la Columna Prestes este Estado, la Divina Cruz operó el gran milagro de librar a esta feligresía del asalto de esa banda de insubordinados, haciendo que ellos no traspusieran los límites de esta feligresía; entonces, en acción de gracias, el día 3 de mayo de 1926, canté una misa en esta capilla, haciendo traer al templo un trío. En esta fiesta de gracias a la Divina Santa Cruz comparecieron más de dos mil personas. El padre Francisco Berenguer, vicario de la feligresía". En esta época hay registradas numerosas visitas de oficiales y soldados del Quinto Batallón Paulista, que combatió la Columna Prestes.

En otra ocasión, un poeta no se contentó con la majestad del ambiente y de la región y perpetró un soneto como hiciera el señor Godofredo Góis, terminando así:

E confiante em ti, ó Cruz Sagrada
Eu seguirei cumprindo o teu fadário
Sê o farol divino em minha estrada.

Jadeantes, apenas pudiéndonos sostener en pie, casi indiferentes al panorama nunca visto por nuestros ojos, leemos el libro de las visitas que el guía nos da a firmar.



Centenas más agradecen los favores recibidos, el alivio de males, la aprobación de exámenes, la titulación de médicos o las licenciaturas realizadas.

Un día la ciudad despierta indignada: unos ladrones robaron los dos cofres de limosnas y, lo que es más, robaron un cordoncillo de oro de Nuestra Señora de la Soledad. Vemos el registro que hizo el vicario el 17 de julio de 1929. Alza la voz: "¡Un crimen! ¡Un tremendo sacrilegio! ¿Dónde estabas, Cruz Divina, que no castigaste al profanador de tu santuario?". La indignación del padre es tal, que llega a decir que le faltó poder a la Santa Cruz para castigar al malhechor, "cadáver ambulante, monstruo oculto bajo una apariencia humana". Pero él mismo contesta que no, apela a la caridad divina, pero que la justicia no fallará. Nos cuenta el guía Peixinho que se dio con el ladrón: él y un hermano suyo fueron autores del sacrilegio; lo soltaron para ir en busca del hermano, el dinero y el cordoncillo. La autoridad policial aceptó de buena fe y los cacos, al día de hoy, no han regresado.

Uno de nosotros insiste en la pregunta:

—¿Entonces Antônio Conselheiro nada tiene que ver con Monte Santo?

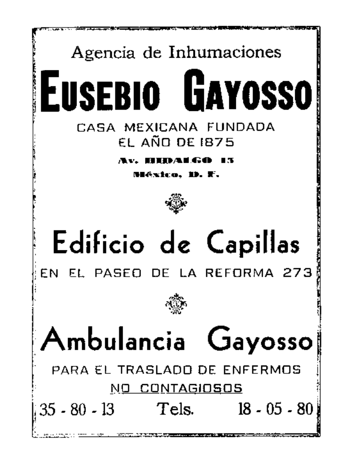
—Sí lo tiene. El Conselheiro ejerció y aún hoy ejerce su influencia por estas centenas y centenas de leguas en torno a su viejo reducto. Monte Santo escuchó su palabra, él también subió su *vía sacra*, con su legión de penitentes, viendo el "milagro" de Nuestra Señora de la Soledad, que derramó lágrimas de sangre al ver al *Bom Jesus* cansado y jadeante. Son obra suya las murallas encaladas en la subida hasta la primera capilla. Llegó y vio los estragos, convocó a su gente, a su multitud de fanáticos y levantó los muros laterales que protegen la subida.

Nos dice la vieja María Espírito Santo do Bomfim:

—Si el "barullo" no hubiera alejado al Conselheiro de nuestra tierra, las mejoras habrían llegado hasta la cima. Nada tengo que decir del hombre que vi, predicando el bien allá, en la cumbre. En aquel tiempo, otras eran las cosas, el pueblo era muy bueno. Después vino la guerra, yo vi las tropas pasar rumbo a Canudos, los soldados volviendo heridos, una cosa sin sentido.

Volvemos una vez más para observar el panorama de la sierra de Piquaraçá, con su impresionante *vía crucis*.

La presencia de Antônio Conselheiro, cincuenta años después, era fuerte y viva, por encima de la inmensa muralla, como ha sido por todos los alrededores de los dramáticos sertones de Bahía.



Construyendo la nación... con una enciclopedia

Antonia Pi-Suñer Llorens*

Resumen: El artículo analiza el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, publicado en la Ciudad de México entre 1853 y 1856; se trató de la reimpresión de una enciclopedia española, publicada pocos años atrás, que llevaba el mismo título. En la edición mexicana se incluyó gran cantidad de entradas sobre historia, geografía, estadística, biografías de personajes ilustres, religión, costumbres y tradiciones de México, escritas por cerca de cincuenta connotados literatos. La tesis central del artículo es que dicha obra monumental respondió a la necesidad de crear un imaginario de nación, indispensable en aquel periodo —tras la derrota ante la invasión estadounidense—, que expuso la falta de cohesión e identidad nacional.
Palabras clave: México, imaginario, identidad, proyecto-cultural, nación católica.

Abstract: The article analyzes the *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, published in Mexico City from 1853 to 1856, which was a reprint of a Spanish encyclopedia, published a few years earlier, with the same title. The Mexican edition included a large number of entries on history, geography, statistics, biographies of illustrious persons, religion, and customs and traditions in Mexico, written by close to fifty distinguished men of letters. The central thesis of the article is that this monumental work responded to the need to create an imaginary of the nation, which was indispensable at that particular moment, after the country's defeat in the U.S.-Mexican War that showed Mexico's lack of unity and national identity.
Keywords: Mexico, imaginary, identity, cultural project, Catholic nation.

Fecha de recepción: 10 de febrero 2016
Fecha de aceptación: 19 de marzo 2016

Corrían los primeros meses de 1853 cuando el periódico *El Universal* anunció la publicación del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* (*DUHG*). Esta empresa, a decir del diario, era un verdadero acontecimiento, pues, como otras similares en el mundo, estaba llamada a cambiar "el aspecto moral del país derramando entre sus habitantes nuevos rayos de luz, abriendo nuevas puertas a la inteligencia y preparando nuevos caminos a la civilización". En ella colaborarían todas las notabilidades literarias, que, estimuladas por los beneficios que pudiera hacer a su patria una obra de esa envergadura, se consagrarían al estudio de su historia y de su geografía y a recoger las noticias estadísticas que, hasta ese momento, eran tan escasas. Si eso era "una garantía de buen éxito para la empresa", también era motivo de "hermosas esperanzas" para toda la nación por las consecuencias que tendría para "la buena marcha de la administración pública".[1]

El 23 de abril, el mismo periódico publicó el prospecto que ya circulaba entre el público. En él se anunciaba la próxima aparición del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía, obra dada a luz en España por una sociedad de*

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

[1] *El Universal*, Ciudad de México, 22 de marzo de 1853.

literatos distinguidos y refundida y aumentada considerablemente para su publicación en México, con noticias históricas, geográficas, estadísticas y biográficas sobre las Américas en general y especialmente sobre la República mexicana. Sus colaboradores permanentes serían Lucas Alamán, Juan Nepomuceno Almonte, José María Andrade, José María Bassoco, Joaquín Castillo y Lanzas, Manuel Díez de Bonilla, Joaquín García Icazbalceta, Francisco Javier Miranda, Manuel Orozco y Berra, Emilio Pardo, José Fernando Ramírez, Ignacio López Rayón y Joaquín Velázquez de León, quienes formaban parte de la élite intelectual del momento.

El prospecto señaló que no se trataba de una obra nueva, puesto que su base sería el *Diccionario* que "el Sr. Mellado" había publicado en España,[2] pero que estaba muy lejos de ser una simple copia, ya que en la versión mexicana se intercalarían un sinnúmero de artículos dedicados a la geografía —más de seis mil—, a la historia, bibliografía y biografía nacional. Si éstos no llegaran a tiempo, se añadirían en un apéndice o suplemento. La publicación marcaría un hito en la historia de México, y se recomendaba "a todas las clases de la sociedad, como la más útil, más agradable y más importante" de cuantas habían salido hasta ahora de las prensas mexicanas. Las entregas serían semanales, constarían de diez a doce páginas, serían por suscripción y costarían dos reales para la capital y dos y medio para el interior de la república, franco de porte.[3]

Adelantándose a la pregunta que podrían hacerles del por qué tal información se presentaría en forma de enciclopedia, los editores apuntaron que "ofrecer reunidas en una sola obra todas las nociones que andaban dispersas en el vasto campo de la ciencia, de la historia y de la literatura era hacer un servicio inapreciable a la república literaria".[4] Al ser organizada "por el cómodo orden alfabético", los lectores se ahorrarían mucho trabajo, pues sabrían bien dónde encontrar "las doctrinas que se buscan o las noticias que se necesitan".[5]

Génesis de la edición mexicana del *Diccionario*

El primero que se ocupó —en una fecha tan tardía como 1898— en explicar cómo había nacido la idea de publicar esa obra fue el eminente bibliógrafo Nicolás León. Según él, fue José Fernando Ramírez quien sugirió:

> [...] al librero D. José María Andrade la idea de reimprimir con Adiciones el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* que se acababa de editar en España, siendo esas Adiciones las correspondientes a México. Madurado el proyecto, se distribuyó el trabajo entre muchos de los literatos citados, quedando la dirección en manos de los editores, señores J. M. Andrade y F. Escalante, aunque en realidad lo era el Sr. Lic. Ramírez.[6]

Años después, en 1932, Artemio del Valle Arizpe dio su propia versión, con un grado mayor de invención y un lenguaje más barroco. En la librería de Andrade:

> [...] se reunía, tarde con tarde, un selecto concurso, una especie de academia mediceа, al modo de las renacentistas de Italia. Véase si no. Allí estaban el conde de Bassoco, y el linajudo conde de la Cortina [...] Los sabios don Fernando Ramírez, don Manuel Orozco y Berra, don Lucas Ala-

[2] Se referían al editor español Francisco de Paula Mellado.

[3] *El Universal*, Ciudad de México, 23 de abril de 1853.

[4] *Idem*.

[5] "Introducción", en *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* (DUHG), México, Tipografía de Rafael-Librería de Andrade, 1853, t. I, p. II.

[6] "El Instituto Bibliográfico Mexicano. Los libros. Los bibliófilos. Los bibliógrafos mexicanos", en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, t. XIV, núms. 3 y 4 (julio-diciembre de 1963); *cfr*. Miguel Ángel Castro Medina y Guadalupe Curiel Defossé, "Introducción", en *Obras monográficas mexicanas del siglo XIX en la Biblioteca Nacional de México: 1822-1900*, México, UNAM, 1997, p. 13.

mán, don Joaquín García Icazbalceta, don Bernardo Couto, don José Sebastián Segura, don José María Lafragua, don José María Andrade, don Anselmo de la Portilla, don Mariano Riva Palacio, don José María Lacunza, el cumplido caballero don José María Roa Bárcena, y otros varones de esta crecida talla que se hallan en grado de honra y estado muy alto. De esta tertulia salió la buena idea de publicar el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* con sus nutridos tomos de apéndice.[7]

Valle Arizpe dio por sentado que muchos de los autores que se sumaron a la empresa enciclopédica a medida que se fue publicando y cuyos nombres aparecen en las portadas de los diez tomos habían sido sus fundadores. Inclusive añadió alguno más, como Mariano Riva Palacio, que nada tuvo que ver con la empresa.

Por mi parte, las investigaciones que he realizado con mis alumnos en torno al *Diccionario*[8] me han llevado a la conclusión de que la idea de editarlo en México no nació de una afable tertulia literaria sino que su razón de ser fue mucho más profunda, dada la conjunción de crisis política y de identidad que vivía el país de tiempo atrás y que tanto se agravó a raíz del desastre de la guerra con Estados Unidos. En mi opinión, son varios los elementos a analizar sobre el origen de esta empresa. Desde el punto de vista material, se trató, antes que nada, de un negocio editorial de Rafael Rafael y de José María Andrade en cuya imprenta y librería, respectivamente, se editaron y se vendieron las entregas del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*. Estos factores, más el hecho de que la obra se anunciara en *El Universal*, portavoz del partido conservador y también editado en la imprenta de Rafael, llevan a identificar a la empresa, ideológicamente, con la causa conservadora. Más aún cuando el prospecto anunció entre los colaboradores permanentes a reconocidos miembros de aquel grupo político, como Alamán, el padre Miranda, Díez de Bonilla, Bassoco, Castillo y Lanzas, Velázquez de León, García Icazbalceta y el propio Andrade.

El hecho de que algunos de esos personajes —Alamán, Díez de Bonilla, Castillo y Lanzas y Velázquez de León— pasaran a formar parte del gobierno de Santa Anna en aquel mismo mes de abril de 1853 parece indicar que el *Diccionario* estaba incluido en el proyecto político impulsado por Alamán y encabezado por Santa Anna. Así, a pesar de que los editores anunciaron que la empresa estaría "lejos de las pasiones y de la agitación que producían la lucha momentánea y el espíritu de partido",[9] el proyecto parecía tener un fin político. Además, si se revisan a vuelo de pájaro las entradas de los diez tomos del DUHG y se leen algunos de los extensos artículos sobre el papel de la Iglesia durante el virreinato, se podrá llegar a la conclusión de que, efectivamente, el objetivo de la obra era coadyuvar a consolidar un Estado-nación de corte conservador.

Si bien estos factores parecen contundentes, me inclino a sostener que, antes que un proyecto político aprovechado por los impulsores del conservadurismo en la coyuntura de 1853, fue un proyecto cultural. En efecto, a pesar de la convicción ideológica de los personajes arriba mencionados, los encontramos junto a otros colaboradores anunciados como permanentes: Almonte, Lafragua, Orozco y Berra, Pardo, Rayón y Ramírez, identificados con el liberalismo moderado.[10] Unos y otros compartían intereses

[7] Artemio del Valle Arizpe, *Don Victoriano Salado Álvarez y la conversación en México*, México, Editorial Cultura, 1932, pp. 45-46.

[8] Me refiero al proyecto "México en el Diccionario Universal de Historia y de Geografía", que coordiné en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. De él resultaron el *Catálogo de los artículos sobre México en el Diccionario Universal de Historia y de Geografía* y las antologías: *México en el Diccionario Universal de Historia y de Geografía, Volumen I: Universidad, Colegios y Bibliotecas*; *Volumen II: Ciencia y Tecnología*; *Volumen III: La contribución de Orozco y Berra*; *Volumen IV: Instituciones civiles y religiosas novohispanas*, México, UNAM, 2000-2004.

[9] *El Universal*, Ciudad de México, 23 de abril de 1853.

[10] Cabe recordar que Almonte militó en las filas del liberalismo hasta 1857, fecha en que, estando en París, se decidió por la causa del conservadurismo. En cuanto a

culturales, eran reconocidos hombres de letras y de ciencias, pertenecían a las mismas asociaciones literarias y destacaban como académicos. La mayoría eran miembros de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y en ella formaban parte de las distintas comisiones que se ocupaban de la historia del país, su geografía, su clima, sus estadísticas, las ciencias naturales, los idiomas y dialectos de los aborígenes, etcétera.[11] Sobre esos temas disertaron los colaboradores "permanentes" y los que se sumaron al proyecto, siendo sus artículos el resultado de intereses intelectuales y de investigaciones que venían de tiempo atrás. Así, antes que imponer un proyecto político, aquello que los habría convocado sería, por un lado, la urgente necesidad de crear una idea de nación y, por otro, el afán de integrar a México en la cultura universal.

La explicación que dieron los editores de por qué se proponían reeditar el *Diccionario* de Mellado nos lleva, considero, a la razón última de ser del *DUHG* mexicano. A decir suyo, cuando se iniciaba un proyecto de "tanta cuantía", como el que emprendían, se requería no sólo una división del trabajo sino tomar por base la última obra de las de su género, para comenzar "esa tarea de aumentos, de rectificaciones y de ampliaciones que era él mérito de esta clase de obras".[12] Con las adiciones sobre "las Américas en general y la República mexicana en especial", harían lo mismo que en Madrid acababa de hacer Mellado al publicar el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía, aumentado con artículos sobre España*.[13] Esta obra había consistido en la traducción del *Dictionnaire Universel d'Histoire et de Géographie* que Nicolas Bouillet había publicado en París en 1842 con enorme éxito. El interés de Mellado se debía, como él mismo lo señaló, a que en España sólo circulaban diccionarios franceses, pero que poco se ocupaban de la península ibérica, por lo que se propuso publicar una enciclopedia que diera tanto a los españoles como al resto del mundo mayor información sobre su país. Esta misma razón pudo mover a nuestra élite intelectual a hacer otro tanto por México.

La necesidad de construir un "espíritu nacional"

La coyuntura fue, además, propicia. En este sentido, cabe recordar que, a raíz de la guerra con Estados Unidos y ante la evidente pasividad y desunión de los mexicanos, surgió una serie de escritos que analizaban la realidad del país. Entre ellos, el folleto titulado *Consideraciones sobre la situación política y social de la República mexicana*, en el que "varios mexicanos" sostuvieron que en México no había ni había podido haber "eso que se llamaba espíritu nacional, porque no había nación".[14] Una nación sólo podía llamarse así si contaba con todos los elementos para lograr la felicidad y bienestar de sus habitantes en el interior y ser respetada en el exterior, requisitos que México había demostrado no reunir. Mientras "el fanatismo, la ignorancia y la holgazanería" siguieran cundiendo, y mientras no se lograse un gobierno "verdaderamente ilustrado y enérgico" que hiciera todas las mejoras que necesitaba la sociedad para progresar, la nación mexicana seguiría sin existir.[15] Era, por tanto, urgente rectificar el rumbo y sacar al país del marasmo en que se encontraba, educando y moralizando al pueblo.

Cuando estas *Consideraciones* salieron a la luz, el país se encontraba, en efecto, destrozado: la capital estaba ocupada por las tropas estadounidenses; las instituciones, debilitadas; el

Lafragua, la edición de *El Universal* del 22 de abril anunció que se incorporaba como colaborador permanente.

[11] Dicha sociedad, creada en diciembre de 1849, fue el resultado de la fusión del Instituto Nacional de Geografía y Estadística, fundado en 1833, y la Comisión de Estadística Militar, en 1839.

[12] "Introducción", en *DUHG*, t. I, p. 1.

[13] La publicación consistió en siete tomos y se publicó entre 1846 y 1848.

[14] Según lo asentó Jesús Reyes Heroles, el autor de dichas *Consideraciones* fue Mariano Otero; *cfr*. Mariano Otero, *Obras*, recop., selec., comen. y est. prelim. de Jesús Reyes Heroles, México, Porrúa, 1967, 2 vols.

[15] *Ibidem*, vol. I, p. 127.

ambiente político totalmente polarizado; el ejército, prácticamente destruido, y la hacienda pública, exhausta. Tocó a los gobiernos liberales moderados emprender la reconstrucción; sin embargo, no pudieron sobrevivir a los embates de los conservadores, los santanistas y aun los liberales radicales. Así fue como, unánimemente vilipendiado, el presidente Arista se vio forzado a renunciar a principios de enero de 1853. Para aquel momento, la opinión pública parecía estar de acuerdo en que la única solución para sacar a flote el país era erigir un régimen de excepción y en que el político que debía encabezarlo era el general Santa Anna. Tanto *El Universal* como *El Monitor Republicano*, portavoces del partido conservador y del liberalismo radical, respectivamente, señalaron la necesidad de crear un "gobierno nacional", e inclusive *El Siglo Diez y Nueve*, diario liberal moderado, expresó su apoyo al caudillo, "resignándose a sobrellevar una dictadura de muy corta duración y a dar más poder y más influencia a la fuerza armada", aunque se cuidó bien de decir que, "por principio", desaprobaba dicho tipo de gobierno.[16]

Alamán, a la cabeza de su partido, vio en la figura de Santa Anna la única posibilidad de imponer un gobierno fuerte y de conservar la religión católica, "único lazo que ligaba a todos los mexicanos, cuando todos los demás [habían] sido rotos".[17] Bajo estas circunstancias, en abril de 1853 volvió Santa Anna, que contó también con el beneplácito de algunos liberales, entre ellos, Miguel Lerdo de Tejada. Empezó entonces su último gobierno en el que, como dijimos más arriba, colaboraron varios de los autores del *Diccionario*. Mención especial merecen Velázquez de León y el propio Lerdo, quienes, interesados en asegurar el buen funcionamiento de la administración pública y promover el crecimiento económico —tal como lo habían propuesto los "varios mexicanos" en 1848—, impulsaron la creación del ministerio de Fomento, Colonización, Industria y Comercio,[18] del cual Velázquez de León fue el titular y Lerdo el oficial mayor, ambos colaboradores del *DUHG*.

Es en este contexto que se inserta la aparición del *Diccionario*. El sentido nacionalista que tuvo fue reiterado una y otra vez por sus editores, quienes insistieron en que, lejos de cualquiera mira política, los hombres de todas las creencias del país ayudarían a una obra propia y verdaderamente nacional, que a todos interesaba, ya que:

> [...] cuando por todas partes del mundo se nos desconoce y se nos calumnia; cuando nosotros mismos no sabemos ni nuestros elementos de riqueza, ni nuestras esperanzas de progreso, ni nuestros recuerdos tristes o gloriosos, ni los nombres que debemos respetar o despreciar; una obra que siquiera ensaye pintar todo esto, que intente reunirlo en una sola compilación, que se proponga juntar las piedras dispersas de ese edificio por formar, merece incuestionablemente la aprobación y el apoyo de cuantos han nacido en este suelo.[19]

Esta misma inquietud nacionalista se reflejó en otras obras de aquellos años. Entre ellas, *El Álbum Mexicano*, publicado por Ignacio Cumplido en 1849 y cuyo propósito fue difundir conocimientos geográficos, conclusiones de varios estudios estadísticos, avances de las doctrinas económicas, algunos aspectos de la historia de México y favorecer el desarrollo de las letras "halagando la imaginación de escritores literarios".[20]

[16] *El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 15 de febrero de 1853.

[17] Lucas Alamán, "Carta a Santa Anna, 23 de marzo de 1853", en Álvaro Matute, *Antología, México en el siglo XIX. Fuentes e interpretaciones*, México, UNAM, 1981, pp. 284-286.

[18] Dicha secretaría fue fundada por las Bases de la Administración de la República decretadas el 22 de abril de 1853. La dividieron en varias secciones, mismas que se ocuparían de temas que tuvieron gran relevancia en el *DUHG*, como la estadística, los caminos, canales y todas las vías de comunicación de la república, el desagüe de México, etcétera.

[19] "Introducción", en *DUHG*, t. I, p. IV.

[20] *El Álbum Mexicano*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1849, 2 vols. Entre sus autores se encontraban varios de los colaboradores del *DUHG*: Ramón I. Alcaraz, José María Roa Bárcena, Manuel Orozco y Berra y José Joaquín Pesado.

El mismo objetivo tuvo la *Biblioteca económica de México o colección de datos, noticias y observaciones sobre la geografía física del país, sobre su estadística, su riqueza, necesidades y recursos, sobre la administración pública en todos sus ramos*, que Luis de la Rosa presentó en Nueva York en 1851 en forma de diccionario, y que Francisco Zarco consideró como un trabajo de consulta obligada tanto para los mexicanos como para los extranjeros interesados en México.[21] También fue publicado en 1853 *Los mexicanos pintados por sí mismos*, obra que describía los tipos peculiares de la vida cotidiana al mediar el siglo y conformada por una serie de litografías acompañadas de sólidos textos. Otra aportación en el mismo sentido fue *México y sus alrededores*, excelente colección de vistas, trajes y monumentos nacionales, editado entre 1855 y 1856.

Del entusiasmo a la decepción

El 1 de mayo de 1853 se publicó la primera entrega del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*. A partir de esta fecha hasta casi finales de 1856, salieron a la luz los restantes —y todos juntos, ya encuadernados, formaron— diez tomos. Los siete primeros llevaron el largo título que he apuntado más arriba, mientras que los tres últimos aparecieron como *Apéndice al Diccionario Universal de Historia y de Geografía. Colección de artículos relativos a la República mexicana*, y fueron coordinados, explícitamente, por Manuel Orozco y Berra.

En el primer volumen colaboraron todos los autores que se habían anunciado como "permanentes", menos Almonte, quien fue nombrado ministro plenipotenciario ante el gobierno de Estados Unidos. Los editores señalaron que eran muchas las personas "respetables" que, persuadidas de la gran utilidad de su pensamiento, habían ofrecido una eficaz cooperación. En efecto, tal entusiasmo generó este llamado, que el segundo tomo pudo anunciar la colaboración de 16 autores más: Lino José Alcorta, Manuel Berganzo, el conde De la Cortina y de Castro, Francisco Cabañas, Vicente Calero Quintana, Isidro Díaz, Agustín Franco, José María Lacunza, José María Lafragua, Anselmo de la Portilla, José Joaquín Pesado, José María Roa Bárcena, Justo Sierra, Mucio Valdovinos, Juan Villaseñor y José S. Noriega. Si los sumamos a los doce iniciales, los colaboradores anunciados eran ahora 28, todos ellos reconocidos hombres de letras y de variada inclinación ideológica.[22]

Los editores no dejaron de apuntar que, si bien la publicación del primer tomo había sido todo un éxito, también habían recibido "críticas y extrañamientos" por omisiones que se habían encontrado.[23] Aclararon que su intención no era publicar "todas las noticias de todas las cosas de México",[24] empresa que no se podía llevar a cabo en pocos años, ni por pocos hombres, ni en naciones nuevas como México, en que se carecía hasta de los primeros datos. Si después del apéndice, dijeron, se echaran de menos muchos artículos, ellos habrían cumplido con dar "cuanto sabían, cuanto habían podido recoger, cuanto les había sido dable escribir, dejando a personas más aptas la corrección de los errores y el acabamiento de la labor". Por tanto, reiteraron su invitación a "los mexicanos instruidos" a tomar parte en la tarea, a difundir las luces en un pueblo harto digno de mejor suerte, a sacar del polvo y del olvido a un país rico y hermoso, "descuidado de sus propios beneficios". Si recibían la ayuda que esperaban, "tal vez en alguna oca-

[21] *Cfr*. Laura Suárez de la Torre, "Luis de la Rosa, político del México independiente, 1805-1856", tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1997.

[22] Si bien Alamán murió el 2 de junio de 1853, su nombre siguió apareciendo en los tomos II al VII.

[23] Se referían a *El Siglo Diez y Nueve*, cuyo editor era Cumplido. Sobre la rivalidad entre éste y Rafael, *vid.* María Esther Pérez Salas Cantú, "Los secretos de una empresa exitosa: la imprenta de Ignacio Cumplido", en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la Ciudad de México, 1830-1855*, México, Instituto Mora, 2003, pp. 101-182; Javier Rodríguez Piña, "Rafael de Rafael y Vilá: el conservadurismo como empresa", *ibidem*, pp. 305-380.

[24] "A los lectores", en *DUHG*, t. II, p. II. En el original, la frase figura en cursivas.

sión podrían pensar en publicar un diccionario histórico, geográfico, estadístico, biográfico, etcétera, de México".[25]

El tomo tercero incluyó dos nuevos autores, el canónigo José Mariano Dávila y Arrillaga y Manuel de Losada y Gutiérrez. La nota a los lectores fue muy escueta —de una página—. En ella se decía que "la muerte y la ausencia 'habían arrebatado algunos colaboradores' —clara referencia a Alamán y a Almonte—, pero que, en cambio, otras personas habían tenido a bien asociarse a sus trabajos". Repitieron que "sólo la cooperación de muchos podría disminuir la imperfección de nuestro primer ensayo", por lo que renovaban su súplica a todas las personas ilustradas del país para que contribuyeran "con su porción, por pequeña que fuera, a la fábrica de un gran monumento nacional", que acaso se levantaría algún día sobre los cimientos que se echaran con esa publicación.[26] El cuarto tomo añadió en los créditos a Pablo J. Villaseñor y los editores se quejaron de que, "desgraciadamente, nadie había respondido a su invitación. A la verdad —decían—, más daño nos han hecho los ofrecimientos no cumplidos que las negativas declaradas".[27] En los prólogos a los tomos V y VI se dio cuenta del atraso que se llevaba. En la introducción al séptimo volumen, publicado a mediados de 1855, señalaron que, si bien les causaba pena "contemplar el poco satisfactorio resultado de tantos esfuerzos", no les faltaban motivos de aliento y de confianza. El mayor era la constante benevolencia de los suscriptores, pues había pocos ejemplos en obras de tan larga duración.[28]

En octubre de ese mismo año, fue Manuel Orozco y Berra quien firmó la introducción del tomo I del *Apéndice* (VIII de la obra). En la portada aparecían los nombres de 20 colaboradores, entre los cuales ya no estaban quienes habían formado parte del gobierno de Santa Anna y, en cambio, aparecían personajes de clara tendencia liberal, como Guillermo Prieto, Lerdo de Tejada y Francisco Zarco.[29] No en vano los acontecimientos políticos habían cambiado el perfil mayoritario de los colaboradores. Para octubre de 1855, los liberales se encontraban en el poder tras el triunfo de la revolución de Ayutla, que, después de un año y medio de lucha contra las fuerzas santanistas, había logrado que el dictador abandonase el país. Se proponían ahora instrumentar su propio proyecto de nación, que impulsaba medidas que incidían en el poder de la Iglesia y del Ejército. En febrero de 1856 se reuniría el Congreso constituyente, cuyas sesiones expusieron el desencuentro que prevalecía entre las distintas facciones políticas aunque, a la postre, redactarían la Constitución de 1857.

Fue en medio de estas azarosas circunstancias políticas que se publicaron los tres tomos del *Apéndice*, en específico, durante los gobiernos de los generales Juan Álvarez e Ignacio Comonfort. Orozco y Berra, quien desde el primer momento había aceptado hacerse cargo de las entradas relativas a la geografía del país y, además, había escrito un gran número de artículos sobre la historia del México independiente, se hacía ahora responsable de la coordinación del *Apéndice*, sin saber que, al poco tiempo, sería llamado a colaborar con el gobierno, ya que, por una parte, fue nombrado director del Archivo General de la Nación y, por otra, oficial mayor del Ministerio de Fomento. Nombramientos ambos que avalaban sus conocimientos tanto en

[25] *Idem*.
[26] "A los lectores", en *DUHG*, t. III, p. I.
[27] "A los lectores", en *DUHG*, t. IV, p. I.
[28] "A los lectores", en *DUHG*, t. VII, p. I.

[29] José María Andrade, Manuel Berganzo, el conde De la Cortina, Bernardo Couto, Mariano Dávila, Joaquín García Icazbalceta, José María Lacunza, José María Lafragua, José S. Noriega, Manuel Orozco y Berra, Eulalio Ortega, Emilio Pardo, José Joaquín Pesado, José Fernando Ramírez, Ignacio López Rayón, Francisco Pimentel, Miguel Lerdo de Tejada, Manuel Payno, Guillermo Prieto y Francisco Zarco. El pie de imprenta tampoco era ya el mismo, ahora era el de J.M. Andrade y F. Escalante. La casa editorial había pasado por varios cambios: los tomos I al IV, publicados entre 1853 y 1854, fueron editados por la Tipografía de Rafael y la Librería de Andrade. Los tomos V a VII, publicados entre 1854 y 1855, lo fueron por la Imprenta de F. Escalante y Cía. y la Librería de Andrade.

el campo de los documentos históricos como de la geografía e ingeniería.

En la "Introducción" al primer tomo, Orozco explicó que había aceptado la encomienda porque contaba con la promesa de las personas que "generosamente" se habían ofrecido a colaborar. Sin embargo, ese apoyo le había fallado y el volumen se había armado con algunos artículos originales, otros refundidos y muchos copiados, que tomó de todas las obras que había podido registrar y que le habían parecido interesantes por "lo curioso de las noticias, lo raro del contenido o por el mérito indisputable con que están tratadas las materias". A pesar del crecido número de este tipo de entradas, señaló, faltaban otras infinitas y acaso no poco importantes. La única ventaja que tenía el *Apéndice* era que se refería exclusivamente a la República mexicana y, en este sentido, era una obra pionera, si bien no era el diccionario histórico, geográfico, mitológico, etcétera, de México, serviría como acopio de materiales, para conocer lo que faltaba, para facilitar la formación de otra obra mejor.

Ya en este primer tomo se quejó de que la compilación le había costado "fatigas y disgustos, desvelos y amarguras", pues le había consagrado muchas horas de dolor y de padecimientos. Advirtió asimismo que el canónigo Dávila y Arrillaga, "escritor infatigable y muy lleno con la lectura de nuestras olvidadas crónicas", estaba a cargo de las noticias eclesiásticas y agradeció a "su buen amigo" Miguel Sedano, el haberle ayudado "empeñosamente" en sus trabajos, encerrándose con él a escribir y a coordinar lo escrito. Sin él, señaló, no hubiera podido en verdad avanzar mucho camino.[30]

En el segundo tomo, firmado el 23 de febrero de 1856, apuntó que no había recibido artículo alguno, lo que confirmaba, dijo, que la obra pasaba sin alabanza ni censura; sus conciudadanos, "ocupados en cosas de mayor interés, supuestos los tiempos dificultosos" que pasaban, se contentaban, y ya era "demasiado para las circunstancias, con dar protección pecuniaria sin curarse de lo demás".[31] Al cabo de cuatro meses, el 6 de julio, señaló que terminaba su labor sin haber cosechado más que disgustos y sin estar contento con su trabajo, aunque esperaba que "alguna vez siquiera sirviera de algo". Dio las gracias a nombre de los editores a aquellas personas que "habían honrado la publicación" y la habían protegido, "sosteniéndola con sus desembolsos", apuntando que quizás, más adelante, la casa editorial tomara a su cargo formar un diccionario mexicano tan completo cuanto posible fuera.[32]

¿Logro o fracaso?

José María Andrade no retomó la idea de formar un diccionario mexicano. Los tiempos tampoco lo propiciaban, el país se encontraba más dividido que nunca y en vísperas de una guerra civil que duraría más de diez años, la cual abriría las puertas a una intervención europea y a la implantación de un imperio con Maximiliano de Habsburgo a la cabeza. Varios de los autores del *DUHG* colaborarían con él en puestos de relevancia, con la idea de que, con este príncipe extranjero, de cuño liberal moderado, se podría finalmente consolidar el Estado mexicano. Es interesante señalar que, a pesar de las azarosas circunstancias políticas, Orozco y Berra seguía pensando en lo necesario que era contar con tal diccionario. Así, en junio de 1861, cuando trabajaba en el Ministerio de Justicia, Fomento e Instrucción Pública, promovió la formación del "gran diccionario geográfico, estadístico, histórico y descriptivo de la República mexicana". Las instrucciones que giró consistieron en que en cada estado se nombrara una comisión encargada de preparar el diccionario estatal y del conjunto de éstos se formaría el diccionario

[30] Manuel Orozco y Berra, "Introducción", en *Apéndice al Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, t. I (VIII de la obra), pp. I-II.

[31] Manuel Orozco y Berra, "Introducción", *Apéndice al Diccionario*..., t. II (IX de la obra), p. I.

[32] Manuel Orozco y Berra, "Introducción", *Apéndice al Diccionario*..., t. III (X de la obra), p. I.

general. El modelo a seguir era "el *Diccionario Universal de Geografía e Historia* [*sic*] publicado en los años de 1853 a 1856".[33]

Si bien este proyecto no se concretó, pues la intervención extranjera se encontraba a las puertas, Orozco no cejó en su empeño de lograrlo. Así, en 1875, y con la colaboración de su alumno, Alfredo Chavero, asesoró al general José María Pérez Hernández en su empresa de armar esta obra enciclopédica. El resultado fue el *Diccionario geográfico, estadístico, biográfico, de industria y de comercio de la República mexicana*, que tuvo menos suerte que el *Apéndice al Diccionario Universal*, pues solo llegó hasta la letra "C", aunque en cuatro tomos, lo que indica que contó con mayor información.

Con estos antecedentes en mente, cabe preguntarse: ¿la empresa impulsada por Rafael Rafael y José María Andrade fue un fracaso, tal y cómo lo pensó Orozco y Berra en julio de 1856? Varias son las razones que me inclinan a pensar que, a pesar de todo, fue un logro. En primer lugar, fue notable que, en vista de los tiempos políticos que corrían, las entregas del *DUHG* no dejaron de publicarse, lo cual habla bien del compromiso de los editores con los suscriptores y de éstos con la obra. En segundo lugar, fue un éxito el que se consiguiera compilar los siete tomos del *Diccionario Universal* —de la A a la Z— y que estos resultaran de gran formato, cuando los siete de Francisco de Paula Mellado eran de un tamaño dos veces menor; pero además, el que se pudieran editar los tres volúmenes del *Apéndice* —también de la A a la Z—, e igualmente de gran formato, todo ello en una edición muy clara y en papel de buena calidad. En cuarto lugar, este apéndice sí resultó ser el pionero de los futuros diccionarios históricos, geográficos, estadísticos, etcétera, de la República mexicana, tal y como deseaba Orozco y Berra. Por tanto, se puede concluir que, en cuanto a la edición, la empresa fue un éxito. En este sentido, a quienes se refieren al *DUHG* como "el Diccionario de Andrade" les asiste la razón, pues don José María estuvo detrás de él hasta el final.

¿Respecto al contenido, el proyecto fue también un logro? Si lo contrastamos con lo que se ofreció, podríamos afirmar que sólo los dos o tres primeros tomos cumplieron con lo prometido. En ellos se incluyeron excelentes artículos, escritos *ex professo* para la obra, sobre la historia y personajes de las épocas prehispánica, virreinal y del México independiente, así como una gran cantidad de nombres de pequeñas poblaciones con su ubicación en la geografía política del país,[34] a la vez que se intercalaron extensas y detalladas entradas sobre los distintos estados y sus capitales. Todo este conjunto de datos, efectivamente, daba una idea de lo que era México, al tiempo que lo insertaba en la cultura universal. Estas importantes contribuciones, desafortunadamente, fueron disminuyendo a medida que avanzaban las entregas, ya fuera por los azares de la vida o por las circunstancias políticas antes referidas. La muerte de Alamán fue, sin duda, un golpe fuerte para los editores, puesto que muy probablemente era uno de los impulsores del proyecto. El hecho de que muchos de los colaboradores iniciales asumiesen cargos públicos también impidió que cumplieran con su compromiso, mientras que el destierro político de José Fernando Ramírez, en 1854, marcó definitivamente el devenir del *Diccionario*.

El único que se dedicó en cuerpo y alma a la elaboración de los diez tomos fue Orozco y Berra, ya que desde la primera entrega se responsabilizó de todas las entradas geográficas. Como coordinador del *Apéndice*, se ocupó de ampliar la información —cuando la obtuvo— sobre el clima, el número de habitantes, los recursos y fenómenos naturales, la jerarquía jurisdiccional o administrativa, las lenguas, la historia, la información eclesiástica, la educación, la fauna, los alimentos, las enfermedades, la arqueología, la

[33] "Ministerio de Justicia, Fomento e Instrucción Pública", en *El Siglo Diez y Nueve*, 5 de julio de 1861.

[34] Como por ejemplo, Abasolia, pueblo del estado de Tamaulipas (t. I, p. 12), Acacingo, pueblo del Estado de México (t. I, p. 25), Cabazán, pueblo del estado de Sinaloa (t. II, p. 6), Cacalutla, pueblo del estado de Guerrero (t. II, p. 18), etcétera.

arquitectura y las tradiciones; incluyó también un gran número de itinerarios y recorridos en leguas entre un lugar y otro. Orozco fue, asimismo, el autor de extensos y bien documentados artículos sobre distintos pasajes y personajes de la historia y del arte mexicanos. Por todo esto, también parece que le hacen justicia quienes se refieren al *DUHG* como "el Diccionario de Orozco y Berra", si bien él sólo firmó como coordinador los tres tomos del *Apéndice*.

¿Qué fue entonces lo que permitió que el tamaño del *DUHG* resultara tan grande y su contenido suficientemente completo, dadas las circunstancias en que se publicó? Fue la decisión, tanto de los editores como de Orozco, de echar mano de cuanto artículo encontraron en las revistas literarias, en los boletines de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, así como en libros, para obtener la información con la que ampliar el conocimiento sobre el país. Ello significó, evidentemente, una loable labor de investigación y de compilación. Así, utilizaron, entre otras obras, la *Biblioteca hispanoamericana septentrional*, de José Mariano Beristáin y Souza, de la que recopilaron las biografías de un sinnúmero de personajes que habían contribuido a la cultura novohispana, ya fuera como clérigos o civiles. La *Historia antigua de México*, de Francisco Javier Clavijero, que Orozco y Berra desmenuzó para intercalar más de cien entradas acerca de los antiguos mexicanos. El *viaje a Yucatán a fines de 1841 y principios de 1842*, de John L. Stephens, le dio un buen número de entradas sobre la recién rescatada cultura maya. El *Ensayo para la materia médica mexicana*, de Antonio Cal y Bracho, le permitió incluir una valiosa información sobre la enorme cantidad de plantas medicinales con que contaba el país. Para compensar la escasa información relativa al conocimiento de la historia del México independiente (una de las decisiones de los editores fue la de no incluir ninguna biografía de alguien todavía en vida, por lo que el desbalance entre la historia y los personajes de la Nueva España y la historia contemporánea resultó enorme), Orozco recurrió a pasajes de la *Historia de Méjico*, de Lucas Alamán, y a otros del *Cuadro histórico de la Revolución mexicana*, de Carlos María de Bustamante. En cuanto a la historia más reciente, transcribió varios capítulos de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* de Ramón Alcaraz *et al.*

Junto con todo este caudal de información hay también otra aportación de tipo religioso, muy abundante, que le ha dado al *DUHG* la fama de ser, como dije más arriba, un proyecto conservador. En efecto, los editores acudieron a obras que les permitieron incluir muchísimas entradas sobre el papel de la Iglesia en México, en especial, el *Menologio de los varones ilustres de la Compañía de Jesús* y a los *Elogios de hermanos coadjutores de la Compañía de Jesús,* de Juan Antonio de Oviedo. Así mismo, a partir del tomo dos, empezaron a intercalar entradas extraídas de las *Notas generales a la Sagrada Biblia*, de Félix Torres Amat,[35] mismas que, del volumen cinco en adelante, se hicieron muy frecuentes. Lo que llama la atención es que en los tres tomos del *Apéndice*, dedicados sólo a la República mexicana, estas entradas, firmadas por F. T. A., no sólo siguieron apareciendo sino que aumentaron considerablemente. Este fenómeno sólo puede explicarse de dos maneras, o se debió al interés de los editores por cumplir con las páginas comprometidas con los suscriptores, o bien, para dar un lugar preponderante a la religión católica, como buscó hacerlo Dávila y Arrillaga, obstinado defensor de las ideas católicas más conservadoras, quien estuvo a cargo de "las noticias eclesiásticas" en el *Apéndice*. Si a esto aunamos la gran cantidad de artículos que ese autor escribió, fácilmente se puede llegar a la conclusión de que el objetivo del *DUHG* fue resaltar la labor de la Iglesia durante el virreinato y el lugar prepon-

[35] Félix Torres Amat fue un sacerdote catalán (1772-1847); tradujo al castellano y publicó entre 1823 y 1824 la versión *Vulgata de la Biblia*, en 9 volúmenes. En 1835 esta obra fue reeditada en México, en 17 volúmenes, por la librería de Mariano Galván, que quedó en 1841 en manos de Andrade, uno de los editores-empresarios del *DUHG* mexicano. El libro décimo-sexto de la edición de Galván lleva por título *Notas generales en forma de Diccionario a la Sagrada Biblia*.

derante que debía tener en el México independiente. Por mi cuenta, y a pesar de esto, sigo sosteniendo que los colaboradores tuvieron carta blanca para escribir lo que pensaban. Así, mientras en el tomo I, Ramírez, al referirse a la desafortunada trayectoria del escudo nacional durante el virreinato, atribuyó a "los rasgos de fervor religioso, poco ilustrado", el haber privado a México y a la ciencia de los ricos tesoros de la civilización de los antiguos mexicanos,[36] en el tomo siguiente, Berganzo pudo quejarse de "los progresos fatales del filosofismo, de la libertad desenfrenada, del socialismo y demás monstruos que asestan sus tiros a la Iglesia".[37]

Finalmente, cabe preguntarse: ¿el *DUHG* cumplió con su cometido?, ¿contribuyó a formar una idea de nación? Las guerras civil y la de intervención que tuvieron lugar durante los diez años posteriores a su publicación parecen indicar que no. Fue hasta la derrota del partido conservador cuando el liberalismo triunfante comenzó a construir su propia idea de nación. Lo hizo a través de las asociaciones literarias, que fueron continuación de las fundadas durante la primera mitad del siglo, así como de los hombres de letras más destacados, algunos todavía de la generación de Orozco y Berra junto a los de la siguiente. Este imaginario, sin embargo, ya no fue el de una nación católica, como el que prevaleció en el *DUHG*, sino que se impuso la idea de un Estado laico.

Ejemplo de ello fue que Antonio García Cubas, interesado en los mismos temas que Orozco (si bien nunca colaboraron directamente, por razones que no alcanzaron a esclarecerse en esta investigación), retomó su idea y, entre 1888 y 1898, publicó el *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*. En él, respondiendo a la visión política del porfiriato, excluyó los artículos relativos a las instituciones y personajes de carácter religioso que tanto abundaban en el *DUHG*, si bien a la vez reprodujo textualmente una gran parte de los artículos compilados en esta obra pionera.

Así y todo, no es posible imaginar el nuevo rumbo que los liberales dieron a la idea de nación mexicana sin que Andrade, Orozco y Berra y sus colaboradores hubiesen empezado por sembrar el sentimiento de pertenencia a un ámbito geográfico e histórico común mediante la enorme cantidad de información que dejaron plasmada en la obra enciclopédica publicada entre 1853 y 1856.

[36] "Armas de México", en *DUHG*, t. I, pp. 300-305.
[37] "Concilios mexicanos", en *DUHG*, t. II, pp. 478-485.

Los inmigrantes libaneses y su innovadora aportación al comercio en México*

Patricia Jacobs Barquet

Resumen: Estudio de la historia de la comunidad libanesa en México. El artículo muestra la manera en que algunos inmigrantes libaneses se adaptaron y desarrollaron un espíritu emprendedor, el cual se vio reflejado en su dedicación y constancia al trabajo. La mayoría de los libaneses se volvieron comerciantes o fundaron instituciones para vincularse con el gobierno mexicano, que apoyó a la comunidad libanesa para que se integrara al país. Se trata de un estudio de caso con base en testimonios de libaneses que se conocieron en México. Así, se expone la relevancia que esa comunidad tuvo en el crecimiento de la economía mexicana.
Palabras clave: México, Líbano, libaneses, inmigrantes, negocios, trabajo.

Abstract: Study of the history of the Lebanese community in Mexico. This article reviews the experience of Lebanese immigrants who adapted and thrived, driven by their entrepreneurial spirit, which was reflected in their dedication and steadfast work ethic. Most of the Lebanese engaged in trade and founded institutions tied to the Mexican government, which provided support for the Lebanese community, fostering its integration into the country. The article is a case study based on the testimonies of Lebanese people who met in Mexico. Thus, it shows the importance of the Lebanese community in the growth of the Mexican economy.
Keywords: Mexico, Lebanon, Lebanese immigrants, business, work.

Fecha de recepción: 1 de agosto 2016
Fecha de aprobación: 21 de agosto 2016

Existe en español una interesante relación entre los términos emigración y empresa: *a)* un empresario no tiene que emigrar para tener éxito, pero quien emigra, emprende un viaje, y desplazarse del lugar de origen con la intención de establecerse en otro sitio ya es en sí una empresa; *b)* lo primero que los verbos *emigrar* y *emprender* tienen en común es que comparten el mismo prefijo, que deriva de la raíz latina *im-*, "en, sobre, hacia", migrar: "tomar camino", y emprender: "tomar acción, comenzar a hacer, hacer que sea"; *c)* tanto los emigrantes como quienes inician una empresa tienen características en común, entre otras: el anhelo de una vida mejor, el valor de tomar riesgos, la capacidad de adaptarse a las circunstancias y de superar el miedo a lo desconocido; *d)* quien emprende una tarea —el emigrante, la de viajar— se convierte en

* Agradecemos al doctor Carlos Martínez Assad y a la maestra Delia Salazar por habernos proporcionado el presente artículo, publicado *in memoriam* de Patricia Jacobs Barquet (q.e.p.d.), quien fue directora e investigadora del Archivo de Inmigrantes Notables en México, Siglo XX, además es la autora del *Diccionario enciclopédico de mexicanos de origen libanés y de otros pueblos del Levante* (México, Ediciones del Ermitaño, 2000).

emprendedor y mientras más emprendedor se es, mejor oportunidad de éxito tendrá su empresa. Nadie ha fracasado mientras ha podido empezar de nuevo...

Por ello, considero que hay una estrecha relación entre el emigrante libanés y el ser empresario. Para demostrarlo, en este ensayo usaré como instrumento testimonial la información que recibí naturalmente por ser miembro de una familia de inmigrantes, la cual se complementó con la que estudié posteriormente en diversas fuentes documentales y entrevistas para la elaboración del *Diccionario enciclopédico de mexicanos de origen libanés y de otros pueblos del Levante*,[1] y que pretendo confirmar con algunos documentos personales que pertenecieron a dos libaneses que jamás se conocieron en su país de origen, pero que en México tuvieron una estrecha relación amistosa y comercial durante varias décadas. Con esa base haré una síntesis.

¿Por qué emigraron los libaneses?

Existen muchas razones por las cuales una persona decide, o se ve en la necesidad de emigrar: catástrofes naturales, guerras, persecuciones religiosas o políticas, pobreza, futuro inseguro, incluso amor a la aventura. En el caso del Líbano se distinguen varias etapas migratorias, que se remontan a la Edad Media, provocadas por circunstancias específicas. Cuando las rutas navieras europeas se conectaron con Beirut en 1840, se facilitó la emigración. A partir de 1861 el Monte Líbano obtuvo cierta autonomía con protección internacional, pero en un territorio reducido de tierras no muy fértiles; las hambrunas, el colapso de la industria de la seda libanesa por la competencia asiática y la represión otomana provocaron otra gran emigración. La búsqueda de una libertad intelectual mayor que la del Imperio otomano —a pesar de la presión europea para que Turquía hiciera reformas— y el alto nivel educativo de la población cristiana formó una clase de profesionistas que fueron bien recibidos en países europeos y en América del Norte, así como en las petromonarquías del golfo Pérsico y el sudeste asiático. La presencia colonial francesa, británica y belga facilitó que los libaneses se establecieran en África. La mayor oleada migratoria de cristianos libaneses hacia Europa y América se produjo en los prolegómenos de la Gran Guerra (1914-1918), cuando aumentaron la hambruna y la mortandad provocadas por el cerco que impuso el Imperio otomano; después, el flujo migratorio continuó solamente en 1923 ingresan dos mil libaneses a México. El último éxodo masivo de libaneses, desde 1976, difiere de las oleadas anteriores, los conflictos ocasionados a raíz de la guerra civil lo produjeron.[2]

La migración libanesa a México obedeció a factores sociopolíticos y económicos, los cuales afectaron directamente a los libaneses que dejaron su patria, y fue favorecida por una política migratoria mexicana que admitió su ingreso al país a partir de 1878; se cree que los libaneses, palestinos y sirios establecidos en México en 1905, sumaban cinco mil. Y se calcula que hoy día alrededor de 300 000 mexicanos tienen ascendencia libanesa o de otros países levantinos.

La mayoría huía del dominio turco, puesto que, desde 1516 hasta su derrota por los aliados europeos en 1918, la región formaba parte del Imperio otomano, cuyo yugo recrudecía a finales del siglo XIX y obligaba a los jóvenes a incorporarse a su ejército. Durante los cuatro siglos que perduró dicho régimen, que no impuso ni su religión ni su lengua, coexistían en lo que hoy conocemos como Líbano dos grandes corrientes: la cristiana —desde el siglo IV— y la musulmana[3]

[1] Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

[2] "León Rodríguez Zahar", ficha biográfica, en Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

[3] Así se llama a los pueblos y a los individuos que profesan la religión islámica revelada por el profeta Mahoma, por lo que tiempo atrás se les llamaba "mahometanos". Existen varias ramas en esta confesión. La disputa entre sunitas (los que siguen la Sunna, el ejemplo de Mahoma) y los shiitas (los partidarios de Ali) fue de origen político, relacionada con el sucesor (califa) del profeta Mahoma y, por lo tanto, con la guía (imam) legítima de la comunidad musulmana de creyentes (umma). Mahoma no designó un sucesor, sin embargo, sunitas y shiitas sostienen que, poco antes de su muerte,

—desde el siglo VII—; los judíos[4] y los drusos[5] conformaban minorías. Emigraron cristianos y judíos porque en aquella región se favorecía a la comunidad musulmana, a pesar de ser entonces minoritaria; el yugo turco cesó al concluir la Primera Guerra Mundial, cuando Líbano pasó a ser un protectorado francés, hasta su independencia el 22 de noviembre de 1943. La mayoría de los inmigrantes que vinieron de Medio Oriente eran libaneses; el resto lo conformaron palestinos, sirios, iraquíes y muy pocos egipcios y jordanos.[6] La mayoría eran cristianos: maronitas[7] y ortodoxos;[8] a México vinieron pocos judíos y drusos; salieron también musulmanes, principalmente sunitas y shiitas, pero muy pocos de ellos se establecieron en este país. La mayoría eran hombres jóvenes, a veces niños o adolescentes. En México los unió la lengua árabe, común a todos, además de sus valores culturales y tradiciones gastronómicas; los maronitas se sintieron cómodos con la religión católica.

Los emigrantes libaneses que eran descendientes de culturas milenarias[9] salieron con el objetivo de encontrar una vida mejor, algunos, para ampliar sus horizontes o buscando libertades. Dejaron sus pequeñas comunidades para dirigirse al puerto de Beirut y embarcarse hacia algún destino europeo, intermedio, donde abordarían otro navío; luego de un largo y difícil viaje, llegaron a un país en desarrollo, con una extensión geográfica apenas poblada y un territorio histórico y étnicamente rico. De ser emigrantes pasaron a convertirse en inmigrantes, y sus descendientes completaron el proceso de adaptación, sin olvidar sus valores y algunas de sus costumbres. La emigración levantina a México, iniciada a finales del siglo XIX, y a principios del siglo XX

se pronunció de manera inusual y elogiosa respecto de su primo y yerno, Ali, en el llamado Eid al-Ghadir (Día de Ghadir), lo cual se interpretó por parte de los shiitas como indicación implícita de su nominación como califa. A la muerte del profeta, se formaron tres partidos o clanes que dividieron a los musulmanes. En la actualidad la población en Líbano es mayoritariamente musulmana.

[4] El judaísmo es la primera confesión monoteísta en el mundo. En México se les llama judíos árabes a aquellos judíos, no hebreos, cuya lengua materna era el árabe.

[5] Los drusos son considerados una rama herética del shiismo ismaelita o septimano. La secta surgió en el siglo XI, en Egipto, y fue fundada por el califa Al Hakim de la dinastía fatimí, la cual pertenecía originalmente al shiismo ismaelita. Coincide con el islam al ser monoteísta; no puede predicarse el drusismo, no es proselitista y no se admiten nuevos conversos, de ahí que la doctrina se transmita por vía familiar y que la comunidad se haya mantenido en números históricos muy reducidos.

[6] Archivo General de la Nación (en adelante, AGN), Fondo Secretaría de Gobernación, Registro Nacional de Extranjeros. Véanse, Zidane Zeraoui, "Los árabes en México: el perfil de la migración", en María Elena Ota (coord.), *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México, siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 257-303; Stella María González Cícero y Jorge Nacif Mina (coords.), *Libaneses en México*, México, Archivo General de la Nación/Fideicomiso para la Preservación de la Memoria de México/Instituto Cultural Mexicano Libanés, 2001 (disco compacto).

[7] Matti Mossa, *The Maronites in History*, Nueva York, Syracuse University Press, 1986; Pierre Dib, *Histoire de l'Eglise maronite*, Beirut, La Sagesse, 1962. Una de las 72 iglesias católicas autónomas pertenece a la familia de Antioquía, lugar donde Pedro predicó la fe. Su origen procede del siglo V, cuando un grupo monástico formado en la escuela ascética de san Marón, se distinguió por su defensa del dogma católico de las Dos Naturalezas de Cristo. En el siglo VII, debido a las persecuciones, los maronitas se refugiaron en las montañas de Líbano y allí fijaron su hogar, siempre unidos a la sede romana. La Iglesia maronita tiene alrededor de diez millones de fieles en los cinco continentes. Su mística está inspirada en la Biblia, profesa la fe de Pedro y reconoce la autoridad suprema del papa, aunque tiene su propia liturgia, que se celebra en arameo, el idioma de Jesucristo, y su autonomía de gobierno.

[8] Ortodoxos: una de las cuatro grandes iglesias cristianas en el Medio Oriente. Desde la caída del Imperio romano de Occidente se aceptó la preeminencia religiosa de la sede papal de Roma sobre la cristiandad, siempre y cuando el emperador de Constantinopla fuera reconocido como cabeza civil-militar de la misma. El acuerdo se mantuvo hasta que el papa de Roma reconoció, en el año 800, a un emperador de Occidente, Carlomagno y sus sucesores en Francia, Alemania y Austria. A partir de ello, en un nivel religioso-ideológico, la Iglesia de Roma y la de Constantinopla se fueron separando gradualmente. La primera se orientó hacia su cultura "latina", y la segunda, hacia su herencia "helénica", lo cual se reflejaría en el pensamiento y en la liturgia. La ortodoxia mantuvo cuatro sedes principales en Oriente: Constantinopla, Antioquía, Jerusalén y Alejandría.

[9] Carlos Martínez Assad, *En el verano la tierra*, México, Planeta, 1994; del mismo autor, "Líbano: el país de la montaña perfumada", en *Revista de la Universidad de México*, vol. 52, núm. 562, noviembre de 1997, pp. 46-52; William Nimeh, *Historia del Líbano*, México, Mena, 1945; Alfonso Negib Aued, *Historia del Líbano*, México, Ediciones Emir, 1945.

también fue favorecida por la política migratoria mexicana, que los admitió en el país.[10]

No obstante que, el 8 de julio de 1927, la Secretaría de Gobernación expidió un acuerdo limitativo que restringía la inmigración libanesa y la de varios otros pueblos,[11] las políticas de apertura que al principio mantuvieron Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles lograron atraer a un porcentaje de la corriente emigratoria europea del periodo de entreguerras. Tal fue el caso que, entre 1921 y 1930, la población extranjera del país aumentó de 100 000 a 160 000 personas, con lo que alcanzó la proporción más alta registrada (0.97%) con relación a la población nacional durante el siglo XX.[12]

En respuesta al aumento del flujo migratorio, el 9 de agosto de 1927, la comunidad libanesa, representada por el Partido Nacionalista Libanés, desde la Cámara de Comercio Mexicana Libanesa, presidida entonces (y hasta su desintegración en los años cuarenta) por Julián Slim Haddad, presentó exitosamente ante la Secretaría de Gobernación un *Memorial*[13] en defensa de los derechos de los inmigrantes libaneses residentes en México, que describía sus actividades y sus intereses. A lo largo del presente se reproducen varios fragmentos del mismo.

Registro oficial

Se cree que en 1878 llegaron los primeros inmigrantes libaneses a México, y mucho se ha dicho sobre quién habrá sido el primero de ellos que pisó tierra mexicana; los escritos debaten acerca de a quién correspondió ese honor. Sin duda, varios nativos de la región del Levante pudieron haber llegado a México en diferentes épocas, pero el registro oficial más antiguo localizado en el Archivo General de la Nación (AGN), corresponde a Pedro Dib, nacido en Hasroun en 1867, quien llegó al puerto de Veracruz el 1 de enero de 1882. Por supuesto, muchos pudieron haber llegado e instalarse sin realizar algún procedimiento legal, por ello el gobierno mexicano se propuso regularizar su presencia en el país y establecer un Registro de Extranjeros por el Ministerio de Gobernación, a partir de 1929, cuando el licenciado Emilio Portes Gil era presidente de México. Esa tarea concluyó en 1938, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas.[14]

De los 160 000 registros que se realizaron, 5 527 correspondieron a los inmigrantes levantinos, se sabe que muchos entraron a México en las últimas décadas del siglo XIX y en las prime-

[10] Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, México, El Colegio de México, 1993-1994, 3 vols. Hacia finales del siglo XIX el diagnóstico de que el nuestro era un país despoblado, cuyos habitantes no eran suficientes, ni en cantidad ni en calidad, para explotar lo que se pensaba que eran los inacabables recursos del país, condujo a que el régimen porfirista realizara reiteradas invitaciones a la inmigración extranjera, expresando una xenofilia, que disimulaba mal el deseo de "blanquear" a la sociedad por medio de la inmigración blanca y europea. Del mismo autor, *Población y sociedad en México (1900-1970)*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, 1974, 2 vols.

[11] Durante el gobierno de Calles se promulgó la nueva Ley de Migración, en 1926, la cual intentaba paliar las principales deficiencias de la ley de migración porfirista, a saber, que esta última se había convertido en un grave obstáculo para encauzar de manera satisfactoria la inmigración extranjera, al permitir la entrada constante de individuos que no sólo eran considerados indeseables, "sino abiertamente nocivos y peligrosos para nuestro pueblo y para nuestra patria". Por ello, la ley otorgaba a la Secretaría de Gobernación la posibilidad de impedir temporalmente la entrada de inmigrantes trabajadores. Durante ese periodo se emitieron ciertas prohibiciones públicas. El primer documento oficial del gobierno mexicano que restringió la inmigración de ciertos trabajadores al país fue un acuerdo publicado en el *Diario Oficial de la Federación* el 15 de julio de 1927. El mismo, prácticamente prohibía la inmigración de trabajadores de origen sirio, libanés, armenio, palestino, árabe y turco, en función de consideraciones económicas.

[12] Carlos Martínez Assad (coord.), "Prólogo", en *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes*, México, Gobierno del Distrito Federal/Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades/Fideicomiso del Centro Histórico de la Ciudad de México, 2010.

[13] El *Memorial* era un documento presentado por el Partido Nacionalista Libanés a la Honorable Secretaría de Gobernación, en defensa de lo que a todos los libaneses corresponde, con motivo del acuerdo limitativo, que la misma Secretaría expidió el 8 de julio de 1927.

[14] Carlos Martínez Assad, "Judíos y árabes en México: ¿cómo se relacionan con el Medio Oriente?", ponencia presentada en la Universidad Iberoamericana, octubre de 2010.

ras del siglo XX, aunque continuaron llegando más tarde pese al establecimiento de cuotas de parte del gobierno, que frenó el enorme flujo de inmigrantes. Salvo el registro oficial, no existe otro instrumento cuantitativo o acción semejante que nos aproxime a la población original de libaneses en México. Sin embargo, contiene sesgos fuertes: el primero se refiere a las ausencias, porque es fácil identificar —todavía ahora— entre las familias que alguno de sus integrantes no asistió al registro. El segundo es que, por obvias razones, los familiares no registraron a los que ya habían muerto; varios inmigrantes se enfrentaron con enfermedades desconocidas y, en términos de edad, muchos habían sobrepasado los cincuenta años.[15]

Entre los datos sobresalientes, destaca que 4 469 de los registrados procedían de algún lugar del territorio libanés, apenas 49 vinieron de Siria y, para entonces, 877 ya habían nacido en México. Aunque se mencionan otros muchos poblados, llegaron principalmente de Monte Líbano, pues 563 registraron allí su residencia, y 535 vinieron de Beirut; de Asnun vinieron 505 personas, de Zellevel 211, de Zgharta 113 y 63 eran de Jezzine.[16]

La mayoría, 3 590 personas, entró a México por el puerto de Veracruz, apenas 225 llegaron por Progreso, Yucatán, y 214 lo hicieron por Tampico, Tamaulipas.[17] Fue una inmigración exitosa porque de inmediato pudieron distribuirse por todo el país y prácticamente no quedó una sola de sus entidades federativas sin algún libanés que, como dijimos antes, primero fueron identificados como "turcos" y, ya en la época del mandato francés, como "sirio-libaneses". Muchas familias permanecieron viviendo en los estados de su llegada, en particular en Veracruz y Yucatán, pero pronto se fueron acercando a la capital de la república, la cual siempre ha tenido un gran poder de atracción; ya a finales de los años treinta del siglo XX vivían 1 829 libaneses en la Ciudad de México.[18]

Por cierto, desde que el territorio libanés adquirió el carácter de protectorado de Francia, los asuntos legales de los libaneses en México se llevaban a cabo en el Consulado de Francia. Un buen ejemplo de ello se dio en 1937, cuando se estableció la Comisión Mixta de Repartición, a través de la cual los inmigrantes en general presentaron sus reclamaciones, con el fin de recuperar las pérdidas durante la Revolución mexicana; la Embajada de Francia en México, representada por el señor Lionel Vasse, secretario de la Legación de Francia, fue la encargada de defender los derechos tanto de los libaneses como de los sirios en México.

Luego de viajar por todo el país durante casi ocho años con la misión de entrevistar a sus connacionales, en 1948 Salim Abud y Julián Nasr, ambos libaneses, publicaron el *Directorio libanés: censo general de las colonias libanesa, palestina y siria*, en donde incluyeron diversos informes sobre las familias iraquíes, egipcias, palestinas y jordanas, residentes en México.[19]

Para esas fechas, cuando en la República mexicana la población era de aproximadamente 20 000 000 de habitantes, la población de origen levantino (inmigrantes y sus descendientes nacidos en México) ascendía a un poco más de 20 000 personas.

Las 4 773 familias censadas se distribuían en casi 300 ciudades de 28 estados y un territorio —Quintana Roo—, además del Distrito Federal. Por ejemplo: en Veracruz distintas familias radicaban en 47 ciudades, y en Yucatán en 28. De ellas, 4 064 eran libanesas o de tal ascendencia, 366 palestinas, 282 sirias, 51 iraquíes, cinco egipcias y otras cinco eran jordanas. En cuanto a la actividad u ocupación principal de los jefes de familia: 3 936 se dedicaban al comercio o a la pequeña industria (mercerías, textiles, hoteles y alimentos) y 837 eran profesionistas (médicos,

[15] *Idem.*

[16] *Idem*; Zidane Zeraoui, *op. cit.*

[17] Martha Díaz de Kuri y Lourdes Macluf, *De Líbano a México. Crónica de un pueblo emigrante*, México, Gráfica, Creatividad y Diseño, 1997.

[18] Carlos Martínez Assad, "Judíos y árabes...", *op. cit.*

[19] Julia Nasr y Salim Abud, *Directorio libanés: censo general de las colonias libanesa, palestina y siria residentes en la República mexicana*, México, edición autoral, 1948.

ingenieros, agricultores, periodistas, religiosos o se dedicaban a la docencia).[20]

Factores condicionantes: obstáculos y beneficios

A pesar de su total desconocimiento del idioma y las costumbres, la falta de experiencia y, en la mayoría de los casos, con pocos recursos financieros, los libaneses encontraron la manera de adaptarse y crecer: conocían el oficio del comercio, con seguridad, herencia de los mercaderes fenicios.[21] Muchos pensaban que, a mayor esfuerzo, mayor rendimiento. Ellos se beneficiaron por las condicionantes nacionales, por ejemplo, por la inestabilidad de la moneda mexicana, que experimentó varias devaluaciones durante los años de la Revolución, lo que a su vez permitió que los bienes y objetos se convirtieran en un capital que incrementaba su valor; los comerciantes veían y aprovechaban que las mercancías aumentaban de precio, dando lugar a que crecieran sus utilidades, que reinvertían, y así sucesivamente.

Como algunos estudiosos han apuntado, el éxito de la inmigración libanesa a México se debió, entre otras razones, a sus actividades comerciales, que los movieron a recorrer todo el territorio del país. También es necesario mencionar que, junto a la economía, había otro hecho cultural más profundo que alentó la buena disposición de los mexicanos para con los libaneses: la religión cristiana. Pronto los inmigrantes encontraron en algunos templos de México la posibilidad de practicar los ritos cristianos de Oriente. En 1906, el padre Hanna B. Kuri oficiaba el rito maronita en las diferentes ceremonias en la iglesia de La Candelaria, en el centro de la Ciudad de México.[22]

Los mexicanos, desde luego, vieron con simpatía a los inmigrantes, con quienes podían compartir un valor cultural intrínseco a su forma de ser, el religioso; por eso nadie se opuso a los matrimonios mixtos, que pronto comenzaron a realizarse. Pero, al mismo tiempo —y para enfrentar juntos los problemas de la inmigración—, los libaneses se agruparon en comunidad en los diferentes lugares de su residencia.[23] Cubrieron puntualmente sus créditos, supieron ahorrar y reinvertir sus ganancias. Introdujeron el sistema de ventas a crédito y, como "aboneros", fueron muy bien recibidos. En su lucha por sobrevivir, probablemente único factor en el que se concentraron al principio, exploraron mercados casi vírgenes en poblaciones prácticamente incomunicadas (a las que entonces no llegaba el tren) introduciendo mercancía necesaria y atractiva. Como aboneros, precursores en la venta a crédito, ofrecieron facilidades de pago, cosa que les redituó en ser bienvenidos en muchos lugares. Al aventurarse en pequeñas poblaciones, no compitieron con el mercado establecido, por lo que no se granjearon enemistades. Facilitaron la integración de áreas marginadas y favorecieron el mercado interno. Su austeridad y lucha constante hizo que, de ser aboneros, buhoneros o varilleros, primero en los puertos de entrada y luego a través de sus viajes a pie, en mula o en tren por las aldeas, poblados y ciudades de casi todo el país, se establecieron como pequeños empresarios, tuvieron puestos en los mercados y posteriormente, en negocios propios.[24] Los inmigrantes aprendieron a vivir en la trastienda (lo que constituyó una forma de ahorro) antes de contar con capital para rentar o comprar su propia casa.

¿Por qué el comercio?

Aunque los primeros inmigrantes libaneses llegaron a México desprovistos de capital o con recursos limitados, traían con ellos una tradición comercial, herencia de sus antepasados fenicios, precursores de las rutas de navegación y del comercio, quienes arribaban a los puertos para

[20] *Idem.*

[21] Martha Díaz de Kuri y Lourdes Macluf, *op. cit.*, p. 38.

[22] Carlos Martínez Assad, "Los libaneses maronitas en México y sus lazos de identidad", en Lorenzo Agar *et al.*, *Contribuciones árabes a las identidades iberoamericanas*, Madrid, Casa Árabe/IEAM, 2009, p. 101.

[23] *Idem.*

[24] Norma Barquet Landy, ficha "Comercio", en Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*



Figura 1. El puesto callejero de Laoun Assad. Colección particular.

intercambiar o vender las resinas y maderas preciosas de sus cedros. Por otro lado: ¿qué otra cosa puede hacer quien no conoce la lengua local y, por ello, aun siendo profesionista, no puede ofrecer sus servicios? ¿En qué se puede ocupar quien, a pesar de haber sido campesino, no tiene tierras? ¿Qué más puede hacer quien no fue contratado para desempeñar una labor específica?[25]

Los inmigrantes, en buena medida fortalecidos por la decisión de emigrar, estaban provistos del impulso para lograr la sobrevivencia y poseían un caudal de energía para el trabajo, la capacidad para adaptarse a un medio ajeno y aprender un nuevo idioma, la paciencia y tenacidad para ahorrar y lograr sus metas, la dignidad para superar la curiosidad, la desconfianza y el desprecio de los que muchos fueron objeto.[26] Teniendo en cuenta estas bases, lograron no sólo la supervivencia, sino una estabilidad económica, el respeto, el progreso y, en muchos casos, el triunfo. Instalados de modo definitivo, poco a poco se asimilaron y confundieron con el pueblo mexicano.

Como se ha visto, a pesar de su gran necesidad y deseos de trabajar, no tuvieron una situación propicia para ejercer cualquier actividad, debido al desconocimiento de la lengua, así que optaron por dedicarse al comercio, que hubo de ser ambulante al principio, pues establecerse requería de un capital con el que no todos contaban. Sin embargo, mantuvieron su confianza como inversionistas en México, en donde ahorraron y reinvirtieron sus ganancias a pesar de las dificultades sufridas por la Revolución y de los sustos provocados por los sismos de 1909, 1911 y 1912, pues la inestabilidad sísmica de la región fue algo con lo que tuvieron que familiarizarse. Al llegar al país, el comercio a gran escala, que más tarde ocuparía edificios importantes, era pequeño. El comercio menor existía bajo la forma ambulante,[27] con capital corto y baratijas; pero a medida que el tiempo corrió, por atavismos culturales, por espíritu de empresa y por economía racional, los negocios de iniciación se

[25] Véanse las fichas biográficas de gran parte de los libaneses destacados en México, en Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

[26] *Idem*.

[27] Se entiende que en ese tiempo el término "ambulante" no se consideraba una "subocupación", como en la actualidad ni era estigmático, ya que la mercancía procedía de negocios establecidos.

tornaron en algo más fructífero y con ello vino la bonanza y el bienestar para los inmigrantes libaneses, con lo que se desarrollaron los grandes establecimientos de un modo notable.[28]

Precursores de las ventas a crédito: aboneros

Se les llamaba aboneros porque vendían en abonos, actividad pionera, innovadora, muy poco —o casi no— practicada entonces, salvo por los judíos. Implementaron el sistema de ventas a crédito. Los que llegaron primero apoyaron a quienes vinieron después, ofreciéndoles créditos para que, a su vez, se iniciaran como aboneros. Al prosperar en el comercio, un gran número de ellos se aventuraron en la industria.

Conseguían que se les fiara la mercancía, la vendían, muchas veces en abonos, y con lo que recibían pagaban a sus acreedores, invertían en más mercancía, cubrían sus modestos gastos, y ahorraban poco a poco hasta tener un capital suficiente con el cual podrían alquilar un local en algún mercado. Su mercancía consistía en objetos de bisutería, artículos para el cabello, hilos y enseres de mercería, imágenes religiosas, telas, ropa confeccionada, incluso zapatos y relojes. Todo esto lo ponían en cajas, cajones o maletas y emprendían su recorrido por las calles de las ciudades, a las que se desplazaban en ferrocarril y de ahí, se internaban en los poblados a pie, en vehículos destartalados o a lomo de mula; visitaban las rancherías, los caseríos, los asentamientos más escondidos, las aldeas en las serranías, caminando por veredas angostas y pasos peligrosos; pero, al final, comercio útil. El ir y venir llevando mercancía y recogiendo el dinero de los abonos los ayudó para conocer las necesidades de sus clientes y poder seleccionar los artículos que más les redituaran. Para comunicarse con los indígenas, que formaban una importante parte de su clientela, aprendieron lenguas vernáculas y, con el tiempo y no sin cierta dificultad, dominaron el español, aunque sin perder nunca su peculiar acento. Algunos buhoneros conseguían un cargador que los ayudaba en los recorridos, pero en la mayoría de los casos, ellos mismos eran los cargadores, proveedores, y administradores de la mercancía, llevando la contabilidad en una libretita, marcando cómo podían gestionar la deuda y el abono y recorriendo con regularidad sus itinerarios. Y es así como llenaron el hueco que había entre los pueblos marginados y el comercio interior.

Durante la Revolución, los aboneros llegaban hasta donde se encontraban las tropas, librando los obstáculos y peligros a los que se enfrentaban, vendiendo su mercancía a los militares, quienes también llegaron a formar parte considerable de su clientela.

Los primeros comerciantes

La actividad del comerciante estimula la economía de una nación y la labor de los inmigrantes libaneses da testimonio de ello. En 1882, de acuerdo con el registro del AGN, desembarcó quien pudo haber sido el primer "comerciante"; se trata de José María Abad, originario de Hadath el Jebbeh, quien arribó con mercancía para vender,[29] la cual consistía en pequeños objetos religiosos. Él mismo contaba que la gente, al saber que tanto él como su mercancía venían de tierras santas, lo acogían con cordialidad y con veneración; había pasado un tiempo en Barcelona, España, donde tomó un barco que lo trajo a Veracruz. En ese mismo año también llegó Santiago Sauma, originario de Hasroun, en el norte de Líbano, quien igualmente se dedicó al comercio y recorrió varios lugares de la República mexicana hasta establecerse en Mérida, Yucatán; años después lo siguieron sus tres hermanos.[30]

Ya fuera atraídos por las noticias de que esos emigrantes habían llegado a tierras hermosas

[28] Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

[29] Stella María González Cícero y Jorge Nacif Mina (coords.), *op. cit.*

[30] *Idem.*

en donde había oportunidades de trabajo y donde habían sido tan bien acogidos, o quizás angustiados por la situación crítica en su país, muchos libaneses tomaron la decisión de emigrar y arribaron a México a seguir los pasos de los pioneros. En cuanto llegaban empezaban su actividad comercial, por lo que los buhoneros abundaban en los puertos de entrada: Veracruz, Progreso y Tampico. No a todos los atraían las ciudades, por lo que se iniciaban como vendedores recorriendo pueblos, y así fueron distribuyéndose en otras regiones. Se instalaron en los estados de Yucatán, Veracruz, Campeche, Coahuila, Durango, Guerrero, Chiapas, Tabasco, Nuevo León y Puebla, en ciudades y en pueblos marginados, algunos de los cuales se convertirían después en centros industriales donde se crearon importantes fuentes de trabajo. Algunos se asentaron cerca de la frontera norte para poder introducir su mercancía con mayor facilidad.

A finales del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, el comercio de los libaneses se extendió en la Ciudad de México y en otros estados de la república, estableciendo sus almacenes en los mercados de La Merced, El Volador y La Lagunilla, en las calles céntricas, como Capuchinas (hoy Venustiano Carranza), Correo Mayor, Honduras, Uruguay y Porta Coeli (Pino Suárez, en la actualidad).[31]

Son dignos de recordar los primeros inmigrantes que establecieron sus comercios, pequeñas o medianas empresas, y aunque la mayoría (tanto de los comercios como de sus fundadores) ya no existen, los mencionamos por su esfuerzo y desempeño y por la nomenclatura de sus negocios, a veces nostálgicos y evocadores de tierras lejanas, otros, por sus nombres sugestivos y otros más por sus apellidos, que dieron nombre a sus tiendas; pero sobre todo, por la huella que dejaron como un ejemplo a seguir por sus descendientes.

Algunos inmigrantes no tuvieron necesidad de practicar el comercio ambulante ya que llegaron con suficiente capital para establecerse, como fue el caso de Nacib Bey Kuri, quien fundó La Mariposa, en el Mercado del Volador, y Alejandro Gabriel, propietario de las Fábricas Nacionales en el Mercado de Correo Mayor; o como los hermanos Slim, procedentes de Jezzine, en el sur de Líbano, que antes de establecerse en la Ciudad de México estuvieron en Tampico, Tamaulipas, desde 1896. Al grupo se suman José Marcos, de Palestina, quien se estableció en Nuevo León; Jacobo Touché, asentado en Chihuahua; Pablo Chaul, a quien se considera entre los fundadores de las ciudades de Torreón y Gómez Palacio, y el primer inmigrante libanés que estableció una casa comercial en Ciudad Lerdo, Durango.[32]

Entre los comercios más antiguos están las mercerías La Estrella de Oriente, fundada en 1904 por José y Julián Slim y La Mariposa de Oriente, de su hermano Pedro, ambas en la calle de Capuchinas, en donde hoy día se encuentra la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Una de primeras mercerías y boneterías de inmigrantes libaneses que se establecieron en la Ciudad de México fue la Casa Mansour Bey Landy, nombre y propiedad de mi bisabuelo materno, viajero incansable, quien al igual que el señor José Abed, regresó a Líbano luego de vivir varios años en México. Don Pepe Abed llamó “Acapulco Beach” a su negocio en una playa de Beirut y mi bisabuelo llenó su casa en Hasroun de recuerdos mexicanos, como trajes de charro, de los que entonces llevaban botonería de plata.

No todas las tiendas eran mercerías ni vendían lo mismo; por ejemplo, entre las más antiguas se encuentran las de Julián Schekaibán, La Corona, en lo que hoy día es la avenida Venustiano Carranza y La Flor de Líbano, ubicada sobre la calle de Jesús María, que se especializaban en artículos religiosos propios para bautizos, primeras comuniones y bodas. Otro ejemplo de comerciantes que no se dedicaron a la bonetería o mercería es Elías Henaine, quien había sido transportista en Puebla antes de mudarse a la capital, en donde estableció varios expendios de lotería que se hicieron famosos y le valieron el sobrenombre de “el

[31] Martha Díaz de Kuri y Lourdes Macluf, *op. cit.*; Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

[32] Julia Nasr y Salim Abud, *op. cit.*

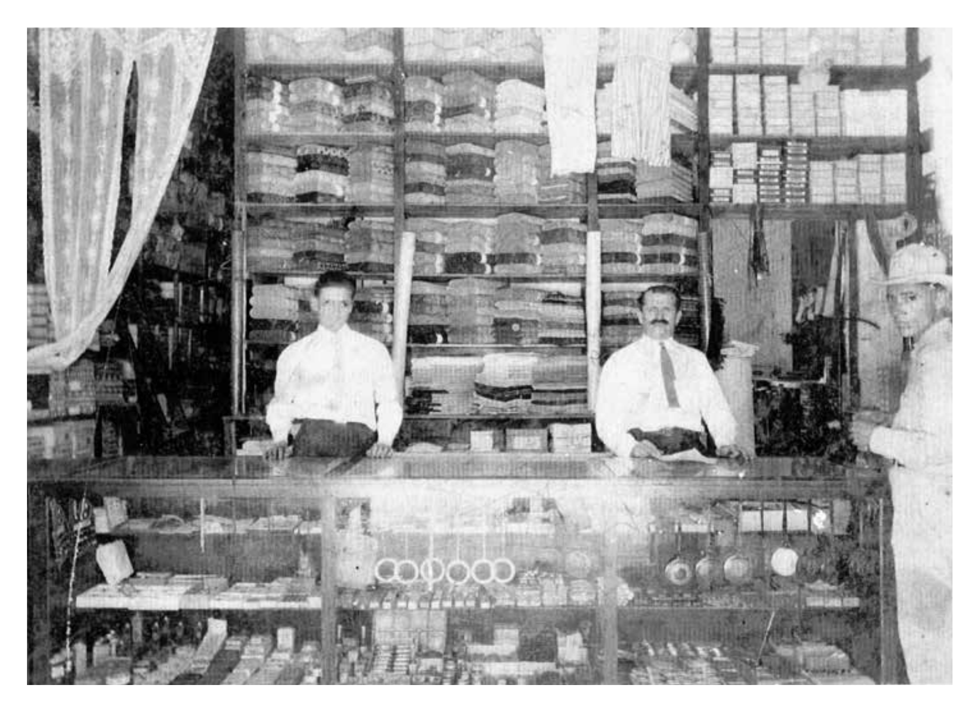


Figura 2. El Cajón de Sleiman Assad. Colección particular.

mago de la lotería". Todos esos negocios se asentaron en lo que hoy conocemos como el Centro Histórico de la Ciudad de México.[33]

Precursores de plazas comerciales

Para inicios del siglo XX, los recién llegados arribaban con recomendaciones para relacionarse con parientes o amigos suyos, quienes los acercaban a los negocios; aquéllos contaban ya con el crédito de los pioneros y con una clientela fija, por su parte, los comerciantes establecidos agrandaban sus tiendas.

Más tarde se establecieron también en los pasajes comerciales Yucatán, Balvanera y Pedro Slim, que serían los precursores de las grandes galerías y plazas comerciales de la actualidad. Por ejemplo, Pedro Slim fundó el pasaje que lleva su nombre en la primera década del siglo XX; en el presente todavía funciona como tal, se ingresa por la calle Corregidora, y tiene su salida en la calle Venustiano Carranza. La mayoría de los actuales locatarios se dedican a la venta de materiales para fiestas.

> El comerciante libanés se instaló en la república a la par y en las mismas condiciones que los otros comercios respetables de otras nacionalidades; en un todo se ajustó a las reglas mercantiles y a las formalidades legales, por lo que fue útil y favorable a la industria nacional por el consumo que hizo constantemente de productos mexicanos y muy especialmente por el método que para sus ventas implantó y que, por su desarrollo forzosamente tuvo que producir mayores ingresos al fisco.[34]

[33] Carlos Martínez Assad (coord.), *La ciudad cosmopolita…*, *op. cit*.

[34] Archivo privado. Fragmento incluido en el *Memorial* del 9 de agosto de 1927; *op. cit.*

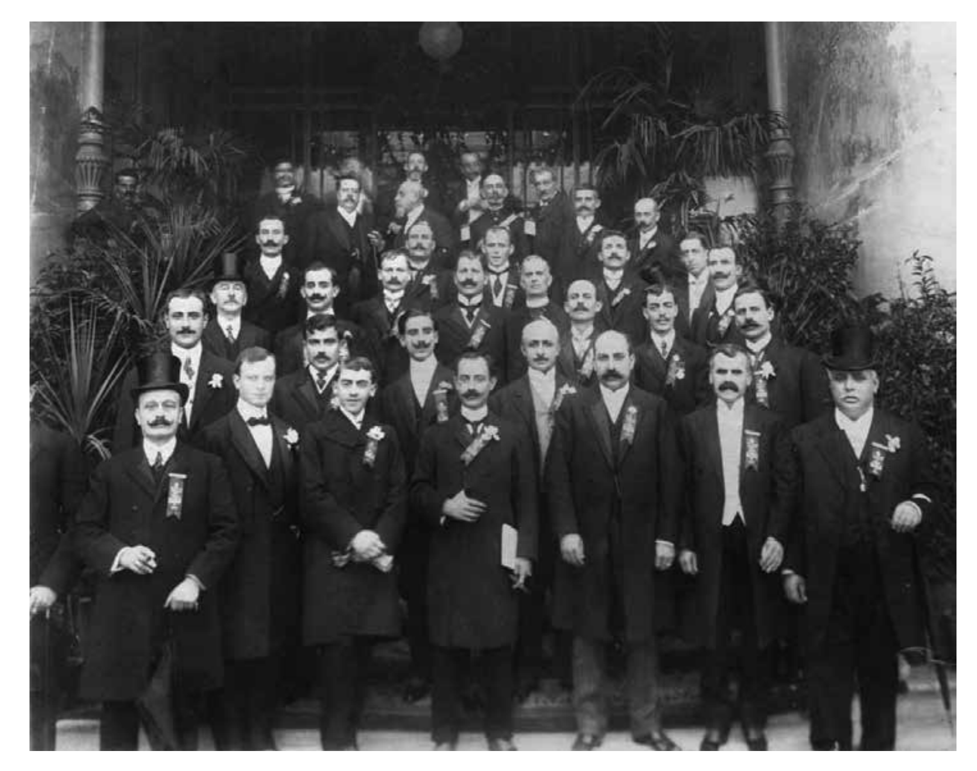


Figura 3. Grupo de libaneses en México, entre 1910 y 1920. Colección particular.

Como minoristas, los comerciantes fomentaron la demanda de artículos domésticos y para la confección, como géneros (telas o tejidos), tijeras, hilos, tira bordada y encaje, por mencionar algunos productos. Como mayoristas, los de la capital surtían a las tiendas en provincia y a los buhoneros de su localidad.

No todos sus negocios eran tiendas

No todos los negocios de los inmigrantes eran tiendas; la gastronomía libanesa, factor indispensable para la comunidad inmigrante —y que además ha tenido un papel primordial en la difusión de su cultura—, se desarrolló desde su llegada. Entre los primeros negocios se establecieron las panaderías: La Casa Cado, fundada por José Cado y su esposa María Namnum, originarios de Zgharta, Líbano, fue la primera panadería libanesa en México, ubicada en la calle Las Cruces, y se ha mantenido como empresa familiar; otra de las más antiguas fue La Cruz Blanca, de Farjalla Zgaib, localizada en un edificio de su propiedad en las calles Mesones y Correo Mayor, en donde vivió casi desde que llegó al país. Muchos de los platillos e ingredientes libaneses, además del pan, se han integrado a la gastronomía mexicana, como el *labneh*, cuya preparación se adaptó y derivó en el jocoque, o el "kipe o kibi maya", en el sureste del país, derivados del *kibbeh*; sucede lo mismo con los postres, el pan (que se venden ya en los supermercados) y el popular café libanés, al que muchos todavía llaman "turco". Por ejemplo, a finales de los años veinte, Julián Slim estableció el hotel San Julián, en el número 7 de Corregidora, esquina con Correo Mayor; le rentó un espacio en el *lobby* del edificio a Fouad y Adela Frangie, quienes, con unas cuantas mesitas, fundaron allí el primer restaurante de comida libanesa que se estableció en la Ciudad de México; pasaron luego a otras

locaciones y, aún hoy, con varias sucursales, son atendidos por sus descendientes, tanto en el Centro Histórico como en las colonias Florida y Polanco; lo llamaron Ehden, en recuerdo del lugar de veraneo de la población de Zgharta, Líbano, su lugar de origen.[35]

Instituciones vinculadas al comercio

Al poco tiempo de su llegada, los inmigrantes libaneses, además de publicar revistas y periódicos bilingües, fundaron también asociaciones benéficas y clubes sociales comunitarios en varias ciudades. Por ejemplo, desde 1913 en la Ciudad de México, un grupo de señoras organizaban reuniones informales para auxiliar a los paisanos que atravesaran por situaciones difíciles; recibían donativos de quienes podían darlos y compraban alimentos, ropa o medicinas para que los inmigrantes libaneses, sin importar su credo político o religioso, no fueran una carga para la sociedad mexicana. Así se creó la Unión de Damas Libanesas.[36] Entre las fundadoras estaban las señoras: María Slim de Haddad, hermana de Julián Slim H., y Wadiha A. de Helú, quien años después sería su suegra; mi tía abuela Basma Landy y Wahibe Landy de Barquet, mi abuela, entre otras, que se reunían en el hotel San Julián. A partir de 1939 se le nombró Unión Asistencial de Damas Libanesas; cabe añadir que dicha asociación continúa la labor que iniciaron sus fundadoras.[37]

Entre otras instituciones, destacó la Cámara Mexicana Libanesa de Comercio, fundada por Neguib Chami a principios de los años veinte, que fue una de las más representativas y activas cámaras de comercio del país. Cuando Julián Slim la presidió, organizaba reuniones y asambleas en el hotel San Julián; además, durante su gestión, elaboró un censo de todos los empresarios libaneses establecidos en la república. Por otro lado, cuando la política migratoria mexicana dejó de ser favorable para muchos extranjeros y restringió la inmigración libanesa, Slim presentó ante el gobierno mexicano un extenso y bien argumentado *Memorial* que acreditaba la residencia en México de los inmigrantes libaneses y describía sus actividades y características en defensa de sus derechos;[38] gracias a dicho documento hubo para estos inmigrantes una resolución favorable; dice, por ejemplo: "El libanés se caracteriza por su actividad en el trabajo, por su economía, por su sencillez, por la facilidad y prontitud con que aprende el idioma del país al que llega y en donde vive pacíficamente, en especial en aquellos que, como México, conservan un depósito sagrado de independencia personal y de amor a la patria".[39] También se destacó que fueron precursores de las tiendas de descuento, bajo el lema "vender mucho y con poca ganancia en las ventas":

> El comercio libanés que casi en su totalidad empleó personal mexicano, implantó en la república un sistema provechoso al descansar sus actividades y su finalidad en una pequeña ganancia en las ventas, y proporcionar al cliente, con el que siempre trató directamente, artículos finos y baratos, con facilidades de pago, sin adulterar sus artículos ni recargarlos con precios exagerados. El libanés por su amor al trabajo, su incansable actividad y por su energía pudo establecer sus empresas llevando sus métodos comerciales que descansan en este aforismo que es regla invariable de conducta:
>
> Vender mucho a base de honradez y de legalidad, con muy corta utilidad facilitando los medios de pago.
>
> En corto tiempo muchos libaneses adoptaron la nacionalidad mexicana formando hogares netamente mexicanos, educando

[35] Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

[36] *Idem*; Martha Díaz de Kuri y Lourdes Macluf, *op. cit.*

[37] Gran parte de los documentos que se consultaron para la realización de este apartado corresponden a los archivos particulares de las familias libanesas fundadoras de La Mariposa de Oriente. La autora de este trabajo accedió a dichos documentos por sus vínculos familiares. En adelante, todas las referencias relacionadas con dichos archivos se señalarán como "Archivo privado".

[38] Archivo privado.

[39] Archivo privado. Fragmento del *Memorial* del 9 de agosto de 1927; *op. cit*.

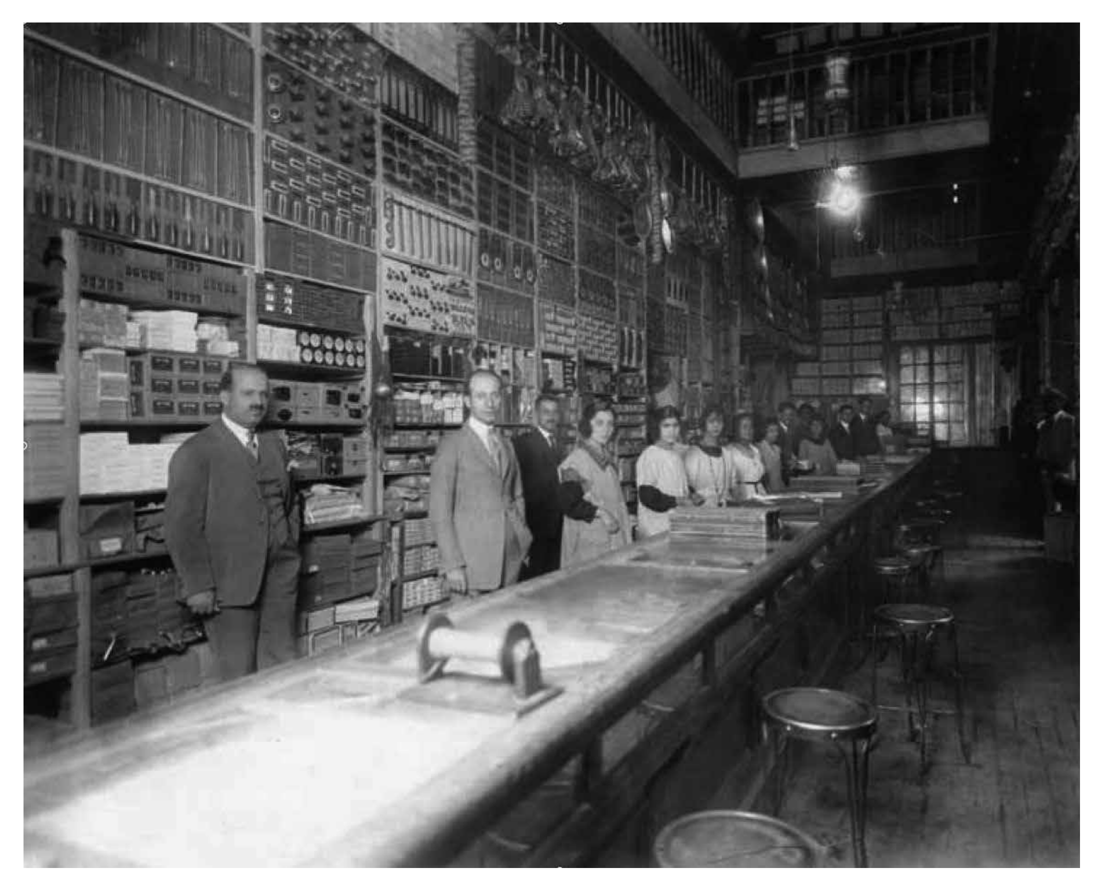


Figura 4. De izquierda a derecha, Julián Slim Haddad y Dib Barquet Tahtac, con el personal de La Estrella de Oriente, mercería en el Mercado del Volador, en el centro de la Ciudad de México en la década de 1920. Colección particular.

a sus hijos en colegios oficiales y de tal manera impregnándose hondamente de todo lo que es mexicano que en muchas familias de padres libaneses, los hijos nacidos en la república hablan solamente el idioma español.[40]

Dos inmigrantes libaneses

Entre los muchos libaneses que desembarcaron en Veracruz en 1902, estaban, por un lado, Julián Slim Haddad, quien se desplazó a Tampico, en donde ya estaban establecidos sus cuatro hermanos mayores; por su parte, tan pronto arribó, Dib Barquet Tahtac se dirigió a Zacatecas para reunirse con su hermana mayor.[41]

Los dos nacieron en familias acomodadas que buscaban evitar su ingreso a las filas de los ejércitos otomanos; en México ambos aprendieron de sus parientes el arte de vender. Un adolescente y un niño que ni en sueños entonces imaginaban llegarían a ser pilares de su comunidad. Aquí se conocieron y crecieron como empresarios y como hombres de familia.

El cuñado de Dib Barquet, de apellido Dipp, era dueño de una importante "tienda general"

[40] *Idem.*

[41] *Idem.*

en el centro de la ciudad minera. Muy pronto colaboró en el almacén de su cuñado, de quien aprendió el oficio de vender. Durante la Revolución, partió a la capital y encontró trabajo en La Estrella de Oriente, en donde llegó a ser "brazo derecho y apoderado" del propietario de la empresa.

Kahlil (Julián) Slim Haddad desembarcó en Veracruz a los 14 años de edad, solo, para seguir a sus hermanos mayores, José, Elías, Carlos y Pedro, establecidos ya como comerciantes en Tampico desde 1896. En 1904 los cinco hermanos Slim se mudaron al centro de la Ciudad de México, en donde José y Julián fundaron la mercería La Estrella de Oriente.

Su proceso de adaptación a la cultura mexicana fue difícil, pero entusiasta. Zarpar del Mediterráneo y atravesar el Atlántico les tomó un par de meses, y no lo hicieron en primera clase; a su llegada, las costumbres desconocidas y la nueva comida, que enfrentaron de inmediato, fueron un desafío menor al que les representó el de la comunicación. Las dificultades idiomáticas empezaban con un alfabeto por completo diferente del suyo, pero que estudiaron y aprendieron.[42]

A su llegada, en México imperaba un cierto espíritu de xenofilia. Pero, aun cuando las leyes migratorias favorecieran a los inmigrantes que se asimilaban a la nueva cultura, los indígenas eran marginados y discriminados, cosa que los asombró, y mucho.

Se dice que Antonio Letayf, nacido en Deir el Qamar, Líbano, en 1869, fue el primer inmigrante libanés que obtuvo la Carta de Naturalización mexicana, que firmó el presidente Porfirio Díaz en 1899. Fue también el primer libanés en casarse con una mexicana; con ella procreó al primer "mestizo" mexicano-libanés, Ernesto Letayf Bourge. A Antonio le siguieron muchísimos inmigrantes más en naturalizarse, la inmensa mayoría de los cuales pasarían el resto de su vida en México. En 1930, Dib Barquet y Julián Slim obtuvieron sus cartas. Ambos fueron asiduos patrocinadores de las asociaciones de beneficencia, tanto libanesas como mexicanas. En 1910, en las fiestas del centenario de la Independencia, la comunidad libanesa regaló a esta capital el "Reloj Otomano".[43]

En 1921 Barquet y Slim donaron a la Ciudad de México el sistema de alumbrado eléctrico de la calle de Capuchinas —como se advierte en pequeñas bandas metálicas fijadas en los postes de luz—, cuando solamente las calles que hoy conocemos como Madero y 5 de Mayo contaban con un servicio similar.[44] Ambos hombres representan al empresario talentoso, que supo trabajar duro y ajustarse el cinturón para lograr el éxito.

Ejemplo claro de una relación entre emigrantes y empresas es la nomenclatura de sus negocios: La Estrella de Oriente, de Julián Slim, y La Mariposa de Oriente, de Pedro Slim, en la calle de Capuchinas; La Estrella Oriental, de Negib Buere, La Fenicia, de Wadih Shedid y La Palestina, de los hermanos Marcos, en Monterrey, Nuevo León; El Arca de Noé, de Domingo Kuri, en Veracruz, Veracruz, y La Estrella de Oriente, de Simón Haddad, en Teziutlán, Puebla; la Casa Chedraui es una empresa de más de 100 tiendas de autoservicio en Veracruz, otras ciudades del golfo y del sureste, la cual en la actualidad tiene sucursales en la capital del país. Éstos son algunos de los principales co-

[42] Martha Díaz de Kuri y Lourdes Macluf, *op. cit.;* Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

[43] El llamado "Reloj otomano o turco" se localiza en la esquina que forman las calles de Bolívar (antes del Colegio de Niñas) y Venustiano Carranza (antes Capuchinas). El reloj fue donado a México por la colonia libanesa con motivo de las fiestas que conmemoraron el centenario de la Independencia de México. Fue construido por el ingeniero Gabriel Oropeza y desvelado por Enrique Creel de la Barra, ministro de Relaciones, en representación del general Porfirio Díaz, entonces presidente de la República, el 22 de septiembre de 1910. Carlos Martínez Assad, *La patria en el Paseo de la Reforma*, México, UNAM/FCE (serie Tezontle), 2005, pp. 33-98; *Álbum oficial del Comité Nacional de Comercio. 1er Centenario de la Independencia de México, 1810-1910*, pról. de Lorenzo Zubeldía, México, Gómez de la Fuente, 1910, ilust.

[44] Carlos Martínez Assad, "La construcción de la identidad árabe de los libaneses y su visión de 'el otro'", en Raanan Rein (coord.), *Más allá del Medio Oriente: las diásporas judía y árabe en América Latina*, Madrid, Universidad de Granada, 2012, pp. 25-54.

mercios fundados por inmigrantes libaneses en la República mexicana.

La Estrella de Oriente era una importante mercería ubicada en el Mercado del Volador, cuyas puertas abrían a la calle de Capuchinas, ahora Venustiano Carranza, en donde hoy se encuentra la Suprema Corte de Justicia de la Nación.[45] Asociados con un capital de 25 800 pesos, del que aportaron 50% cada uno, José (13 años mayor que Julián) y Julián compraron la tienda en 1904 y la nombraron así en honor a su lugar de origen; su hermano Pedro fundó La Mariposa de Oriente, a unos metros. En 1911 formalizaron la escritura de la misma y en mayo de 1914 don Julián, de 26 años de edad, le compró a José su 50% y quedó como único dueño del negocio. Un par de años después registró la marca: Gran Mercería la Estrella de Oriente, firma que renovó en 1919. Para 1920, el negocio ya tenía mercancía por un valor de 100 000 dólares. Para esas fechas, el éxito de su primera empresa había permitido a don Julián adquirir casi 20 propiedades en el centro de la ciudad.[46] La mercería se encontraba en un local con un techo bastante alto; había, a todo lo largo del local y detrás del mostrador —con bancos al frente para acomodar a los clientes—, estantería de madera llena de mercancía; al fondo de las instalaciones estaban los escritorios en los que don Julián dictaba cartas a su secretaria, quien las escribía a máquina con copia al carbón. Arriba, tras un barandal de madera, se almacenaba más mercancía.

En esos primeros tiempos, todo era importado: la mercancía llegaba a Veracruz en barco y de ahí la trasladaban en tren a la capital. Consistía en ligas, horquillas, peinetas y peines, hilos, alfileres y agujas, objetos de bisutería, botones, espejitos, estampas religiosas, lápices, tijeras, listones, encajes y cintas, telas, entre muchos otros artículos.

Los libaneses no se dedicaron a la venta de abarrotes, pues, como solían decir: “el mercado de ultramarinos ¡ya es de los españoles!”, quienes, por cierto, vendían mayoreo y menudeo y surtían a toda la república; tenían clientes de Xochimilco, lo mismo que de Oaxaca, más los buhoneros —muchos libaneses—, que se surtían con aquéllos para sus viajes. Los españoles atendían personalmente al cliente con sus casi veinte empleados mexicanos, que mantuvieron su trabajo por muchos años; anunciaban esos negocios en revistas comunitarias y en algunos diarios capitalinos. Cerraban para salir a comer y no abrían los domingos.

En febrero de 1920, mientras don Julián estaba en un viaje de negocios a Chicago, recibió la noticia de la muerte de su hermano Pedro. Al volver a México pidió a mi abuelo Dib que fuera él quien tomara su lugar para comprar mercancía en Estados Unidos y Europa; durante el viaje, que se prolongó por casi 10 meses, envió a mi abuelo 39 cartas, de las que se desprende su experiencia y capacidad empresarial. Don Julián también escribió a los fabricantes con quienes tenía tratos para recomendarles que dieran toda clase de facilidades a su representante; mientras duraba el viaje, depositaba remesas en un Banco de Nueva York. Cito algunos fragmentos de las cartas a Dib Barquet:

> Visite usted las fábricas, infórmese cuáles no tienen clientes en México y haga tratos con ellos solamente para evitar la competencia.
>
> Consiga la mejor calidad al menor precio, recuerde que el que compra al contado es dueño de poner precio.
>
> En breve le mandaré cartas para algunos fabricantes de Hamburgo y Suiza, recomendándolo para que los visite y compre. Espero sigas teniendo el éxito alcanzado en los Estados Unidos. Tu familia se encuentra perfectamente. Post-data: Muy pronto arreglaré crédito a tu favor por medio millón de francos.
>
> Compadre, no tengas miedo. Obra con entera libertad confiando en que aceptaré todo lo que hagas porque te tengo toda mi confianza.

[45] Plaza del Volador. En el mismo lugar, en febrero de 1936, Lázaro Cárdenas colocó la primera piedra de la que habría de ser la sede de la Suprema Corte de Justicia.

[46] Archivo privado.

> Procura vivir en un hotel mejor, comer bien y gastar "idem". Felicidades.[47]

Don Julián elaboró un reglamento para la tienda que denota su atención constante de las finanzas, con instrucciones precisas para su administración y manejo; algo que quizá fue una técnica pionera en la cultura empresarial de la época. La correspondencia será abierta por el jefe de la casa o quien haga sus veces y será entregada a la persona encargada de hacer la distribución de ella, bajo la forma siguiente:

> 1ª. Se pondrá a toda la correspondencia por medio de un sello, la fecha en que es recibida e inmediatamente se registrará en un libro especial, anotando además de la firma o razón social que la calza, un extracto de lo que cada carta trata, tal como conformidad, diferencias, faltas de mercancía, devoluciones, pagos, pedidos, solicitud de precios, llevando además un índice de la referida correspondencia por orden alfabético […]
> 5ª. En los pedidos del día hay que tomar del tenedor de libros toda clase de datos relacionados con el comprador, tales como el crédito que se le puede conceder, referencias que existan, si el cliente es nuevo o viejo en la casa, importancia de sus compras, si fue puntual en sus pagos, etcétera. Y, finalmente, si tiene algún saldo pendiente, desde qué fecha, cuándo hizo su última compra, en qué tiempo y forma la liquidó, si acostumbra hacer frecuentes devoluciones y cuanto dato sea pertinente para formarse un juicio exacto del comprador […]
> 7ª. Todo pedido autorizado para su despacho, deberá de quedar servido en el término de veinticuatro horas […]
> 10ª Se hará una nota de todos los artículos faltantes en los pedidos y otra nota más de aquellos artículos que hayan variado de precio en sentido de alza o baja, para llamar la atención del cliente sobre todos estos puntos.[48]

Además de vocación y talento, la dedicación al trabajo dio a don Julián un dominio profundo de la actividad comercial. Y ya en la década de 1920 hablaba de que el comercio eficiente era aquel que vendía grandes volúmenes, con márgenes reducidos y con facilidades de pago, factores que rigen hoy a las tiendas de descuento. Sus valores empresariales están inscritos en algunos de sus lemas favoritos, como los que aparecen en un catálogo de los productos que tenía en venta. Cito:

> Nos vamos sin nada; sólo podemos hacer las cosas en vida.
> El dinero que sale de la empresa se evapora, por eso se deben reinvertir las utilidades.
> Todos los tiempos son buenos para quienes saben trabajar y tienen con qué hacerlo.[49]

La Estrella de Oriente se vio obligada a cerrar sus puertas, al igual que los demás locales del Mercado del Volador, cuando a finales de los años veinte el edificio fue requerido por las autoridades para construir ahí la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Don Julián abrió otro comercio en uno de sus edificios en Corregidora, y mi abuelo hizo lo mismo en uno de los suyos, en la calle de Uruguay.

Ambos inmigrantes tenían las bases fundamentales para sobrevivir: la energía para el trabajo, la capacidad para adaptarse a un medio ajeno y aprender un idioma desconocido, la paciencia y la tenacidad para lograr sus metas. Es a través de estas biografías que puede seguirse el itinerario de miles de libaneses que encontraron en el comercio la forma de encontrar la vida a la que aspiraron, trascender e integrarse a México, país al que siempre manifestaron su agradecimiento.

[47] *Idem.*

[48] *Idem.*

[49] *Idem.*

Una mirada al exilio español en México: el caso andaluz

Enriqueta Tuñón Pablos*

Resumen: Estudio del exilio español en México a partir de la experiencia de los andaluces. Se explica las fuentes utilizadas y la importancia de la historia oral para el tema; además se analiza la actitud del presidente mexicano Lázaro Cárdenas ante el problema de la Guerra civil española y sus motivos para recibir a los peninsulares derrotados, la experiencia de los mismos en Francia y su viaje a México, así como la vida que llevaron en nuestro país desde las perspectivas laboral, social y cultural. Se incluyen algunos datos cuantitativos para presentar un perfil de los andaluces que vinieron: cuántos, grupos de edades, estado civil, provincia de origen y ocupación, entre otros.
Palabras clave: México, España, exilio, andaluces, Lázaro Cárdenas.

Abstract: A case study of Spanish exiles in Mexico through the experience of immigrants from Andalusia. This article details its sources and remarks on the importance of oral history on this subject. It also analyzes Mexican president Lázaro Cárdenas's position on the Spanish Civil War and his aims in receiving the exiles from the defeated Republic, their experience in France, and their journey to Mexico, as well as their experience in this country from a labor, social, and cultural perspective. It includes quantitative data to present a profile of the people who came from Andalusia, particularly in terms of their numbers, age groups, marital status, province of origin and occupation, among other aspects.
Keywords: Mexico, Spain, exile, Andalusians, Lázaro Cárdenas.

Fecha de recepción: 12 de junio 2016
Fecha de aceptación: 16 de julio 2016

Mi querida amiga y colega Dolores Pla, especialista en el tema del exilio español en México, siempre decía que al estudiar a los exiliados podemos saber mucho de algunos de ellos gracias a las entrevistas del Archivo de Historia Oral: Refugiados Españoles en México, pero muy poco de muchos, generalmente aquellos que llevaron una vida "anónima", por llamarla de alguna manera. Y tenía razón.

Para estudiar el exilio español en México contamos con dos fuentes invaluables. En primer lugar, el archivo del Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles (CTARE), que fue la filial en México del Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE), fundado en Francia en 1939, a instancias de Juan Negrín, presidente de gobierno de la República, para colaborar en la salida de los refugiados españoles de Europa hacia México. Este archivo se encuentra en la Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia desde 1981 y fue Magdalena Ordóñez quien se dio a la tarea de ordenarlo.[1] El archivo cuenta, entre otras cosas, con las fichas de los expedientes personales de los refugiados que llegaron a México con ayuda del SERE, los cuales contienen

* Dirección de Estudios Históricos, INAH. Una versión más corta de este artículo fue publicado en España con el título "Apuntes sobre los exiliados en México", en *AH, Andalucía en la Historia*, año XII, núm. 43, enero-marzo de 2014.

[1] María Magdalena Ordóñez Alonso, *El Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles: historia y documentos, 1939-1940*, México, INAH, 1997.

datos importantes del cabeza de familia: nombre, edad, lugar de origen, ocupación, estado civil, barco en el que viajó, así como número, nombre y edad de los familiares que venían con él y, en algunos casos, puede haber más documentación, dependiendo de la relación que cada uno de ellos haya mantenido con el organismo, como solicitudes de trabajo, de ayuda económica para comprar algo o para atenderse de alguna enfermedad, por ejemplo. Son 5974 expedientes, entre los cuales hay 527 de andaluces.

La segunda fuente para el estudio del tema son las entrevistas realizadas en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), las cuales conforman el Archivo de Historia Oral: Refugiados Españoles en México. Este archivo consta de 120 entrevistas, que son historias de vida y que constituyen casi 800 horas de grabación y unas 27000 páginas transcritas, aunque éste no es un archivo cerrado, porque esporádicamente se siguen haciendo grabaciones. Las entrevistas se pueden consultar tanto en la biblioteca Manuel Orozco y Berra, de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, como en el Archivo de la Guerra Civil de Salamanca, España.

Se puede decir que cada entrevista es una biografía, porque su protagonista relata gran parte de su vida, por lo general, en dos segmentos; el primero de ellos retoma su lugar de nacimiento, cómo era en aquella época el pueblo donde creció, quiénes eran y a qué se dedicaban sus padres, sus hermanos, su infancia, cómo era la escuela a la que iba, su vida durante la Segunda República Española y durante la Guerra civil, su actividad laboral o estudios superiores, cómo fue que logró salir al exilio, su estancia en Francia o en algún otro país, el viaje y la llegada a México, sus primeras impresiones, y, para finalizar, en la segunda parte se hace una recapitulación de su vida en México tomando en cuenta diversos aspectos, como su vida laboral y familiar, su integración —o la falta de adaptación— a la comunidad española y mexicana, su retorno a España o los motivos de su permanencia fuera de aquel país, así como sus ideales políticos y personales en el momento en que realizó la grabación.



Figura 1. Conversación a bordo de alguno de los barcos que los trajeron a México. Colección Hermanos Mayo, AGN.

Lo anterior ayuda a la comprensión de la riqueza de las entrevistas, ya que esas personas fueron testigos de una serie de hechos clave de la historia de España, de México y de una gran parte del siglo XX, más o menos desde los años treinta hasta la década de los ochenta. En eso se basa el enorme valor del Archivo de Historia Oral: Refugiados Españoles en México, porque a través de él se llega a conocer innumerables aspectos no sólo de la vida de los exiliados que no han sido tomados en cuenta por las investigaciones del tema, sino también de la historia de la época y, por otro lado, nos permite conocer la vida cotidiana y a seres humanos con trayectorias apasionantes, hombres y mujeres de diversas edades, prácticamente de todas las zonas de



Figura 2. Desembarco en Veracruz. Colección Hermanos Mayo, AGN.

España y de diferentes ámbitos sociales, culturales y políticos.

Ésas fueron las fuentes utilizadas para la realización del presente trabajo, en el que me propongo estudiar el exilio andaluz en México de 1939 desde un punto de vista cuantitativo y cualitativo. Para ello, primero tengo que revisar la historia del exilio español en México en general, y en ella incluir la experiencia de algunos andaluces, ya que su trayectoria no fue muy diferente a la del conjunto de españoles que salieron de su país a causa de la derrota en la Guerra civil española. Examinaré su historia desde el comienzo del exilio, esto es, la llegada a Francia —son los que tomo en cuenta porque este estudio se hace a partir de los datos de los que vinieron en los tres barcos que fletó el SERE desde Francia a México, datos que se encuentran en los expedientes del archivo del CTARE—: qué les sucede allí, cómo logran embarcarse y cómo fue la travesía, tomando como base el viaje del *Sinaia*, porque es el más estudiado,[2] y porque creo que las experiencias de los pasajeros del *Sinaia* fueron básicamente las mismas que las de los otros barcos que fletó el SERE y que llegaron a México desde Francia: el *Ipanema* y el *Mexique*. Revisaré cómo fue la llegada al puerto de Veracruz y el recibimiento de México y los mexicanos, después, haré un recorrido por su vida en nuestro país tomando en cuenta diversos temas y puntos de vista.

También presentaré algunos datos cuantitativos que creo enriquecen el trabajo y que logré recuperar gracias al análisis de los 527 expedientes de los andaluces que existen en el archivo del CTARE mencionado anteriormente. En cuanto a las entrevistas de andaluces del Archivo de Historia Oral: Refugiados Españoles en

[2] Concepción Ruiz-Funes y Enriqueta Tuñón, *Palabras del exilio 2. Final y comienzo: el Sinaia*, México, INAH/Librería Madero, 1982.

México, utilicé la de Manuel Andújar, José Hernández Azorín, Álvaro Custodio, José de Tapia y Miguel Vidal Rico. Por otro lado, realicé algunas entrevistas nuevas para escribir este artículo a Antonio Martínez, Baltasar Mena (hijo de andaluces), Carlos Ruiz Chamizo, y Ma. Luisa Vázquez Capella.

México

En México, a partir de los años veinte había comenzado a incrementarse un desarrollo político, económico y social y para mediados de los treinta, nos encontramos con el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, que se caracterizó por el fortalecimiento de un Estado consistente y de estabilidad política congruente con los principios de la Constitución de 1917. En política interna, Cárdenas tomó partido desde el inicio de su mandato por los movimientos populares, decidió modelar los organismos destinados a defender a los obreros y campesinos, logrando que sirvieran de impulso y de apoyo a su gobierno, y de esta manera se creó en 1936 la Confederación de Trabajadores de México (CTM), y en 1938 la Confederación Nacional Campesina (CNC), grupos que fueron la base de su labor política; por otro lado, logró que dos grandes sectores emanados de la Revolución mexicana, el sector público y el ejército, se unieran al partido oficial, el Partido de la Revolución Mexicana (PRM).

Otros aspectos de la política nacional que le preocuparon a Lázaro Cárdenas como factores de movilización, fueron la educación y la comunicación social. En este sentido, planificó la educación como un objetivo de carácter nacional que debía abarcar a toda la población, como se planteaba en la Constitución de 1917, y siguiendo con esta política impulsó la educación socialista, los centros educativos para obreros, incrementó el número de escuelas rurales y creó otras para hijos de los integrantes del ejército. También le dio gran impulso a la educación superior; en 1936 inauguró la Universidad Obrera, y en 1939, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Casa de España en México —hoy, El Colegio de México— y el Instituto Politécnico Nacional. Por otro lado, el gobierno de Cárdenas aceleró la reforma agraria y llevó a cabo la nacionalización del petróleo.

Ante la agresividad expansionista del imperialismo y del fascismo, México adoptó una posición antiimperialista y antifascista en lo internacional, que correspondía a su política interna. A la República Española la apoyó y la reconoció desde su creación, en abril de 1931, y esta postura la mantuvo durante la Guerra civil. Fue uno de los pocos países que a partir de 1936 alzó su voz en la Sociedad de Naciones para advertir que la Guerra civil española había tomado un carácter internacional y, como tal, debía de ser tratada en ese espacio. Desde 1935, Narciso Bassols, siendo secretario de Hacienda del gobierno cardenista, recorrió España como observador político y a principios de 1936 fue nombrado ministro plenipotenciario de México en Inglaterra, dándosele plenos poderes para que tomara parte en las deliberaciones, suscribiera convenios y aceptara, o no, las conclusiones a las que se llegara en el Consejo de la Sociedad de Naciones; en esa tribuna, Bassols dio dimensión internacional a la lucha de México contra el fascismo defendiendo el caso de España.

La ayuda que México brindó al gobierno de la República Española no se limitó a la defensa en los foros internacionales. A pesar del Pacto de No Intervención, España planteó claramente la libertad que tenía para adquirir armas y en esos momentos, además de la Unión Soviética, México era el único país que estaba dispuesto a realizar la venta. España envió a México, a través del Banque Commerciale pour L'Europe du Nord y del Chase National Bank of New York, tres millones de dólares para garantizar el pago del armamento que había solicitado. México no sólo envió armas y alimentos, sino también a un grupo de voluntarios a luchar al lado de la República; además, se ofreció como intermediario entre España y otros países para la obtención de armamento.

Ya durante la guerra y pensando en que ésta podía perderse, se planteó la posibilidad de que



Figura 3. Mujeres y niños en alguno de los albergues habilitados. Colección Hermanos Mayo, AGN.



Figura 4. Comedor de un albergue. Colección Hermanos Mayo, AGN.

México aceptara exiliados, y justo para realizar las acciones necesarias de una posible llegada masiva de españoles a México, en 1937 Juan Negrín envió a Juan Simeón Vidarte, miembro del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), a entrevistarse con Lázaro Cárdenas. En 1938, por iniciativa propia, Félix Gordón Ordás, el embajador español en México, empezó a realizar trámites sobre una posible llegada de españoles a nuestro país; le planteó el problema al presidente Cárdenas y, a partir de ese momento, Gordón Ordás mantuvo varias conversaciones hasta concretar que en caso de que los republicanos llegaran a perder la guerra, México tendría dispuesta una legislación adecuada para que los que vinieran pudieran trabajar libremente. Así se preparaba el exilio de los españoles a México desde el punto de vista legal.

Fue en Francia, en 1939, cuando Narciso Bassols, ahora embajador de México en Francia, y el representante de México ante la Sociedad de Naciones, Isidro Fabela, notificaron al gobierno republicano que México estaba dispuesto a aceptar a todos los españoles que quisieran venir, siempre y cuando fueran las autoridades republicanas las que sufragaran los gastos del viaje y de su acomodo en el país de llegada; de esta manera, México siguió actuando con congruencia. En el mes de marzo, Cárdenas instruyó a Bassols para que hiciera una selección de los que vendrían sin tomar en cuenta su filiación política, pero procurando que un 60% fueran agricultores, 30% técnicos y obreros calificados y sólo el 10% de intelectuales, ya que ello era lo que necesitaba México en esos momentos. Por otro lado, le pidió a los españoles dos condiciones: que no se concentraran en la Ciudad de México y que no intervinieran en la vida política del país. Lo primero no se cumplió: algunos intentaron vivir en provincia, pero pocos se mantuvieron allí. El desarrollo nacional estaba concentrado en la capital y la mayoría de los españoles procuraron quedarse en ella. En relación con la segunda condición, ésta sí se cumplió y, en lo general, los exiliados estuvieron ajenos a la política mexicana y mantuvieron un agradecimiento reverencial hacia Lázaro Cárdenas por el apoyo recibido al final de la guerra, cuando se sintieron total y absolutamente indefensos y perdidos.

Francia

Combatiendo hasta el final y perseguidos por las fuerzas franquistas, casi medio millón de españoles, militares y civiles, cruzaron los Pirineos hacia Francia a principios de 1939. Llegaron caminando o en auto, pasando frío, hambre, miedo, soportando bombardeos de los fascistas y dejando atrás a sus seres queridos y su patria, entre muchas cosas más. Al llegar a la frontera les quitaban las armas y las pocas pertenencias que aún llevaban y separaban a los hombres de las mujeres y los niños, a los primeros los llevaban a campos de concentración y a ellas, con sus hijos, a casas abandonadas, chozas o establos que se habilitaron como refugios.

Los campos estaban en las playas, a lo largo de la Costa Vermeille. Agustí Bartra, en su *Cristo de 200 000 brazos*, dice: “Al norte, alambradas; al sur, alambradas; al oeste alambradas. ¡Ah, pero al este se encuentra el mar! Agua salada”. Los piojos y la disentería pululaban, no había donde resguardarse del frío, ni medicinas, a duras penas recibían algo de comer, sólo lo suficiente para sobrevivir. Estando en los campos se les presentaban varias opciones: volver a España, incorporarse a la Legión Extranjera francesa para trabajar en territorios coloniales, ponerse al servicio del gobierno francés en empresas agrícolas o industriales, o bien, laborar en compañías de trabajo, lo que se comenzó a hacer obligatorio a partir de abril de 1939. El gobierno español, a través del SERE, se dio a la tarea de apoyarlos y organizar su salida a otros países.

Las opciones eran México, Chile, República Dominicana y la Unión Soviética, países que habían aceptado su entrada. Chile, limitado y con criterio selectivo, fundamentalmente recibió pescadores; República Dominicana, gobernada por el dictador Leónidas Trujillo, lo hacía con fines raciales y siempre con la condición de que el SERE pagara el viaje y la manutención o ubicación laboral de los exiliados españoles; la

Unión Soviética, por su parte, sólo recibiría unos dos mil porque ya vivían allí alrededor de cuatro mil que habían llegado por diversos motivos. México fue el único país que aceptó a los refugiados prácticamente sin condiciones: agricultores en su mayoría y que no intervinieran en política mexicana.

Así pues, los exiliados, desde los campos de concentración, de los refugios, o que estaban viviendo con algún amigo en alguna ciudad o pueblo, se fueron organizando para preparar su viaje a México. Fueron varios los viajes que financió el SERE, tal y como lo había pedido el gobierno mexicano, y sus pasajeros fueron seleccionados tanto por sus representantes como por los del gobierno de México en Francia: Fernando Gamboa y Narciso Bassols. El criterio de selección sigue siendo un misterio, al respecto es interesante leer las entrevistas del Archivo de Historia Oral: Refugiados Españoles en México para constatar que no sabemos cuáles fueron los requisitos tomados en cuenta. Unos dicen que la filiación política; otros, que el grado de peligro que corrían; unos más, que debido a que tenían a algún conocido influyente; otros, que se privilegiaba a los agricultores porque era lo que había solicitado Cárdenas. Al respecto, Carmen Báez —que era, desde 1939, tercer secretario de la Embajada de México en Francia y la jefa de la oficina encargada de tramitar los papeles de los refugiados españoles que solicitaban venir a México— dice:

> Gamboa seleccionaba entre los que solicitaban venir, personas que a su juicio fueran las mejores, no sé que cartabón de juicio tendría, pero él hacia la selección. Que haya estado de acuerdo con normas de cualquier partido, de cualquier cosa, eso no tenía importancia, porque todos los españoles que salieron no eran […] si no eran comunistas, por lo menos eran izquierdistas.[3]

De acuerdo con uno de los andaluces más reconocidos en México por su gran trayectoria intelectual, Adolfo Sánchez Vázquez: "Las tres —expediciones fletadas por el SERE a México— no respondían a una rigurosa selectividad y reflejaban en su composición, la diversidad social, ideológica, política y profesional del pueblo que había hecho la guerra".[4]

Miguel Vidal Rico, de Almería, vino por casualidad a México. Un día se encontró con un amigo en la calle:

> Y me dijo Vázquez Humasqué: "Usted no va a México porque no quiere." Yo le digo: "Cómo que porque no quiero, ¡hombre!, yo estoy dispuesto a irme ahora mismo." "Usted se viene conmigo ahora mismo, aquí hay una oficinita que han creado Bassols y Fernando Gamboa." Fuimos y me dicen: "Mañana mismo, a las dos de la tarde, sale un barco para México, si usted quiere firme aquí y aquí."[5]

Una vez seleccionados los pasajeros, se anunciaban en listas que se hacían públicas en los campos de concentración:

> Yo siempre he tenido mucho escepticismo hacia los organismos oficiales, aunque fueran de la República, yo no había presentado ninguna solicitud de embarque como habían hecho otros muchos […] simplemente rellené un tarjetón que había allí, en el campo, donde pedían los datos personales, la significación ideológica, los cargos políticos que había tenido […] Yo envié a París mi solicitud, no la apoyé con nada, no tenía ninguna relación con nadie, absolutamente, y me vino aprobada.[6]

[3] Entrevista a Carmen Báez realizada por Concepción Ruiz-Funes en la Ciudad de México, en 1979. PHO/10/72.

[4] Adolfo Sánchez Vázquez, *Del exilio en México. Recuerdos y reflexiones*, México, Grijalbo, 1991, pp. 15-16.

[5] Entrevista a Miguel Vidal Rico realizada por María Luisa Capella en la Ciudad de México, en 1979. PHO/10/12 (párrafo editado para este trabajo, así será con todas las citas de entrevistas).

[6] Entrevista a Manuel Andújar realizada por Elena Aub en Madrid, en 1979. PHO/10/Esp.8.

Quiénes y cuántos

Los exiliados españoles que llegaron a México venían de todas las regiones de España, de diferentes edades y posturas políticas. Estudiar a aquellos que destacaron, a los "célebres", a los intelectuales, no es difícil, porque se puede acceder a su obra o a libros escritos sobre ellos, pero para localizar a la gente "común" es necesario acceder al archivo de la CTARE y, concretamente, a las solicitudes que los refugiados, cabezas de familia, llenaron en París, tanto para el SERE como para la representación del gobierno mexicano, pues era requisito para poder viajar y entrar a México. Se encontraron 527 expedientes de andaluces y, sobre este universo, se hizo el estudio que nos despeja algunas incógnitas que otras fuentes no pueden responder y nos aproxima —sólo una aproximación— a delinear el perfil del exilio andaluz.

1. Cuántos viajaron
   - Total de fichas de identificación de cabezas de familia de los tres principales barcos: 5 974 (527 andaluces = 8.8%).
   - Jefaturas de familia: 72% eran varones y 28% mujeres.
     - 67% venían casados, 29% solteros y 4% en otra situación.
     - 58% viajaban solos y 42% con algún familiar (promedio de 4).
   - Total de andaluces: 527 jefes + 1 101 acompañantes = 1 628 (con excepciones)
2. De dónde provinieron
   - Principales provincias de origen: Málaga (22%), Jaén (15%), Sevilla (14%), Almería (12%).
3. Cuál era su edad
   - Grupos de edad: 18% eran jóvenes de 15-24 años, 71% eran personas adultas de 25-49 años y 11% eran mayores de 50 años.
4. A qué se dedicaron
   - Ocupación: profesionistas (22%), agricultores (21%), obreros (12%), técnicos (11%), artesanos (9%), comerciantes (4%), estudiantes (3%) y militares (1%).

El viaje

Los andaluces exiliados llegaron a México por distintos medios, pero para este trabajo, como ya se explicó, se parte del viaje del *Sinaia*, en el que vinieron 46 andaluces de un total de 1 620 pasajeros. El mismo día de la partida del barco, llegaron a Sète la mayoría de las personas que se embarcarían, casi todos los hombres venían de campos de concentración, y las mujeres y niños de refugios. En el puerto podían percibirse muchos estados de ánimo que dependían, en gran medida, de la historia personal de cada uno de los pasajeros; los jóvenes, con una vida por delante, estaban más contentos que los mayores, que ya la tenían hecha en su país. Por otro lado, imperaba un sentimiento de esperanza por un futuro mejor, además de que todos sabían que se estaban salvando de una futura guerra europea aunque, al mismo tiempo, estaban dejando su familia, su patria y tantas cosas más.

Al respecto dice Manuel Andújar:

> La emoción del embarque, que fue de madrugada casi todo; el que por ejemplo te encuentras con la esposa, ves amigos, ves hasta casi resucitados y la impresión de que, por primera vez, ya no eras un apátrida, ya no eras un número, ya eras una persona a la cual llamaban por su nombre y apellido; es decir, el que México nos diera asilo, ya en ese momento, fue darnos personalidad, reforzar la personalidad, recuperar la personalidad.[7]

El viaje no se caracterizó por ser confortable: el barco tenía capacidad para 900 personas y venía casi el doble de pasajeros; venían hacinados, los solteros dormían en las bodegas o en la cubierta y las parejas con hijos en camarotes; el agua escaseaba y tenían que hacer colas para bañarse; la comida, según la mayoría de los entrevistados, era mala y la servían en platos y vasos de hojalata. Sin embargo, la relación que se dio entre los pasajeros fue buena, quedó atrás

[7] *Idem.*



Figura 5. En algún festejo relacionado con la Segunda República Española.
Colección Hermanos Mayo, AGN.



Figura 6. Envío de ayuda para los presos en España. Colección Hermanos Mayo, AGN.

la desunión característica de las izquierdas españolas y las diferencias regionales para dar paso a una nueva identificación como exiliados.

Recuerda un pasajero:

> Del viaje en general yo guardo la impresión [de] que, pese a provenir de una derrota, teníamos una conciencia de fuerza moral, es decir, yo pude ver allí que nuestro pueblo tiene una serie de resortes ante la adversidad, ante lo desconocido, que creo que son muy importantes y, además, a pesar del llamado individualismo español, hubo una coordinación y hubo un sentido colectivo que nos mantuvo unidos; en el *Sinaia* éramos una comunidad.[8]

Y otro pasajero señala: "Salimos por el Mediterráneo y al llegar frente a Almería vimos que aquello se agrandaba y ¡era el puerto de mi tierra, de Almería! y en esa situación se pusieron dos barcos ingleses escoltándonos y no nos dejaron hasta que no cruzamos el estrecho de Gibraltar. Fue muy emocionante.[9]

Un niño de 9 años relató:

> Lo que yo sí notaba era un orden dentro del barco, me imagino ahora pensando, ya de mayor, era un orden dentro de la anarquía [...] Creo que los niños éramos los que menos nos enterábamos, porque además siempre son a los que se dan más facilidades; pero sí [...] yo notaba algo dirigido. No recuerdo broncas ni conatos de pleito, no recuerdo nada porque esas cosas también se quedan grabadas.[10]

Poco sabían de México estos viajeros, pero durante la travesía se editó un periódico en el que, además de dar a conocer las noticias del mundo, ofrecía a los lectores datos de México: política, geografía, economía, sociedad, entre otros temas; también anunciaban los eventos que se realizaban a bordo, hacían entrevistas a algunos pasajeros, en fin, una serie de temas que mantenían unida e interesada a la gente. El equipo que colaboraba para su publicación era de periodistas e intelectuales muy entusiastas, y al respecto comentaba Manuel Andújar: "Yo creo que en aquella travesía, los que trabajamos, aparte de la tripulación y el capitán, fuimos los que estábamos en la redacción del diario de a bordo". Es interesante ver el desconocimiento que tenían de México para entender que realmente su venida fue, más que una opción, la mejor alternativa que se les presentó para huir de Europa, ya que México fue el único país de América que abrió las puertas prácticamente sin condiciones y con facilidades para su inserción en la vida económica y social.

En el viaje también hubo conciertos, bailes, actividades y clases para los niños, la gente se reunía para jugar ajedrez, charlar, y, si bien no había comodidades, con esas actividades se amenizaban la travesía. Por las noches se reunían y se acostaban tarde, tanto que en el periódico escribían: "Lamentamos vernos precisados a recomendar nuevamente a los compañeros que guarden silencio en los sitios donde descansa la tripulación. Gozamos de toda clase de atenciones, podemos estar donde queramos, únicamente a condición de que observemos la consideración debida al descanso de los marinos y oficiales".[11]

Poco antes de llegar, la última noche a bordo, se organizó un festejo en el que el poeta andaluz Pedro Garfias (oriundo de Salamanca, pero radicado en Sevilla, por lo que se sentía andaluz) recitó su poema "Entre España y México", que habría de convertirse en emblemático dentro del grupo del exilio en México:

> Qué hilo tan fino, qué delgado junco
> —de acero fiel—, nos une y nos separa

[8] *Idem*.
[9] Entrevista a Miguel Vidal Rico, *op. cit*.
[10] Entrevista a José Hernández Azorín realizada por Concepción Ruiz-Funes en la Ciudad de México, en 1980, PHO/10/71.

[11] *Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México*, 9 de junio de 1939.

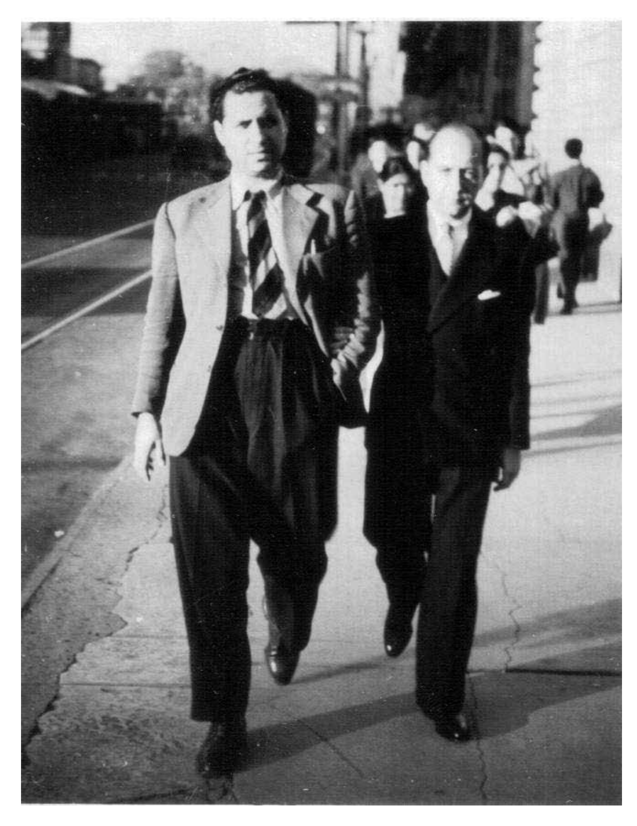


Figura 7. Dos amigos pasean por el centro de la Ciudad de México. Colección particular de Enriqueta Tuñón Pablos.

con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.

[...]

Como en otro tiempo por la mar salada
Te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada…
Pero eres tú, esta vez, quien nos conquistas
y para siempre, ¡oh vieja y Nueva España!

Veracruz

En México, mientras tanto, se preparaba la llegada de los españoles refugiados:

> Se está trabajando activamente y se ha logrado interesar a todos los sectores populares para que la recepción sea todo un éxito y el pueblo en general manifieste moral y materialmente sus simpatías a los trabajadores españoles. Se han distribuido profusamente muchos millones de manifiestos, explicando al pueblo el provecho que se obtendrá con la llegada de los españoles, que representan fuertes valores de trabajo y cultura para México. [...] Por otra parte, el día 10 se llevará a cabo la suspensión total de labores con el objeto de hacer una gran manifestación de adhesión y simpatía, para lo cual se han invitado a las agrupaciones campesinas de la región, contingentes obreros y otros sectores. En esta manifestación se presentarán los familiares de los trabajadores, llevando ramos de flores para obsequiarlos a los niños y compañeros refugiados. Se han formado cinco comisiones a cargo de agrupaciones obreras, a efecto de que, de acuerdo con el carácter de su trabajo, no falte ningún detalle en los preparativos correspondientes. La comisión de desembarco tendrá a su cargo lo relativo al rápido desembarque de los refugiados con sus equipajes y distribución de sus alojamientos. La comisión de acondicionamiento tendrá listos los alojamientos, dormitorios, comedores públicos, baños, alimentación y servicio sanitario. La comisión de prensa y propaganda, mediante boletines a los periódicos y a la radio, dará las notas informativas, y por medio de volantes orientará a la opinión pública acerca del verdadero significado de la inmigración de los trabajadores españoles. La comisión de organizaciones sociales se encargará de establecer lazos de amistad con los refugiados, de manera que los trabajadores de este puerto visiten y conversen en franca camaradería con los trabajadores españoles.[12]

Todo lo organizaron muy bien, al gobierno le interesaba que el pueblo supiera algo de estos

[12] *El Dictamen*, Veracruz, 6 de junio de 1939.

pasajeros y que su llegada fuera todo un acontecimiento y un éxito; sin embargo, hay que aclarar que no todos los mexicanos aceptaban la llegada de los exiliados españoles. Por ejemplo, en la ciudad de Guadalajara, el 17 de junio se reunió un grupo, contrario a la política de Cárdenas, en tal ocasión:

> Algunos elementos propusieron lanzar un manifiesto al pueblo mexicano protestando por la llegada de los refugiados, otros propusieron "acción directa" y, finalmente algunos indicaron que se siguiera con ellos una política de no cooperación como la proclamada por el caudillo hindú Gandhi en la India en contra de los ingleses, es decir, aislar totalmente a los refugiados españoles restándoles elementos de vida y trabajo.[13]

Y había otros todavía más radicales que estaban en contra no sólo desde el punto de vista ideológico sino que también les molestaba que el gobierno mexicano destinara recursos para ayudarlos:

> Soy enteramente contraria a la inmigración roja de España. He auscultado la opinión pública y tomado de todas partes impresiones, el 80% de los mexicanos están en contra de esa invasión de los españoles que huyen de los campos de reconcentración donde ni los franceses los quieren a pesar de que respaldaron su presencia con algunos millones, oro extraído de las arcas españolas.
>
> Datos que se me envían de Veracruz indican que el malestar contra estos no muy distinguidos huéspedes es general. Son varias las organizaciones obreras que se niegan a darles acomodo si antes no se da a los mexicanos que están sin trabajo, y hacen bien; ¿de qué privilegio gozan o deben gozar para que se les dé trabajo, comida, albergue, ropa, etcétera?, cuando hay millares de los nuestros que de todo eso carecen [...]
>
> No censuramos el gesto bello de nuestro primer magistrado, todo corazón y buenos sentimientos; rechazamos, como todos los mexicanos rechazan, esa invasión de elementos que con el tiempo serán nocivos, peligrosos para México, y que ya empiezan a serlo.[14]

Figura 8. Mateo y Adelino, dos andaluces en la Ciudad de México. Colección particular de Enriqueta Tuñón Pablos.

Sin embargo, cuando los españoles desembarcaron percibieron un ambiente festivo y las muestras de cariño del pueblo los hizo sentirse cobijados y "como en casa" dada la cercanía de la cultura y el idioma: "Llegar a Veracruz no es

[13] *El Informador*, Guadalajara, 18 de junio de 1939.

[14] *La Prensa*, México, D.F., 4 de julio de 1939.



Figura 9. Preparación de una paella en reunión de amigos. Colección particular de Eriqueta Tuñón Pablos.

acabar de entrar a México, es como un puente entre España y México, es decir, la huella española es muy fuerte en Veracruz, y el carácter mismo, sobre todo para nosotros, andaluces, que eso nos casa perfectamente".[15] "Nos saludaron en el muelle 20 000 obreros alzando estandartes y pancartas, así como los cálidos saludos de representantes del gobierno mexicano, como Vicente Lombardo Toledano, Ignacio García Téllez, Alejandro Gómez Maganda. El acto fue amenizado por las notas musicales de la Banda Madrid".[16]

La CTARE organizó el registro de los pasajeros y su ubicación en el puerto, también recibieron atención médica y ayuda económica aquellos que la necesitaban, la protección fue total y muy importante porque aligeraba la tragedia de los vencidos, aunque no todos se veían en la necesidad de acudir a los dormitorios o a los comedores que habían sido preparados con la ayuda del gobierno mexicano, ¿por qué? Porque no todos venían de campos de concentración, algunos habían podido acomodarse en otros sitios en Francia y otros contaban con recursos económicos; otros recibieron ayuda de compatriotas que ya estaban aquí; en fin, hay multitud de historias que se pueden encontrar en las entrevistas del Archivo de Historia Oral: Refugiados Españoles en México.

Es muy interesante leer el volante que la CTARE repartió a los recién llegados:

> Al fin has pisado tierra mexicana, tierra de libertad y de esperanza. Los horrores de nuestra justa lucha y los de los campos de concentración de Francia han terminado para vosotros. Una nueva etapa comienza en este momento inolvidable. Etapa dura de trabajo, de sacrificio, que exige ideales para no pensar más que en nuestra patria invadida y en su próxima reconquista que depende de tu esfuerzo, de tu entusiasmo. No olvides que también encontrarás enemigos irreconciliables que procurarán desprestigiarte, demuéstrales con tu conducta que eres un genuino representante de la verdadera España. ¡Bienvenido camarada![17]

En este texto se estaba advirtiendo a los recién llegados que no debían participar en la política de México, como había solicitado Cárdenas, es más, su estancia aquí debía ser considerada pasajera, además de que tenían que respetar al país al que habían llegado. Estancia

[15] Entrevista a Manuel Andújar, *op. cit.*

[16] Adolfo Sánchez Vázquez, *op. cit.*, p. 25.

[17] *El Dictamen*, Veracruz, 14 de junio de 1939.

pasajera… creían que, al finalizar la Guerra Mundial, seguramente caería Franco y ellos podrían volver a España. Es un hecho que durante los primeros años de su estancia en México los españoles vivieron con la certeza de que pasarían fuera de España sólo una pequeña temporada, y en función de esto muchos organizaron su vida con las maletas casi hechas y comprando sólo lo indispensable para pasar una corta temporada.

Pasaron unos días o semanas en Veracruz, días buenos por la sensación de libertad, de haberse salvado de lo que estaba por llegar a Europa y por el recibimiento caluroso de los jarochos que los invitaban a todo, les daban regalos y les preguntaban sus historias. Durante esos días comenzaron a conocer algunas características peculiares del país al que habían llegado: en lo gastronómico, el chile, las frutas tropicales; el aspecto físico de los mexicanos y la pobreza que imperaba, entre otras cosas.

Poco a poco fueron dejando el puerto, la mayoría se desplazó a la Ciudad de México y otros a ciudades o pueblos en la provincia, siguiendo la invitación del gobierno mexicano de diseminarse por el país. Al final, como ya lo mencioné anteriormente, fueron pocos los que se quedaron fuera de la capital, aunque los papeles oficiales dijeran otra cosa. La vida en provincia era difícil para los españoles, no sólo por razones culturales, ellos tenían una serie de necesidades vinculadas con la vida cotidiana que la provincia mexicana no podía ofrecerles, sobre todo las poblaciones pequeñas. Por otro lado, los campesinos y los obreros españoles que aceptaron seguir trabajando la tierra o en una fábrica, no fueron capaces de soportar las condiciones de miseria en que vivían los campesinos y los obreros mexicanos, el nivel de vida de España era más desahogado en estos sectores de la población y no estuvieron dispuestos a ese sacrificio.

Las generalidades son peligrosas. El maestro José de Tapia, andaluz oriundo de Córdoba y preocupado toda su vida por ayudar a las clases desposeídas, vivió con los indígenas en Oaxaca, en un pueblo muy pobre donde llevó una escuela basada en el modelo de Freinet. Al respecto él relató:

> México tiene valores increíbles, valores increíbles. Y al hablar de esto sí quiero hacer mi aseveración profunda y categórica de lo doloroso que es el abandono en que se tiene al pueblo indígena de México. Trabajé dos años en poblaciones indígenas a las órdenes del Instituto Nacional Indigenista y jamás se les cumplía lo que se les prometía [...] México es muy curioso, emana del pueblo mexicano, quizás por abandono, quizás […] no sabemos por qué, pero emana un cálido sentimiento de aceptación de todo lo que le llega.[18]

Ciudad de México

Si bien la ayuda del SERE fue fundamental para los exiliados en Francia para poder embarcar a México, esa ayuda —ya como CTARE— fue la base para que, a su llegada a la Ciudad de México pudieran sobrevivir en los primeros tiempos y, al igual que en Veracruz, organizó comedores y les pagó hospedaje en hoteles o pensiones mientras se iban acomodando.

Para no descapitalizarse y dar trabajo a los que lo necesitaran, el Comité creó empresas como la Editorial Séneca, que empleaba a intelectuales y escritores; los talleres Vulcano, donde se fabricaban instrumentos agrícolas y construcciones metálicas; las escuelas, como el colegio Juan Ruiz de Alarcón y el Instituto Luis Vives, así como el Patronato Cervantes, que llevó escuelas a diversas ciudades del país, colegios en donde no sólo contrataban a maestros españoles sino que, al mismo tiempo, se atendía la educación de los hijos de los exiliados. También se fundó la Benéfica Hispana, en donde médicos españoles veían a los refugiados y muchas veces no cobraban a los que no tenían posibilidades para pagar.

Poco a poco, los mismos exiliados fueron encontrando su camino y resolviendo sus necesidades más apremiantes. Al principio, muchas

[18] Entrevista a José de Tapia realizada por Concepción Ruiz-Funes en la Ciudad de México, en 1987. PHO/10/86.

veces fueron las mujeres las primeras que empezaron a llevar un dinero a las casas, Álvaro Custodio recuerda que tenía un salario de 300 pesos que no les alcanzaba para vivir:

> Y entonces Isabel se puso a estudiar cosas que se referían a cosas de belleza, como masajes faciales y se convirtió en una espléndida *esthéticienne* y aportó a la economía familiar una cantidad, a veces muy superior a la que yo aportaba. Llegó a atender a personajes como María Félix y otras grandes estrellas del cine mexicano; y se hizo, además, muy amiga de ellas, incluso confidenta, porque ha tenido la virtud de que todas las mujeres se le acercan, le cuentan todas sus intimidades, yo no sé qué especie de atractivo tiene, pero todas quieren confesarse con Isabel.[19]

Para conseguir los primeros trabajos, muchos recibieron la ayuda de los españoles que habían llegado antes por motivos económicos y a los que se les llamaba *gachupines*, eran personas que habían logrado hacer un capital, sobre todo en el sector industrial y comercial, y sus ideas políticas eran contrarias a las de los refugiados; sin embargo, en las relaciones laborales pesó más el vínculo regional que el político, y muchos les dieron trabajo por su fama de honradez y disciplina.

No fueron pocos los que crearon sus propios negocios o tuvieron muy buenos cargos en empresas. Ése es el caso de Antonio Martínez,[20] quien, llegado a México a los catorce años, sólo pudo realizar estudios de Comercio, hacer cuentas, organizar archivos. Tuvo su primer trabajo en una fragua, después se desempeñó como *office boy* —como él dice— en una compañía estadounidense, de ahí pasó a la empresa Pepsi Cola, también haciendo las cuentas y ordenando los archivos cuando esa empresa sólo tenía en México un representante-gerente, una secretaria y él; trabajó allí durante 44 años y llegó a tener cargos de primer nivel hasta su jubilación.

Hubo en el exilio español en México dos posturas políticas ante España: los que abandonaron la lucha política y los que querían seguir peleando por su país. Los primeros fueron, por lo general, personas que habían ido a la guerra o participado de algún modo, guiados por los acontecimientos; y los otros, más idealistas o más jóvenes, querían derrotar a Franco a través de la diplomacia o de la lucha armada, ese último era el caso de los comunistas, que durante los primeros años mandaban personas a España para realizar operaciones clandestinas en contra del régimen franquista. Al hablar de los exiliados españoles y su vida política no podemos dejar de nombrar la "institución" del café, costumbre que ellos trajeron a México y en donde pasaban horas y horas hablando de política, sobre todo en los primeros tiempos; que si Franco caería pronto, que si la batalla del Ebro, que si el *Vita*, que si la posición de Negrín, entre tantos otros temas. Allí "arreglaban el mundo", fumando y subiendo la voz, cosa que asustaba a los mexicanos, acostumbrados a hablar en otro tono, con más discreción.

Las mujeres exiliadas, por su parte, crearon en México la Unión de Mujeres Españolas Antifascistas;[21] ellas trabajaban para enviar ayuda a las mujeres que estaban en España, viudas o presas. Los contactos los obtenían gracias al mismo organismo de mujeres con sede en Francia, y para juntar dinero organizaban rifas, fiestas, lo que pudieran; también enviaban ropa y alimentos. El traslado se hacía a través del Café Villarías, de la calle de López, cuyos dueños eran también refugiados y cobraban poco por el envío. En este grupo resulta interesante constatar que tanto las mujeres como los hombres vivieron sus inquietudes políticas sólo de cara a España, lo que refleja, por un la-

[19] Entrevista realizada a Álvaro Custodio por Elena Aub en Madrid, en 1980 y 1982. PHO/10/Esp.13.

[20] Conversación entre Antonio Martínez Rodríguez y Enriqueta Tuñón en 2011.

[21] Concepción Ruiz-Funes y Enriqueta Tuñón, "Nosotras fuimos la Unión de Mujeres Españolas Antifascistas en México (1939-1976)", en *Política y Cultura*, núm. 1, otoño de 1992, pp. 91-99.

do, que todas sus energías y emociones estaban enfocadas a Europa y por otro, que fueron respetuosos y siguieron la sugerencia de Cárdenas de no involucrarse en la política mexicana. Todo ello se fue debilitando con el tiempo, los años comenzaron a transcurrir y la historia mundial se desenvolvió de tal manera que, casi sin que se dieran cuenta, llegó el fin de la Segunda Guerra Mundial y Franco no sólo no cayó sino que además, en 1955, su gobierno fue aceptado en la Organización de las Naciones Unidas, y con ello, se tuvo la certeza de que el exilio sería más largo de lo planeado. Al principio el disgusto fue enorme, pero por otro lado, a sabiendas de que no podían volver, encaminaron todos sus esfuerzos a la adaptación, México era su nueva patria, aquí tuvieron a sus hijos, sus trabajos, sus sueños, y así pasaron los años y la vida. Y el exilio español se quedó en México.

Resulta difícil generalizar respecto a las relaciones sociales de los exiliados en México, pero podría decir, con reservas, que se relacionaron más entre ellos que con los mexicanos. Creo que las relaciones de amistad profunda eran con sus paisanos; hago énfasis en esto porque en México, como mencioné anteriormente, se borraron, en gran medida, las distintas posturas políticas y regionales para convertirse en refugiados, ésa fue su seña de identidad, se creó una unión fraternal entre ellos, muchas veces los amigos se convertían en la familia de adopción, y no fueron raros los casos en que llegaban a llamarse tíos y primos, y es que el lazo de unión era algo tan fuerte como el exilio. También hubo alguna cercanía con los gachupines, a pesar de que su ideología política era totalmente distinta, más que nada por su desconocimiento de la realidad española; los unió el amor por su tierra y también las relaciones laborales mencionadas anteriormente.

Las relaciones con los mexicanos, en ocasiones, fueron un poco más difíciles. El mexicano admira y rechaza al extranjero, y en particular al español, al que no quiere desde la época de la conquista del siglo XVI y por la situación privilegiada que tuvieron los peninsulares durante la época colonial; por otra parte, es innegable



Figura 10. Seguramente comentando algún episodio de la Guerra civil española. Colección particular de Enriqueta Tuñón Pablos.

que algunos mexicanos, si bien están orgullosos de las culturas prehispánicas, desprecian a los indígenas y odian tener rasgos de éstos y color moreno, porque automáticamente se les relaciona con el grupo más desprotegido del país. Para los mexicanos, el tener piel blanca es "un plus" dentro de la sociedad, que es muy racista y en la que persiste una profunda incoherencia porque por un lado odian al español y, por otro, quieren tener la piel blanca y reivindicar su ascendencia española. Esa paradoja ya existía desde antes de que los refugiados españoles llegaran a México, pero se acentuó por una cuestión ideológica: en el país que los acogió, ser de izquierda en esa época era magnificar el pasado indígena, y esto

complicaba la situación porque, aun teniendo las mismas tendencias políticas que los exiliados, los mexicanos eran enemigos de lo español y, por el contrario, la gente hispanista era de derecha, por tanto, tenía una ideología diferente a los recién llegados. Lo anterior nos hace pensar que la situación debe haber sido más complicada de lo que la mayoría de nuestros entrevistados relataron, aunque sí hay algunos testimonios que nos muestran las expresiones de rechazo que recibieron.

El lazo entre los españoles se fortalecía con las instituciones no formales, que sirvieron como punto de reunión y de ayuda entre ellos: los centros regionales —algunos ya existían antes de 1939, los crearon los antiguos residentes— se inyectaron de vida con la llegada de los refugiados; como ejemplo puede mencionarse el Centro Andaluz, que después cambiaría su nombre a Casa de Andalucía. En esos centros organizaban bailes, conferencias, homenajes, solían tener un restaurante, al que acudían no sólo a comer sino también a jugar cartas y dominó, entre otras actividades. No podían faltar las romerías, en las que las chicas se vestían con los trajes regionales y bailaban los bailes tradicionales de las distintas zonas españolas. Al mismo tiempo, los exiliados crearon otros organismos que también fomentaron su unión, como el Centro Republicano y el Ateneo Español de México.

Dentro de sus casas, los españoles mantuvieron las costumbres ibéricas, y en ese aspecto, como en muchos otros, la labor de las mujeres fue fundamental. Los exiliados conformaban un grupo heterogéneo de individuos, eran anarquistas, comunistas, socialistas, de diferentes regiones de España; eran obreros, empleados, profesionistas, intelectuales; sin embargo, tuvieron en común el exilio, que los unió por sus ideales republicanos, el amor a la libertad, a la democracia, a la cultura, a la participación ciudadana, el respeto por las ideas diferentes. Y también los unió la educación que dieron a sus hijos, las comidas, la forma de vestir, el lenguaje, la unidad familiar; es decir, todo aquello que, por cuestiones culturales, estaba bajo la custodia de las mujeres. De acuerdo con los testimonios de las mujeres exiliadas, ellas fueron quienes mantuvieron las costumbres españolas dentro de sus casas, ellas enfrentaron el exilio doméstico y cotidiano:

> Ellos estaban en el trabajo, en el partido, en el café, hablando de lo suyo y decían: "Mi mujer decide qué se come en casa, a qué escuela van los hijos y yo decido si España entra en la ONU". Nosotras las mujeres hicimos todo para inculcarles a nuestros hijos valores que traíamos de España, la necesidad del estudio, el respeto a los mayores, la responsabilidad, también les transmitimos nuestras ideas políticas, y muchos de ellos se integraron en México a las juventudes de los partidos españoles o a los centros regionales. Muchos de nuestros hijos pronuncian la "c" al modo español a pesar de haber nacido en México, y es que como la mayoría de los maestros de las escuelas a las que generalmente asistían eran españoles y la mayor parte de nuestras amistades también; ellos, desde pequeñitos, oían pronunciar la "c" y se acostumbraron a hacerlo [...] Nosotras hicimos que no se perdieran las costumbres españolas, cocinamos como en España, amueblamos nuestras casas con un estilo propio, vestimos a nuestros hijos a la moda española y los enviamos a colegios fundados por refugiados.[22]

En cuanto a la familia que dejaron allí, por lo general se mantuvo correspondencia; pero, en más de un caso, la distancia diluyó muchos lazos de afecto. La situación de los que se quedaron era demasiado delicada como para comprometerlos por alguna indiscreción, de manera que no fueron pocos los que optaron por no arriesgarlos. Por otro lado, las relaciones entre los que salieron y los que se quedaron en España no era fácil, los de España sentían un cierto rechazo hacia los

[22] Concepción Ruiz-Funes y Enriqueta Tuñón, "Éste es nuestro relato... mujeres españolas exiliadas en México", en *Médulas que han gloriosamente ardido*, México, Claves Latinoamericanas/Ateneo Español de México, 1994.



Figura 11. En los distintos festejos había bailables españoles y mexicanos. Colección Hermanos Mayo, AGN.

que se fueron, ellos lo pasaron muy mal, sufrieron la represión de Franco, la exclusión social, laboral y la pérdida, en muchas ocasiones, de su dignidad como seres humanos, sufrieron miseria, frío, hambre, persecuciones y consideraban que los que se habían ido los habían abandonado. Los que salieron sufrieron menos carencias, tuvieron libertad de acción, laboral y fueron, en multitud de casos, respetados en México; sin embargo, sufrieron la pena de dejar su país, de perder su pasado y, los que tenían algo más, también su futuro. No fueron pocos los casos de personas cuya nostalgia por su país les impidió ser felices y disfrutar lo que México les daba; en estos casos tuvo mucho que ver el temperamento y la edad, aspectos fundamentales.

Algunos regresaron a vivir a España, otros se conformaron con ir de vacaciones antes o después de la muerte de Franco; algunos lo disfrutaron, otros se decepcionaron y muchos volvieron a ir muchas veces más, añorando eternamente distintos aspectos de su país. Los que regresaron a vivir relativamente pronto, siendo aún de mediana edad, organizaron su vida allá, aunque con problemas, extrañando México y lo que habían dejado aquí. Y ésta es, justamente, la historia del exilio español: se hizo tan largo que los que se quedaron en México siempre extrañaron a su familia, o su patria, o su pueblo, o su paisaje, o su comida... y los que volvieron a vivir a España nunca pudieron olvidar sus años en México y lo que dejaron aquí.



Figura 12. Recorrido en alguna calle de la Ciudad de México. Colección Hermanos Mayo, AGN.



Figura 13. Vestidos de andaluzas y charros. Colección Hermanos Mayo, AGN.

Los judíos de México y las percepciones sobre la creación del Estado de Israel

Carlos Martínez Assad*

Resumen: Este artículo analiza cómo la creación del Estado judío en Israel y la subsecuente Guerra de los Seis Días repercutieron en las percepciones de México respecto de los judíos en Israel. Sobre esta base, el autor desarrolla un estudio de las relaciones diplomáticas entre México, Israel y los países árabes. Las comunidades judía y libanesa residentes en México fueron cruciales en las posturas del gobierno mexicano.
Palabras clave: México, Israel, judíos, sionismo, Guerra de los Seis Días.

Abstract: This article examines how the creation of a Jewish State in Israel and the subsequent Six-Day War had effects on Mexico's perception of Israel's Jewish population. On the basis of this, the author reviews diplomatic relations between Mexico and Israel and Arab countries. Jewish and Lebanese communities residing in Mexico played a crucial role in shaping the official position of the Mexican government.
Keywords: Mexico, Israel, Jewish population, Zionism, Six-Day War.

Fecha de recepción: 28 de enero 2016
Fecha de aceptación: 20 de febrero 2016

La primera mirada

Las relaciones de México con Israel comenzaron hace mucho tiempo, cuando el vínculo que existía era con la llamada Tierra Santa, en un sentido vinculado casi exclusivamente con la idea católica de ser de la estirpe del judaísmo. En un segundo momento se habló de Palestina, pues durante la Segunda Guerra Mundial se relacionó Medio Oriente con el territorio que debía albergar el hogar judío de las promesas sionistas. La referencia a Israel —en términos políticos— más próxima a la idea contemporánea se formó en la coyuntura que se desencadenó con la creación del Estado, en 1948, y se reforzó con la llamada Guerra de los Seis Días en 1967.

Fue principalmente en la segunda mitad del siglo XIX cuando escritores, antropólogos, historiadores y aventureros de todo el mundo se arriesgaron a conocer los emplazamientos vinculados con la vida y muerte de Cristo, en un territorio que era designado Tierra Santa. Aunque, paradójicamente, ese interés no se reñía con el

* Investigador Emérito del Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

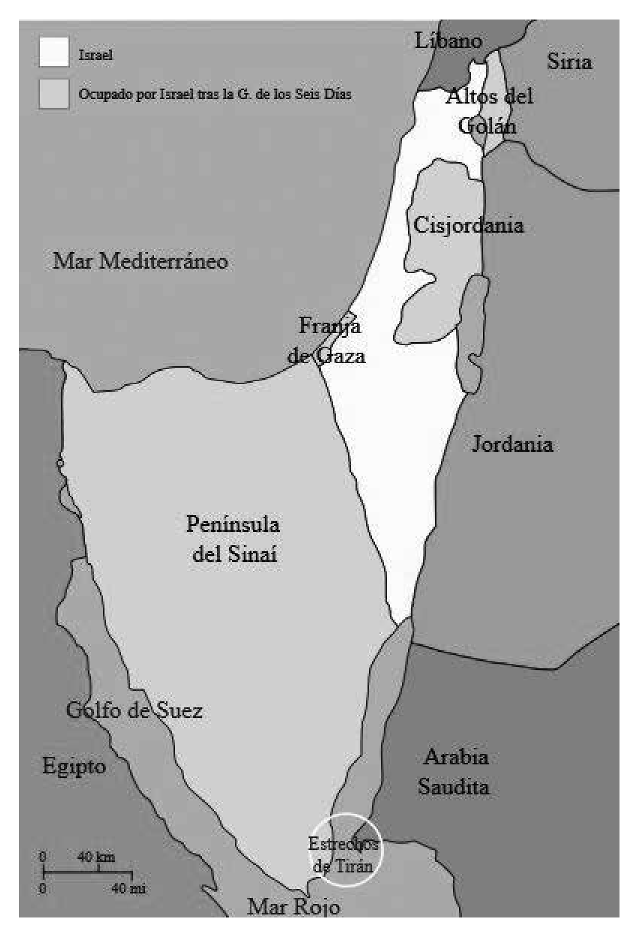


Figura 1. Los límites después de la Guerra de los Seis Días, 1967.

orientalismo desencadenado a raíz del redescubrimiento de la región por Europa durante las conquistas napoleónicas.[1] Lo sagrado y lo profano corrieron en líneas paralelas, atrayendo a los viajeros que se acercaron a la región. En México predominó el interés religioso como la motivación más invocada.

Destacó, por el testimonio que dejó, el viaje del escritor José López Portillo y Rojas, antes de ser conocido por su militancia política durante el Porfiriato y por su trabajo de historiador y escritor. Viajó a Egipto y Palestina, pasó por Europa en un trayecto de casi tres años, financiado por la riqueza de sus padres. En 1874 fue publicado su libro, *Egipto y Palestina. Apuntes de viaje*.[2]

López Portillo y Rojas tiene la virtud de ser el primer mexicano que dejó una constancia amplia y bien documentada para sumar su experiencia a la de otros viajeros que se le adelantaron y escribieron obras ya consideradas clásicas, como la de Mark Twain, quien viajó en 1869,[3] para sólo mencionar a otro americano, y no a los europeos movidos por la curiosidad desde el primer tercio de ese siglo, como Alphonse de Lamartine,[4] y, en los años siguientes, Gérard de Nerval[5] y Ernest Renan.[6]

Aunque la finalidad fue, como decía López Portillo, visitar los lugares sagrados del cristianismo, como Nazareth, Belén y Jerusalén, también se propuso dejar testimonio de todo lo que vio en ese mundo de exóticos atractivos. Por supuesto, llevaba consigo suficientes prejuicios como para describir al Imperio otomano —bajo cuya égida se encontraba sujeta toda la región—: "un país semi-salvaje, donde son desconocidas todas las maravillas de la civilización del siglo XIX".[7] Afirmación que evidencia su desconocimiento de la cultura que irradió ese imperio, aunque tal ya se encontraba en franca decadencia cuando el mexicano llegó a la región. La misma predisposición negativa le llevó a afirmar que "en Oriente se come poco y la gente es naturalmente frugal",[8] argumentos fácilmente refutables para cualquiera que tenga conocimiento de esa cultura. Pero lo sustantivo en relación con el tema

[1] El orientalismo como la construcción europea del mundo árabe se basa en Edward W. Said, *Orientalism* Nueva York, Vintage Books, 1979.

[2] José López Portillo y Rojas, *Egipto y Palestina. Apuntes de viaje*, libro II, México, Imprenta de Díaz de León y White, 1874.

[3] Mark Twain, *Un yanqui por Europa camino de Tierra Santa*, Barcelona, Laertes, 1993.

[4] Alphonse de Lamartine, *Voyage en Orient*, París, Gosselin, 1835.

[5] Gérard de Nerval, en Michel Jeanneret (ed.), *Le Voyage en Orient*, 2 vols., París, Garnier-Flammarion, 1980.

[6] Ernest Renan, *Mission de Phénicie*, París, Impremerie Imperial, 1864.

[7] José López Portillo y Rojas, *op. cit.*, p. 96.

[8] *Ibidem*, p. 107.



Figura 2. José López Portillo y Rojas, entre los primeros viajeros mexicanos a la región. Colección Carlos Martínez Assad.

que nos ocupa es la visión respecto a los judíos. Llegó a decir cuestiones como la siguiente: "El pueblo judío es el más antiguo del mundo, y cosa extraña es el único que se conserva intacto al través de los siete mil años que la humanidad tiene de vida".[9] Es natural que aún no tuviera impacto en él el evolucionismo darwinista y su aserto buscara fundamentarse en la Biblia.[10]

López Portillo le atribuye también ser el "pueblo de los patriarcas", y cuando pensamos que se está acercando a una percepción real de los judíos, afirma erróneamente que éstos llegan a las tres de la tarde al muro "para derramar copioso llanto por la hora en que murió el Salvador";[11] así que confunde una práctica judía con un ritual cristiano, quizás por su formación católica, ya aludida, que enseña la continuidad entre una religión y otra.

[9] *Ibidem*, p. 122.

[10] De acuerdo con la *Biblia*, la creación del mundo llevaba apenas 5 336 años.



Figura 3. Actos de ritualiad en el Muro de los Lamentos, en Jerusalén. Colección Carlos Martínez Assad.

Con esa misma confusión, aunque con un sesgo no exento de prejuicio, pudo afirmar: "Moisés dio leyes a los hebreos; Jesucristo las dio a los hombres"; sin embargo, es probable que hubiera tenido alguna referencia de la Torah lo bastante sólida como para articular el siguiente discurso:

> La Ley Antigua debía ser conservada como en un sagrario en el pueblo escogido; germen de vida que se mantuvo oculto durante cinco mil años, y que se desarrolló después, modificado por la Ley Nueva, extendiendo sus raíces imperecederas por el mundo. Y vino un día en que desapareció el pueblo para hacer lugar a los pueblos; y la tierra fue un vasto Israel, sobre el que se derramaron los prodigios del Omnipotente. La salud vino al mundo sin distinción ni reserva. El Antiguo Testamento concluyó enlazándose

[11] *Ibidem*, p. 117.



Figura 4. Sinagoga con la estrella de David en México. Colección Carlos Martínez Assad.



Figura 5. Sinagoga en la calle de Justo Sierra, en el centro de la Ciudad de México. Colección Carlos Martínez Assad.

> con el Nuevo; se cambió la faz de las cosas; en vez de seis millones de hebreos, surgió de una sociedad abyecta y moribunda, la humanidad vivificada y llena de luz.[12]

Por esos años cobraba fuerza el movimiento político sionista, de corte laico, fundamentado en la idea que se propuso trasladar judíos a la Tierra de Israel; puede afirmarse que se estableció oficialmente hacia finales del siglo XIX, con los escritos de Theodor Herzl, aunque desde 1802 se había iniciado un proceso de emigración hacia la tierra de Israel. En apenas 20 años llegaron más de 35 000 judíos. Con la Declaración Balfour, en 1917, se apoyó la creación de una patria judía; en 1922, la Sociedad de las Naciones hizo suya la iniciativa y concedió a Gran Bretaña —que ejercía el Mandato Británico sobre Palestina desde el Tratado de Versalles— el establecimiento de un Hogar Nacional Judío.

El encuentro de los mexicanos con los judíos tuvo lugar durante las fuertes oleadas de inmigrantes que recibió el país al final del siglo XIX e inicios del XX; los inmigrantes venían de los territorios dominados por el Imperio otomano, en particular de Alepo, Damasco y Monte Líbano. De los más de 7 000 registros de extranjeros procedentes de Medio Oriente en el Archivo General de la Nación —según el registro logrado por medio de la convocatoria de la Secretaría de Gobernación, iniciada en 1932—,[13] la gran ma-

[12] *Ibidem*, p. 15.

[13] Para entonces, los territorios que luego serían Siria y Líbano constituían una entidad común bajo el protectorado francés, debido a la disposición de los Tratados de Versalles a la caída del Imperio otomano en 1919.

yoría, 60% (4529) se definió católica (aun cuando se trataba de cristianos maronitas); 20% (1505) como judíos, aunque 18% se identificó más precisamente como israelita y 1.6% (122) como hebreos; 6.2% (467) se dijo ortodoxos; 4.6% (345), musulmanes, y el 2.1% (157) drusos.[14]

Los procesos identitarios debieron tener características muy particulares, lo mismo que la definición del "otro" por parte de los mexicanos, quienes de repente se enfrentaron a hablantes de una lengua desconocida, aunque común para ese grupo de inmigrantes: el árabe. Venían de las provincias dominadas por el Imperio otomano, así que fueron llamados árabes, sirios o turcos. Los recién llegados no parecían estar urgidos de una definición precisa de su identidad religiosa por encima de la étnica, que compartían como sirios, y quizás, de manera más extendida, como semitas.

Pronto, sin embargo, se dio un proceso de diferenciación entre quienes asistían a los templos católicos buscando cumplir su rito en el cristianismo oriental o en las sinagogas.

Es importante mencionar que se organizaron diferentes grupos en las logias masónicas, tal como sucedió desde la llegada a Veracruz de los inmigrantes judíos del Máshrek. Así mismo, en la capital del país coincidieron con cristianos en las logias existentes; esa costumbre sobrevivió, porque siguieron formando parte de esas formas de asociación modernas, dejando de lado sus identidades étnico-religiosas.

Los judíos de México

La diferenciación en el interior de las comunidades tampoco parece haber sido algo muy notable, entre otras razones, porque la diversidad judía apenas incluía a los judíos halabies (de Alepo), shamis (de Damasco) y a los sefardíes (de Turquía y Grecia); no fue sino hasta algunos años después que se amplió, cuando los ashkenazíes (de Europa central y del Este) arribaron a México y ocuparon un sitio social de mucha visibilidad por su participación inicial en el comercio y en otros negocios. Al incrementarse las persecuciones en Alemania, Austria, Hungría y otros países de Europa, las actividades políticas de los exiliados comenzaron a descollar, aunque se destacaron principalmente como activistas ideológicos en contra del Tercer Reich. En 1934, la supresión de la democracia en Austria provocó la salida de los judíos, algo así como 1500; varios se dirigieron a México. Algunos intelectuales muy destacados que se vieron desplazados coincidieron en 1938 con la fuerte inmigración de españoles republicanos en México.

Fue así como se dio a conocer la Liga Pro Cultura Alemana, animada por intelectuales judíos, que se encargaron de organizar actos culturales contra el fascismo en el Palacio de Bellas Artes. Ésa fue una de las causas de las tensiones entre el gobierno alemán y mexicano, aunque el presidente Lázaro Cárdenas no se ocupó de cesar la actividad antigermana,[15] al contrario, parece haberla alentado si se considera la atención que ponía el presidente a Vicente Lombardo Toledano.

Fueron abundantes las notas de la embajada alemana dirigidas al presidente para detener esos actos sin el éxito esperado por el embajador.[16]

Casi al mismo tiempo los integrantes de la Unión Nacional Sinarquista (UNS) se manifestaban en contra del Frente Popular Cardenista, criticando a bolcheviques, masones, protestantes y judíos por igual. Rechazaron el ingreso al país de migrantes judíos, precisamente cuando

[14] Zidane Zeraoui, "Árabes y judíos en México: integración y herencia cultural", en Ignacio Klich (comp.), *Árabes y judíos en América Latina. Historia, representaciones y desafíos*, Buenos Aires, Siglo XXI/Iberoamericana, 2006, p. 209.

[15] Christian Kloyber, "Austriacos, su participación en la vida social y cultural desde 1938", en Carlos Martínez Assad, *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes*, México, Gobierno del Distrito Federal, 2010.

[16] Pueden revisarse las protestas del embajador alemán Rudt von Collemberg ante la Secretaría de Relaciones Exteriores del gobierno cardenista, en Carlos Martínez Assad (coord.), *El camino de la rebelión del general Saturnino Cedillo*, México, Océano, 2010.



Figura 6. Las categorías de inmigrantes se identificaron durante el cardenismo. Colección Carlos Martínez Assad.



Figura 7. Un emblema de la Unión Nacional Sinarquista. Colección Carlos Martínez Assad.

buscaban refugio por las persecuciones en Europa.[17] La UNS criticó en tono irónico la supuesta propuesta del Partido Comunista Mexicano de "expulsar de la República a todos los mexicanos que no tengan en su casa un retrato de Lenin y traer, en su lugar, a todos los pobrecitos judíos perseguidos por el fachismo".[18]

Otra organización singular apareció por esos años: los *Camisas Doradas*, surgida en el contexto de las campañas nacionalistas. Una de sus acciones se dio el 26 de enero de 1939, cuando manifestantes antisemitas se dirigieron hacia la calle de Tacuba, en el centro de la Ciudad de México, para atacar los comercios de los judíos. Su ideario antisemita se resumía en un panfleto que decía: "Sangre judía, sangre judía y cada día más sangre judía debe fluir si deseamos salvar a nuestra amada patria".[19]

La xenofobia expresada en esas manifestaciones ya había hecho blanco de los chinos y de otras minorías. Entre los judíos, las consecuencias resultaban mayores, pues intentaban salvar la vida refugiándose en México. La acogida que recibió esa comunidad no tuvo, sin embargo, la misma disposición como la dispensada a los republicanos españoles, quizás por los rasgos culturales que éstos compartían con los mexicanos desde la historia iniciada con la conquista.

No todo era tan burdo respecto a los judíos. Los grupos de izquierda ya habían apoyado sus actividades, sobre todo, por el impacto en la cultura, particularmente en la música y en el teatro. Luego se dio su participación en el cine mexicano,

[17] *El Sinarquista*, México, año II, núm. 23, 14 de julio de 1939.

[18] *El Sinarquista*, México, año I, núm. 5, 11 de febrero de 1939.

[19] Alicia Gojman de Backal, *Camisas, escudos y desfiles militares. Los Dorados y el antisemitismo en México (1934-1940)*, México, FCE/UNAM/ENEP-Acatlán, 2000, p. 11.



Figura 8. Imagen de los *Camisas Doradas* con sus atributos fascistas. Colección Carlos Martínez Assad.

que, por lo demás, se abría a historias diferentes como señal de que algo estaba cambiando en el país y, por supuesto, en el mundo.

El cambio de óptica

La Segunda Guerra Mundial dio un vuelco completo en la percepción de los judíos en México, sobre todo, cuando al finalizar las hostilidades se difundió de manera amplia la brutalidad del Holocausto. México era ya un país más cosmopolita, con ciudadanos con capacidad para ver y aceptar las diferencias, aunque se mantuvieron manifestaciones en contra del "otro". La película *Que Dios me perdone* (1948), de Tito Davison con la exitosa diva del cine mexicano María Félix en el papel de Sofía o Lena Kovach, puso en evidencia ese proceso. Se trató de una producción de Gregorio Walerstein, el sonido de B. J. Kroger y en el reparto estaba Fanny Schiller, además de que el director era chileno, lo que evidencia la presencia de varios extranjeros en la industria cinematográfica nacional.

El argumento, de dos grandes escritores, Xavier Villaurrutia y José Revueltas, presenta a un rico que hace negocios con la guerra y se casa con la bella Lena. De ella se sabe que enloqueció a un oficial polaco y es judía serfardí, y que padece, además, un novedoso mal: "psicosis de guerra". Lena tiene un secreto: todas sus acciones las emprende para conseguir el dinero con el que liberar a su hija, atrapada en un campo de concentración, aunque finalmente nada puede hacer y la hija muere en cautiverio.

Esa película es interesante porque fue una de las pocas que aludieron a la guerra y, quizás la única, que lo hizo respecto de la cuestión judía, que entonces convocaba las simpatías en el mundo por el sufrimiento de los perseguidos y



Figura 9. Cartel con la imagen de María Félix, que entonces caracterizó a una judía sefardí. Filmoteca de la UNAM.

la carga que llevarían a partir de entonces los supervivientes. Muchas cosas estaban sucediendo en el mundo cuando se filmaba y exhibía el filme. El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General de las Naciones Unidos votó por el establecimiento de dos Estados, uno judío y otro árabe, en el territorio de lo que fuera el Mandato Británico sobre Palestina, formada por los Tratados de Versalles luego de la Primera Guerra Mundial.

Fueron 33 los países (58%) que votaron en favor de la resolución 181, entre ellos: Australia, Bélgica, Bielorrusia, Bolivia, Brasil, Canadá, Checoslovaquia, Costa Rica, Dinamarca, República Dominicana, Ecuador, Estados Unidos, Filipinas, Francia, Guatemala, Haití, Holanda, Islandia, Liberia, Luxemburgo, Nueva Zelanda, Nicaragua, Noruega, Panamá, Paraguay, Perú, Polonia, Suecia, Sudáfrica, la Unión Soviética, Ucrania, Uruguay y Venezuela.

En contra se manifestaron trece países (23%), a saber: Afganistán, Arabia Saudí, Cuba, Egipto, Grecia, India, Irán, Irak, Líbano, Pakistán, Siria, Turquía y Yemen. Por su parte, México se abstuvo, junto con 10 países (18%) que integraron ese bloque, entre ellos: Argentina, Colombia, Chile, China, El Salvador, Etiopía, Honduras, Reino Unido y Yugoslavia. Tailandia estuvo ausente en la sesión plenaria.

El secretario de Relaciones Exteriores de México, Jaime Torres Bodet, expresó su simpatía por la comunidad judía, justificó su abstención porque el gobierno al que representaba: "abrigaba las más serias dudas acerca de que pudiese aplicarse sin detrimento para las esperanzas de paz de aquella importante región del mundo".

Torres Bodet agregó: "Los hechos probaron casi inmediatamente que semejantes dudas tenían la base firme de la realidad […] la nueva situación en Palestina plantea un problema que nuestro gobierno habrá de estudiar con todo detenimiento".[20] La comunidad judía estuvo al pendiente de la decisión en el marco del Comité de Emergencia Pro Palestina en México.

Es de resaltar que entonces se mencionaba a Palestina como el territorio que debía albergar el Estado de Israel, y ese Comité convocó, el 19 de mayo de 1947, a la celebración por la proclamación del "Estado judío", "afirmando así —decía— los derechos milenarios del pueblo judío sobre la tierra de Israel".[21] Pese al activismo de los sionistas en el país, el gobierno mexicano esperó un lustro para dar el siguiente paso.

[20] "México estudia la situación palestina", en *Excélsior*, 16 de mayo de 1948, *apud* Gloria Carreño, Ethel Gerbilsky de Glusman, *El Estado de Israel en la opinión de la prensa mexicana. Abril, mayo, junio de 1948*, México, Cuadernos de Investigación del Centro de Documentación e Investigación de la Comunidad Ashkenazí de México, 1995, p. 24.

[21] *Excélsior*, 17 de mayo de 1948; *cfr.*, p. 25.



Figura 10. Jaime Torres Bodet, en una reunión de la ONU. Colección Carlos Martínez Assad.

El reconocimiento del nuevo país

México e Israel establecieron relaciones diplomáticas hasta el 1 de julio de 1952,[22] firmando al mismo tiempo su primer acuerdo comercial. El país mantuvo la congruencia diplomática de la no injerencia de un país en las decisiones de otros y fomentó siempre el arreglo pacífico entre las partes. Con sus criterios nacionalistas, acordó no votar al lado de alguna de las potencias; desde el Porfiriato, el gobierno había expresado con claridad su posición a favor de la soberanía y, además, según Rafael de la Colina, "la escasa participación de México en las discusiones sobre Palestina no se debía a una falta de interés, sino al carácter inadecuado de las soluciones propuestas y sus aplicaciones prácticas".[23]

No obstante, hubo manifestaciones solidarias, e Israel insistió para que México se apresurara a normalizar las relaciones y el intercambio de embajadores, lo que sólo se formalizó hasta 1956, cuando el representante tomó posesión el 28 de junio. Ello ocurrió durante la crisis del canal de Suez, cuando Egipto, entonces encabezado por Gamal Abdel Nasser, mostró su hegemonía en la región como líder del nacionalismo árabe que se articulaba. La formalización de las relaciones diplomáticas entre México e Israel fue agradecida por el Comité Central de la comunidad judía en México ante el secretario de Relaciones Exteriores, Luis Padilla Nervo: "Nos anima —decía— el deseo más sincero de cooperar amistosamente y desinteresadamente por el desenvolvimiento de las relaciones internacionales de México y por el fortalecimiento de la amistad entre los gobiernos y los pueblos de México e Israel".[24]

Uno de los principales intercambios se dio a propósito de los métodos agrícolas utilizados en las zonas áridas y semiáridas de México, donde se impulsó el trabajo en cooperativas de producción, técnica equiparable a los kibutz, en los territorios desérticos del nuevo Estado de Israel. Así, el ejido mexicano y los kibutz se consideraron formas organizativas de producción cuyas experiencias podían intercambiarse.[25] Los kibutz se convirtieron en un lugar de aprendizaje para las generaciones jóvenes de judíos que desde cualquier país del mundo iban a apoyar el nuevo Estado.

Los prolongados espacios temporales que separaron las diferentes etapas en las relaciones México-Israel acusan, por una parte, una cautela especial del gobierno mexicano y, por la otra, una forma de acercamiento a los países árabes, quienes entendieron este proceder como un apoyo implícito a la causa que estaban estructurando. En efecto, la presión del mundo árabe sobre México no desapareció en esta época. Las primeras señales se habían canalizado por medio del embajador de México en Líbano,

[22] José Kaminer Tauber, "Historia de una votación: 29 de noviembre de 1947", en *Enlace Judío*, disponible en [https://www.enlacejudio.com/2011/11/29/historia-de-una-votacion-29-de-noviembre-de-1947/]. Consultado el 5 de julio de 2017.

[23] Graciela de Garay Arellano, *Las relaciones diplomáticas México-Israel, 1947-1967*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Universidad Iberoamericana, 1996, p. 146.

[24] *Ibidem*, p. 184.

[25] Uno de los títulos vinculados con esa idea es el de Salomón Eckstein, *El ejido colectivo en México*, México, FCE, 1966.

cuyos comentarios, en un telegrama cifrado, fueron los siguientes:

> Circula noticia aquí señor licenciado Ramón Beteta declaró recientemente en Israel pronto enviaría ministro a dicho país. En diversas ocasiones funcionarios ministerios negocios extranjeros Líbano, Siria, Irak han expresado aprecio países árabes postura México caso internacionalización Jerusalén y circunstancias de que nuestro país, a pesar de tener relaciones con Israel, háyase abstenido enviar representante dicho Estado, posiblemente para enviar tuviese que presentar credenciales en Jerusalén lo cual equivaldría —en su concepto— reconocimiento táctico esa ciudad como capital Israel en contravención resolución Naciones Unidas al respecto. Han añadido gratitud países árabes hase manifestado en apoyo unánime diversas candidaturas México en ONU y demás organismos internacionales, muchas veces en preferencia otros países latinoamericanos que sí mantienen representantes en Israel.[26]

La redefinición continuaba, y como —según el lenguaje coloquial— para que la cuña apriete debe ser del mismo palo, incluso la colonia libanesa de México se expresaba respecto de lo que en 1964 llamaban ya el conflicto israelí, el cual —opinaban— "ha afectado, afecta y afectará [...] a todos y cada uno de los países árabes", entre ellos, Líbano. Es de notar que los hijos de los inmigrantes libaneses se autodefinían como "árabes", pese a la constante reiteración de sus antepasados de asumirse como descendientes de los fenicios. En el curso de los acontecimientos que se iniciaban, ellos defendían los intereses de la Liga Árabe y de los países que incorporaba. Expresaban su punto de vista opinando que "el gobierno y pueblo libaneses se encuentran en franca pugna con el usurpador y ficticio 'Estado de Israel' creado por el convencionalismo imperialista yanqui anglosajón, en perjuicio, repetimos y sancionamos, de los Estado Árabes".[27] Para justificar su postura, que pretendía ser "neutra" o "imparcial", aludían al:

> [...] conflicto que ha suscitado Israel, no sólo en lo concerniente al territorio palestino, que sigue impunemente usufructuando, sino a la desviación de las aguas del rio Jordán, con lo cual lesionan seriamente la soberanía de los países afectados y violan flagrantemente las normas del derecho internacional en que se fundamenta la ONU, la cual, por otra parte, apoya incuestionablemente las decisiones tomadas en razón y en justicia por la Liga Árabe.[28]

En una reunión de la Liga Árabe en La Cumbre de El Cairo, se habrían tomado decisiones para "poner coto a las intervenciones del Estado judío en las cuestiones árabes".[29]

Los cambios en medio de los conflictos

Sin duda, el episodio que generó mayores tensiones entre Israel y otros países fue lo acontecido en junio de 1967, conflicto que pasaría a la historia como la Guerra de los Seis Días, cuando el nuevo Estado derrotó al ejército egipcio, el considerado hasta entonces el más poderoso de la región. Ello permitió a Israel conquistar la península de Sinaí y la Franja de Gaza —que formaban parte de Egipto—, los Altos de Golán —de Siria—, Cisjordania y Jerusalén oriental, que eran de Jordania. La ONU después dio a conocer la resolución 242, que pedía a Israel regresar a las fronteras anteriores a la guerra y

[26] Telegrama de Almazán, ministro de la Legación Mexicana en Beirut, a la Secretaría de Relaciones, relativo a la posición árabe frente a la ausencia de un representante mexicano en Israel. Beirut, Líbano, 8-VII-1959. AREM: Asuntos bilaterales 22992, *apud* Graciela de Garay Arellano, *op. cit.*, p. 185.

[27] "Homenaje a los hermanos Fajer en el Centro Libanés, México", en *Al-Gurbal*, núm. 46, julio de 1964, pp. 46-49.

[28] *Idem.*

[29] *Idem.*

a los árabes el reconocimiento de dicho Estado. Ninguno acató la resolución. Para los árabes, la humillación tuvo enormes consecuencias, la más inmediata fue la condena de muerte al nacionalismo y panarabismo de Gamal Abdel Nasser, que tantas esperanzas había despertado entre los coterráneos.

México se expresó por la paz y se mostró como ejemplo en donde árabes —en referencia a los libaneses— y judíos vivían en coexistencia, decía el editorial de un diario nacional.[30] Pero contrariamente a lo que podría pensarse, las reacciones no se inclinaron de manera definitiva a alguna de las partes. Luis Garrido, exrector de la UNAM, con prestigiada pluma escribía: "Un jefe de Estado pone en peligro la paz del mundo". Se refería a Nasser, de quien decía que su llegada al poder en 1954 fue motivo de beneplácito para el mundo, pero le reclamaba no haber cumplido las metas democráticas anunciadas, e incluso intentó subvertir las bases de la ONU con los países que lo secundaron. Eso sí, terminaba: "La paz duradera en Palestina tiene que basarse en la aceptación de la Existencia del Estado de Israel, pero asimismo aliviar de forma definitiva a los refugiados de Palestina en el Medio Oriente, mediante la indemnización o repatriación, la internacionalización de Jerusalén y el arreglo de la cuestión territorial".[31] Palestina se desagregaba discursivamente de Israel, para marcar que se hablaba ya de dos entidades políticas y donde aquélla se identificaba ya con más precisión con la causa de los palestinos.

Por su parte, Rubén Salazar Mallén responsabilizaba a la Unión Soviética por alentar la actitud adversa de los árabes hacia Israel, quien así sacaba ventaja de esos países. Pero, "los israelíes nuevamente, como en 1956, no fueron la fácil presa que se esperaba y los árabes no se habían preparado suficiente para la guerra". Según él, Nasser fue movido como peón de ajedrez (por cierto, lo mismo que se decía de Fidel Castro en la época) por la Unión Soviética, quien se movió con mentiras. Concluía deseando que de la guerra pudiera surgir "una justa desconfianza del mudo árabe hacia la Unión Soviética y su taimado imperialismo".[32] La misma idea era reforzada por el diario *Excélsior*: "El mundo en nuevo conflicto de guerra declarada. La U.R.S.S. ¿ha olvidado sus ambiciones en el Lejano Oriente y se concentra ahora en el Oriente Medio? Ante el desgaste guerrillero del Vietnam ¿considera Moscú que es el momento de abrir a Washington otro nuevo frente de desgaste?".[33]

Figura 11. Gamal Abdel Nasser, líder del panarabismo. Wikimedia commons.

[30] *El Universal*, 6 de junio de 1967.

[31] Luis Garrido, "Nasser y la guerra", en *El Universal*, 9 de junio de 1967.

[32] Rubén Salazar Mallén, "Durante muchos años la Unión Soviética alentó a los países árabes en su actitud adversa a Israel", en *El Universal*, 10 de junio de 1967.

[33] *Excélsior*, 6 de junio de 1967.

A las voces que responsabilizaban al "dictador militar egipcio" al frente de "esa guerra de agresión" contra una nación que con perseverancia había venido construyéndose, aun con el asedio de los árabes, se unía Pedro Gringoire, para concluir: "La causa última del conflicto árabe-israelí es la tenaz negativa de los gobiernos árabes a reconocerle a Israel el derecho mismo a la existencia".[34] Y, así mismo, consideraba que la actitud de Nasser le echaba fuego a la hoguera de una posible conflagración mundial.

Por su parte, Gilberto Keith intentaba hacer un balance de la situación y responsabilizar a la ambición como el motor del conflicto, e invocaba el humanismo del papa Paulo VI y de U Thant, el secretario general de la ONU. La guerra en Medio Oriente podía resultar más peligrosa que la de Vietnam por ser más internacional "entre varios países, es una amenaza inmediata a la precaria paz sostenida entre los bloques poderosos". Keith reconocía que "los jóvenes israelitas han sido educados para la guerra. Los árabes han tenido la pedagogía del odio hacia sus vecinos ya inevitables". No obstante, arremetía igualmente en contra de Nasser. Algo que se repitió en la prensa de esos días porque aunque se argumentaba que la derrota causó el desprestigio de Nasser, él fue el gran responsable de su propia liquidación política.[35]

Se aludió igualmente a que Líbano fue el único país que tuvo suficiente sentido común para no seguir a Nasser y se limitó a reforzar su frontera con Israel.[36] Su postura se debía, según otro periodista mexicano, a que es el menos árabe debido a su pasado fenicio "con buena dosis de sangre europea que dejaron por esas tierras las cruzados que iban a la conquista del Santo Sepulcro […] Los libaneses más bien vuelven sus ojos a Europa y América, especialmente a esta última, donde residen y prosperan más sus paisanos que en el propio Líbano".[37] Y en su tolerancia incide igualmente que 50% de los dos millones de habitantes del país son cristianos. "Hasta antes de la creación del Estado de Israel, Líbano y Palestina mantuvieron cordiales relaciones, aunque con poco beneficio económico".[38]

Coincidió con el cese al fuego un artículo de Ricardo Garibay, en el que realizaba un recuento apologético del pueblo judío relacionado con Dios, según decía. "Habiendo elegido el Señor a Israel como su pueblo, debía darle un territorio. Lo saca del cautiverio y lo lleva a 'tierra prometida'". Finalizaba señalando el doble componente del Estado en ficción y realidad. La primera en cuanto a la creación de circunstancias e intereses económicos de gran vigor capitalista. Y es real, decía, "porque se ha convertido en veinte años en el centro político de los judíos del mundo, en ciudadanía israelita".[39]

Algo inusitado que expresa con más realismo las tensiones que esa guerra trajo a México fue un desplegado singular dirigido "A la comunidad israelita de México", que apareció el 7 de junio en los diarios *El Universal*, *Novedades* y *La Prensa*, el cual comenzaba:

> Ante la gravedad de los acontecimientos en Medio Oriente y a la nueva provocación del imperialismo en la que se amenaza la paz mundial, hacemos un LLAMADO a la Comunidad Israelita para que no se deje sorprender por el gobierno gorila de Israel, que manejado por los intereses capitalistas lleva adelante una guerra que no es israelita sino una planeada guerra imperialista en la que se sacrifica al pueblo de Israel, que con un sentido romántico del patriotismo entrega su sangre con la ilusión de defender su tierra sin percibir esta maniobra.

[34] Pedro Gringoire, "Israel lucha por su existencia", en *Excélsior*, 8 de junio de 1967.

[35] Gilberto Keith, "El Oriente en llamas", en *Excélsior*, 10 de junio de 1967.

[36] Dicha posición es analizada por el escritor libanés Amin Maalouf en su ensayo, *El desajuste del mundo. Cuando nuestras civilizaciones se agotan*, Madrid, Alianza, 2009.

[37] *Excélsior*, 9 de junio de 1967.

[38] *Idem.*

[39] Ricardo Garibay, "Israel: ficción y realidad. Antes y después del 'alto al fuego'", en *Excélsior*, 11 de junio de 1967.

Y concluía con una arenga: "¡Israelitas de México!, no se dejen engañar en este juego tenebroso del imperialismo". Lo extraordinario es que aparecía firmado por reconocidos personajes judíos de la izquierda mexicana: Enrique Semo Calev, Boris Rosen Gelomer, Raquel Ravinovich de Rosen (conocida con su nombre de crítica de arte como Raquel Tibol). Se trataba evidentemente de una provocación, porque al día siguiente apareció el desmentido con las firmas autógrafas por los tres aludidos: "Consideramos que ese desplegado apócrifo es obra de personas u organizaciones que tratan de difamar nuestros nombres y nuestras ideas de intelectuales progresistas y antiimperialistas que están por una solución pacífica de todos los conflictos que surgen entre los pueblos para que se entierren definitivamente las discriminaciones raciales y los chauvinistas nacionalistas".

Por su parte, el entonces presidente de México, Gustavo Díaz Ordaz, hizo gala de un discurso elusivo, como a los que el poder acostumbra: "Nada podrá edificarse con firmeza en tanto que la paz esté amenazada, y que por ello, de un modo y de otro, nos afectan los conflictos que hacen inestables los esfuerzos de los pueblos para superar el subdesarrollo y se esfuerzan por organizar sus economías tendiendo a hacer una mejor distribución de la riqueza".[40] No obstante, los diarios presumieron que el presidente había elevado su voz en pro de la paz e incluso consideraron la eficacia de su llamado porque "afortunadamente, el llamado fue atendido. El gobierno israelí manifestó desde un principio, a través de su ministro de Relaciones Exteriores, estar dispuesto a suspender las operaciones militares "siempre que las otras partes acepten hacerlo".[41] Resulta por demás exagerada la idea de la ni siquiera remota influencia que podía tener la voz del presidente mexicano en ese conflicto.

El siguiente conflicto árabe-israelí con un fuerte impacto fue el que se inició el 6 de octubre de 1973, día del Yom Kipur, conmemoración judía. Como se temía —afirmaba un diario mexicano—, se reanudaron las hostilidades con la acción mancomunada de Egipto y Siria sobre territorios que habían sido suyos y se encontraban ocupados por Israel. "Para los árabes se trata de reivindicar sus territorios de la invasión y ocupación judía, y para los judíos se trata de conservar conquistas de guerra que, además de cifrar una buena parte de su seguridad nacional, les permiten jugosas utilidades tan sólo por la extracción de petróleo".[42] Extraña afirmación, porque esos dos países no cuentan con fuentes petrolíferas; en realidad, la ocupación israelí había permitido el control de los recursos acuíferos con el agua de Líbano, que pasa por las colinas de Golán y el mar de Galilea.

Los países árabes de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) interrumpieron la venta del petróleo a Estados Unidos y a Europa como represalia por su apoyo a Israel. México abasteció a los países castigados y su PIB creció 8%, con lo cual comenzó a disminuir la crisis que entonces se cernía sobre el país.

Por su parte, una periodista criticaba la inoperancia de la ONU, incapaz de imponer un alto al fuego, y avanzaba una opinión: "La creación de Israel, totalmente artificial enclavado en un lugar habitado por palestinos, no habría supuesto tanto peligro futuro de no haber sido por la insuficiencia territorial israelí para albergar a tanto hermano de raza que regresaba a su hogar nacional". Si ganaran los árabes, concluía, no habrían hecho sino reconquistar los territorios perdidos.[43] Y agregaba, el Medio Oriente podrá seguir ardiendo de no aplicarse la resolución 242 de la ONU.

Una prueba más estaba por llegar a México en el marco de la tensión con Israel. El 10 de noviembre de 1975, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la resolución 3379, que equiparó el sionismo con el racismo y con el *apartheid*, pese al voto en contra de Estados Unidos y de otros 34 países, entre los que se en-

[40] *El Universal*, 6 de junio de 1967.

[41] *Excélsior*, 9 de junio de 1967.

[42] "Editorial", en *El Universal*, 8 de octubre de 1973.

[43] Isabel Hernando, columna en *El Universal*, 13 de octubre de 1973.

contraban Inglaterra, Francia y Alemania Federal. En México, el gobierno encabezado por el presidente Luis Echeverría, quien se visualizaba como posible líder de los países no alineados, firmó en favor de la resolución junto con otros 72 países, entre los cuales estaban la Unión Soviética, Brasil y la República Democrática Alemana. Los países árabes se agruparon en bloque entre los patrocinadores de la propuesta.

Las reacciones internacionales fueron inmediatas; México lidió con un boicot turístico que tuvo alguna consecuencia en su economía. Por su parte, El Vaticano censuró la declaración el 15 de noviembre. Y el país, de nuevo, debía asumir las consecuencias de su posición cuando el 13 de noviembre de 1975 llegó el primer embajador de Jordania en México, Abdulla Salah, y apenas recibido oficialmente en el aeropuerto declaró que el sionismo era una palabra que significaba un movimiento político exclusivo en el mundo, que hace a un lado a los que no tienen las mismas creencias religiosas, y por ello debía ser combatido.[44] Por supuesto, no aceptaba la idea laica en el origen de ese movimiento.

El editorial de *El Universal* al día siguiente de la declaración mostró vagos desacuerdos y aludió a que, según el secretario general U Thant, ponía a la ONU en una situación crítica.[45] Francisco Fe Álvarez expresaba: "Se ha integrado una mayoría en la asamblea general de la ONU que parece buscar la forma de cometer errores con el fin de que la poca credibilidad que todavía podía tener la organización internacional venga por los suelos".[46] Aludía así a los árabes que, impotentes para acabar con Israel con el uso de la fuerza, buscaban aislarlo. El asunto coincidía con la aceptación de Yasser Arafat como orador y el reconocimiento de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP); ello sin considerar la queja del gobierno libanés por la intervención de esa organización, que apoyaba a una de las facciones en la lucha iniciada en ese año y que ya había arrojado miles de muertos.[47]

Francisco Fe Álvarez también sostenía que las acciones discriminadoras eran porque las autoridades de Damasco seguían en contra de los judíos, las matanzas de kurdos por los iraquíes y la servidumbre en que emires y soberanos mantenían a sus poblaciones en la península arábiga, así como el colonialismo del gobierno soviético con los países bálticos. Para el periodista, la resolución de la ONU recordaba el nazismo de la Alemania de 1933.

En México, algunos judíos expresaron su opinión, Marcos Esquenazi rechazó la idea de racismo y argumentó que en Israel las leyes emanan de un Parlamento y que 20% de la población era árabe. Mencionó que el asunto estaba vinculado con las palabras del rey Fáisal, de Arabia Saudí, que durante la Guerra de los Seis Días había amenazado con arrojar al mar al pueblo de Israel. Argumentó también que todos los países de la OPEP votaron en favor de la resolución. Por su parte, Rafael Weinstein dijo que los que votaron así quedaron obligados con Arabia; aludió igualmente a que en los países árabes se comerciaba con palestinos como esclavos y "no pararán en su rencor, frustración y envidia, porque no han podido aplastarnos". Jacobo Keivin calificó la resolución de absurda y dijo que en Israel vive gente de diferente religión y raza: "Allí viven árabes negros que no discriminamos, como lo hacen en los Estados Unidos". Por supuesto, los que votaron en favor querían favorecerse del petróleo de los árabes y criticaba: "Egipto con miles de años de vida, no puede compararse en su miseria y hambre con el próspero Estado de Israel".[48]

Por otra parte, Rodolfo Stavenhagen, el prestigiado profesor universitario, calificó la resolución de desafortunada, porque "atiza el fuego del Medio Oriente". En su argumentación realizó un recorrido histórico por el surgimiento del sionismo para explicar sus diferencias. No todos

[44] *El Universal*, 13 de noviembre de 1975.
[45] *El Universal*, 12 de noviembre de 1975.
[46] *Excélsior*, 13 de noviembre de 1975.
[47] Era el comienzo de una guerra civil en Líbano, que se hundiría por 15 años en destrucción y muerte.
[48] *El Universal*, 13 de noviembre de 1975.

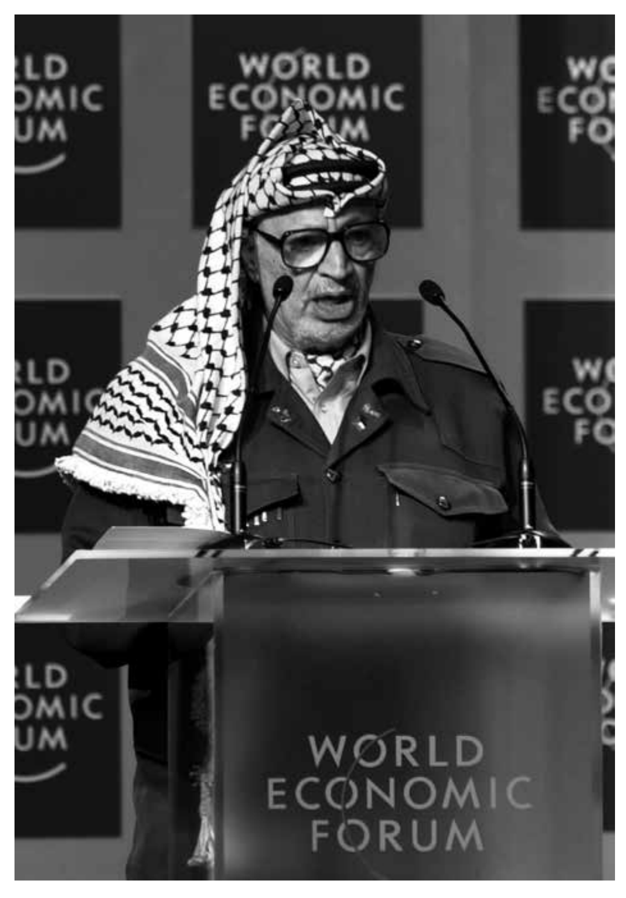


Figura 12. Yasser Arafat en el liderazgo palestino. Wikimedia commons.

los judíos lo apoyaron, decía, y los de izquierda expresaron la necesidad de participar en los movimientos revolucionarios convencidos de que "bajo el socialismo se resolverían definitivamente los problemas del antisemitismo". Así mismo, en el movimiento sionista el ala izquierda proponía "la creación de un Estado socialista binacional judío-árabe, pero ni los colonialistas británicos, ni las oligarquías conservadoras árabes, ni el liderazgo burgués del movimiento sionista veían con agrado este planteamiento". Con la creación del Estado de Israel, afirmó, el sionismo cambió para convertirse de un movimiento emancipador de múltiples comunidades judías dispersas por el mundo en "la ideología oficial de un Estado nacional y religioso ya establecido que identifica los ideales del movimiento con la razón de Estado".[49]

Para Stavenhagen, resultaba clara la relación entre la resolución y la estrategia de los países del Tercer Mundo que equivocaban su estrategia porque no acompañaba la razón a los países que en bloque votaron a favor. La simplificación del problema del conflicto en Medio Oriente era demagógica y desviaba la atención de las verdaderas formas de racismo en otras partes del mundo.

Es importante considerar en este análisis a la revista *Al-Gurbal*, desde la cual el sector más politizado de la comunidad libanesa, cuyos miembros eran ya mayoritariamente nacidos mexicanos, se proponía ser la voz de los países árabes en México, rebasando los objetivos de difusión del libanismo, centrados en dar noticias sobre Jordania, Siria, Irak, Egipto y Arabia Saudí, países que la prensa nacional prácticamente ignoraba.

Las páginas de la revista se empeñaban en la defensa de "Líbano y de los demás países árabes en función a sus valores culturales, sociales, políticos, económicos y étnicos, por sus antecedentes históricos y más cuando su auténtica imagen puede ser deformada por la acción del Sionismo".[50] Y con cualquier motivo se aludía a cómo desde 1967 "se dejó en la miseria a un millón de habitantes que se vieron obligados a perder sus bienes y hogares, vagando por los pueblos vecinos, mendigando y esperando el acuerdo de una limosna de la Organización de las Naciones Unidas".[51] Así, la causa árabe se erigía en oposición a la causa sionista, es decir, al Estado de Israel. La postura de esa revista editada en México tenía un fuerte significado, porque resultaba una de las únicas fuentes vinculadas a los conflictos de Medio Oriente,

[49] Rodolfo Stavenhagen, "La fuerza no da la razón. Sionismo, racismo y tercermundismo", en *Excélsior*, 18 de noviembre de 1975.

[50] Salim Abud, "Pero… ¿Hay embajador en México?", en *Al-Gurbal*, México, núm. 144, febrero-marzo de 1976, p. 17.

[51] "La voz de América", en *Al-Gurbal*, México, núm. 398, 31 de marzo de 1950, pp. 4-5.

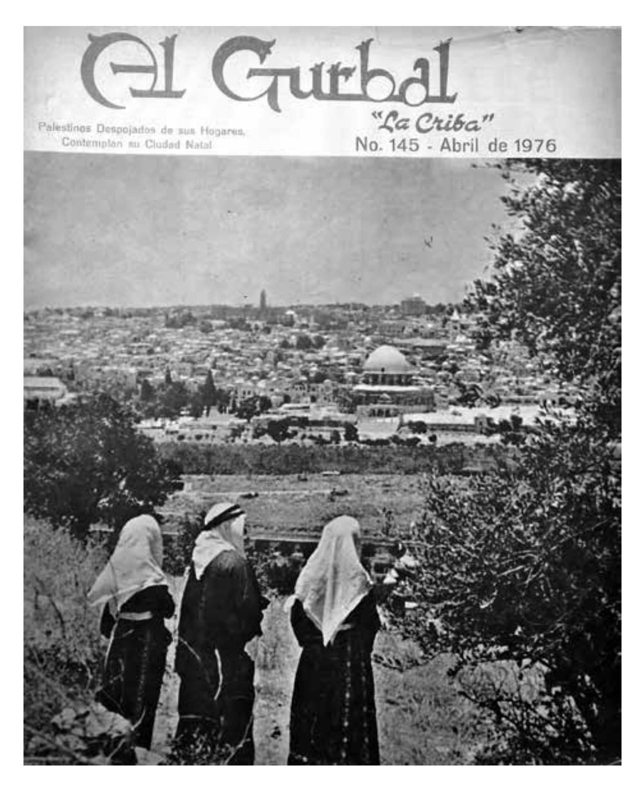


Figura 13. Revista *Al-Gurbal*, reunión de diversas voces de la comunidad libanesa en México. Colección Carlos Martínez Assad.

tan distante cultural como geográficamente para los mexicanos.

En 1981, visitó México el ministro de Relaciones Exteriores de Israel, Yitzhak Shamir. El recibimiento de gobierno se caracterizó por la cordialidad mexicana, pero *Al-Gurbal* opinó: "De ninguna manera implica una anuencia de nuestro país a las presiones de Israel de llevar adelante la acción enajenante de los derechos del pueblo palestino". Y en las conversaciones que sostuvo con el licenciado Jorge Castañeda, secretario de Relaciones Exteriores de México, éste reivindicó: "Es derecho inalienable del pueblo palestino alcanzar el rango de Estado Nacional, con territorio propio y fronteras seguras". Para entonces, las críticas a Israel aumentaban por la aplicación de su política de crear asentamientos judíos en los territorios ocupados. De acuerdo con la revista, "Shamir, durante su discurso, dijo discrepar de la postura mexicana, con el argumento de que los territorios que reclaman los palestinos corresponden de hecho a Jordania".[52]

Un periodo de tranquilidad

Como signo de la normatividad que luego se fue estableciendo en las relaciones diplomáticas, en 1991 se revocó el voto de México que equiparó al sionismo con el racismo. Hay que decir, no obstante, que la tensión que generó esa postura fue distendiéndose por las relaciones interculturales entre árabes —particularmente, los libaneses— y judíos en el país. Además, influyó que con los Tratados de Oslo, en 1993, se llegó al momento de mayor posibilidad de alcanzar la paz entre Palestina e Israel, que luego se transformó en otro más de los fracasos en la búsqueda de aquélla.[53]

Las acciones de acercamiento entre Israel y México continuaron, el 27 de mayo de 1994 Shimon Peres, como ministro de Relaciones Exteriores, visitó el país. En marzo del año 2000, el entonces presidente mexicano, Ernesto Zedillo, realizó una visita oficial a Israel. Su intención quedó clara en el discurso del 7 de marzo: "Israel expresa muy claramente nuestra profunda fe en que esta región del mundo más temprano que tarde será una región de progreso".

La visita de Zedillo fue la avanzada para que el 1 de julio de ese año se firmara el Tratado de Libre Comercio entre México e Israel (TLCIM). De tal forma, para 2007 el panorama de los intercambios era, según la Secretaría de Economía —con datos del Banco de México—, el siguiente: Israel comenzó a importar petróleo, automóviles, teléfonos, refrigeradores, computadoras, medicamentos; por su parte, exportó construcciones prefabricadas, teléfonos, máqui-

[52] "Necedad judía: Israel no quiere entender a México", en *Al-Gurbal*, núm. 183, marzo de 1981, p. 32.

[53] Para un análisis más puntual, véase Carlos Martínez Assad, *Los cuatro puntos orientales. El regreso de los árabes a la historia*, México, Océano, 2013.



Figura 14. Ernesto Zedillo, entonces presidente de México, en la tumba de Issac Rabin en Tel Aviv. Presidencia de la República. Colección Carlos Martínez Assad.

nas y aparatos para impresión, insecticidas, raticidas y demás antirroedores, instrumentos y aparatos de medicina, partes y accesorios para computadoras, condensadores eléctricos fijos, variables y ajustables, semillas y frutos.

Dichos intercambios, sin embargo, favorecieron a Israel, pues en el año 2000 hizo importaciones por un monto de 129.1 millones de dólares, mientras que México importó los productos mencionados por un monto de 441.5 millones de dólares. Con los años, Israel se ha colocado en el lugar número 45 de los socios comerciales de México en el mundo y el primero entre los países del Medio Oriente.[54] Pero nuestro comercio con ese país representa apenas el 0.1%. Aunque en los años de existencia del TLCIM las relaciones comerciales se han incrementado en un 298%. Por lo demás, las empresas con capital israelí realizaron inversiones entre 1999 y 2008 por 14.1 millones de dólares en el comercio de productos no alimenticios al por mayor, incluidos alimentos para animales, pesca, hotelería, fabricación de tejidos de punto, servicios inmobiliarios y agricultura. Y, según la Dirección General de Inversión Extranjera de la Secretaría de Economía, si se incluyeran empresas estadounidenses con capital israelí, la cifra sería mayor. Se asegura que, más recientemente, *América Móvil* ha invertido en la plataforma social israelí Mobli para compartir fotografías y videos.

De nuevo las tensiones

En 2006 un nuevo periodo de tensión trajo algunas consecuencias a los vínculos interculturales de México con Israel. Fue provocada por la escalada militar del gobierno israelí sobre Líbano para liberar a los soldados que fueron tomados como rehenes por la milicia chií de Hizbulah durante el verano de ese año. Esa organización, cuya traducción literal es el Partido de Dios, surgió luego de la invasión de Israel a Líbano en 1982. Con los años adoptó una postura nacionalista; sin embargo, su ideario fundamentalista le valió ser calificado como terrorista por Estados Unidos y otros países, aunque su fuerza y los servicios que proporciona a sectores sociales de libaneses pobres, particularmente a los musulmanes, le ha llevado ya a formar parte del gobierno. Su definición antisraelí es notable y ello le relaciona con Hamás, la organización radical hegemónica entre los palestinos de Gaza, lo cual aporta elementos adicionales a la tensión.

Ésa ha sido la situación que ha causado más reacciones entre los mexicanos de origen libanés, por obvias razones. Ya en el año 2000, Wadih Boutros Tayah Akel, primer obispo de la Eparquía maronita de México y visitador apostólico en Centroamérica y Venezuela, elegido

[54] Aunque al parecer está siendo desplazado de esa posición por Arabia Saudí.

por el Sínodo Patriarcal Maronita en 1995 —y quien logró transformar la Iglesia de Balvanera en la Catedral de San Marun—, externó en una conferencia su desesperanza por lo que acontecía en Líbano. Se enfocaba precisamente al conflicto que había surgido en el sur de ese país, tomado por Israel. Su voz era autorizada, porque con enfoque histórico escribió para relatar con profundidad y con vasta información las relaciones entre Oriente y Occidente.[55]

Boutros consideraba que esa unión estuvo salvada gracias a la cristianización que se proyectó y logró mantenerse en las escarpadas montañas libanesas, rodeadas de países que se islamizaron. Ése era uno de los grandes temas que a él, como a otros cristianos libaneses, les producía fuerte preocupación. Citaba a Ernest Renan: "El islam ha sido una pinza para las personas que ha esclavizado. No hay oportunidad dentro de él. El islam ha abierto una zanja entre las dos mitades de la humanidad que jamás podrá cruzarse [...] El islam cesaría de existir el día que se convierta en una religión libre, sujeta a la ley común. Jamás será como el cristianismo, una religión de individuos".

Aun cuando compartía esa forma de pensar, al referirse a la situación actual y a los problemas de todos los días entre israelíes y palestinos, veía por igual el sufrimiento que padecían unos y otros. En una conferencia celebrada en el verano del año 2000, Boutros consideró que la situación era insoportable para los palestinos, musulmanes en su mayoría, cuando tuvieron que abandonar sus posesiones desde 1948 con motivo de la creación del Estado de Israel. Pensaba que las consecuencias de la Guerra de los Seis Días, de 1967 —cuando los palestinos perdieron aún más territorio—, los llevaron a una mayor desesperanza. Mencionaba las lamentables matanzas a las que habían sido sometidos, como la de Jordania, durante el Septiembre Negro de 1970, pero sin dejar de vincular las secuelas en Líbano, porque todo repercutía en ese país que había sufrido el éxodo casi permanente de palestinos. También hablaba de las terribles consecuencias para el país como escenario que fue de la guerra civil que lo asoló entre 1975 y 1992.

Como obispo, Wadih Boutros no se negaba a polemizar sobre algún tema, por escabroso que éste resultara. En esa ocasión le interesaba explicarse y explicarnos sus experiencias al visitar el sur de Líbano, ocupado por más de veinte años por el ejército israelí; lo sorprendió la miserable situación que encontró: unas cuantas casuchas dispersas, pero más le dolió que alrededor de seis mil jóvenes libaneses —cuatro mil cristianos y dos mil chiíes— hubiesen tenido que buscar refugio en Israel por la difícil situación en la que se encontraban en su país.

Explicaba cómo el sur de Líbano se había integrado al país hasta 1920, con la creación de lo que se designó el Gran Líbano. Desde entonces, la región estuvo más vinculada a Haifa que a Beirut, por eso los libaneses frecuentaban más los servicios de los que disponían en Israel, y cuando el ejército de esa nación entró en Líbano, primero en 1978, y luego en 1982 con la operación Paz en Galilea, encabezada por Ariel Sharon, entonces ministro de la defensa, los residentes en la franja fronteriza fueron seriamente acusados de traidores, paradójicamente, por los mismos libaneses, y fueron a dar a las cárceles en Líbano o quedaron como refugiados en Israel.

La presencia de Hizbulah no pasó inadvertida para el obispo Boutros, y ya entonces reconoció que "domina la región", pero le extrañaba no haber visto ni tanques, ni hombres armados, pero sí muchas banderas de la organización. Incluso fue hasta las Granjas de Shebaa (territorio al sur de Líbano) en jeep por una carretera en muy malas condiciones. "Era un corral de cabras que nunca fue considerado parte de Líbano", le dijeron sus interlocutores.[56]

En conclusión, *a)* Wadih Boutros se refirió consternado al atraso provocado por el abandono de esa región y a la pobreza de los chiíes traídos desde el siglo XVI para el trabajo agrario; *b)* supo que Hizbulah realizaba negocios con Siria, pero obviamente le preocupaba más

[55] Wadih Boutros Tayah Akel, *Los maronitas: raíces e identidad*, México, Diana, 1999.

[56] Cinta grabada y versión manuscrita.

la presencia de la inteligencia y del ejército sirios en territorio libanés; *c)* vio el retiro unilateral de Israel de la región en aquel año como algo por lo menos contradictorio, más golpe de prensa que un avance político considerable, aunque la ocupación de mil kilómetros cuadrados por parte de Israel provocó el surgimiento de esa gran fuerza política.

El obispo Wadih Boutros murió sin conocer los avances de Hizbulah, calificado por el Parlamento europeo por sus "actividades terroristas". No conoció los efectos del asesinato del ex primer ministro libanés Rafik Hariri en la primavera de 2005, que provocó las crisis políticas más fuertes que ha vivido Líbano. Sin embargo, aceleró la salida del ejército sirio del país, debido a la oposición antisiria que se articuló en el proceso denominado la Revolución de los Cedros. Sin embargo, eso no pareció detener al líder de Hizbulah, el ayatola Sayyed Hassan Nasrallah, al contrario, gozó del apoyo de los chiíes de Irán y se manifestó abiertamente prosirio. Y para evitar el agravamiento de las tensiones entre los grupos políticos internos en Líbano, incluso el entonces presidente Émile Lahoud se expresó favorablemente respecto de esa organización, porque fue el movimiento que logró sacar al ejército israelí de territorio libanés, en el año 2000.

En 2005 se dio el movimiento democrático en Líbano llamado la Revolución de los Cedros, enlazando movimientos que las fuerzas presentes consideraron avances democráticos, como la salida definitiva de la inteligencia y las fuerzas armadas sirias.[57] La enorme capacidad de acción que adquiría Hizbulah se expresó con su participación en la nueva conformación gubernamental. Quizás muchos se sorprendieron por el poder demostrado por esa facción luego del secuestro de guardias fronterizos israelíes. Por todo ello, resultaba de gran peso el ataque de Israel a Líbano motivado por una acción de Hizbulah, cuyos efectos rebasaron a la organización en perjuicio del país.

El 24 de julio de 2006 dos de los diarios con mayor tiraje y número de lectores en la Ciudad de México: *Reforma* y *El Universal*, publicaron un desplegado a página completa firmado por 350 artistas, intelectuales, empresarios, profesionistas y políticos —la mayoría de ascendencia libanesa—, dirigido "A la Organización de las Naciones Unidas: A los mexicanos comprometidos con la paz: A la opinión pública". En tal se hacía un "enérgico llamado" a la ONU para que "intervenga en la inmediata suspensión de la incursión militar, el bloqueo y la destrucción de toda la infraestructura en el Líbano". Y agregaba:

> La pobreza y marginación a la que con estas acciones se ha condenado al Líbano, conllevan el riesgo de acrecentar el problema que el gobierno israelí pretende resolver: el terrorismo de Hizbulah. En este sentido, si bien exigimos el cumplimiento de la resolución 1559 de la ONU y condenamos enérgicamente las acciones paramilitares de este grupo, es evidente que ninguna de ellas justifica en modo alguno la desproporcionada y violenta respuesta del gobierno israelí.[58]

Si años atrás el obispo Wadih Boutros se había referido a la "lenta agonía de Líbano", el desplegado resultaba drásticamente desesperanzador, pues era encabezado con un pensamiento de Gibran Khalil Gibran, que dice: "Mi pueblo murió en la cruz [...] Murieron mientras sus manos se extendían al Este y al Oeste. Murieron silenciosamente porque la humanidad cerró los oídos a sus llantos".

Se invitó a varios intelectuales judíos mexicanos a firmar el desplegado, expresaron su acuerdo con el contenido, pero se excusaron para no signarlo. El entonces embajador de Israel en México, David Dannon, no ayudó a aminorar la brecha que parecía abrirse entre judíos y libaneses mexicanos, pues criticó fuertemente el desplegado y calificó a las personas que lo

[57] La Revolución de los Cedros o la intifada pacífica se llamó a ese entusiasmo en el que participaron miles de jóvenes y de ciudadanos, que ignoraron las disposiciones del gobierno y tomaron las calles; véase *The Economist*, 5-11 de marzo de 2005. Para muchos, fue una nueva independencia; véase *Newsweek*, 14 de marzo de 2005.

[58] *Reforma*, sección "Internacional", 24 de julio de 2006.

firmaron de "filoterroristas". Lo excesivo de su respuesta provocó que incluso la Secretaría de Relaciones Exteriores le llamara la atención porque se "excedió en sus funciones". El embajador asistió a la cancillería, pero no se retractó, por el contrario, insistió al señalar: "No hay un equilibrio en la información al no hacer referencia a las víctimas israelíes".[59]

Si bien ese punto era compartido por muchos, tal como se expresó en el transcurso de esos días en diferentes medios informativos, para la comunidad libanesa de México lo perentorio era detener la muerte de civiles libaneses y la destrucción infligida a la infraestructura del país, alcanzada con tantas dificultades. No es el caso del presente analizar el conflicto, sino sólo señalar las repercusiones en las relaciones intercomunitarias, muy buenas durante mucho tiempo, sorteando asuntos muy difíciles y que estuvieron en riesgo de zozobrar. Nunca la solidaridad respecto a Líbano y la condena a Israel por lo desproporcionado de sus ataques tuvo tal fuerza en diferentes países; en México, la ayuda humanitaria que se concitó para Líbano fue relevante, aunque fueran escasos sus efectos en ese país. Entre otras consecuencias, el asunto derivó en un nuevo deterioro de la imagen de Israel en el país y, de nuevo también, se reforzó la confusión entre israelíes y judíos nacionales.

Conclusiones

En el lapso analizado, como lo expresan las ideas surgidas en cada momento, sucedieron varios cambios en la forma en que los mexicanos percibieron a los judíos y luego a Israel. Cuando se creó ese Estado, las simpatías fueron evidentes, por estar fresco en la memoria lo que había sido el Holocausto judío durante la guerra; el público se conmovió con los relatos sobre los campos de concentración. La misma disposición continúo hasta 1967, cuando se reforzó el acuerdo sobre la existencia de Israel, aunque también entonces algunos sectores de la sociedad mexicana enfatizaron su apoyo a los palestinos. El cambio que entonces se dio tenía relación con la Guerra fría, la formación de los países no alineados y el bloque de los países del Tercer Mundo.

La resolución de la ONU de igualar sionismo con racismo evidenció el cambio de percepción que se había operado en México; ya entonces predominaba la definición de un Estado judío en su polarización con el problema palestino, que también había pasado por un importante proceso de definición. Ni los judíos ni los palestinos eran lo mismo en 1900 o en 1948 que en 2006; sus identidades y percepciones habían cambiado a la luz de los procesos que en el plano mundial tuvieron lugar. Aunque persiste la confusión, quizás agravada, que no logra diferenciar a los judíos de los israelíes. Y no me refiero a los asuntos de geopolítica, sino a lo profundo de los cambios culturales que han redefinido la percepción sobre Israel, los árabes y los palestinos.

Cuando se cencentró una minoría importante de la población judía en un solo Estado nación, el sentido de la identidad de la diáspora cambió. Así, la idea de ser simplemente alemanes o franceses transformó la idea sionista cuando se creó Israel, y la comunidad integró a los judíos de diferente procedencia que albergaba. La secularización y el uso de la lengua hebrea se asociaron con un sionismo diferente, con muchos matices, pero siempre a la defensa de Israel, en las buenas y en las malas, derrotando cualquier argumento en contra.

Ahora, mucho más marcada la percepción de Israel, los judíos, los árabes y los palestinos, vale la pena recordar que en su libro *Contra el fanatismo*, Amos Oz dice en alusión al conflicto palestino-israelí: "No es una lucha entre el bien y el mal, más bien lo considero una tragedia en el sentido más antiguo y preciso del término: un choque entre derecho y derecho, entre una reivindicación muy convincente, muy profunda, muy poderosa, y otra reivindicación muy diferente pero no menos convincente, no menos poderosa, no menos humana".

Quizás ese pensamiento debía normar las posiciones para cuando desde México buscamos entender a Israel.

[59] *La Jornada*, 28 de julio de 2006.

El cortejo fúnebre de Julio Antonio Mella, 12 de enero de 1929

El Departamento Confidencial de la Secretaría de Gobernación en México compiló un amplio expediente relativo a la muerte del líder comunista cubano Julio Antonio Mella, acaecida el 10 de enero de 1929 en las calles de la Ciudad de México, cuando iba acompañado por su pareja, la fotógrafa y también militante de izquierda, Tina Modotti. También venían datos de las acciones de agrupaciones mexicanas que exigieron el esclarecimiento del crimen.[1] Ese conjunto de documentos ejemplifica la racionalidad del servicio secreto mexicano.[2] El 12 de enero de 1929, los agentes número 14, 18, 25 y 19, enviaron un detallado informe de la manifestación llevada a cabo por miembros del Partido Comunista de México, con motivo del sepelio de Mella. El dramatismo del recorrido quedó plasmado de manera más amplia en la versión publicada por *El Machete*, el mismo día. En ese periódico, órgano del Partido Comunista Mexicano, se retrató a los personajes de manera vívida, desde el inicio del desfile, al salir del edificio de Mesones número 54 —sede del propio partido—, y a su paso por Palacio Nacional, en compañía de las proclamas y arengas

[1] Informe, 12 de enero de 1929, Archivo General de la Nación de México (AGN), Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS), exp. de Julio Antonio Mella. Su asesinato, caja 1969A, 70 fs; Raquel Tibol, *Julio Antonio Mella en El Machete. Antología parcial de un luchador y su momento histórico*, México, Ediciones de Cultura Popular/Editorial Penélope, 1984, pp. 347-424. El relato del expediente en Gabriela Pulido Llano, "El asesinato de Julio Antonio Mella. Su expediente", en Delia Salazar y Gabriela Pulido (coords.), *De agentes, rumores e informes confidenciales. La inteligencia política y los extranjeros (1910-1951)*, México, INAH, 2016, pp. 257-300.

[2] Documentos de agosto de 1928 al 16 de febrero de 1929, AGN, DGIPS, exp. de Valente Quintana, caja 106, exp. 1, 6 fs. Para poder delinear a este personaje véase Valente Quintana, *Memorias*, Ignacio Muñoz (comp.), 3ª ed., corregida y aumentada, México, Ediciones Populares, 1961.

de los compañeros comunistas. Al llegar al panteón, Sandalio Junco intentó, conmovido, expresar algunas palabras, seguido de Diego Rivera, Luis G. Monzón, Baltazar Dromundo, Carlos León y Rafael Carrillo. Antonio Penichet, estudiante cubano, intervino como representante de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios de Cuba (ANERC) y dijo: "Han matado al Sandino de Cuba".[3] En *El Machete* se transcribieron las palabras incendiarias de Rafael Carrillo, Secretario del Partido Comunista de México.

Los agentes enviados por la Secretaría de Gobernación emprendieron la reconstrucción del homicidio e integraron el expediente con oficios que documentaban el nombramiento de Valente Quintana como jefe de las Comisiones de Seguridad, desde agosto de 1928, hasta su remoción, el 16 de febrero de 1929, "con el propósito de que se haga luz en el caso Mella", así como las sospechas de su participación en dicho homicidio. Incluyeron, a su vez, los recortes de todos los diarios, de distintas tendencias, que durante dos meses dieron cobertura a la noticia; documentos de otra índole, como correspondencia personal dirigida al Departamento Confidencial y, por supuesto, las instrucciones dadas a los agentes —incluso en territorio estadounidense y las respuestas de ellos mismos—, en ocasiones con mensajes encriptados. Estos materiales pretendieron mostrar detalladamente, a través del seguimiento de las noticias, una pesquisa que no tomó más que atajos para no llegar a las honduras.

En esta ocasión transcribimos las versiones del entierro de J. A. Mella realizadas por el Servicio Secreto Mexicano y, en contraste, la de *El Machete*, en espera de que sea una datación que, por ser poco conocida, provea de elementos a los interesados en esta historia apasionante de la muerte del líder cubano en suelo mexicano.

Gabriela Pulido Llano
Dirección de Estudios Históricos, INAH

[3] Adys Cupull, *Julio Antonio Mella en los mexicanos*, México, El Caballito, 1983. Ésta es una antología de textos acerca de Mella, que escribieron personajes mexicanos que convivieron con él.

Informe de la manifestación llevada a cabo por miembros del Partido Comunista de México, con motivo del sepelio del cadáver de Julio Antonio Mella, 12 de enero de 1929, Archivo General de la Nación de México (AGN), Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS), caja 59, exp. 45, f. 63.

Asunto.- Informes sobre la manifestación llevada a cabo por elementos del partido Comunista de México, con motivo del sepelio del cadáver de Julio Antonio Mella.

C. Jefe del Departamento
Presente

Cumplimentando las instrucciones recibidas de usted procedimos a observar la manifestación que se llevó a cabo por elementos del Partido Comunista de México con motivo del sepelio del cadáver de Julio Antonio Mella, habiendo notado lo siguiente: [ilegible] En las Oficinas del Partido Comunista de México [hubo] gran movimiento entre todos los elementos de dicha agrupación, encabezados por los líderes Luis G. Monsón [*sic*], Rafael Carrillo, Diego Rivera, Úrsulo Galván y otros, motivado esto por el sepelio del cadáver del líder Julio Antonio Mella. A las once horas cuarenta minutos fue sacado el cadáver de las oficinas antes dichas y poco antes de ponerse en marcha tomó la palabra el secretario general del Partido, Sr. Rafael Carrillo, hablando sobre el asesinato y actuación político-social de Julio Antonio Mella manifestando a la vez muy duros ataques contra el presidente de Cuba, general Gerardo Machado y embajador de Cuba en esta capital igualmente contra el imperialismo yanqui. La manifestación acompañó el cadáver por las calles de Isabel la Católica dando vuelta por República del Salvador tomando las calles de Pino Suárez haciendo parada frente al Palacio Nacional frente a la puerta Central donde hicieron uso de la palabra los estudiantes José Muñoz Cota otro de apellido Montalván y otro más, expresándose más o menos en los mismos términos que los oradores anteriores continuando después por las calles de San Ildifonso [*sic*], Brasil, Monte de Piedad, Francisco I. Madero, Av. Juárez, Revillagigedo, Victoria, Morelos y Abraham González haciendo parada donde sucumbió Mella, tomando la palabra en ese sitio el diputado Hernán Laborde expresándose en iguales términos que sus colegas. De este lugar continuó la manifestación por las calles de Abraham González, Av. Chapultepec, Calzada a Tacubaya, dando vuelta rumbo al Panteón de Dolores, ya en este lugar y al pie de la fosa hicieron uso de la palabra

varios oradores entre éstos Diego Rivera, un obrero de establecimientos fabriles de apellido Rodríguez, un cubano compañero de Mella, hablando más o menos igual que los anteriores, destacándose en sus discursos calurientos [*sic*] principalmente el ex senador Luis G. Monsón [*sic*] quien entre otras cosas atacó fuertemente al actual gobierno que preside el Sr. Lic. Emilio Portes Gil, manifestando que éste era un Gobierno Burgués y que Portes Gil seguía recibiendo consignas directas de Plutarco Elías Calles (palabras textuales) y que el presidente de Cuba Gral. Machado era un maniquí de la Casa Blanca. El Dr. León, venezolano habló sobre la actuación de Mella manifestando a la vez que el actual Gobierno había de seguir la misma política que el Gral. Obregón siguió con el Gobierno de Venezuela, es decir que el Gobierno del Sr. Lic. Portes Gil debería romper sus relaciones diplomáticas con el Gobierno de Cuba, representado por el General.

Sufragio efectivo no reelección
México, D. F. Enero 12 de 1929
Agente No. 25

"El entierro del camarada Mella", en *El Machete*, México, D. F., núm. 148, 12 de enero de 1929, en Raquel Tibol, *Julio Antonio Mella en El Machete,* México, Ediciones de Cultura Popular/Editorial Penélope, 1984, pp. 354-361.

***Anuncio publicado en la página extra de* El Machete**

El cuerpo del compañero Mella está siendo velado en el local del Partido Comunista de México, 3ª de Mesones 54. Invitamos a todos los trabajadores a dar un último saludo al camarada caído en la lucha. El entierro se llevará a cabo mañana, sábado 12 de enero, a las 11 de la mañana, partiendo la manifestación de Mesones 54.

"El entierro del camarada Mella", en *El Machete*, México, D. F., núm. 148, 12 de enero de 1929

La última guardia del cadáver del camarada inolvidable la hicieron cuatro campesinos del Estado de México, venidos especialmente de sus lejanos pueblos a tomar parte en el duelo y en la protesta de los obreros. A las 12 del día, el compañero Mella bajó por última vez las escaleras del edificio de Mesones 54 —donde tanto trabajara por la causa de la justicia social—, en hombros de varios miembros del Comité Central del Partido Comunista. Ya en la calle la negra caja cubierta con la bandera roja de la hoz y el martillo, habló desde uno de los balcones el compañero secretario general del partido. Una abierta acusación contra

el presidente Machado y contra su embajador en México; una despedida al camarada caído en la lucha "que no hace más que precedernos" y un llamamiento a todos los trabajadores para llenar nuestras filas ante la muerte de Mella, son la síntesis del breve discurso del compañero Carrillo, que terminó con un muera Machado y con un estentóreo "¡Viva Julio Antonio Mella!", que fueron repetidos por la multitud.

Comienza el desfile

Con la bandera del PC a la cabeza, la fúnebre comitiva inició su marcha por la avenida Isabel la Católica. Las insignias de numerosas organizaciones, entre las que recordamos el estandarte del veterano Sindicato de Panaderos del D.F., las de la Juventud Comunista, de las Mujeres Proletarias, de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios de Cuba, de la Confederación Nacional de Estudiantes, de los Alumnos de la Facultad de Jurisprudencia, etcétera, se destacaban de trecho en trecho entre la apretada columna. Veíanse también grandes carteles del Comité de Defensa Proletaria, de la Liga Antiimperialista, del Socorro Rojo Internacional y de otras organizaciones, exigiendo justicia y señalando al cobarde verdugo Machado como agente del imperialismo yanqui. La manifestación dio vuelta por la avenida República del Salvador, para desembocar en el Zócalo por Pino Suárez.

¡Justicia!

Frente a la puerta principal del Palacio Nacional hizo uso de la palabra el compañero Úruslo Galván, presidente de la Liga Nacional Campesina, condenando con enérgicas frases el vil asesinato y pidiendo que sea aplicado en este caso el precedente que se sentó cuando el asesinato del general Lisandro Barillas, ajusticiando a los asesinos y rompiendo las relaciones diplomáticas con el Gobierno que los paga. Hizo referencia a la participación activa de Mella en la organización de los campesinos de toda la América Latina, y terminó con un llamamiento a la visión de todos los obreros y campesinos del continente "bajo la roja bandera del proletariado".

Con los estudiantes

Del Zócalo el cortejo se dirigió a la Facultad de Jurisprudencia, en la cual el camarada Mella cursaba el último año de la carrera de Leyes. Colocado el féretro en el patio, hablaron varios estudiantes representativos de la Confederación Nacional de Estudiantes y de la Sociedad de Alumnos de

jurisprudencia. El estudiante Alfonso Díaz Figueroa hizo resaltar el papel orientador que Mella había comenzado a desempeñar entre los estudiantes mexicanos, "abriéndoles los ojos a la lucha de clases y diciéndoles que hay que hacer la revolución no sólo en las aulas, sino en todas partes, en toda la realidad del país". "El camarada Julio Antonio Mella —dijo— no era cubano ni mexicano; no tuvo patria, porque los socialistas no tenemos más patria que el mundo, y desde hoy figurará como uno de los guías e inspiradores del movimiento revolucionario de los estudiantes de México. Ya no es el camarada, el amigo; ahora es el símbolo, la bandera de la Facultad de Leyes." A nombre de las "minorías no comunistas de la Facultad de Leyes" habló el estudiante Gómez Arias, expresando que por sobre las distintas tendencias, tanto a los compañeros afiliados a la doctrina internacional del proletariado, como a "los que amamos por sobre todas las cosas a México, nos une en estos momentos Julio Antonio Mella. Juramos seguir su ejemplo y luchar por que cambien las personas al frente de las instituciones".

"¡Viva Julio Antonio Mella!"
De Jurisprudencia siguió la comitiva de obreros y estudiantes por las calles de San Ildefonso, hasta dar vuelta por la avenida Brasil y salir de nuevo al Zócalo para entrar por la avenida Madero. La Internacional, la Marcha Fúnebre de la Revolución, La Varsoviana, eran cantadas por centenares de voces. De vez en cuando se alzaban los gritos de "¡Muera el asesino Machado!", "¡Viva Julio Antonio Mella!", "¡Viva el Partido Comunista!", "¡Viva la revolución mundial!". Nuevos grupos se agregaban al cortejo al paso por cada calle.

Habla Laborde
En la calle de Abraham González donde cayó herido Mella, hizo alto la manifestación fúnebre. Tomó la palabra el camarada Hernán Laborde, diputado comunista, expresando que "aparte del desgarramiento hecho en nuestra propia carne por las balas que asesinaron a Mella, aparte del derramamiento de nuestra propia sangre, de la sangre de los comunistas y antiimperialistas de todo el mundo, hay un hecho que reclama a [la] más vehemente protesta de todas y la inmediata atención del Gobierno, y es que el brazo asesino del presidente Machado, se extienda hasta México para ejercer el terror. Esto constituye una violación a la soberanía de México. Si cuando cayó asesinado en esta capital un político guatemalteco se rompieron las relaciones con el Gobierno de Estrada Cabrera; si

también se han roto las relaciones diplomáticas con Juan Vicente Gómez, el sanguinario tirano de Venezuela; con más razón deben romperse ahora estas relaciones con Gerardo Machado; el tirano servil que deshonra a América. No es tiempo de llorar, camaradas; es tiempo de ir a la protesta, de exigir al Gobierno que representa la revolución que tantos sacrificios ha costado al pueblo mexicano, que rompa toda clase de relaciones con el Gobierno de Cuba". Una verdadera salva de gritos ratificó las últimas palabras de Laborde.

Rumbo al panteón

Por la avenida Chapultepec siguió la inmensa columna rumbo al Panteón de Dolores. Poco antes de llegar al bosque, el cadáver de Mella, que desde el local del partido comunista había sido llevado en hombros por compañeros y amigos, fue colocado en una carroza automóvil. En otra se amontonaban las numerosas ofrendas florales. Y así, bajo un sol de fuego, resistiendo tenazmente el cansancio, hombres y mujeres, lo mejor de la juventud mexicana y los elementos representativos del proletariado revolucionario de México, caminaron más de tres horas por el camino que llevaba al lugar donde el revolucionario "que no tiene más descanso que la tumba" —según la frase de Saint-Just que el mismo Mella recordaba a veces— iba por fin a descansar. En el panteón, las banderas rojas daban aletazos de protesta junto a la fosa recién abierta. La caja conteniendo el sacrificado cuerpo de Mella esperaba sobre un montón de tierra fresca el momento de ser cubierta por ésta. Alguien abrió la tapa para contemplar por última vez el rostro del agitador muerto, intensamente pálido, todavía con un gesto de altivez indómita.

Los discursos

Fue un hombre de esa raza negra que tan cruelmente sufre la explotación en la isla antillana que gime bajo Machado, quien primero habló en el cementerio: el camarada Sandalio Junco. Con sentidas frases dichas a nombre del Partido Comunista y de los trabajadores de Cuba, el compañero Junco anatemizó la bestial dictadura del machadismo y prometió ante el cadáver de su víctima que los obreros y campesinos revolucionarios de Cuba sabrán seguir el camino que trazó su sacrificio y castigar al culpable.

Diego Rivera

Después hizo uso de la palabra el camarada Diego Rivera, a nombre de la Liga Antiimperialista. Señaló el miserable papel de instrumento del imperialismo yanqui que desempeña

Gerardo Machado, “el asesino de Mella”, insistiendo en la creciente absorción de los países latinoamericanos por el capital de Wall Street que compra gobiernos y prepara el total sometimiento de esos países “si los elementos antiimperialistas en cooperación con la fuerza de los obreros y campesinos, no se organizan y preparan para la defensa, siguiendo el ejemplo luminoso del general Sandino”. Condenó enérgicamente la turbia actuación del policía Valente Quintana, empeñado en sembrar confusión en torno al asesinato de Mella, y reclamó también la inmediata ruptura de relaciones con el criminal Gobierno de Cuba. El compañero Félix Rodríguez, en representación de los trabajadores revolucionarios de los Establecimientos Fabriles Militares, hizo presente la solidaridad de sus compañeros con todos los luchadores antiimperialistas del mundo. En seguida el compañero Jorge Fernández Anaya habló a nombre del CC [Comité Central] de la Federación de Juventudes Comunistas de México, señalando el papel directriz del camarada Mella en el seno de la organización juvenil, en los primeros meses de su estancia entre nosotros. “La juventud comunista de México —dijo— no podrá olvidar nunca a Julio Antonio Mella, cuyo nombre lo llevará en sus banderas a todas las luchas, a todas las batallas que habrían de terminar con la victoria definitiva de la clase trabajadora.”

Monzón

Representando a la Liga Pro-Luchadores Perseguidos habló el compañero Luis G. Monzón, ex senador comunista. Recordó que cuando tuvo ocasión de alzar su voz en el Senado de la República, intervino a favor de Julio Antonio Mella, con motivo de su huelga de hambre, y que desde que lo trató después en México, lo quería como si fuera un hijo suyo. “Para vengar su muerte, para hacer fructificar su labor revolucionaria debemos formar un solo bloque todos los trabajadores, para intensificar la lucha hasta derrocar a todos los gobiernos burgueses. Añadió que aunque existe mucha diferencia entre el asesinato de Barillas —que no era más que el representante de una facción en lucha por el poder— y el asesinato de Mella —que representaba a la revolución social en América—, en aquella ocasión Porfirio Díaz supo castigar a los asesinos, se rompieron las relaciones con Guatemala y hasta se movilizaron las tropas sobre la frontera. Solamente el Partido Comunista, constituyendo un sólido bloque, podrá castigar a los asesinos de Mella, al embajador Mascaró y a “ese perro desgraciado que rige los destinos de Cuba y cuyo nombre ni quiero mencionar”.

Baltazar Dromundo
El estudiante Baltazar Dromundo habló después en nombre del estudiantado de México, diciendo que la muerte de Mella pone en relieve la justeza de la frase que alguien pronunciara en ocasión semejante: "Un hombre menos y un deber más". "Para cada uno de nosotros el asesinato de Julio Antonio Mella señala el deber ser de seguir luchando por la justicia completa." Recordó el trabajo común de Mella en la publicación de *Tren Blindado*, el valiente órgano estudiantil que comenzaba a vivir, y finalizó su alocución afirmando que "hoy estamos más cerca de él y seguiremos su obra".

Antonio Penichet
Por la ANERC (Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios de Cuba) habló el compañero Antonio Penichet, uno de los más conocidos dirigentes del movimiento obrero cubano, que tuvo que salir de su país para escapar a la reacción machadista. Con palabras que produjeron honda emoción entre los circunstantes, Penichet relató algo de la vida de Mella en Cuba, como [que] fue él quien llevó por primera vez al estudiante renovador y rebelde a los centros del proletariado, donde pudo conocer la verdadera injusticia de la sociedad capitalista y la verdadera lucha. "Y desde entonces Mella no volvió más a la clase burguesa de donde había salido." Fue Julio Antonio Mella quien inició la obra de transformación en la Universidad de La Habana, y de tal modo su actividad revolucionaria se hizo sentir de un extremo a otro de la isla, que "pudiérase decir que Mella era el continuador de Martí". "Se prodigó no como un simple agitador que aprovecha las circunstancias, sino que fue a la raíz y con la Universidad Popular se dedicó a levantar el nivel cultural de las masas trabajadoras. A Mella no sólo le temían Machado y sus secuaces, sino también la clase gobernante en los Estados Unidos, porque ésta sabía que Mella era capaz de encabezar el movimiento libertador contra el imperialismo." Añadió Penichet que cuando supo la noticia del crimen dijo: "Han matado al Sandino de Cuba". Calificó de intentos estériles los que se hacen para tergiversar la causa de su muerte hablando de un crimen pasional porque "todos los que le conocimos de cerca sabemos bien que en su vida estaba por sobre todo el amor a la lucha". Acabó diciendo que el cobarde asesinato de Mella debe incitarnos a seguir su ejemplo y a redoblar la batalla.

Doctor Carlos León
El doctor Carlos León pronunció breves palabras a nombre del Socorro Rojo Internacional y de los

Emigrados Políticos Revolucionarios. Parodiando la célebre frase del poeta francés, comenzó: “Podemos decir que Julio Antonio Mella no ha muerto: su tumba es la cuna de su inmortalidad. Los tiranos de América mandan perseguir y asesinar a los emigrados hasta México, y esta repugnante violación de la soberanía nacional nos hace esperar en esta ocasión que el Gobierno de México rompa relaciones con el tirano de Cuba, que se ha atrevido a asesinar en el centro de México a uno de los más grandes luchadores por la emancipación de la clase trabajadora”. La compañera Esther Juárez hizo un corto llamamiento a las mujeres para organizarse y llevar a delante la obra del camarada Mella.

La voz del Partido Comunista
Por último habló el compañero Rafael Carrillo, en representación del Comité Central del Partido Comunista de México. Con frases cortadas por la emoción comenzó diciendo que quería pronunciar algunas palabras ante el cadáver del camarada Julio Antonio Mella, “antes de que sea recibido en el seno de esta tierra mexicana que tanto amó”. Recordó las últimas actividades de Mella entre nosotros, el trabajo a que estaba entregado cuando lo sorprendió la mano cobarde de los asesinos, y remontándose meses y años atrás, hizo una síntesis de su actividad revolucionaria en México, y de sus altas virtudes de luchador: “Mella nunca tuvo miedo. ¡Cuántas veces lo vimos caminar al frente de las manifestaciones obreras, cuando se tendían los fusiles contra la protesta de nuestra clase!”. Tratando inútilmente de reprimir las lágrimas, el camarada Carrillo evoca al ejército inmenso de los obreros y campesinos que en México, en Cuba y en todo el mundo luchan y caen por la causa de la emancipación humana. “Y en nombre del Ejecutivo de la Internacional Comunista del cual formo parte, en nombre de ese Estado Mayor de la Revolución Proletaria, yo te saludo, Julio, en este último momento en que estás con nosotros.” Después Carrillo reafirma su acusación contra el verdugo de Machado y contra el gobierno de la Casa Blanca, expresando que son ciegos y torpes los que creen que con el asesinato de Mella podrán suprimir la rebelión de los esclavos e impedir el triunfo de la revolución proletaria. Mella sabía que no es eliminando a un hombre sino organizando las fuerzas de la clase obrera y campesina como puede lograrse la emancipación, y por eso se dedicó a la organización y a la preparación de la victoria. Y aún después de muerto Mella sigue trabajando con nosotros en ese sentido. Su vida fue tronchada bárbaramente por las balas del

asesino, pero en nuestro poder han quedado los últimos escritos de Mella, el libro que se preparaba a editar sobre la situación y las tareas de la clase trabajadora de Cuba. A este libro le faltaba sólo un capítulo, el capítulo final que habría de titularse "El terror machadista y la situación actual". Pues bien, ese capítulo está escrito ahora con la sangre generosa de Mella. La clase trabajadora de México tiene una gran deuda con el proletariado cubano, por haber permitido que a Julio Antonio lo mataran aquí. Esa deuda debemos pagarla. Sabremos cobrar a la clase enemiga toda la sangre de nuestros mártires cuando llegue el momento de que los obreros y campesinos se lancen a la lucha, armados no solamente con la conciencia de clase, sino también con los fusiles. Los fusiles de los obreros y campesinos de México, y aun los de esos mismos soldados que tiemblan cuando tiran contra nosotros sabrán vengarte, Julio, e imponer la justicia, incluso contra los imperialistas del norte a quienes tanto disgustaba tu obra, porque son los mismos fusiles que hoy truenan en Nicaragua bajo la bandera de Sandino.

Siempre adelante

"Nuestra organización es un ejército en marcha —concluyó […] Caiga quien caiga, así sea un oficial, así sea el comandante, las filas se cierran y el ejército sigue luchando. Ahora cayó Julio Antonio Mella en pleno combate, de cara al enemigo implacable, y venimos en esta tarde a darle la última despedida. Posiblemente sus restos serán conducidos a la patria lejana de todos los revolucionarios, a la Moscú querida donde podrán descansar junto a los restos de los grandes caídos por la lucha del comunismo internacional. Nosotros nos vamos a ocupar nuestros puestos, porque no tenemos derecho a la tregua. Mientras los asesinos ríen al ver consumada su torpe obra, pongamos manos a la nuestra: orientemos, organicemos a nuestra clase para la victoria definitiva que es la que habrá de vengar a nuestros mártires." Cuando el secretario del Partido Comunista acabó de pronunciar sus últimas palabras sobre la tumba de Mella, la emoción mordía en todos los pechos, y en los ojos de muchos revolucionarios acostumbrados a ver la muerte de cerca se mezclaban las lágrimas de dolor con las amargas lágrimas de la ira. La tierra fue cayendo poco a poco sobre la negra caja. Pero antes las manos de los comunistas recogieron la bandera roja que cobijó el cadáver de Julio Antonio Mella en su última manifestación de protesta. En su vivo color la sangre de nuestro camarada se ha hecho símbolo.

¡A su salud!

Beatriz Lucía Cano Sánchez*

Diego Pulido Esteva, *¡A su salud! Sociabilidades, libaciones y prácticas populares en la Ciudad de México a principios del siglo XX*, México, El Colegio de México, 2014, 226 pp.

Parte del imaginario de los mexicanos son las escenas en las que se muestran a personas de clase baja tomando pulque en un expendio, y éste, por lo regular, tiene un nombre chusco o llamativo, con la intención de atraer a su público, como por ejemplo "Las delicias de Xóchitl", "El templo del amor", "Aguantas l'otra'", "El triunfo de la onda fría", entre muchos otros. Aunque estas imágenes de los consumidores de pulque son conocidas, existen pocos estudios que busquen entender la cultura libatoria en la Ciudad de México, asunto del que se ocupa el libro *¡A su salud! Sociabilidades, libaciones y prácticas populares en la Ciudad de México a principios del siglo XX*, de Diego Pulido, quien afirma que su investigación busca mostrar si en realidad la Ciudad de México era una "ciudad de pulquerías" y sus pobladores un "pueblo de reñidores".

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

El autor advierte que la libación debe comprenderse como una forma de sociabilidad de los sectores populares, motivo por el que debe analizarse con base en el espacio urbano, el comercio al menudeo, los discursos de las élites, la literatura de cordel y el papel que jugaba la violencia en aquélla. Su investigación busca responder cuándo el consumo de alcohol pasó de ser una práctica condenada desde el punto de vista moral a un problema social susceptible de ser estudiado científicamente; así mismo, cuáles eran las respuestas institucionales, consecuencia del enfrentamiento entre las actitudes que defendían la temperancia y las prácticas etílicas de la sociedad. La investigación analiza el periodo entre 1903 y 1929. El primer año marcaba la regulación de los espacios en que se libaba, mientras que el segundo evidenciaba el acoso sistemático contra las prácticas etílicas.

El libro se compone de seis capítulos. El primero hace una amplia indagación de los escenarios en los que la sociedad capitalina acudía a beber a principios del siglo XX. De acuerdo con el autor, los hábitos de consumo de bebidas embriagantes definieron formas de concebirse como parte de un grupo social, a fin de crear un sentimiento de pertenencia contrapuesto al anonimato generado en las urbes modernas. La interacción social que acompañaba el consumo de alcohol conforma un estilo de vida, el cual se conoce a través de los testimonios de la gente común y los discursos de las élites. Así, se puede explicar lo que los sectores populares entendían como ocio, sus códigos de respetabilidad y los mecanismos que utilizaban para hacerlos valer. La investigación muestra que entre 1900 y 1930 se generaron fluctuaciones en la instalación de despachos de bebidas alcohólicas, mismas que se pueden dividir en tres grandes etapas: en la primera, de 1900 a 1913, se produjo un ligero incremento (de 1859 pasaron a 1976) y se dieron nuevas regulaciones; en la segunda, de 1913 a 1920, se mostró un notable crecimiento (2569) y en la tercera, de 1920 a 1930, se evidenció un decrecimiento derivado de las severas restricciones a los despachos embriagantes. Los datos anteriores evidencian que el negocio de las bebidas era nutrido, sin que se notara una disminución como consecuencia de las restricciones impuestas y la situación material adversa. El recuento del autor muestra la existencia de cinco categorías de expendios: las pulquerías, las cantinas, las tiendas con cantina, las fondas y los res-

taurantes que vendían bebidas, y las fondas y figones con venta de pulque. De acuerdo con el censo de 1910, las pulquerías representaban la mitad de los establecimientos, situación explicable por el hecho de que el 70% de la población bebía ese embriagante líquido. Aunque se buscó crear una zona para albergar ese tipo de negocios, lo cierto es que tales se ubicaron en diferentes demarcaciones de la capital, incluidas las de las clases pudientes, debido a que se hizo caso omiso de las estipulaciones establecidas en el reglamento de policía y en el sanitario.

En el segundo capítulo, Pulido realiza un minucioso análisis de los individuos que trabajaban en los despachos de bebidas, mismos que integra en tres categorías: los dueños que atendían su negocio, los empleados asalariados y los que arrendaban el giro. Tanto los empleados como los encargados tenían la obligación de mantener el establecimiento en operación. Existían dos formas por las que obtenían sus ingresos: un salario diario o una comisión establecida en función del volumen de pulque vendido. Esta última modalidad era la predominante, debido a que los encargados adulteraban la bebida para obtener mayores ganancias y a que era necesario obtener recursos para solventar la corrupción de las autoridades, sin mencionar que existía una competencia desleal entre las empresas, la cual ocasionaba que se incurriera en prácticas lesivas para los consumidores. Como consecuencia de los acontecimientos de la Revolución, los expendedores no sólo tuvieron que sufrir a causa del cierre de los expendios por órdenes del gobierno, sino que también padecieron el desabasto y la especulación de las bebidas embriagantes, situación que generó la ruina de un importante número de establecimientos. Para enfrentar la situación, se crearon asociaciones de apoyo mutuo entre los pequeños comerciantes, que buscaron convertirse en interlocutoras con el gobierno local.

El autor destaca que los espacios de sociabilidad etílica no estaban destinados exclusivamente a los hombres, sino que también había una importante presencia de mujeres que incluía propietarias, expendedoras y meseras. Las autoridades buscaron prohibir la presencia femenina en esos espacios, pero se permitió que atendieran los restaurantes y los cafés de la "gente decente". Sin embargo, en 1912 se prohibió la contratación de mujeres en expendios de bebidas embriagantes, medida que generó una discusión, de la cual surgen dos estereotipos: uno, la percibe como un agente corruptor de la sociedad y, el otro, la muestra como una trabajadora incomprendida. Los hombres, por su parte, consideraban que la presencia femenina constituía una intromisión en un espacio masculino, opinión que denotaba que las relaciones de género se encontraban en un proceso de redefinición.

En el tercer capítulo se muestra que la situación de inestabilidad provocó una ruptura en las regulaciones de los expendios de bebidas y propiciaron que los encargados de cantinas, pulquerías, fondas y figones no tuvieran una buena relación con las autoridades. El estudio de las violaciones al reglamento, desde la perspectiva del autor, identifica tres asuntos: la forma en que el Estado buscó disciplinar el espacio social etílico, la manera en que los cuerpos policiacos incurrieron en prácticas discrecionales pero también arbitrarias, y el modo en que los propietarios, los encargados y los trabajadores establecieron negociaciones con el Estado y la policía. Aunque los reglamentos evidenciaban la modernidad jurídica y administrativa del gobierno capitalino en los primeros años del siglo XX, lo cierto es que la policía, a quien se le encargó la vigilancia de los expendios, no sólo cometió diversos excesos, sino que además incurrieron en prácticas de corrupción que aplicaban por igual a propietarios y a los parroquianos. Pulido estudia 431 casos de infracciones; de ellas, 65% se aplicaron a los propietarios y 74% a las pulquerías, fondas y figones. La mayor parte de las violaciones, en el periodo de 1905-1926, correspondieron al incumplimiento del horario de apertura o cierre (22%); después, la venta del pulque sin alimentos (20%) y la falta de licencia (12%). Si bien es cierto que los expendedores crearon diversas estrategias para eludir, mitigar o burlar los reglamentos, lo es también que se produjeron situaciones excepcionales de violencia en las que los expendedores y parroquianos se aliaban para repeler a los policías.

En el cuarto capítulo se analiza la manera en que se articuló una estructura de significados alrededor de la embriaguez, que evidencia la manera en que las prácticas sociales eran afectadas por los valores y códigos que sustentaban los discursos. El autor menciona que en la legislación penal no se consideraba la embriaguez como delito, salvo en

caso de que fuera habitual y escandalosa. De hecho, el código penal quitaba cualquier responsabilidad al individuo en estado de ebriedad, situación que se modificó en el código de 1929; a partir de entonces, se castigó la embriaguez en nombre de la "defensa social". Al mismo tiempo, la prensa comenzó a difundir la idea de la existencia de una relación entre alcohol y delito, binomio que provocaba comportamientos perniciosos y una degeneración racial. El discurso contra el alcoholismo se fundó en factores científicos y en elementos morales: en ciertos prejuicios atribuidos a las conductas culturalmente diferentes. Como el alcoholismo se consideraba una amenaza social, se estableció una división social; por un lado, existían individuos viciosos, degenerados y criminales y, por el otro, hombres decentes e industriosos que estaban comprometidos con la nación. Con la intención de extirpar las prácticas libatorias, los católicos y los protestantes emprendieron campañas antialcohólicas, además de postular, sobre todo los católicos, que la embriaguez era fruto de la carencia de valores morales sólidos, por ello pedían que se acabara con el alcoholismo para evitar la degeneración racial.

Aunque desde 1915 se produjo el cierre provisional de expendios de bebidas embriagantes, lo cierto es que esta medida no respondía a un proyecto establecido, sino a una disposición de control. Finalmente, en 1929 se fundó el Comité Nacional Antialcohólico, cuyo objetivo era la moralización de la población.

En el quinto capítulo se muestran los imaginarios, los valores y los estereotipos de la sociabilidad etílica difundidos en la literatura del cordel y en la prensa satírica. Como las representaciones se contraponían al discurso de las clases dominantes, no debía sorprender que se exaltaran valores como la hombría, los dichos, la diversificación, el sufrimiento y la melancolía de los sectores sociales. Las diversas imágenes publicadas mostraban la convivencia armónica entre hombres, mujeres y niños, situación que ponía en entredicho los discursos hegemónicos y las prescripciones reglamentarias. Existían varios aspectos recurrentes en las representaciones de los sectores populares que socializaban: la risa y el ocio, que contrastaban con la violencia y la degeneración; la embriaguez como signo de masculinidad, pero también como una forma de abatir los problemas, y las libaciones realizadas en entornos familiares que desvirtuaban el vínculo entre embriaguez y criminalidad. Así, las representaciones populares buscaron desestimar el discurso hegemónico, aunque también se desacreditó el acto de beber cuando se hacía en detrimento del trabajo, de la familia, del honor o de la calidad personal, es decir, se retomaron nociones degeneracionistas y moralistas para evidenciar las conductas inaceptables. El imaginario popular consideraba que el acto de beber era aceptable cuando se hacía en compañía, cuando se respetaban los códigos y cuando se compartían hechos de arrojo y valentía.

En el último capítulo, el autor expone los problemas de violencia relacionados con la sociabilidad etílica. La investigación en los expedientes judiciales muestra que en el periodo estudiado, la mayoría de los rijosos eran hombres solteros con un promedio de edad de 28 años. Sólo el 32% habitaba en la Ciudad de México. Predominaban los artesanos, manufactureros y practicantes de un oficio. Por lo general, las riñas se producían en la calle, pero también en los expendios, en los mercados y en las plazas. Entre las causas de la riña se encontraban las deudas, los celos, las injurias y la defensa. Como el código penal determinaba la culpa en función del grado de alcoholización, la responsabilidad delictuosa era determinada por un perito médico, quien evaluaba si el delito se cometió en estado de embriaguez completa, accidental o involuntaria. Este discurso sería utilizado ampliamente por los infractores para reducir el castigo, además de que también se apelaba al olvido causado por el excesivo consumo de pulque. De acuerdo con el autor, no invitar una copa, tomar con rapidez, las injurias, las miradas y los roces podían ser motivo de la riña. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que las peleas eran mínimas, pues los mismos parroquianos buscaban detenerlas en virtud de que se consideraba que los espacios de sociabilidad etílica debían contribuir al ocio y al relajo.

El libro de Diego Pulido constituye una importante aportación a los estudios sobre las sociabilidades, mismos que se encuentran en proceso de crecimiento en el ámbito de la historia mexicana. Esta obra no sólo permitirá abrir nuevas perspectivas de investigación acerca del fenómeno de las sociabilidades etílicas, sino que también contribuirá a entender, desde una perspectiva novedosa, las maneras en que se construyeron los imaginarios en torno a las bebidas y a sus practicantes.

Censura, propaganda y espacio urbano en el México decimonónico

Eduardo Flores Clair*

José Abel Ramos Soriano (coord.), *Historias de la época colonial y del siglo XIX en México*, México, INAH, 2015, 303 pp.

El libro narra un sinnúmero de historias, hechos e intenciones. Lo integran 12 ensayos más la presentación, lo que produce una gran diversidad de tramas. Se agrupó en cinco apartados; esta lectura intenta resaltar algunos hilos que unen a todos estos textos.

Entre los problemas que destacan está la censura, la cual se analiza de distintas maneras en algunos trabajos; desde la persecución de los libros por parte del Tribunal de la Inquisición, así como la prohibición de la producción y difusión de ciertas imágenes de Cristo, que eran consideradas heréticas. De hecho, la censura era un acto de autoridad que limitaba e inhibía la producción de nuevos conocimientos, prohibía su circulación e intercambio. Sin embargo, en algunos casos se hicieron desaparecer no sólo a las obras sino también a sus creadores. Era un material contaminante que irrumpía "la normalidad de la vida", la transformaba y representaba un peligro constante para la sociedad honesta y las buenas costumbres. No importaba que se encubriera en una forma inocente de libro, una imagen de Cristo o una pintura militar. Al respecto Consuelo Maquívar afirma: "El papa hace hincapié en que los obispos deben enseñar a los fieles a 'guardar y cultivar asiduamente los artículos de fe' y dice que, si alguna persona 'se atreve a reprobar el uso de las imágenes de este tipo, cae bajo el golpe de una sentencia eclesiástica'".

Un segundo problema que guarda una estrecha vinculación con la censura fue la propaganda, podríamos decir que todo lo que escapó a la prohibición se convirtió en mensaje permitido y existió el interés de que se asumiera como plenamente consentido. En este sentido, las imágenes religiosas fueron una poderosa herramienta en la evangelización; pero también las escenas bélicas ofrecían una versión del triunfo sobre los enemigos, que no sólo tenían que sufrir la derrota, sino la verdad histórica de los vencedores. El poder se apropiaba de la imagen despojando a los personajes o a los hechos de sus imperfecciones, generando emociones indiscutibles y propiciando el culto al poder real. El análisis de dicho material comprende muy diversas interpretaciones, pero queremos subrayar que eran un vehículo de expresión y una pieza clave en la propaganda política y religiosa, que difundía valores, normas, creencias, etcétera. Antes, los mensajes eran los dones divinos de los santos, después, el poder y valentía de los militares invasores.

Una buena parte de los trabajos abordan el espacio como lugar donde se disputaba el poder, se desarrollaba la convivencia, se adaptaba y controlaba el agua; en suma, se retrata un proceso de urbanización acelerado y en constante transformación. Los estudios dan cuenta de un dilatado recorrido desde finales del siglo XVIII hasta el fin del siglo XIX. Durante este tiempo, la capital se apropia de territorios dedicados al tránsito, a la producción de alimentos y al esparcimiento. Las haciendas se fraccionaron, se formaron las primeras colonias, los espacios destinados a veranear perdieron su *glamour* aristocrático. En esta expansión no se salvaron ni los barrios, aquellos asentamientos ancestrales que se formaron alrededor de la capital, espacio de los desposeídos y los migrantes del campo. El centro urbano experimentó una modificación por su posición geográfica, la distancia con los mercados laborales, los transportes y los servicios. Carmen Reyna afirma que, en el caso de la colonia

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Narvarte, "la venta de terrenos era el negocio ideal de los fraccionadores. Sin embargo, la colonia tenía como finalidad apoyar a la clase media mexicana. Los terrenos no debían ser excesivamente grandes ni pequeños, no caros pero tampoco baratos y con los servicios necesarios para tener una vida digna".

El surgimiento de nuevas zonas residenciales venía aparejado con un tipo diferente de consumo y nivel de vida, destinado a grupos sociales segregados que representaban una desconocida cultura urbana y mayores ingresos, que ampliaron en forma vertiginosa la brecha de la desigualdad socioeconómica. No sólo se vivía en un nuevo espacio, sino era una sociedad distinta que tenía por lema la exclusión social. Por más nostalgia que tengamos del modelo tradicional, las estructuras anticuadas fueron quebrantadas por los nuevos valores, el aislamiento, la privatización y la modernización de la arquitectura. De esta manera, los barrios acumularon su desprestigio. Por ejemplo, en el periódico *El Ferrocarril,* el 7 de agosto de 1871, apareció una crónica denigrante. El cronista, de manera áspera, narró que el barrio de los Ángeles celebró su fiesta anual, era una "de las diversiones de nuestro pueblo", momento para abandonar el taller y almorzar con una buena compañía en alguna de la barracas que se colocaban en la plazuela, de aquel lugarcillo "ruinoso y triste" del que nadie se acuerda más que una vez al año. El templo quedaba rodeado por puestos y cantinas ambulantes; la plaza se convertía en un pandemónium. El asistente se debía cuidar del ratero, quien, embozado en una sábana, esperaba el momento para acercarse al bolsillo, o del roce de una joven perdida, de las que recorrían las calles los domingos por la tarde y brindaban "miradas de fuego". En suma, la fiesta "era una orgía en pleno viento, donde se insulta a nuestro siglo y a nuestra civilización". De hecho, eran lugares donde reinaba la delincuencia de hombres y mujeres.

El libro no deja de abordar el tema de los poderosos y propietarios, en dos partes: empresarios y clase política, aunque en general se encontraban mezclados o emparentados. El enfoque de los empresarios es poco convencional, muestra la complejidad de los personajes, quienes con interés vencen al temporal político que se da en las primeras décadas del siglo XIX. Se usa como ejemplo el caso de un español que llega en plena expulsión de sus paisanos y logra amasar una cuantiosa fortuna a través de una diversificación de actividades económicas: el infalible comercio y las haciendas que, además de alimentos, proporcionan seguridad y distinción; pero contó con un apoyo invaluable, ser el preferido del señor presidente en turno, por ello se atrevía a invertir en áreas peligrosas o nuevas, las que representaban mayores ganancias, aunque por la narración, en su matrimonio no fue muy afortunado. También se expone el caso de otro empresario, que era reconocido a nivel internacional por su dote intelectual, pero a través de la correspondencia con su hijo, se descubre una nueva personalidad, aquella que se esconde a través de los libros, pero se empeña en demostrar que los costales de azúcar se pueden transportar a largas distancias y competir en los mercados europeos por su alta calidad. Para lo cual se debe estar al tanto de las innovaciones técnicas e incorporarlas a los procesos productivos del endulzante. Como señala Emma Rivas, "epístolas reveladoras de sus flaquezas y preocupaciones pero también de la mentalidad y preponderancia de un hacendado y hombre de negocios".

El estudio de la clase política nos revela una vigencia sorprendente y descubre un rostro muy parecido al actual. A pesar de que han pasado más de 150 años, en los espacios de poder, la oposición decimonónica a través de sus alianzas logró un cambio generacional, enterró a los últimos que vivieron bajo el régimen monárquico. Los políticos se distinguían por ser hombres de bien, contaban con prestigio, eran honorables, poseían solvencia económica, algunos de ellos, incluso tenían formación profesional y, sobre todo, se encargaron del bienestar del país. Otros olvidaron su origen noble y se destacaron por ser verdaderos representantes populares, aunque pertenecían a la clase de hacendados, mineros, empresarios y comerciantes. Los datos muestran una secularización debido al desplazamiento de los miembros del clero y militares. Al respecto, Armando Alvarado concluyó que "el Congreso general fungió como espacio para la formación de la clase política mexicana, pues muchos de sus protagonistas iniciaron su carrera en esa esfera de poder".

Por último, los lectores pueden encontrar un sinfín de pistas para emprender nuevas investigaciones. Sólo por poner un ejemplo: en la tercera fotografía dedicada a Tacubaya, aparece el callejón de la "Doctora" esquina con la "calle Olaya", se calcula que la fotografía fue tomada entre 1930 y 1934. En ella se observa un anuncio del *Cine Cartagena*, donde se exhibían cuatro películas que se podían disfrutar por tan sólo 30 centavos en luneta o 10 centavos en galería. Las cintas eran: *El Gigoló*, *Volando voy*, *Lejos de Broadway* y *Vaquero*. Este pequeño dato puede llevarnos a rastrear la influencia de Hollywood entre los habitantes de Tacubaya al despuntar el siglo XX. Las cintas hoy se pueden apreciar gracias a la tecnología: la del *Gigolo*, es probable que se trate de *Mira ese guapo gigolo, pobre gigolo*, dirigida por Emmerich Hanus y los actores principales fueron Igo Sym, Anita Dorris y Ernst Reicher, de 1930, producida por la compañía Metro Goldwyn Mayer. *Volando voy* era una comedia musical con reconocido coreógrafo, dirigida por Charles F. Riesner, de 1931, protagonizada por Bert Lahr y Charlotte Greenwood, también de la Metro. *Lejos de Broadway* fue dirigida por Harry Beaumont en 1931, protagonizada por John Gilbert y El Brendel. No hay indicios seguros, pero es posible que *Vaquero* haya sido *Vaquero de Texas*, un *western* de Oliver Drake, de 1932, protagonizada por Lane Chandler y Buddy Roosevelt. Es indispensable recuperar nuestra vida histórica en todos sus momentos y personajes.

Donde las balas suenan y los rezos callan

Rebeca Monroy Nasr*

Aurelio de los Reyes, *Sucedió en Jalisco o los cristeros. De cine, de cultura y aspectos del México de 1924 a 1928. Cine y sociedad en México, 1896-1930*, vol. III, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas/INAH/Seminario de Cultura Mexicana, 2013, 583 pp.

El más reciente libro del doctor Aurelio de los Reyes es una continuidad de sus dos anteriores volúmenes sobre *Cine y sociedad en México: vivir de sueños*[1] y *Bajo el cielo de México*,[2] ambos con un trabajo muy amplio y grandes profundidades históricas, realizado con fuentes de primera mano, que desvelan diferentes aspectos de nuestro país. Dicha investigación, a su decir, la inició en 1973; el volumen que motiva esta reseña lo terminó en 2009.

Es importante señalar que este tercer volumen, que no el último, porque todavía le quedan en el tintero los años de 1928-1932, retoma su planteamiento claro y definido de que él *no* trabaja, *per se*, historia social, historia política, historia de las mentalidades, historia de la vida cotidiana e his-

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México, 1896-1930: Vivir de sueños, 1896-1920*, vol. I, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1983, p. 272.

[2] Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México, 1896-1930: Bajo el cielo de México, 1920-1924*, vol. II, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1993, p. 409.

toria cultural. Esta indicación es una de las partes que más gocé de su introducción, pues señala de manera precisa y contundente que se trata de *historia del cine…* entrecruzado por su contexto histórico magistralmente manejado, por sus ires y venires entre lo social y lo cultural, entre la nota roja y las noticias del día, relato de las mentalidades que desvela detalles de algunos de los actores, de los políticos y de los principales participantes de esta historia. Tiene toda la razón el doctor al defender ese coto de conocimiento, ya que es el cine el hilo conductor que le da sentido y noción a su amplio, profundo y claro estudio. Aunque, de manera sorpresiva, enfatiza que no necesita de las películas para trabajar.

¿Cómo historiar el cine sin películas?: en tres libros lo muestra con claridad, y se logra con grandes habilidades y el oficio de historiador. Se trata de una obra de profundidades marinas, de largo aliento, que ni el mismo Plutarco Elías Calles podría narrar con tanta puntualidad. Lo logra, en gran medida, con ayuda de la hemerografía, del género epistolar, de la historia oral, de diarios, de los archivos particulares y las colecciones en museos nacionales y del extranjero, pero sobre todo, con una fuente natural que pocos han utilizado: el "esbozo de los argumentos", herramienta de trabajo que maneja de manera puntual y contundente, para darle forma y sentido a las películas que trata como medio documental, siempre fino en su escritura y suave en su andar.

Es un libro complicado de reseñar porque los temas que trabaja son de una amplitud, profundidad y diversidad que atañen a una gran variedad de presencias en la escena nacional. Va dejando ver, cuadro por cuadro, como en las cámaras antiguas, una infinidad de temas que señalan caminos para estudios posteriores. Abre grandes canales e infinidad de veredas para erigir otros nuevos análisis. Si lo observáramos como una película, veríamos catorce grandes carteles o letreros que anuncian las partes sustanciales, producto de una necesaria división interna para ir desvelando la presentación contextual del periodo y los empeños del presidente Elías Calles, desde la visión política-histórica, en su deseo de hacer respetar la Constitución y la manera en que los desencuentros con los católicos, la Iglesia, los militantes fanáticos, el papa Pío XI, y los afectos a esa religión, tomaron una postura en un ríspido lugar. De la violencia desatada, sin cuartel, silente en apariencia, pues la Revolución había terminado, pero los conflictos aumentaron a raíz de proponerse con firmeza el respeto de los textos constitucionales y las normas básicas.

Elías Calles proponía, supongo, desde su espiritismo, masonería e ímpetu revolucionario, un claro antagonismo hacia los católicos militantes, papales o simples simpatizantes, que cada día se volcaban más a la contienda, a la agresión y a la desmesura, y aun peor, instigados, como lo muestra el doctor De los Reyes, por el papa Pío XI. El cisma de la Iglesia católica con el patriarca Pérez, apoyado por el gobierno de Calles, detonó los ánimos adversos de los católicos sin redención. Es una vieja historia que, al leerla como hilo conductor, se asemeja a aquellos *rushes* de trabajo del cine, pues nos da claramente los antecedentes de lo que hemos vivido y de lo que aún se vive en diferentes países del orbe, como ahora lo tenemos claro entre palestinos, musulmanes e israelíes. Aquí en México quedó soterrado el catolicismo, pero sigue y seguirán jacobinos y laicos, entremezclados con marxistas guadalupanos, ateos gracias a dios, o bien, agnósticos convencidos, en donde perviven las prácticas de manera encubierta, silente, hasta que aparecen de nuevo entre los escombros.

Ya entrados en números, es importante señalar que el libro tiene "apenas" 178 temas, que el investigador e historiador rehace poco a poco y de manera suave, cadente, delicada. El autor narra lo que sucedió en el día a día de la política de Calles, como los acuerdos con nuestro vecino del norte o sus viajes a Alemania (antes de ser primer mandatario) para conocer algunos aspectos de la vida germana que pudiesen ayudar al reacomodo de nuestro país. Y también cabe hacer mención de la salud del "casi presidente", para confirmar que era hipocondriaco: sus enfermedades se presentaban según aumentaba la presión.

En su libro, el doctor De los Reyes muestra esa débil línea entre la tolerancia de unos y el descontento de otros, cómo aparecían los cuerpos cercenados de los militares, civiles o maestros, también retoma

los casos de los desorejados, o de los católicos fusilados; los contrastes sociales y políticos eran muy marcados, como el blanco y el negro de la foto y del cine de la época.

En la obra se describe también el territorio de las relaciones públicas, de las confidencias, de las enmiendas, de las decisiones tomadas para no dar paso atrás y no dejar que las beatas, las mujeres ungidas o los jóvenes católicos de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana influyeran en el destino nacional. Tarea ardua y notable la manera en que describe el doctor De los Reyes las tácticas que usaron aquéllos como medida para detener a un Estado y un gobierno decidido a ser laico en todas sus formas educativas, formales, culturales e incluso cinematográficas.

Resulta impactante conocer el boicot que montaron esos católicos para deteriorar la economía del Estado, o bien, el de las damas católicas, con sus manifestaciones y sus grupos de buena conducta. También asombra la radicalización de quienes, ante el boicot, decidieron tomar las armas, como Palomar y Vizcarra, o incluso Toral, dibujante engañoso que se declaró no fanático, pero que acabó siendo un religioso extremo que asesinó a Álvaro Obregón, candidato reelecto a la presidencia; también destacan los casos de la madre Conchita, de fuerza verbal insólita, y toda la banda de Castro Balda, grupo que intentó más de tres veces matar a Obregón. Al final, el matrimonio de la exabadesa con Castro Balda, como señala el historiador en la calle de Álvaro Obregón, alimentó el humor negro de la época y también el del investigador.

Entre los 178 temas, el celuloide está presente de diferentes maneras, por ejemplo, con los empresarios que financiaban películas, los que construían cines, los que hacían cadenas de cines (en la actualidad, duopolios), los que eran engañados por sus esposas o los que lograron sobrevivir al boicot de los católicos. Se suma a tales casos la presencia de los sindicatos, un tema apasionante, porque no sólo eran los tramoyistas —como los del teatro— quienes trabajaban en las salas de proyección, sino que también estaban los músicos que tocaban allí. Por supuesto, de eso no solemos acordarnos, mucho menos las generaciones que hemos vivido el cine sonoro. El libro expone el cine mudo de aquellos años y termina justo con la primera película sonora del país, *Santa*, de 1932. Pero, en una especie de colación con diversos mundos, el autor aborda las diversas facetas, a cada una le hace un encuadre para desarrollarla y con ello construye una película completa. Sí, tal vez fue cine mudo, pero la manera en que lo hace hablar es impresionante. Las noticias, los diarios, las encuestas, todo nutre ese afluente de información que crece en cada episodio de manera magistral.

Es un libro de lectura amena, pero es complejo y completo en su andar; se puede empezar a leer como una historia que va a desarrollar ciertos temas, pero todos ellos van creciendo conforme se avanza, atraviesan periodos, trabajos, evidencias, y sólo una capacidad mayor puede ordenarlos, como lo hizo el doctor. Es como si de una misma película salieran otras a la par que se pueden ir analizando y viendo en sus contenidos. En ese devenir, un evento desencadena otros, que conforman la vida y sociedad del México de 1924 a 1928, en secuencia, en línea del tiempo, en tema, en forma, en contenido, todo ello como si fuese un proyector de cine, y también con presencias paralelas, entre el blanco y negro y el color. De esa manera se visualiza lo redondo del trabajo.

En el discurso de la obra se entrecruzan los momentos políticos con los actores, los directores, las llamadas de Hollywood, las actrices que se fueron para no regresar, las que fracasaron, la gran cantidad de películas que se importaron en el periplo de Calles. También llama la atención la manera en que se quería a México en el exterior, pues muchos directores del "otro lado" buscaban reivindicarlo por su valentía, su colorido, su tenacidad. Eso fue una verdadera novedad: directores, actrices y actores apreciaban lo que teníamos, pensaban que deberíamos aparecer en las pantallas con nuestra riqueza, venían y nos visitaban. En ese contexto se retrata la presencia de Dolores del Río, así como la imitación de otras tantas que se quedaron en el camino. También se retoma el logro de Lupe Vélez, competencia de Del Río, cuya amistad no prosperó. Otro caso mencionado es la presencia de actores como Ramón *Novarro* —con "o", porque no podían pronunciar "Navarro"—. Directores interesados en el país y que casi logran que se

filmara en México, lo que, si bien en ese momento no se consiguió, sí abrió camino a la mirada por ejemplo, de Eisenstein. Ello posibilitó, años después, la generación de obras fotográficas de propios y extraños, como las de André Breton, Paul Strand, Robert Capa, y otras más, algunas literarias, que también contribuyeron a forjar la imagen de México ante sí y ante el mundo.

El tema literario está espléndidamente desarrollado en la investigación de De los Reyes, pues como parte del ambiente cultural de la época surgió una gama de escritores que se interesaron en hacer argumentos de películas, quienes entre ellos se retroalimentaban en sus fuentes y sus formas literarias, sobre todo, debido al interés de realizar guiones sobre México en todos los aspectos de la vida; ello abrió un género literario que no había tenido gran auge hasta ese momento. De tal suerte, entre el cine y las letras nutrieron sus vertientes. En una narrativa impecable, vemos también cómo los literatos crecieron o intentaron crecer en el cine y cómo algunos triunfaron y otros echaron marcha atrás. No tenía auge lo descriptivo, lo demasiado romántico ni lo melancólico, pero las vanguardias literarias, como los estridentistas, lograron mostrar un mundo diverso tanto desde la crítica como a partir de los guiones de películas.

Por otra parte, la presencia de Aleksandra Kollontai y del cine soviético, del alemán y sus novedades —para algunos incomprensibles en la pantalla, como *El gabinete del Dr. Caligari*, entre muchas otras filmaciones que causaban sensación o repudio—, alimentaron las temáticas, la visualidad, la presencia escénica, la manera de trabajar la cámara, los personajes, los encuadres, la composición, entre muchos otros rubros que se beneficiaron con la presencia de aquellas influencias.

El celuloide, el filme y la película siguen desarrollándose de manera entretejida con el contexto social y político, gracias a las labores del historiador De los Reyes que muestra los trozos de lo que el material documental dejó, de aquello que se presentaba, pero también de lo que callaban los noticiarios y no se transmitía, como por ejemplo, el desencuentro con los cristeros y la guerra interna entre el gobierno callista y los fervorosos militantes católicos. Ese material estaba prohibido por el mismo Calles. A pesar de la prohibición directa del entonces presidente, sí se exhibió la película *Rey de reyes*, que narraba pasajes de la vida de Cristo, lo que constituyó una afrenta a la voluntad del mandatario. Por otra parte, el autor narra que la película *Los diez mandamientos* no llamó la atención y fue un fracaso de taquilla. La presencia de la película documental *El coloso de mármol*, que se hizo con la idea de hablar de los logros y los méritos del gobierno callista, tampoco tuvo una buena recepción entre el público.

De los Reyes describe cómo, del cine propiamente cristero, todo era subterráneo, silente, clandestino. Si lo hubo, no se exhibió; lo que se recabó se resguardó, al igual que las fotos, prohibidas, para no ahondar en la lucha entre hermanos justo cuando la Iglesia proponía intervenir en la vida laica del Estado.

Todo lo anterior es asombrosamente contado en el día a día del callismo. Incluso aparecen las hijas de don Plutarco, contradictorias, caprichosas y veleidosas, pues hacían con sus estrafalarias actitudes quedar mal al padre, quien lanzaba, de vez en vez, edictos más conservadores. Ellas, prendadas de la modernidad, tenían acceso a las últimas tendencias en el vestir, los cortes de cabello y el maquillaje, como Alicia, que se dejaba ver con sus vestidos ajustados a su delgada y grácil figura, su pelo a la *Bob* y la boca carmín. Ella hizo sus *pininos* en el cine en Hollywood, para después casarse con Jorge Almada en el Castillo de Chapultepec, un acontecimiento majestuoso, pletórico de personajes y regalos excelsos.

También gracias a este maravilloso libro, de tintes diversos, es posible comprender cómo Obregón fue el gestor de un partido que no vería concretado, el Partido Nacional Revolucionario (pues sugirió su conformación desde 1925), y el hecho de que más tarde el mismo Calles aprovechó la coyuntura de su muerte para extender su poder político durante aquel periodo conocido como el *Maximato*, ahí la figura del hombre detrás del trono se dibuja con claridad, hasta que el presidente Cárdenas lo sacó del país.

La nota roja no podía faltar en esta obra, no en un capítulo o recuadro propio, como lo hizo con los temas anteriores, más bien la deja ver el autor con las últimas dos viu-

das, que no fueron las de Obregón y Toral, como este último pensó, sino con las actrices, que morían por los fracasos al intentar llegar a Hollywood. Y también con los suicidios por amor; las mujeres que por ser modernas se rebelaban frente a sus maridos, y ellos no lo toleraron; el empresario defraudador que mató al chofer, amante de su propia amante; los muertos y heridos por los católicos; los muertos y heridos por el gobierno de Calles; los muertos que siguieron por la vida política, como Gómez y Serrano; la muerte de Maximiliano, la de Carlota, que perdió su lozanía y belleza, además de su cordura, dato histórico hecho noticia. La muerte de la madre de los nueve hijos de Calles también forma parte de los eventos terribles de su gestión, y no pudieron salvarla ni los médicos ni las medicinas; murió lejos del general, él la trajo a la capital, acá le hicieron los honores. Entonces se presentan más fuertes que nunca los remedios, entre los ejercicios y tablas gimnásticas, entre las aguas minerales y la homeopatía, entre los médicos alemanes y las aguas de manantial del Niño Fidencio. La salud fue uno de los grandes temas, pero sobre todo la del propio presidente, que si bien salió del país a curarse antes de la toma de posesión, más tarde pareció tener curas alternativas y llegar hasta Fidencio para su compostura final. En ese punto aparece una pieza fundamental de todo esto: la secretaria de Calles, Soledad González Dávila, quien resguardara la memoria, las cartas, las fotos, los álbumes que le encomendara él mismo, y las cuales resguardó después su hija, Hortensia Elías Calles de Torreblanca. Tal archivo consultó cuidadosamente el doctor Aurelio de los Reyes.

Así, entre el texto y la imagen, entre las caricaturas y los diarios, entre la recuperación de archivos en diferentes países, entre el género epistolar, tenemos la magistral reconstrucción de cuatro años que ni siquiera el mismo Calles podría haber realizado, ni Esperanza Velázquez Bringas, una de sus más gratas admiradoras, ni tampoco su fiel secretaria.

La obra constituye una memoria visual de varios movimientos, aunque carece de los materiales de la pantalla, pero eso no detiene al investigador Aurelio de los Reyes, ya que logra reconstruir esos años del cine mudo en México, cuando el 99.9% de los filmes están destruidos, pues no existe ni siquiera una película completa de esos años. El autor muestra claramente cómo es posible hacer historia del cine sin tener y ver las películas, y argumenta que "la ausencia de películas no debe impedir la reconstrucción del pasado fílmico".[3] Al parecer, sólo un investigador de grandes ideas, de fuertes vientos, de audaces aventuras intelectuales asume ese reto; sólo un docto en la materia, un hombre responsable de su conocimiento, un actor social comprometido con su tiempo, un maestro destacado, un lúcido investigador, con gran experiencia, hace un trabajo de este perfil. Es un libro erudito y de conocimiento enciclopédico, mostrado con la sencillez del lenguaje del que conoce a fondo su tema.

"La sombra del caudillo" aún vive entre nosotros, regresó hace poco, así que nos toca observar con cuidado la metodología con la que el doctor Aurelio de los Reyes se acercó a sus historias entreveradas por el celuloide. Le toca ahora al lector descubrirlas, tarea no fácil —con sus 583 páginas de historias, anécdotas, bromas de un humor sutil, pies de página que completan las anécdotas—, pero sumamente grata por la lucidez del texto, aunado al cúmulo de imágenes poco conocidas y muy atractivas.

Para concluir, celebramos la experiencia del autor, que nos brinda nuevas y mejores formas de hacer historia... inmejorable, inimitable, deja lazos fuertes, muestra cuadros y ventanas al mundo que "develan los signos de su tiempo".[4] Ésa fue la tarea que se impuso y, a mi saber y entender, logró de manera magistral.

[3] Aurelio de los Reyes, *Sucedió en Jalisco o los cristeros. De cine, de cultura y aspectos del México de 1924 a 1928. Cine y sociedad en México, 1896-1930*, vol. III, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas/INAH/Seminario de Cultura Mexicana, 2013, p. 11.

[4] *Ibidem*, p. 10.

Un códice incomprendido

Salvador Rueda Smithers*

Constanza Vega Sosa y Michel R. Oudijk, *Códice Azoyú 2. El señorío de Tlapa-Tlachinollan. Los documentos de la región de la Montaña, Guerrero*, México, FCE/Conaculta-INAH/UNAM-IIF, 2012, XII+233 pp.

La historia reciente de los libros pictográficos del Virreinato temprano conocidos como *Códices Azoyú 1 y 2* y del *Lienzo de Tlapa* es tan azarosa como los actos del pasado remoto que registra. Uno de sus últimos capítulos data de 1940 y envuelve a personajes intelectualmente tan sólidos como Alfonso Caso, Salvador Toscano, y poco después, a Donald Robertson y John B. Glass. Pero la fuerza de estas personalidades en su entorno no sería sinónimo de seguridad ni de inteligibilidad de los documentos. Tenemos la tendencia a olvidar que los libros, como nos señala George Steiner, son vulnerables: "Pueden ser borrados o destruidos". También rotos e incomprendidos. De hecho, antes de terminar esa década, al libro indígena conocido como *Códice Azoyú 2* lo envolvió la engañosa nube del misterio y la leyenda. Fragmentado ya entonces, varias de sus hojas se perdieron para descansar ignoradas en una biblioteca, con la sospecha de que habían desaparecido junto con la vida del historiador Toscano entre el fuego y la afilada roca nevada del Popocatépetl conocida como el Pico del Fraile, en un accidente de aviación el 26 de septiembre de 1949. Se ligó entonces el supuesto contenido perdido del *Azoyú 2* a un debate tan áspero como desgastante sobre la incierta tumba del *tlatoani* Cuauhtémoc en Ichcateopan, al norte de Guerrero.

No menos escabrosa había sido la ruta que siguieron los tres documentos indígenas desde el pueblo guerrerense de Azoyú, en un ángulo del mundo, hasta las manos de los historiadores más reconocidos del INAH en 1940. Los que fueran textos pintados con la crónica de los sucesos de dos conquistas —la mexica en el siglo XV y la española en el XVI—, de las formas de la tributación de los reinos vencidos y la posible prueba escrita de reconocimiento de los privilegios de un linaje de caciques indígenas de larga raigambre local, fueron presentados en medio de un rudo deslinde ejidal como prueba de cargo para alegar remotos derechos de una comunidad. La presentación en ese año de un documento virreinal para dirimir intereses tenía lógica moderna: se ajustaba a los lenguajes agrarios de la posrevolución, derivados de las inclinaciones de justicia social con lenguaje zapatista. Saber lo que esconden los códices *Azoyú 1* y *2*, el *Fragmento Humboldt* y el *Lienzo de Tlapa* requirió años de trabajo de tres generaciones de eruditos. Cierran la cadena estudiosos tan bien cimentados como los de 1940, con las mismas grandes luces, pero con la fortuna de ser sus discípulos: desfilan, entre otros, los nombres y distintas miradas de Xavier Noguez, Baltazar Brito, Joaquín Galarza, Luis Reyes, y, de manera destacada, Constanza Vega y Michel Oudijk.

De 1940 a 2012. En este lapso de setenta y dos años —desde su llegada al INAH hasta la aparición de esta edición— se tenía la idea de que el *Códice Azoyú 2* era una variante apenas formalmente diferente del *Códice Azoyú 1*. Los números de identidad eran una convención que distinguía estilos, pero no relatos; tampoco un orden de preeminencia. Se creyó que era

* Museo Nacional de Historia, INAH, Castillo de Chapultepec.

la misma historia pintada por dos o más manos posiblemente de manera contemporánea: básicamente, repetían hechos situados hasta el mediodía del siglo XVI. Como otros libros similares, sus signos referían a registros y conmemoraciones; se desconocían los argumentos que transmitían. No hay literatura: los dibujos "guiaban" la memoria y la interpretación. Pero para 1940 se sabía apenas lo mínimo para sus fichas de catálogo; esa casi ignorancia fue un importante primer paso. Los tiempos y modos de los Códices Azoyú son virreinales, a despecho de ajustarse a la tradición indígena de contar, medir y relatar; provienen de la provincia dominica de Tlapa, facturados hacia 1565 (coincidentemente casi en la fecha terminal de otro libro indígena mixteco, el *Códice Sierra*, época de las reformas administrativas en las posesiones indianas del rey Felipe II). Los *Azoyú* son dos códices en forma de biombo, de papel de amate, que a primera vista se creería que transportan dos variantes de una sola historia.

Puedo empezar con que la presente edición con sellos editoriales del INAH, Fondo de Cultura Económica, Conaculta y la UNAM, desmiente aquella simpleza. También adelantar que el lector del estudio que aquí nos reúne se llevará una sorpresa al final: la sutil pero honda diferencia entre ambos códices. Permítaseme recorrer un camino un poco más largo para explicar esta singularidad. Particularmente luminoso es el recuento de Michel Oudijk acerca del significado de las imágenes que faltan, sobre las ausencias y sus alcances en la perspectiva narrativa; paralelamente, el estudio de Constanza Vega dota de presencia a la pesadez de la relación entre dominante y dominado al dar al relato histórico-genealógico su carácter de pragmatismo político-administrativo.

La edición del *Códice Azoyú 2. El Señorío de Tlapa-Tlachinollan* ofrece dos estudios con seis esclarecedores apéndices y las reproducciones facsimilares de los documentos pictográficos. Comienza esta publicación con los análisis del *Azoyú 2* y su ubicación circunstanciada por Vega y Oudijk, cada uno con un ensayo particular. El tronco pintado de contexto y circunstancia lo forman ocho pictografías: los códices *Azoyú 1* y *2*, los lienzos de *Tlapa*, de *Chiepetlán 1*, de *Aztatepec-Citlatépec*, el *Códice Veinte Mazorcas* y el códice llamado *Humboldt Fragmento 1*. El método de exposición deja entrever las dificultades a las que se enfrenta la filología; una de ellas, no menor: aproximarse con verosimilitud a las maneras de pensar de culturas en proceso de cambio brusco y aun en extinción —como lo eran las indígenas mesoamericanas en el siglo XVI—. "Toda antigüedad es oscura", escribió Tácito; no me parece que esta divisa resultara extraña a los afanes de Constanza Vega y Michel Oudijk.

En apariencia, los libros pictográficos tlapanecos no únicamente formarían un grupo homogéneo por sus características formales y cronológicas; tratan de historias genealógicas en código de difícil interpretación por los ojos modernos. Para poner en manos de lectores comunes el relato de esta historia regional, nuestros estudiosos hubieron de correlacionar contenidos de otras pictografías y series documentales alfabéticas que refieren historias de linajes en una geografía que es un nudo entre la inclinada región de la Montaña y los hilos que forman el río Mezcala en su cauce hacia la costa del Pacífico, el laberinto de caminos de la sierra oaxaqueña hacia un lado y la cuenca de México hacia el otro. Se trata del "drenaje septentrional del Balsas" (como diría Robert Barlow) y la red de montes que forman la cintura mesoamericana. Como enorme remolino, ha sido, desde tiempos remotos, la encrucijada cultural de tlapanecos, mixtecos y nahuas.

Hacia el momento de la conquista, el paisaje agreste permitía la agricultura, pero no la vida tranquila; el sabio Robert Barlow describió así esta ruda frontera visible de la Mixteca: "La Provincia de Tlapa se extendía hacia el sur, hasta la guarnición de Totótepec. A ambos lados de ella había guerra continua: al oeste los inconquistados yopes de la región de Yopitzinco, y al oeste estaban los mixtecas de Oaxaca, con su capital Tututepec".[1] Peter Gerhard explicó de esta manera el precario equilibrio —desigual e inseguro, como todos aquellos que se basan en la ley del más fuerte—: "en el momento del contacto ya tenían sus propios gobernantes, siendo Tlapa entonces un asentamiento

[1] Constanza Vega Sosa y Michel R. Oudijk, *Códice Azoyú 2. El Señorío de Tlapa-Tlachinollan. Los documentos de la región de la Montaña, Guerrero*, México/FCE/Conaculta-INAH/UNAM-IIF, 2012, p. 6.

militar azteca y recolector de tributos, con un jefe militar designado por Tenochtitlan".[2] También fue inconstante, como demostraría la historia de los primeros años que siguieron a la caída de Tenochtitlan, pues la llegada de los españoles se nota más como un palimpsesto que como una conquista: sustituyeron, en una zona de por sí permeable a la imposición, a los viejos dioses y sus rituales por otros, tal vez no menos atroces. Y de paso, lo que al parecer explica uno de los propósitos de estas pictografías: confirmar el pacto del nuevo poderoso con los gobernantes locales.

El cristianismo llegó sin conquista espiritual, tersa en casi todo, a excepción hecha en la destrucción de las imágenes y del fervor a los dioses vencidos, a las ofrendas de sangre de los sacrificios humanos y a la bigamia. La "gentilidad" —como se le nombraba en las crónicas a la historia anterior a la llegada de los cristianos— cambió los nombres de los dioses por los de los santos, y el paganismo se envolvió en metáforas ajustadas a las ceremonias vigiladas por la Iglesia. Pensemos en los resabios de ritos y fiestas que hoy parecieran a primera vista jirones incomprensibles llegados de un mundo sagrado elemental, pero que sin duda tuvieron una función social y religiosa evidente en la vida cotidiana de los pueblos agricultores, que bien se señalan en este libro, como las danzas de los *tecuanes* y los *tlacololeros* y su mezcla de danza de moros y ritual prehispánico, o la de la petición de bienaventuranza y fertilidad a un roedor, o la de la representación femenina de la olla de los tamales, entre otras costumbres que han llegado al siglo XXI con un cierto sentimiento de excentricidad folklorizante, antesala de la extinción de una manifestación cultural. Vega y Oudijk explican la importancia simbólica del jaguar en la mentalidad indígena prehispánica, su relación con una ceremonia gladiatoria y su desdoblamiento en los signos del poder gobernante —por ejemplo, en la piel del felino como recubrimiento de los asientos de los caciques y sus consortes.

A manera de complemento, en estos ensayos se citan referencias a las fiestas consagradas a san Marcos Evangelista en los pueblos de Petlacala y Zapotitlán, del antiguo reino de Tlachinollan, que comienzan el 25 de abril, y que refieren al inicio de la temporada de preparación de tierras y siembra, según los estudios etnológicos modernos realizados en esa zona guerrerense, de terrenos agrícolas cerriles, de pueblos campesinos en los que el agua y la fuerza humana son el verdadero tesoro, la agricultura de técnicas rudimentarias y cosechas magras no reflejan las remotas dignidades, la enorme fuerza política de los señoríos, ni económica de las cosechas de oro.

Pero los placeres áureos que atrajeron al viejo Motecuhzoma —y tempranamente a Cortés— ya eran tan sólo un recuerdo al terminar el siglo XVI. Las *Relaciones geográficas* consignaron en 1582 que hacia la mitad de la centuria hubo "poblazón de muchos españoles, porque fueron muy ricas, y, por quitarles los esclavos por mandado de su majestad, se dejaron de labrar y despoblaron".

Regresemos veinte años, a los tiempos de la factura de los códices de Azoyú y del *Humboldt Fragmento 1*. No menos inestable debió ser la frontera invisible, aquella que marca los linderos de la identidad cultural que se manifestaba de manera pronta con los idiomas y sus variantes, la de las relaciones entre personas, barrios y linajes de distinta lengua, que explicaban en la antigüedad su existencia como decisión de los dioses indígenas y después como vasallos leales del rey español. No es posible saber cuándo se anudó la cohabitación de tlapanecas, mixtecos y nahuas —los *sami nuu*, "ojos quemados", nombre que al paso nos señala Michel Oudjik para los nahuatlatos, que con seguridad se remontaba a siglos que ya no quedaban en la memoria en 1565—. Citando a Una Canger, Constanza Vega informa que las lenguas mixteca y tlapaneca se hablaban en la región mucho antes de que llegaran ahí los hombres de Motecuhzoma Ilhuicamina. Algunas generaciones más tarde, en tiempos de Felipe II, explica Oudijk, la importancia de la legitimidad de los linajes familiares y de las alianzas matrimoniales entre los caciques gobernantes justificaría el ejercicio del poder y, a la larga, una longeva historia de cohesión social y de relativa paz, rota hasta la guerra insurgente y su abrumadora secuela del siglo XIX, y los pleitos por linderos ejidales de la posrevolución (hecho

[2] *Idem*.

que permitió el conocimiento y resguardo del llamado *Azoyú 2*, cuya historia particular no está exenta de dramatismo). Relativa paz, pues el conflicto —esta vez dentro de la misma familia en ese linaje quebrantado— envolvió la biografía del *Códice Azoyú 2* hasta 1940.

Hoy nos asombra uno de los efectos marginales del conocimiento de las historias que narran los códices y lienzos tlapanecos. Con la claridad del verdadero sabio la explica en la segunda parte de este libro Michel Oudijk. Se trata de la diversidad de las formas del registro temporal. Los anales pintados de los códices *Azoyú*, con registros cronológicos de tradición tlapaneca, podían ser leídos por las autoridades conocedoras del náhuatl para prevenir la exactitud en la llegada de los impuestos al punto de acopio y de ahí enviarlos a Tenochtitlan. Para los modernos, Vega Sosa pudo calcular, con el enlace de dos fechas conocidas, la correlación entre cronogramas mexica y tlapaneca, y establecer, además —asunto que es clave para entender este grupo de documentos indígenas—, el ritmo del pago (y los montos estacionales), reflejo del carácter de la relación del dominio que exigía Tenochtitlan y ejemplo histórico del peso de la sujeción y su rápido traslado al dominio español. Vega establece convincentemente, con base en este criterio, que el final del mundo prehispánico llegó un día de los primeros meses de 1522, el año 3 Viento del calendario tlapaneco.

Vega Sosa escribió que "[…] los códices *Azoyú 1* y *Azoyú 2* y el *Humboldt Fragmento 1*, ha[n] permitido conocer la existencia del reino de Tlapa-Tlachinollan, cuyo territorio se localizaba en la región central-este del actual estado de Guerrero. La capital de este reino estuvo constituida por la unión de dos pueblos: Tlachinollan ('Lugar de los campos Quemados') y Tlapa ('Sobre el Rojo')". El reino de los "Campos Quemados" debió llamar la atención a los vecinos ambiciosos. Las pictografías tlapanecas y los registros de tributos de la Colonia temprana dan cuenta del tamaño de las exacciones que los tenochcas obtenían de Tlachinollan. "Cada folio —continúa Constanza Vega— muestra cuadrantes que contienen las cantidades de tributo en mantas de algodón y oro tanto en placas como en polvo. Además, hay representaciones de los cuatro meses en los cuales se pagaba el tributo: *Etzalcualiztli*, *Ochpaniztli*, *Panquetzaliztli* y *Tlacaxipehualiztli.*"

Tal era uno de los sentidos, el administrativo, de estos documentos. El *Códice Azoyú 2* y el *Humboldt Fragmento 1* constan de 15 folios cada uno, y de manera convencional es posible reconocer tres líneas temáticas: registros históricos prehispánico, colonial y tributario. Sus extremos cronológicos van de 1486 a 1565. Al inicio, la llegada mexica pudo tener los tonos de la catástrofe. Explicaba Vega que la lectura de los códices de Tlapa-Tlachinollan "indican que este dramático acontecimiento tuvo lugar el año 7 Venado o 1486, si se sigue la referencia de que el año 3 Viento sea 1521. Las fuentes mexicas registran el sacrificio de muchos cautivos tlapanecos para la dedicación del templo de Huitzilopochtli, terminado por el tlatoani Ahuítzotl en su primer año de gobierno". Sabemos también que la enorme cantidad de hombres sacrificados dejó una marca en la memoria y en los distintos registros escritos: los *Anales de Cuauhtitlán* señalan —sin que deba pensarse que tal fue la cifra real— que fueron 24 000 tlapanecos ofrendados. El dios terrible Huitzilopochtli dio voz a un pueblo temido: cada cien días se debían entregar cantidades bien establecidas de oro en tabletas y en polvo. En tiempos de Ahuítzotl se daba una tableta y media y tres cuadretes de oro; con Motecuhzoma Xocoyotzin aumentó a cuatro tabletas y diez cuadretes, además de cargas de mantas. El registro de este cobro se trasladó a los conquistadores hispanos y explica la rapidez con la que Hernán Cortés actuó para sujetar la provincia de Mar del Sur a los territorios del rey cristiano.

Con precisión filológica, la segunda parte del libro revisa discurso y fábula, esto es, mensaje y relato. El *Códice Azoyú 1* abarca una historia de 266 años, mientras que el *Azoyú 2*, una de 136 años, nos explica Michel Oudijk. En la introducción a su descripción (debo decir que es engañoso el título de "introducción", normalmente usado para prefigurar la ruta de la explicación posterior, pero en este caso el del ensayo de Oudijk es una verdadera lección al estudio de las pictografías tlapanecas) recorre la forma y el contenido de cada uno de los ocho documentos pictográficos que forman este grupo de historias indí-

genas virreinales. Así mismo, lleva de la mano al lector a entender los secretos de la lógica de la escritura con imágenes. Bajo el rubro de "Unas convenciones pictográficas", el investigador da algunas pautas para comprender la mecánica de comunicación gráfica. Con ejemplos de documentos pintados de distintas regiones, decodifica en nuestro favor nombres propios de personas y lugares, posiciones del cuerpo, adornos, signos y situaciones. Hay que recordar que no hay gestos ni retratos a la manera de la pintura de escenas históricas de tradición occidental —como los teleros franciscanos, los frescos o aun las series que relatan biografías o momentos importantes—; sin embargo, para quienes tocaba interpretarlos no debía haber equívocos.

Los signos sustituyen ademanes y discursos; tómese, si no, la explicación que hace Oudijk de la referencia al maltrato que aparece en el códice de *Azoyú 1* y las conexiones entre la imagen y la lectura de la realidad que registraba el dibujo del personaje con vara del último folio y el documento resguardado en el Archivo General de Indias que el estudioso transcribe para la inteligibilidad de su interpretación. El código era similar para la tradición escriturística prehispánica. Tal es el caso también de las imágenes de los personajes del mundo prehispánico que portaban banderas, cuyo destino era la occisión ritual, o de los portadores de diademas llamadas *xiuhuitzolli* y sentados en los *tepotzoicpalli*, quienes sin duda representaban a los gobernantes.

Una sorpresa nos deja al paso Oudijk, para quien se interese y busque por un camino paralelo abierto por P. C. Nowotny y N. Van der Loo: los *códices mánticos*, en los que las posiciones de los números en los documentos pictográficos y el orden de las peticiones a los seres y fuerzas celestes dejan poco margen a la casualidad.

Para el caso de la lectura de las pictografías de Tlapa-Tlachinollan, a la iconografía la acompañan glosas alfabéticas que permiten reconocer a personajes y situaciones. Ello ha permitido, además, saber el propósito central del relato, o mejor, de los relatos: las líneas genealógicas de los caciques locales y las alianzas matrimoniales desde tiempos prehispánicos hasta ya bien entrado el Siglo de las Luces, que justificarían el reclamo de derechos familiares. Ese pertinente recorrido por las décadas de sucesiones y herencias a través de pinturas y escritos posibilita a Oudijk convencernos del contenido y del propósito originario de estos y otros documentos. Derechos familiares de una estirpe quebrantada —como otras y en otras orillas del mundo: me hace pensar en la razonable fantasía de Stefan Zweig en torno a la "historia como poetisa" y la insospechada debilidad del emperador Carlos V, o los dramas que pocos años después del relato de los documentos tlapanecas escribirían en la capital de la Nueva España Domingo de San Antón Muñón Chimalpahin (señalado por Vega y Oudijk) y, en la Inglaterra Isabelina, William Shakespeare, quien por ese entonces describió en alguno de sus dramas históricos: "En nombre de Dios, sentémonos en la tierra y contemos tristes historias de reyes muertos. Cómo algunos fueron depuestos, algunos muertos en batalla, algunos perseguidos por los espectros"; es decir, las pugnas entre gobernantes como naturaleza propia del ejercicio del poder.

Al cabo de cuatro siglos, paradójicamente, los códices también se usarían como una suerte de títulos primordiales para respaldar derechos comunales en un contexto de conflicto social —como se puede conjeturar de su pervivencia hasta el siglo XX en manos del pueblo, y, en el caso del *Azoyú 2*, de su afortunada aunque equivocada utilización como prueba jurídica en un conflicto ejidal a la manera de la petición del Plan de Ayala sobre los títulos virreinales de los pueblos campesinos.

La interpretación histórica puntual de las pictografías —lo que a los manuscritos correspondería la literalidad— se vuelve entonces más compleja y de estatura humana. Las dificultades en la construcción y mantenimiento de linajes familiares —muy difícil, toda vez que no estuvieron ni están exentas de conflictos de intereses— son el escrupuloso límite de Oudijk para no denominar acartonadamente estos documentos como "genealógicos"; por la precisión que ello conlleva, el investigador prefirió llamarlo simplemente "listas de gobernantes".

El nombre, me parece, es lo de menos; lo importante es, según nos informa al final de su texto introductorio, que establece el punto de partida para el estudio compa-

rativo de los diferentes documentos pictográficos y revelar sus más recónditos pormenores. Y el secreto podría esconderse tras un pequeño cuerpo de imágenes, entre ellas, las de los folios 34, 35 y 37 del *Azoyú 1*, de un posible maltrato por parte del cacique don Domingo Quapoltochin, acusado de agraviar y tiranizar a los macehuales de la provincia de Tlapa, lo que había tenido como efecto la migración de pobladores y sus efectos en el pago de tributos. Hacia 1557, 13 Viento del *Azoyú 2*, el cacique don Domingo fue destituido luego de un pleito legal que podemos adivinar desgastante; en 1565, en el último folio del *Azoyú 1*, era gobernador ya de Tlapa don Jerónimo de Guzmán.

El parecido entre los códices *Azoyú 1* y *2* es menos claro de lo que se supuso, ya que cada uno relataba dos puntos de vista divergentes y hasta opuestos de la historia dinástica de Tlapa-Tlachinollan. Con el apoyo de documentos resguardados en el Archivo General de Indias, en el General de la Nación y en el mismo *Lienzo de Tlapa*, Oudjik entretejió a las pictografías informes, actas resolutivas y con sentido común y descubrió una llaga profunda, quizá muy antigua, derivada de las fronteras invisibles entre tlapanecos y nahuas. Escribió:

> Sin caer en un discurso étnico, hay indicios de que las diferencias entre las dos parcialidades fueron utilizadas en el pleito entre don Domingo y don Jerónimo, en el que el primero representaba la parcialidad nahua de Tlapa, y el segundo, la parcialidad tlapaneca de Tlachinollan […] llama la atención la diferencia de estilo de los dos documentos. El *Azoyú 2* es muy cercano al estilo pictográfico nahua del centro de México, mientras que el *Azoyú 1* no lo es, y probablemente representa un estilo pictográfico local, dentro de la tradición pictográfica mesoamericana del Postclásico Tardío.

La carga simbólica de los dibujos de los gobernantes refuerza esta consideración. Presencias y ausencias, como característica de muchas pinturas portadoras de relatos; en el *Azoyú 1*, por ejemplo, no se representa el glifo de Tlapa, sino el de Tlachinollan, “como si estuvieran negando la existencia de la parcialidad nahua. Sin embargo, el *Azoyú 2* registra el doble señorío en el tercer folio y en el inicio de la lista de tributos”.

Para que los lectores podamos entender el contenido y el sentido de las pictografías, los especialistas recorrieron fondos documentales en los archivos locales y el General de la Nación, el de Sevilla, decenas de artículos y libros elaborados desde 1940 y contaron con el apoyo de otros estudiosos, pues el secreto de los códices radica en pensarlos en su compleja densidad cultural. Sólo puedo imaginar, al revisar la bibliografía y los recursos humanos y documentales, los años de trabajo de Constanza Vega y Michel Oudijk, quienes pudorosamente, sintetizaron sus esfuerzos en muy pocos renglones.

Y puedo imaginar también un eco lejano del conflicto de los caciques en el recuerdo nebuloso de la fuerza que como halo rodea los documentos indígenas aun hoy. En este caso, la de los códices, en la defensa de los derechos de las parcialidades campesinas con identidades separadas. No es difícil que ello haya movido la entrega de los *Azoyú 1* y *2*.

Una última reflexión. A las dificultades manifiestas por los estudiosos en la disección de los raros documentos que avaramente nos ha legado el pasado, debe añadirse una fragilidad más; la de la vida misma. George Steiner advirtió sobre el silencio de los libros; su naturaleza es quebradiza. La mayoría se pierde con el paso del tiempo, y con ellos, los contenidos y memorias, los perfiles de la condición humana, las formas y las medidas de las cosas. Atestiguamos el carácter de esa fragilidad, que toca la fibra más honda de la historia. Es posible dar un ejemplo que sentimos muy de cerca. La recuperación de las hojas perdidas del *Códice Azoyú 2*, en 1992, se debió a una casualidad y al buen sentido de María Esther Jasso, directora de la Biblioteca Manuel Orozco y Berra de la Dirección de Estudios Históricos del INAH. El azar intervino por segunda ocasión y puso rápidamente el jirón de amates pintados en manos de Constanza Vega, investigadora de la misma Dirección. Frágil el libro pintado y frágiles las mujeres a quienes tocó regresarlo a su sitio. Nosotros, hoy, atestiguamos el portento y celebramos a los espíritus gloriosos, como no hace mucho pidió Antonio Saborit. Porque fuimos afortunados: Rodrigo Martínez Baracs,

Francisco González Hermosillo, Ruth Arboleyda, Esther Jasso y yo, entre otros, que vimos y compartimos con Constanza Vega su pasión en torno a los *Azoyú* y al *Humboldt Fragmento 1*. A su estudio e interpretación dedicó sus últimos años de vida. Últimos, difíciles, pero fecundos años. Sólo puedo decir que, nuevamente, el pudor de la historia, o la *historia como poetisa*, esa rareza que desdobla los sucesos apenas perceptibles en trascendentes, jugaron en nuestro favor.

Los tres Fragmentos del Códice de Yanhuitlán*

Rodrigo Martínez Baracs**

Sebastián van Doesburg, Manuel A. Hermann Lejarazu y Michel R. Oudijk, *Códice de Yanhuitlán (1520-1544). Edición comentada y facsímil*, Oaxaca, Fundación Alfredo Harp Helú Oaxaca/Museo Textil de Oaxaca/Biblioteca Francisco de Burgoa de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca/Biblioteca José María Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Archivo General de la Nación, 2015, 123 pp.

* Una primera versión de esta reseña fue leída en la presentación de la nueva edición del *Códice de Yanhuitlán* realizada en la Biblioteca Francisco de Burgoa de la ciudad de Oaxaca el jueves 5 de noviembre de 2015, con la participación de María Isabel Grañén Porrúa, María de los Ángeles Romero Frizzi, Baltazar Brito Guadarrama y Sebastián van Doesburg. Leí una versión levemente corregida en la presentación de la edición en la Biblioteca Lafragua de la BUAP el jueves 4 de febrero de 2016, con la participación de Manuel de Santiago, Mercedes de Vega, Baltazar Brito Guadarrama y Michel Oudijk.

** Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Es motivo de gran alegría para los mexicanistas la aparición de este importante libro, la nueva edición, nuevamente ampliada, del *Códice de Yanhuitlán*, hecha posible gracias al esfuerzo de varias personas e instituciones apasionadas por el estudio y el cuidado del patrimonio histórico de Oaxaca. Como es sabido, la parte más importante y conocida del *Códice de Yanhuitlán* (13 fojas pintadas por los dos lados) se encontró desde el siglo XIX en la Biblioteca de la Academia de las Bellas Artes de Puebla, de donde posteriormente fue integrada a la Biblioteca Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. En 1940, el entonces recién creado Instituto Nacional de Antropología e Historia, con el sello del Museo Nacional, publicó la primera gran edición del *Códice de Yanhuitlán*, con un amplio estudio preliminar escrito por el historiador Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985), con el apoyo de Salvador Mateos Higuera (1898-1978); ése siendo el estudio más sólido sobre el *Códice* y su contexto.[1] Es una lástima que esa importante obra esté fuera de circulación.

[1] *Códice de Yanhuitlán*, edición facsímilar con un estudio preliminar de Wigberto Jiménez Moreno y Salvador Mateos Higuera, México, SEP/INAH, Museo Nacional, 1940.

Pero pronto, en 1947, el historiador Heinrich Berlin (1915-1988) dio a conocer otro fragmento del *Códice de Yanhuitlán*, que encontró en el volumen 272 del ramo de Vínculos del Archivo General de la Nación de la Ciudad de México, junto con otros documentos reunidos en el siglo XVIII relacionados con el cacicazgo del pueblo, también mixteco, de Tututepec.[2] Se trata de cuatro fojas con ocho láminas, tres de las cuales están directamente emparentadas con las ya conocidas del *Códice de Yanhuitlán*: la foja 506, recto y verso, con glifos mixtecos de año 5 Pedernal, 1524, y 6 Casa, 1525. El primero representa al encomendero Francisco de las Casas tomando posesión de la encomienda de Yanhuitlán en presencia del cacique don Francisco Caltzin, siempre con su glifo antropónimo 9 Casa. Y la lámina de la foja 505r, en el que figuran 54 círculos (que simbolizan monedas o cuentas de oro) semejantes a los 48 de la foja 6v de la parte del *Códice* de la Biblioteca Lafragua. Esa lámina se encuentra atrás de la foja 6r, que representa un penacho o capa de plumas. Las otras dos fojas, 504 y 507, difieren de las imágenes ya conocidas del *Códice* por su dimensión y escala. Parecen tener un significado más bien religioso, acaso vinculado con el juicio inquisitorial contra don Francisco Caltzin, representado por un personaje ataviado como Tláloc o Zaagüí. ¡Cómo lamentamos que un necio se atreviera a arrancar la imagen del personaje de la izquierda, aparentemente una bellísima diosa femenina! Habría que imaginarla y pintarla.

La primera edición del *Códice de Yanhuitlán* que reúne la parte principal, de la Biblioteca Lafragua de Puebla, y la hallada del Archivo General de la Nación, la publicó María Teresa Sepúlveda y Herrera en 1994, con un valioso y extenso estudio, que aprovecha el de Jiménez Moreno y aporta, además, entre otras cosas, el análisis de los agregados y omisiones deliberadas que sufrió el *Códice*.[3]

Por otro lado, el propio Heinrich Berlin, en su libro de 1947, también dio noticias de otros fragmentos aún no encontrados del *Códice*, que había reproducido el prolífico historiador oaxaqueño Manuel Martínez Gracida (1847-1923) en su libro inédito *Los indios oaxaqueños y sus monumentos arqueológicos*, escrito a comienzos del siglo XX. Se sabía que esos documentos estaban en manos de una familia oaxaqueña, pero tardaron cien años en aparecer. María Isabel Grañén Porrúa y Sebastián van Doesburg cuentan la historia. Una mañana de 2007, en una reunión en la Biblioteca Burgoa de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, un reconocido abogado comentó que la esposa de un amigo y colega suyo había heredado de su padre un códice oaxaqueño, al parecer del pueblo de Yanhuitlán, y que lo ofrecía a la venta. Los historiadores Sebastián van Doesburg y Michel R. Oudijk acudieron a la Ciudad de México a ver el códice, que constaba de tres fojas, cuyas láminas coincidían con las que había copiado Martínez Gracida, por lo que podían considerarse una parte perdida del *Códice de Yanhuitlán*. Esas fojas también se encuentran en la edición motivo de la presente reseña, junto con otros documentos referentes al cacicazgo de Tututepec, por lo que esos últimos hallazgos parecían un expediente complementario del que se encuentra en el ramo de Vínculos del AGN.

No corrieron con suerte los reiterados intentos de que el INAH y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes adquirieran las tres fojas junto con los documentos de Tututepec, y la dueña de los documentos amenazaba con venderlos en el extranjero. Finalmente, después de seis años de presiones y negociaciones, se tomó la decisión de que un colectivo privado adquiriera el códice, con el fin de entregarlo en comodato a una biblioteca pública oaxaqueña que asegurase su conservación, estudio y difusión: el Centro Cultural Santo Domingo del INAH, asentado en el antiguo convento de Santo Domingo. El pintor Francisco Toledo y la familia Harp Helú pusieron dos partes iguales, y una tercera parte la pusieron: el empresario chocolatero Salvador Flores, el político Manuel de Esesarte y los historiadores Nancy Farriss, Michael Swanton, Sebastián van Doesburg, Michel Oudijk y Manuel A. Hermann Lejarazu, entre otros. Así es como la tercera parte del *Códice de Yanhuitlán* regresó a Oaxaca en abril de 2013.

[2] Heinrich Berlin, *Fragmentos desconocidos del Códice de Yanhuitlán y otras investigaciones mixtecas*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos, 1947.

[3] *Códice de Yanhuitlán*, estudio preliminar de María Teresa Sepúlveda y Herrera, México, INAH/BUAP, 1994.

Las tres fojas, en estado muy frágil, fueron restauradas por las expertas y cuidadosas manos de María del Refugio Gutiérrez, del Taller de Restauración de la Biblioteca Francisco de Burgoa, y se decidió la organización de exposiciones con las tres partes por fin reunidas del *Códice de Yanhuitlán* en los tres repositorios que las conservan: la Biblioteca José María Lafragua, en Puebla; el Archivo General de la Nación, en la Ciudad de México, y el Centro Cultural Santo Domingo, en la ciudad de Oaxaca. Hasta la fecha sólo se ha montado la exposición en Oaxaca. De manera complementaria se decidió la publicación de un libro que reuniera y estudiara las tres partes reunidas del *Códice*.

Éste es el bello libro cuya aparición festejamos, coordinado por Sebastián van Doesburg y con la colaboración de Manuel A. Hermann Lejarazu y de Michel R. Oudijk, coeditado por la Fundación Alfredo Harp Helú Oaxaca, el Museo Textil de Oaxaca, la Biblioteca Francisco de Burgoa de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, la Biblioteca José María Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y el Archivo General de la Nación de la Ciudad de México. Debe mencionarse la coordinación editorial de Verónica Loera y Chávez y la gran labor de diseño del mexicano Bernardo Recamier, que lograron la elaboración de un libro notable y bello, de gran formato, para albergar adecuadamente las grandes fojas del *Códice*, y con ampliaciones de fragmentos que nos hacen descubrir su belleza e interrogarnos sobre su significado. Lo más importante es, sin duda, la reproducción misma de las tres partes del *Códice*, particularmente fiel en su definición y sus colores, pues, entre otros aspectos, se cuidó que no se deslizaran diferencias de matiz en las diferentes partes. Por otro lado, los autores tomaron la decisión de que las fojas de cada parte del *Códice* se reprodujeran en el orden en el que se encuentran en sus repositorios, con el fin de no imponer una interpretación particular del *Códice de Yanhuitlán* en su conjunto.

Son muy valiosos los estudios sobre el *Códice de Yanhuitlán* reunidos en el libro: sobre los códices prehispánicos y coloniales de la Mixteca y la innovadora peculiaridad mixta del *Códice de Yanhuitlán*, prehispánica y colonial; sobre el señorío de Yanhuitlán, sus señores, sus encomenderos y sus frailes, y el contexto histórico en el que se produjo el *Códice*; sobre el descubrimiento e historia de los tres segmentos que conforman el *Códice*; sobre sus características físicas y, finalmente, una propuesta de orden de lectura del contenido de las láminas, ahora aumentadas.

Llama la atención que, pese a la adición de los segmentos del AGN y de Oaxaca, el *Códice de Yanhuitlán* sigue siendo un documento fragmentario, hecho por varios pintores, con mutilaciones y agregados, y de difícil interpretación unitaria en cuanto a las circunstancias y motivos de su elaboración. Con todo, debe advertirse, como lo hizo mi hermana Andrea Martínez Baracs en su edición de la Biblioteca Digital Mexicana, que el *Códice de Yanhuitlán* fue elaborado después del juicio inquisitorial por idolatría de 1544-1547, tras el proceso que condujo a la reconciliación entre el gobernador indio de Yanhuitlán (don Domingo y después don Gabriel), el encomendero (don Francisco de las Casas y su hijo Gonzalo) y los frailes dominicos, quienes acordaron una alianza, que se materializó en la construcción de la gran iglesia y conjunto conventual del pueblo, el cual hasta la fecha nos maravilla y exalta.

El *Códice de Yanhuitlán* parece haber sido hecho para celebrar esa alianza del pueblo, el encomendero y los frailes, y para hacerlo, el códice, de múltiples registros pictóricos, antiguos y modernos, se apropió de la forma antigua de los anales con la ayuda de los signos de los años mixtecos —que tienen muchas de las láminas del *Códice*— para rememorar algunos de los momentos más importantes de la historia de la región, comenzando por la conquista, la adaptación de Yanhuitlán y sus pueblos dependientes a la nueva situación, la imposición de la encomienda, los tributos, los servicios, hasta la alianza con los frailes dominicos y con el obispo de Oaxaca. El resultado nos da una visión particularmente rica de la historia de Yanhuitlán en las primeras décadas después de la Conquista.

En su estudio de 1940 a la edición del *Códice de Yanhuitlán*, Wigberto Jiménez Moreno dio las equivalencias de los años mixtecos con los cristianos, por lo que el *Códice*, tal como se conserva hoy, trata de acontecimientos que comenzaron en 1520, durante la conquista de Tenochtitlan, hasta 1544, precisamente cuando empieza el juicio inquisitorial. Doesburg,

Lejarazu y Oudijk, en su comentario sobre las láminas, retoman las fechaciones hechas por Jiménez Moreno y rechazan la propuesta de fechación de Sepúlveda y Herrera, que, sin fundamentarlo de manera adecuada, optó por leer los años mixtecos como si fuesen mexicas, por lo que dio fechas doce años adelantados.

En sus interpretaciones y comentarios sobre las láminas del *Códice de Yanhuitlán*, Doesburg, Lejarazu y Oudijk aprovechan y discuten las interpretaciones de Jiménez Moreno y Mateos Higuera, de Sepúlveda y Herrera, y de otros estudiosos, como María de los Ángeles Romero Frizzi, Maarten Jansen, Aurora Pérez Jiménez y Alessia Frassani. Los autores recapitulan a partir de todo ello para ofrecernos comentarios que deben ser vistos no como interpretaciones definitivas, sino más bien como propuestas de investigación y de trabajo. Más de una vez, los autores expresan sus dudas sobre tal o cual tema, y sus esperanzas de que aparezcan nuevos documentos o, tal vez, una parte aún desconocida del *Códice*.

Doesburg, Lejarazu y Oudijk propusieron dividir el *Códice de Yanhuitlán* en siete series: La serie I, de 3 fojas y unos fragmentos, incluye dos imágenes de 1520 relativas a la Conquista y varias sobre los pueblos sujetos y aliados de Yanhuitlán en ese momento. La serie II, de 3 fojas, refiere los tributos y servicios pagadas al señor 9 Casa, don Francisco Caltzin. La serie III, de 6 fojas, refiere la llegada del encomendero Francisco de las Casas en 1524 y varias imágenes sobre los periodos tributarios y de objetos para la danza. La serie IV es una sola foja que representa en sus dos lados un enorme rosario o collar, recibido por un personaje español, acaso el obispo Juan López de Zárate (1490-1555); el original de esta foja está perdido, y se conoce por la pintura de Mateo Saldaña que mandó hacer Alfonso Caso (1896-1970) en 1935, con base en la foto que ordenó tomar Francisco del Paso y Troncoso (1842-1916) en 1892. La serie V, de 2 fojas, representa a dos españoles sentados, expresándose con signos de las manos, y una lista de pueblos y varios recipientes de oro, así como la firma de un convenio de un fraile dominico con el obispo. La serie VI, de 2 fojas, representa la llegada del dominico fray Domingo de Santa María y el inicio de la construcción de una iglesia en 1540-1541. La serie VII, de 2 fojas, finalmente, representa la solicitud de los nobles de Yanhuitlán en 1544 para que regresaran los dominicos refugiados en Teposcolula en 1541.

Así pues, el *Códice de Yanhuitlán* comienza con la conquista española, pero no la de Yanhuitlán, sino la de Tenochtitlan, lo cual se puede ver en la lámina por la participación de embarcaciones en los combates. La conquista de Tenochtitlan resultó decisiva en la historia de Yanhuitlán, porque fue definitiva para la alianza que la clase dirigente de Yanhuitlán decidió hacer con los conquistadores españoles, y precisamente este momento de decisión fue representado por la lámina que muestra la reunión del señor con una gran asamblea en el palacio de Yanhuitlán. Esa alianza política y militar con los españoles resultó decisiva en la estrategia del señorío para obtener beneficios de los españoles, como lo hicieron la mayor parte de los pueblos y señores indígenas durante el periodo colonial.

Se ha considerado que la foja 5v de la serie Lafragua representa los combates en Tenochtitlan durante la retirada de la Noche Triste, del 30 de junio de 1520. Así lo plantearon Jiménez Moreno y Mateos Higuera, y, por su parte, también Sepúlveda y Herrera; pero Doesburg, Lejarazu y Oudijk prefieren considerar que se trata de la caída misma de Tenochtitlan en agosto de 1521, pues advirtieron que la Noche Triste no aparece en los documentos indígenas, mientras que sí aparece la caída y destrucción de Tenochtitlan. Sin embargo, dos indicios me hacen inclinarme por la primera alternativa, es decir; que se trata de la Noche Triste. La primera es la misma fecha de la lámina de la foja 5r, la de la asamblea, 1 Pedernal, que corresponde a 1520, de tal modo que la asamblea y el señor deben estar deliberando sobre un acontecimiento acaecido ese mismo año. Pero el otro elemento, más decisivo, que me lleva a inclinarme por la Noche Triste, es que en la lámina del *Lienzo de Yanhuitlán* las embarcaciones las tienen los mexicas para atacar a los españoles, porque los mexicas están obstaculizando por tierra y por agua su salida de la ciudad, mientras que en la toma de Tenochtitlan, son los españoles los que atacan a los mexicas con sus bergantines.

Vienen a la mente las embajadas que tras la Noche Triste, primero Cuitláhuac y después Cuauhtémoc, le mandaron al Cazonci en la ciu-

dad de Mechuacan, Tzintzuntzan, según la *Relación de Mechuacan* (1541), y peticiones de ayuda semejantes les debieron mandar los mexicas a los reinos enemigos y amigos, entre otros a Yanhuitlán, lo que debió ocasionar la deliberación de los señores y nobles guerreros.

La riqueza de las imágenes es muy grande y cada una se presta a comentarios y dudas, que los comentarios de Doesburg, Lejarazu y Oudijk ayudan a esclarecer o problematizar, como en el caso de la identidad de los dos españoles sentados de la foja 4r de la serie Lafragua, en el año 11 Conejo, 1530, cuando Francisco de las Casas había sido despojado de su encomienda de Yanhuitlán. Y cabría comentar los signos que hacen con las manos, que acaso sean números, como lo pensó José Luis Martínez (acaso 2, el personaje de la izquierda, y 1, el de la derecha), números referidos a las cantidades de los tributos, a las fechas de sus entregas u otras cosas; o acaso letras (acaso I, el personaje de la izquierda, y O, el de la derecha), según el alfabeto de manos, según el estudio sobre las expresiones de las manos de Édgar García Valencia y Manuel Hermann Lejarazu.[4] Yo tengo la impresión de que se trata de un complemento de una explicación oral sobre la entrega de los tributos, en el que se deben de tomar en cuenta ambas manos: una mano da una información y la otra hace los cambios y los destaca. En el personaje de la izquierda, los dedos medio e índice de su mano izquierda están levantados, y con su mano derecha señala los dos dedos (anular y meñique) que están doblados, dando la idea de una sustracción. En el personaje de la derecha, sus dedos de la mano izquierda están doblados un poco, salvo el medio, y tal vez tras de él el anular, que son levantados con la mano derecha, parecería que está contando.

También me mueve a duda el enorme rosario o collar de la foja 8 de la serie de la Biblioteca Lafragua, que parecería sellar todo el *Códice de Yanhuitlán* con el Rosario, el signo por excelencia de la Orden de los Predicadores, la de los dominicos. Doesburg, Lejarazu y Oudijk no se muestran muy convencidos de lo anterior, y documentan que precisamente cuando llegaron los dominicos a Yanhuitlán, en 1529, ya se hablaba de "rosarios" para referirse a collares, como en un juicio de residencia hecho ese mismo año por el alcalde mayor Juan Peláez de Berrio, quien recibió a cambio "un rosario de cuentas de oro". Además, como me lo señaló Verónica Loera y Chávez, las cuentas del *Códice* no están divididas en cinco decenas y cinco misterios, como los rosarios católicos. Con todo, sí parece una alusión clara a la Orden de los dominicos este enorme "rosario de cuentas de oro", que ciertamente condensa la unidad de la religión y economía determinante en la alianza del pueblo, el encomendero y los frailes, registrada en el *Códice de Yanhuitlán*.

Comento que todavía me mueven a duda las imágenes de las fojas 504 y 507 de la serie del AGN, que según Doesburg, Lejarazu y Oudijk representan signos calendáricos para la entrega de los tributos de Yanhuitlán, pero que bien pueden ser consideradas (junto con las piezas de las fojas 2 y 3 de la serie del Centro Cultural Santo Domingo) en su naturaleza propiamente religiosa prehispánica, y vinculadas, por lo tanto, con el juicio inquisitorial de 1544-1547 contra los señores de Yanhuitlán (en el estudio preliminar de su edición del *Códice de Yanhuitlán*, Jiménez Moreno incluyó una nómina de "Nombres de dioses mixtecos y de sus 'papas'", tomados del proceso inquisitorial).

Agradezco profundamente a los editores y autores de esta nueva y magnífica edición de los tres segmentos conocidos del *Códice de Yanhuitlán* por obligarnos a reflexionar sobre el *Códice* mismo y sobre la dramática historia que nos ayuda a restituir en la memoria.

[4] Édgar García Valencia y Manuel A. Hermann Lejarazu, "Retórica e imagen en el *Códice de Yanhuitlán*. Una propuesta para la lectura de algunas de sus láminas", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. XXXIV, núm. 100, 2012, pp. 15-40.

Instrucciones para los colaboradores de la revista



1. Los autores enviarán sus colaboraciones al director o los editores de la revista, al correo electrónico revista_historias@inah.gob.mx o historias.inah@gmail.com de la Dirección de Estudios Históricos del INAH.
2. En la primera página de la colaboración deberá incluirse el título (no mayor de 100 caracteres), el nombre del autor y la institución a la que está adscrito, o en su caso, indicará si es investigador independiente.
3. En el caso de las reseñas y las traducciones, además de los datos solicitados en el punto anterior, se incluirá la nota bibliográfica completa de la obra reseñada o traducida.
4. Además se incluirá aparte una hoja que incluya el nombre del autor, la institución a la que está adscrito, su número de teléfono (con los horarios en que se le puede localizar) y correo electrónico.
5. Todas las colaboraciones se acompañarán de un resumen de ocho líneas como máximo, en español y en inglés, así como cinco palabras clave.
6. Los trabajos deberán ser inéditos sobre historia mexicana y, excepcionalmente se aceptarán por su calidad académica o por la importancia del tema sobre historia latinoamericana o española.
7. Los artículos tendrán una extensión mínima de 20 cuartillas (de 1800 caracteres) y máxima de 30. No deben presentar bibliografía al final, por lo que la primera vez que se cite una obra, la referencia o nota bibliográfica deberá presentarse completa.
8. Las reseñas tendrán una extensión de cuatro a ocho cuartillas y deberán tener título.
9. La bibliografía comentada que incluye la sección de "Andamio" no excederá las 30 cuartillas.
10. El documento inédito, para la sección de "Cartones y cosas vistas", no excederá de 30 cuartillas y deberá contar con una pequeña presentación no mayor de dos cuartillas.
11. Todas las colaboraciones estarán escritas en letra Arial 12, a doble espacio, y respetar un margen de 3 cm por lado. Las referencias o pies de página deberán contener los siguientes datos:

Libro:
Nombre del autor, apellidos, *título de la obra*, lugar de edición, editorial, año de publicación y páginas (p. 54 o bien pp. 54-45).

Capítulo de libro:
Nombre del autor, apellidos, "título del capítulo", en nombre del coordinador o editor, *título del libro,* lugar de edición, año, página o páginas utilizadas (p. 54, o bien pp. 55-70).

Artículo:
Nombre del autor, apellidos, "título del artículo", en *título de la publicación,* núm. (de la revista en su caso), año, página o páginas utilizadas (p. 54, o bien, pp. 55-70).

Periódico:
Nombre del autor, apellidos, "título del artículo", en *nombre del diario*, lugar de edición, año, página o páginas utilizadas (p. 54, o bien, pp. 55-70).

Otras fuentes: audiovisuales y sonoras en soporte DVD o CD: autor*, título,* lugar de edición, fecha, y en su caso minuto o segundo de referencia.

En el caso de la mesografía o referencias al Internet: autor*, título,* referencia o sitio consultado, fecha de consulta.

12. Las imágenes o fotografías que acompañen al texto deberán tener una resolución de 300 DPI en formato JPG o TIFF con una medida máxima de 29 cm y una mínima de 14 cm y el autor debe conseguir los derechos autorales para su posible publicación.
13. Cuando se utilicen siglas o iniciales, en la primera ocasión deberá escribirse en extenso el nombre referido; en las posteriores sólo se utilizarán las siglas.
14. Todas las colaboraciones se someterán a dictamen de dos especialistas, asegurándose el anonimato de los autores y de los dictaminadores.
15. Después de haber recibido los dictámenes, los editores determinarán sobre la publicación del texto y notificarán de inmediato la decisión al autor.
16. Los editores de *Historias* revisarán el estilo, redacción y correcciones pertinentes para mayor claridad del texto, en tanto no se altere el sentido original del mismo, y se sugerirán los cambios al autor, quien deberá expresar su visto bueno.
17. Al momento de recibir las colaboraciones se les comunicará al (los) autor(es) para que estén enterados de su recepción.
18. Cada autor recibirá cinco ejemplares del número en que aparezca su colaboración, en caso de artículos y ensayos. En caso de reseñas se entregan tres ejemplares.

Revista *Historias*, de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Calle Allende núm. 172, esq. Juárez, Deleg. Tlalpan, C.P. 14000, Ciudad de México. Tel. 40405100 ext. 204. Correo electrónico: revista_historias@inah.gob.mx o historias.inah@gmail.com

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2015



istorias 92

REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS



ENERO-ABRIL 2016

historias 93

Revista de la Dirección de Estudios Históricos



MAYO-AGOSTO 2016



istorias 94

REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS



ENTRADA LIBRE

- Odorico Tavares

ENSAYOS

- Antonia Pi-Suñer Llorens
Construyendo la nación… con una enciclopedia

- Patricia Jacobs Barquet
Los inmigrantes libaneses y su innovadora aportación al comercio en México

- Enriqueta Tuñón Pablos
Una mirada al exilio español en México: el caso andaluz

- Carlos Martínez Assad
Los judíos de México y las percepciones sobre la creación del Estado de Israel

CARTONES Y COSAS VISTAS

- Gabriela Pulido Llano
El cortejo fúnebre de Julio Antonio Mella, 12 de enero de 1929

RESEÑAS

- Beatriz Lucía Cano Sánchez, *¡A su salud!*
- Eduardo Flores Clair, *Censura, propaganda y espacio urbano en el México decimonónico*
- Rebeca Monroy Nasr, *Donde las balas suenan y los rezos callan*
- Salvador Rueda Smithers, *Un códice incomprendido*
- Rodrigo Martínez Baracs, *Los tres fragmentos del Códice de Yanhuitlán*





www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/



